

Los Buenos

Hannah Kent

ALBA ● CONTEMPORÁNEA



LOS BUENOS

HANNAH KENT

Traducción
Laura Vidal

ALBA

ALBA CONTEMPORÁNEA

Título original: *The Good People*

© Hannah Kent, 2016

Mapa de Irlanda © Pan Macmillian Australia, 2016

© de la traducción: Laura Vidal

© de esta edición: **alba editorial, s.l.u.**

Baixada de Sant Miquel, 1 08002 Barcelona

www. albaeditorial.es

Diseño: Pepe & James

Primera edición: noviembre de 2017

Conversión a formato digital: Alba Editorial

ISBN: 978-84-9065-368-5

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del Copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y su distribución mediante alquiler o préstamo públicos.

A mi hermana, Briony



Érase una vieja que en el bosque vivía,
ay ay ay.

Érase una vieja que en el bosque vivía
a orillas del río Saile.

Un niño de tres meses tenía,
ay, ay, ay.

Un niño de tres meses tenía
a orillas del río Saile.

Tenía una navaja larga y afilada,
ay, ay, ay.

Tenía una navaja larga y afilada
a orillas del río Saile.

Se la clavó al niño en el corazón,
ay, ay, ay.

Se la clavó al niño en el corazón
a orillas del río Saile.

A la puerta tres veces llamaron,
ay ay ay.

A la puerta tres veces llamaron
a orillas del río Saile.

«¿Eres tú quien al niño ha matado?»,
ay ay ay.

«¿Eres tú quien al niño ha matado
a orillas del río Saile?»

De la soga tiraron y a la mujer ahorcaron,
ay, ay, ay.

De la soga tiraron y a la mujer ahorcaron
a orillas del río Saile.

Y ese fue el fin de la vieja del bosque,
ay ay ay.
Y ese fue el fin de la vieja del bosque
a orillas del río Saile

Balada irlandesa de ajusticiados, c. 1600

A fin de cuentas, ¿cómo estar seguros de que nuestra sinrazón no vale más que la verdad de otro? Pues ha madurado en nuestros lares y en nuestras almas y está lista para que las abejas silvestres de la verdad hagan su colmena en ella y elaboren su dulce miel. Volved al mundo, abejas silvestres, ¡volved!

W. Y. Yeats, *El crepúsculo celta*

PARTE UNO

LA MUERTE ES EL MÉDICO DE LOS POBRES

Liagh gach boicht bas

1825

CAPÍTULO UNO

UÑA DE CABALLO

Lo primero que pensó Nóra cuando le llevaron el cadáver fue que no podía ser de su marido. Durante un largo instante miró a los hombres que cargaban con Martin en sus sudorosos hombros bajo el frío cortante y pensó que el cuerpo no era más que una imitación despiadada; un remedo, cruel de tan parecido. Martin tenía la boca y los ojos abiertos y la cabeza inclinada sobre el pecho, pero no había vida en él. El herrero y el labrador le habían llevado un animal muerto. No podía ser su marido. No era él en absoluto.

Martin había estado cavando zanjas junto a los prados de las laderas del valle, dijo Peter O'Connor. Lo había visto pararse, llevarse una mano al pecho como un hombre haciendo un juramento y caer al blando suelo. No había gritado de dolor. Se había ido sin despedirse y sin miedo.

A Peter le temblaban los labios agrietados y tenía encarnado el filo de los ojos.

—Siento tu tribulación —susurró.

Entonces a Nóra le cedieron las piernas y, mientras se desplomaba en el suelo de tierra y la paja del corral, una constatación terrible se apoderó de su corazón.

John O'Donoghue, con los gruesos antebrazos moteados de cicatrices de la fragua, se echó a Martin sobre el hombro para que Peter pudiera levantar a Nóra del barro. Los dos hombres tenían el rostro ensombrecido de dolor y cuando Nóra abrió la boca para gritar y se dio cuenta de que el grito se le había quedado en la garganta, ambos inclinaron la cabeza como si lo hubieran oído.

Peter cogió el grano de los puños cerrados de Nóra y echó a patadas a las gallinas del escalón de la entrada. Le pasó un brazo por los hombros y la condujo al interior de la choza para que se sentara cerca del fuego, donde su nieto, Micheál, dormía en el banco que se hacía cama. El pequeño, con las

mejillas encendidas por el calor del fuego de turba, se agitó cuando entraron y Nóra reparó en la mirada curiosa que le dirigió Peter.

John entró detrás de ellos con la mandíbula tensa por el peso del cuerpo de Martin y sus botas ensuciaron de barro el suelo de arcilla. Gruñendo por el esfuerzo, dejó a Martin en la cama del pequeño dormitorio que había junto a la habitación principal. Del colchón de paja saltaron nubecillas de polvo. El herrero se santiguó con estudiada precisión e, inclinado bajo el dintel, murmuró que su mujer, Áine, iría enseguida y que alguien había ido a buscar al cura nuevo.

Nóra notó que se le cerraba la garganta. Se levantó para ir junto al cuerpo de Martin, en el dormitorio, pero Peter la sujetó por la muñeca.

—Espera a que lo laven —dijo con amabilidad.

John miró preocupado al niño y se marchó sin añadir palabra, cerrando la puerta detrás de él.

Creció la oscuridad.

—¿Lo viste caerse? ¿Lo viste con tus propios ojos? —La voz de Nóra sonaba extraña y pequeña. Tenía la mano de Peter cogida con tal fuerza que le dolían los dedos.

—Sí —murmuró este mientras miraba a Micheál—. Lo vi en los campos y lo saludé con la mano y entonces lo vi caerse.

—Había que cavar esas zanjas. Ayer me dijo que había que hacerlas, para que la lluvia... —Nóra sintió que la muerte de su marido se le metía por el cuerpo hasta hacerla tiritar. Peter le puso un tabardo sobre los hombros y, por el olor familiar a uña de caballo, Nóra supo que era el de Martin. Debían de haberlo llevado con el cuerpo—. Alguien tendrá que terminar las zanjas —dijo de pronto mientras se frotaba la mejilla con el paño tosco del abrigo.

—No pienses en eso ahora, Nóra.

—Y luego está la techumbre, cuando llegue la primavera. Hay que cambiar la paja.

—Ya nos ocuparemos de todo eso, ahora no te preocupes.

—Y Micheál. El niño... —Le entró el pánico y miró al pequeño, su pelo cobrizo a la luz de la lumbre. Dio gracias de que estuviera dormido. Cuando dormía no se notaba demasiado que era distinto. El agarrotamiento de sus extremidades disminuía y nada hacía sospechar su falta de seso. Martin siempre había dicho que Micheál se parecía más a su hija cuando dormía. «Casi parece sano —había dicho en una ocasión—. Ves cómo será cuando se

le haya pasado la enfermedad. Cuando se la hayamos curado.»

—¿Quieres que vaya a buscar a alguien, Nóra? —dijo Peter con el rostro trasgado de preocupación.

—Micheál. No quiero que esté aquí —dijo Nóra con voz ronca—. Llévate a Micheál a casa de Peg O'Shea.

Peter pareció incómodo.

—¿No prefieres tenerlo contigo?

—Llévatelo.

—No me gusta dejarte sola, Nóra. No antes de que llegue Áine.

—No quiero tener aquí a Micheál para que todos lo miren.

Nóra cogió al niño dormido por las axilas y se lo tendió a Peter. El crío frunció el ceño y parpadeó, las pestañas pegadas de sueño.

—Llévatelo. Llévatelo a casa de Peg. Antes de que venga nadie.

Micheál empezó a berrear y a resistirse a los brazos de Nóra. Agitaba las piernas, con la piel descamada y llena de ronchas pegada al hueso.

Peter hizo una mueca.

—Es de tu hija, ¿verdad? Qué Dios la tenga en su gloria.

—Llévatelo, Peter, por favor.

Peter la miró largo rato y con compasión.

—En un momento así a la gente no le importará, Nóra. Estarán pendientes de ti.

—Estarán mirándolo con la boca abierta y chismorreando. Así es como estarán.

A Micheál se le cayó la cabeza hacia atrás y empezó a llorar con los puños cerrados.

—¿Qué le pasa?

—Por el amor de Dios, Peter, llévatelo. —Se le quebró la voz—. ¡Llévatelo de aquí!

Peter asintió y se puso a Micheál en el regazo. El niño llevaba un vestido de lana de niña que le quedaba largo y Peter usó la tela para envolverle las piernas con torpeza.

—Hace frío fuera —dijo—. ¿No tienes un chal?

Nóra se quitó el suyo con manos temblorosas y se lo dio a Peter.

Este se levantó y envolvió con él al niño, que no dejaba de gimotear, sujetándolo contra su pecho.

—Lo siento, Nóra. De verdad.

La puerta de la cabaña quedó abierta del todo cuando salió.

Nóra esperó a que el llanto de Micheál se apagara, señal de que Peter había llegado al sendero. Entonces se levantó del taburete bajo y entró en el dormitorio con el tabardo de Martin sobre los hombros.

—Por las llagas de Cristo.

Su marido estaba en la cama de matrimonio con los brazos pegados a los costados y las manos encallecidas sucias de hierba y de barro. Tenía los ojos entrecerrados y la luz que entraba por la puerta abierta hacía centellear el blanco perlado de las córneas.

La quietud de Martin en la habitación silenciosa llenó de dolor el pecho de Nóra. Se sentó despacio en la cama, apoyó la frente en la mejilla de su marido y sintió el frío de su piel sin afeitar. Cubrió a los dos con el tabardo, cerró los ojos y vació los pulmones de aire. El dolor descendió pesado como el agua y tuvo la impresión de que se ahogaba. Suspiró en un sollozo y lloró contra la clavícula de su marido, contra sus ropas que apestaban a tierra y a estiércol y también al aroma dulce y suave del aire del valle y al humo de la turba que transportaba en los atardeceres de otoño. Lloró como un perro que extraña a su amo, con el gemido tenso y angustiado de quien se siente abandonado.

Esa misma mañana habían compartido esa cama, despiertos ambos con la primera aurora y con la mano caliente de Martin descansando en el estómago de Nóra.

—Creo que hoy va a llover —había dicho, y Nóra había dejado que la estrechara contra sus anchas costillas, había acomodado su respiración a la suya.

—Por la noche ha hecho viento.

—¿Te ha despertado?

—Me ha despertado el chico. Estaba llorando de miedo.

Martin había escuchado con atención.

—Ahora está callado.

—¿Vas a recoger patatas hoy?

—Zanjas.

—¿Y de vuelta a casa, hablarás de Micheál con el cura nuevo?

—Sí.

Nóra se estiró contra el cuerpo sin vida de su marido y pensó en las noches que habían dormido juntos, los pies tocándose en esos gestos

mecánicos del matrimonio, y lloró hasta que pensó que iba a vomitar.

Hasta que no se le ocurrió que su llanto podía despertar a los demonios que acechaban el alma de Martin, no paró. Entonces se metió la manga del tabardo en la boca y tembló en silencio.

«Cómo te atreves a dejarme sola», pensó.

—¿Nóra?

Se había quedado dormida. Por entre los párpados hinchados vio la delgada silueta de la mujer del herrero en la puerta.

—Áine —dijo Nóra con voz ronca.

La mujer entró y al ver el cadáver se santiguó.

—Que el Señor se apiade de su alma. Siento tu tribulación. Martin era...
—Calló y se arrodilló al lado de Nóra—. Un gran hombre. Un hombre como hay pocos.

Nóra se sentó en la cama y se secó los ojos con el delantal, incómoda.

—El dolor está en ti, Nóra, lo veo. Y hacemos bien en velarlo como es debido. ¿Quieres que lo lave y lo prepare? Han mandado a buscar al padre Healy. Está de camino.

Áine puso una mano en la rodilla de Nóra y se la apretó. Su cara, que parecía colgar de sus amplios pómulos, era espectral en la penumbra y Nóra la miró asustada.

—¿Estás sola? ¿No tenías un niño...?

Nóra cerró los dedos alrededor del rosario.

—Estoy sola.

Áine lavó a Martin con la misma ternura que si se hubiera tratado de su marido. Al principio Nóra miró, asiendo las cuentas del rosario tan fuerte que la madera le dejó señales en la piel. No podía creer que aquel hombre desnudo, de vientre dolorosamente blanco, fuera su marido. Era impúdico que otra mujer viera los pálidos secretos de su cuerpo. Cuando se puso de pie y extendió la mano, Áine le pasó el trapo sin decir una palabra. Entonces Nóra lavó a Martin, y con cada movimiento de la mano dijo adiós a la curva ósea de su pecho, a la longitud de sus extremidades.

«Cómo te conozco», pensó, y cuando notó que se estrechaba la soga en su garganta, tragó saliva y se obligó a fijar la vista en la telaraña de venillas en los muslos de Martin, en la espiral de vello que tan bien conocía. No

entendía cómo podía ser tan pequeño el cuerpo de Martin. En vida había sido grande como un oso, la noche de bodas la había llevado en brazos como si no pesara más que un rayo de sol.

El vello oscuro de su pecho se le pegaba, húmedo, a la piel.

—Creo que ya está limpio, Nóra —dijo Áine.

—Un poquito más. —Le pasó la palma de la mano por el esternón como si esperara que se hinchara en una respiración.

Áine le quitó el trapo gris que Nóra asía con fuerza.

La tarde se oscureció y fuera empezó a soplar un viento cruel. Nóra se sentó junto al cuerpo de Martin y dejó que Áine avivara el fuego y preparara las velas de junco. A ambas las sobresaltaron unos repentinos golpes en la puerta y a Nóra el corazón le dio un vuelco abrasador al pensar que podía ser Martin, que volvía a ella después de la jornada de trabajo.

—Que Dios bendiga este hogar.

Entró un hombre joven, con la sotana aleteando en el umbral. Era el cura nuevo, se dio cuenta Nóra. Era moreno de pelo y rubicundo, con largas extremidades que no casaban bien con el rostro infantil y la boca redondeada. El sombrero del padre Healy chorreaba de lluvia y, cuando Peter y John entraron detrás de él, tenían los hombros empapados. Nóra no había caído en que el tiempo había cambiado.

—Buenas tardes, padre. —Áine cogió el gabán húmedo que el cura le tendía y lo dispuso con cuidado sobre una viga junto al fuego para que seicara.

El clérigo paseó la vista por la choza antes de fijarse en Nóra, sentada en el dormitorio. Fue hacia ella y se agachó para pasar debajo del marco de la puerta.

—Que el Señor esté contigo, señora Leahy. Lamento tu tribulación. — Le cogió una mano y le apretó la carne de la palma—. Tiene que ser un golpe muy grande.

Nóra asintió con la boca seca.

—Nos tiene que llegar a todos, pero siempre es triste cuando aquellos a quienes amamos se van con el Señor. —Le soltó la mano a Nóra y se volvió hacia Martin y le apoyó dos dedos esbeltos en la garganta. Luego inclinó ligeramente la cabeza—. Ya ha fallecido. No puedo darle la extremaunción.

—La muerte no lo avisó, padre. —Quien hablaba era Peter—. ¿No puede darle los sacramentos? Es posible que su alma siga dentro del cuerpo.

El padre Healy se enjugó la frente con la manga y se disculpó con una mueca.

—Los sacramentos son para los vivos y no sirven de nada a los muertos.

Nóra asió el rosario hasta que tuvo blancos los nudillos.

—Rece por él, ¿quiere, padre?

El clérigo miró a los dos hombres en la puerta y después a Nóra.

Esta levantó el mentón.

—Era un buen hombre, padre. Diga una oración por él.

El padre Healy suspiró, asintió y de su bolsa sacó una vela pequeña y gastada y una botellita de cristal con aceite consagrado. Encendió la vela con el fuego de la habitación principal y colocó con torpeza el muñón de cera en la mano de Martin. Empezó a decir las plegarias y le ungió la frente con un gesto firme.

Nóra se arrodilló en el suelo junto a la cama y deslizó sus dedos por las cuentas del rosario en un gesto mecánico. Pero las plegarias le sonaban huecas y vacías en su boca y pronto dejó de murmurar y se limitó a seguir sentada, en silencio.

«No estoy preparada para estar sola», pensó.

El padre Healy carraspeó y se puso de pie, se sacudió la tierra de las rodillas y cogió el abrigo y la moneda que le ofrecía John.

—Que Dios te dé consuelo —le dijo a Nóra mientras sacudía la lluvia del sombrero y se lo ponía. Le cogió la mano de nuevo y Nóra se sobresaltó al notar los huesos de sus dedos—. Te tendré presente en mis oraciones.

—Gracias, padre.

Miraron al cura subirse a lomos del burro en el corral, parpadeando en la lluvia que no dejaba de caer. Levantó una mano a modo de despedida, azuzó al animal en el flanco con una vara y el valle engulló su silueta negra y fugaz.

Para cuando cayó la noche, la choza estaba llena de vecinos que se habían enterado de que Martin había muerto en la encrucijada junto a la herrería, se había desplomado cuando el martillo golpeó el yunque igual que si lo hubiera matado el tañido del hierro. Estaban reunidos alrededor del fuego, consolándose con sus pipas y musitando palabras de pésame a Nóra. Fuera, el viento azotaba el techo de paja.

Ante aquella multitud repentina, Nóra se concentró en los preparativos para el duelo ayudada por Áine. No había tiempo para llorar cuando hacía

falta aguardiente, pipas de arcilla y asientos. Nóra sabía que la muerte daba a la gente deseos de fumar, beber y comer, como si atendiendo a sus pulmones y estómagos se aseguraran la buena salud, la certidumbre de que seguían vivos.

Cuando notaba que el peso del dolor amenazaba con hacerla caer al suelo, se retiraba a una de las paredes de la choza y apoyaba las palmas en la fresca cal para serenarse. Respiraba profundamente y miraba a los presentes. La mayoría eran del valle, unidos los unos a los otros por lazos de sangre y labor y un mismo acatamiento de las tradiciones grabadas en la tierra por quienes los habían precedido. Eran gentes tranquilas, reservadas, las que vivían en el rincón umbrío de Crohane, en la fértil cavidad formada por las escarpadas colinas de Foiladuane, Derreenacullig y Clonkeen. Y estaban familiarizadas con la muerte. En su modesta casa, Nóra se daba cuenta de que sus vecinos hacían sitio para la pena del mejor modo que sabían. Echaban turba en la lumbre y avivaban las llamas, llenaban el aire de humo y se contaban historias los unos a los otros. Llegaría el momento de llorar, pero todavía no.

Fuera retumbó el trueno y los invitados tiritaron y se acercaron a la lumbre. Mientras Nóra se movía por la habitación repartiendo agua potable, oía a las gentes cuchichear sobre premoniciones. Los hombres comentaban el tiempo y el vuelo de agachadizas y urracas y veían en todo ello augurios de la muerte de Martin. Se daba mucha importancia al hecho de que se hubiera desplomado en la encrucijada en la que se enterraba a los suicidas. Algunos hablaron del cambio repentino del cielo aquella tarde, de los nubarrones al oeste y de cómo sin duda habían anunciado la muerte de Martin. O de la tormenta que se acercaba en aquel momento.

Sin saber que Nóra le escuchaba, Peter O'Connor estaba contando a los hombres que, justo antes de ver a Martin llevarse la mano al corazón, había reparado en cuatro urracas posadas juntas en un prado.

—Subía por el camino y ¿creéis que los pájaros se movieron? Pues no. Me dejaron pasar a dos palmos de ellas y ni se sobresaltaron. «Eso es muy raro», pensé, y una cosa os digo, muchachos: tuve un escalofrío, porque parecían estar conferenciando. «Alguien ha muerto», pensé. Y entonces, sigo por la vereda hasta llegar al cruce y ahí está, Martin Leahy, tumbado con el cielo en los ojos y las nubes ennegreciéndose detrás de las montañas.

Rugió otro trueno y los hombres dieron un respingo.

—Entonces ¿fuiste tú quien lo encontró en el suelo? —preguntó el

sobrino de Nóra, Daniel, que chupaba su pipa.

—Pues sí. Y menudo disgusto me llevé. Ver a ese hombre tan grande caer como un árbol. Aún no estaba frío, que Dios se apiade de su alma.

Peter bajó la voz a un susurro.

—Y eso no es todo. Cuando John y yo traíamos el cuerpo, llevándolo a cuestras ladera arriba desde el cruce, y ya suponéis que, con lo que pesa Martin, deprisa no íbamos..., pues nos paramos un momento a recobrar el aliento y miramos al valle, hacia el bosque, y vimos luces.

Hubo un murmullo intrigado.

—Pues sí. Luces. Que salían de donde paran las hadas, junto a la Tumba del Gaitero —continuó Peter—. Es posible que me traicionaran los ojos, pero juraría que vi un resplandor junto al espino blanco. Pronto habrá otra muerte en esta familia. Y si no, al tiempo. —Bajó la voz a un susurro—: Primero fallece la hija y ahora el marido. En esto de la muerte no hay dos sin tres, os lo digo yo. Y si los Buenos andan detrás de esto... pues...

A Nóra se le cerró la garganta y se volvió en busca de Áine. La encontró sacando pipas de espuma de mar y tabaco sin picar de una *ciseán* de paja.

—¿Oyes la tormenta? —susurró Áine. Señaló la cesta—. La mujer de tu sobrino Daniel ha traído algunos avíos.

Nóra cogió un pequeño paquete de tela y desanudó la cuerda que lo envolvía con dedos temblorosos. Era sal, húmeda por la lluvia.

—¿Dónde está?

—Rezando por Martin.

El dormitorio estaba atestado y el aire era azul por el humo de pipa que los hombres y las mujeres mayores exhalaban sobre el cuerpo de Martin. Nóra se fijó en que le habían dado la vuelta, de manera que ahora tenía la cabeza en los pies de la cama, para evitar nuevos infortunios. Se le había abierto la boca y su piel había adquirido ya el aspecto ceroso de los muertos, con la frente grasienta por los óleos del sacerdote. El cabo de vela, apagado, estaba caído entre las ropas de cama. A su lado había una mujer joven arrodillada diciendo el avemaría con los ojos cerrados.

Nóra la tocó en el hombro.

—Brigid.

La muchacha levantó la vista.

—Ah, Nóra —susurró mientras se ponía en pie. El vientre abultado le levantaba la parte delantera de la falda y el delantal, dejando los tobillos al

descubierto—. Siento tu tribulación. Martin era un hombre fuerte. ¿Cómo estás?

Nóra abrió la boca para hablar, pero se lo pensó mejor.

—Te hemos traído cosas que puedes necesitar. —Brigid señaló con la cabeza a Daniel, que estaba sentado con Peter, fumando—. He dejado una cesta en la mesa.

—Lo sé, me la ha enseñado Áine. Sois muy amables. Os lo pagaré.

—Es un mal año para ti.

Nóra cogió aire.

—¿Sabes de quién es la bebida?

—Seán ha traído *poitín*, —Brigid señaló hacia la habitación principal donde Seán Lynch, tío de Daniel, dejaba en el suelo dos jarras de barro con aguardiente. Lo acompañaba su mujer, Kate, una mujer de dientes apiñados y aspecto encogido y acorralado. Se había quedado en la puerta y escudriñaba nerviosa la habitación. Estaba claro que acababan de llegar; tenían la ropa mojada de lluvia y olor a frío encima.

—Nóra, Brigid. —Kate asintió cuando las dos mujeres volvieron a la habitación—. Qué noche tan triste. ¿Ha venido ya el cura? ¿Tenemos que esconder la bebida?

—Ha venido y ya se ha ido.

La expresión de Seán era sombría y tenía los ojos y los labios cerrados formando gruesas arrugas. Con un pulgar encallecido aplastó el tabaco en la cazoleta de su pipa de arcilla.

—Siento tu tribulación —le dijo a Nóra.

—Que Dios te bendiga, Seán.

—Tienes una visita rondando —dijo este señalando hacia la puerta. Cogió el ascua que le ofrecía uno de los hombres junto al fuego, se encendió la pipa ayudado de las tenazas y murmuró—: Que Dios se apiade de las almas de los muertos. —Expulsó humo por entre los dientes—. La bruja de las hierbas. Está junto a la pila de estiércol, esperando.

Nóra pensó un instante.

—¿Nance Roche?

—Sí, esa vieja entrometida. —Escupió al suelo.

—¿Cómo se ha enterado?

Seán frunció el ceño.

—No hablaría con ella aunque fuera la única mujer del mundo.

Kate lo miró, nerviosa.

—¿Nance Roche? Pensaba que era partera —dijo Brigid.

—Me preguntó qué querrá —murmuró Nóra—. Es un largo camino para que lo haga una mujer mayor con esta lluvia.

—Pues tabaco y bebida, eso es lo que quiere —dijo Kate con aspereza—. No salgas, Nóra. No vayas a ver a esa *cailleach*, a esa bruja ladrona.

Había caído la noche y la lluvia había arreciado. Nóra empujó la puerta de madera de la choza y se asomó al prado agachando la cabeza para no golpearse con la parte de la techumbre que sobresalía. De los bordes de paja chorreaba agua. Al principio la lluvia le impidió ver nada excepto un filo delgado de gris hierro en el horizonte, donde la oscuridad no había extinguido aún toda la luz. Entonces, por el rabillo del ojo, vio una figura menuda que se dirigía hacia ella desde el lateral de la casa, donde el estiércol del pegujal estaba amontonado contra el muro de piedra. Nóra salió al corral y cerró la puerta para que no entrara frío. El barro le enterró los dedos de los pies.

—¿Quién está ahí? —llamó, y el trueno ahogó sus palabras—. ¿Eres tú, Nance Roche?

La visitante fue hasta la puerta, metió la cabeza debajo del tejado y se retiró el mantón.

—Soy yo, Nóra Leahy.

Brilló un relámpago y Nóra vio a la anciana, empapada hasta los huesos y con el pelo blanco pegado al cráneo. Nance parpadeó para apartar la lluvia que le bajaba por la frente y se sorbió los mocos. Era una mujer menuda, encogida, con la cara tan arrugada como un trapo viejo. Sus ojos, brumosos por la edad, miraban a Nóra desde debajo de unos espesos párpados.

—Siento tu tribulación.

—Gracias, Nance.

—Se han terminado las preocupaciones de este mundo para Martin.

—Así es.

—Tu hombre ya va camino de la verdad. —Los labios de Nance se abrieron dejando ver los escasos dientes que le quedaban repartidos aquí y allí por las encías—. He venido a ver si quieres que le llore. Tu Martin era un buen hombre.

Nóra miró a Nance chorreando ante ella. Las ropas empapadas le colgaban de las estrechas escáfulas, pero a pesar de las muchas capas de lana

mojada, la mujer tenía cierta presencia. Emanaba un olor intenso y acre. «Como a ortigas marchitas —pensó Nóra—. O a hojas podridas. El olor de alguien que vive cerca del lecho del bosque.»

—¿Cómo sabías que tenías que venir? —preguntó Nóra.

—Vi al cura a lomos de su asno, azuzando al animal a base de bien. Solo el diablo o un moribundo hacen salir a un cura en una noche tan húmeda y sucia.

—El padre Healy.

—Entonces supe que se trataba de tu hombre, Martin. Que Dios acoja su alma —añadió.

Un hilo gélido recorrió la columna vertebral de Nóra. Retumbó el trueno.

—¿Lo supiste?

Nance asintió y tocó a Nóra. Tenía los dedos fríos y sorprendentemente suaves.

«Manos de curandera», pensó Nóra.

—Así que has venido caminando bajo la lluvia y el viento.

—Un poco de lluvia en la cabeza no hace mal a nadie. Por tu hombre haría mucho más.

Nóra abrió la puerta y se sacudió el barro de los pies.

—Pasa, entonces. Puesto que estás aquí.

—Paso.

La conversación del interior de la choza se interrumpió cuando entró Nóra seguida de Nance. Todos los ojos se volvieron hacia la anciana, que se detuvo en el umbral y miró a su alrededor con la barbilla levantada.

—Que Dios guarde a los presentes —dijo. Tenía un hilo de voz ronca por el humo y la edad.

Los hombres asintieron en señal de respeto. Unas pocas mujeres miraron a Nance de arriba abajo, reparando en los pegotes de barro en el borde de la falda, el rostro curtido, el chal empapado. Seán Lynch puso cara de furia antes de volverse de nuevo hacia el fuego.

John O'Donoghue se levantó y, de pronto, su corpulencia de herrero llenó la habitación.

—Y a ti, Nance Roche. Que Dios te guarde a ti también.

Se acercó para acompañarla al hogar y los otros hombres se apresuraron a hacerle sitio. Peter, con la pipa en la boca, cogió un tajuelo y lo apoyó con

firmeza cerca de las brasas y Áine llevó agua para que se lavara los pies. Daniel le ofreció a Nance un vasito de *poitín* y, cuando esta negó con la cabeza, el joven murmuró:

—Si es una gota que no le cabe en el pico a un pajarito.

Y le puso el vasito en la mano.

Los que se habían callado reanudaron su conversación cuando vieron que Nance era bienvenida. Solo Seán y Kate Lynch se retiraron a las sombras, donde esperaron, encogidos.

Nance acercó los dedos de los pies desnudos a las brasas mientras sorbía su vaso de licor. Nóra se sentó a su lado y el miedo fue liberándosele en el estómago mientras veía el vapor subir de los hombros de la anciana. ¿Cómo había sabido que Martin había muerto?

La anciana inspiró hondo y levantó una mano para señalar el dormitorio.

—¿Está ahí?

—Sí —contestó Nóra con un aleteo en las entrañas.

Nance cogió el vaso con las dos manos.

—¿Cuándo le llegó su hora?

—John y Peter me lo trajeron cuando aún era de día. Antes del atardecer. —Nóra miró al suelo. El ambiente cerrado de la choza después de estar fuera, en la noche clara, le estaba dando náuseas. Había demasiado humo de pipa. Demasiado ruido. Deseó poder salir y tumbarse en el blando y suave lodo, aspirar el olor a lluvia y estar sola. Dejar que la alcanzara el rayo.

Notó cómo las manos de Nance se cerraban alrededor de sus dedos. La ternura del tacto la alarmó. Resistió el impulso de apartar a la mujer.

—Nóra Leahy, escúchame —susurró Nance—. Por mucha muerte que haya en el mundo, la pena de cada mujer es única. En cada uno de nosotros adopta una forma distinta. Pero la triste verdad es que las personas no querrán verte penar cuando tu marido lleve muerto un año. Así son las cosas. Volverán a pensar en sí mismos. Volverán a sus vidas. Así que lloremos a Martin ahora, mientras nos escuchan. Mientras les quede paciencia.

Nóra asintió. Tenía ganas de vomitar.

—Y dime, Nóra. ¿Qué son esos rumores de que murió en la encrucijada? ¿Es cierto?

—Lo es. —Quien habló fue Brigid. Estaba picando tabaco en la mesa a sus espaldas—. Peter O'Connor lo encontró allí. Qué pena tan grande.

Nance se giró con los ojos entrecerrados.

—Y tú ¿quién eres?

—Brigid Lynch.

—La mujer de mi sobrino Daniel —explicó Nóra.

Nance frunció el ceño.

—Estás esperando. Joven Brigid, no deberías estar en un velatorio.

Brigid dejó de picar tabaco y la miró.

—Tienes que irte. Antes de que respires la muerte e infectes a tu hijo con ella.

—¿Es eso cierto? —Brigid soltó el cuchillo en la mesa—. Sabía que no tenía que acercarme al cementerio, pero...

—Ni al cementerio, ni a un velatorio, ni a una tumba... —Nance escupió al suelo.

Brigid se volvió hacia Nóra.

—No quiero dejar a Daniel —susurró—. No me gusta salir cuando es de noche. Y hay tormenta. No quiero irme sola.

—No —Nance negó con la cabeza—. No vayas sola. Hace una noche desapacible.

Brigid se llevó las dos manos a la redondez de su vientre. Nance le hizo un gesto a Áine, que estaba repartiendo pipas con tabaco a los hombres.

—Áine O'Donoghue, ¿te llevas a esta muchacha a casa de algún vecino? Llévate también a su marido para que te acompañe de vuelta. No hace noche para andar solos por los caminos.

—Llévala a casa de Peg O'Shea —murmuró Nóra—. Es la que está más cerca.

Áine miró a las dos mujeres alternativamente.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Es por el bien del hijo de la muchacha. —Nance puso una mano arrugada en el vientre de Brigid—. Deprisa, niña. Métete un poco de sal en el bolsillo y vete. Se avecina tormenta.

Para medianoche, la choza de Nóra estaba irrespirable, con el olor a lana mojada y el hedor que emanaban demasiadas personas juntas en una habitación. Los párpados de Martin Leahy brillaban por el efecto de dos peniques que le había puesto un vecino, y tenía apoyado en el pecho un plato con sal. Sobre su estómago reposaba un escudilla con tabaco y uña de caballo. El aire estaba insoportablemente cargado y se llenaba de humo cada vez que los hombres se

llevaban las pipas de barro a los labios. Usaban las agujas de calcetar de Nóra para sacar las cenizas y las limpiaban frotándoselas contra el pantalón.

Cuando se acercaba la medianoche, John O'Donoghue dijo un rosario por el muerto y los presentes se arrodillaron y murmuraron las respuestas. Luego los hombres se retiraron a las paredes de la choza y miraron a las mujeres llorar el cuerpo a la escasa luz de las velas que apestaban a sebo y se consumían demasiado pronto en las palmatorias.

Nance Roche dirigía el lamento fúnebre con el chasquido ahogado del trueno de fondo. Tenía la frente gris de ceniza y las manos ennegrecidas después de haber untado con cenizas frías las frentes de las otras mujeres. Nóra notaba cómo las lágrimas le trazaban un surco caliente y húmedo en cada una de las mejillas. Estaba arrodillada en el suelo y miraba el círculo de rostros familiares fruncidos en gesto solemne.

«Qué pesadilla», pensó.

Nance cerró los ojos, dejó que se le abriera la boca e inició un lamento grave que apagó la charla intrascendente de los hombres igual que una habitación sin aire extingue una llama. Encorvada en el suelo de tierra, se mecía atrás y adelante con el pelo suelto sobre los hombros. Lloraba sin pausa, sin palabras. Su plañido era cavernoso, reverencial. Le recordó a Nóra a las *banshees* y también las boqueadas silenciosas, desesperadas de los ahogados.

Mientras Nance plañía, las otras mujeres murmuraban plegarias por los muertos y le pedían a Dios que acogiera el alma de Martin Leahy. Nóra se fijó en Kate Lynch, su pelo castaño apagado en la penumbra, junto a su hija Sorcha, toda hoyuelos y susurros, y en Éilís O'Hare, la mujer del maestro, que se persignaba diciendo una plegaria detrás de otra y miraba de reojo a Nance a la vez que sujetaba con fuerza la lamparilla. Sus vecinas y sus hijas. Las mujeres del valle en pleno, todas llorando a su marido. Nóra cerró los ojos. Ninguna sabía cómo se sentía. Ninguna.

Daba miedo, ser liberada del lenguaje y dejarse llevar hacia la angustia guiada por Nance, la *bean feasa*, la maga. Nóra abrió la boca y no reconoció su propia voz. Gimió y el sonido de su dolor la asustó.

A muchos en la habitación los conmovió hasta las lágrimas el *caoineadh* de las mujeres. Inclinaron las cabezas mojadas y alabaron a Martin Leahy con lenguas sueltas por el aguardiente, enumerando las cualidades que lo hacían digno ante Dios y ante los hombres. Excelente padre de una hija, que se había ido al encuentro del Señor solo unos meses antes. Buen marido. Un hombre

con talento para curar huesos dislocados, cuyas anchas manos siempre calmaban a los caballos cuando se encabritaban.

El gemido de Nóra se redujo a una respiración áspera y entrecortada. De pronto cogió un puñado de ceniza y lo lanzó con todas sus fuerzas hacia la puerta de la choza. Cenizas para ahuyentar a Aquellos que pudieran entorpecer el tránsito de un alma al otro mundo. Cenizas para santificar el duelo de los seres queridos y hacerlo sagrado.

Mientras continuaban las plegarias, Nance dejó caer despacio la cabeza sobre las rodillas, se limpió la ceniza de la cara con la falda y se puso de pie. El lamento fúnebre había terminado. Esperó a que las palabras y el llanto de los que estaban en la habitación dieran paso a un silencio respetuoso y, después de saludar a Nóra con un gesto de la cabeza, se retiró a un rincón oscuro. Se anudó el pelo blanco en la nuca, aceptó una pipa de barro y pasó el resto de la noche fumando pensativa, observando a las mujeres y a los dolientes rondar a Nóra como pájaros en un prado recién segado.

La noche fue desgastando las horas. Muchos, aturdidos y arrullados por el humo perfumado de la uña de caballo ardiendo, se echaron a dormir en el suelo, improvisando camas con brezo y juncos y murmurando plegarias. La lluvia se colaba por la chimenea y caía en las llamas con un silbido. Unos pocos se mantenían despiertos a base de historias y chismes, turnándose para bendecir el cuerpo y encontrar presagios en la tormenta de truenos que azotaba el valle. Solo Nóra vio a la anciana levantarse del rincón, cubrirse de nuevo la cabeza con el mantón y desaparecer en la oscuridad y el mundo que aullaba fuera.

CAPÍTULO DOS

TOJO

Nance Roche se despertó con el alba, antes de que la niebla se hubiera ido de las montañas. Había dormido con las ropas que llevaba al llegar a casa y la humedad de estas le había llegado a los huesos. Se levantó del lecho de brezo y dejó que los ojos se le acostumbraran a la tenue luz mientras se frotaba las articulaciones para calentarlas. Se había apagado el fuego, y solo un levísimo indicio de calor salió al encuentro de su mano extendida. Debía de haberse quedado dormida antes de guardar las ascuas.

Cogió el chal de un gancho en la pared, se envolvió en la basta lana con su olor familiar a humo de hogar y salió de la casa después de coger un cubo para el agua.

La tormenta había vapuleado el valle con su lluvia y el bosque detrás de la chata cabaña chorreaba. La niebla era espesa, pero desde donde estaba Nance, en el confín del valle, donde los campos y las laderas pedregosas se encontraban con bosque virgen, podía oír el rugido de las aguas crecidas del río Flesk. A poca distancia de su choza estaba la Tumba del Gaitero, donde moraban las hadas. Saludó respetuosa con la cabeza en dirección al retorcido espino blanco, que se alzaba espectral en el centro del círculo de piedras, zarzas y hierba alta.

Nance se arrebujó en el chal y cuando echó a andar hacia el socavón encharcado que había dejado, al desmoronarse, la madriguera de un tejón le crujieron las articulaciones. Se acuclilló vacilante en el borde y orinó con los ojos cerrados, agarrándose a ramas de helecho para mantener el equilibrio. Le dolía todo el cuerpo. A menudo le ocurría después de una noche de llorar a un muerto. En cuanto salía de la casa donde había un cadáver, un dolor de cabeza intenso y latente se le formaba dentro del cráneo.

«Es el dolor prestado —pensó—. Estar en el umbral entre la vida y la muerte atormenta el cuerpo y debilita la cabeza.»

La bajada hasta el río estaba resbaladiza por el barro y Nance avanzó despacio. Las hojas de otoño húmedas se le pegaron a las plantas de los pies mientras caminaba entre la maleza. El invierno anterior se había resbalado y se había hecho daño en la espalda. Siguió una semana de dolor delante del fuego, pero lo peor había sido que, herida, se había consumido de soledad. Se había convencido de que estaba acostumbrada a la vida solitaria, a la presencia furtiva de los pájaros como única compañía. Pero sin visitas, sin nada que hacer salvo descansar en la oscuridad de la choza, se había sentido tan extremadamente sola que había llorado.

—No hay nada que arraigue más la enfermedad en el cuerpo que la soledad.

Eso se lo había dicho Maggie la Loca. En los viejos tiempos, cuando Nance era joven. Cuando su padre aún vivía.

—Recuerda mis palabras, Nance. Ese hombre que acaba de venir, por ejemplo. Sin mujer, sin hijos. Sin hermanos. Su única compañía es la gota y precisamente es su soledad lo que no le permite librarse de ella.

Maggie sentada en la cabaña que compartían con la pipa en la boca, desplumando un pollo. Plumas en el aire. La lluvia golpeteando fuera. Plumas que se posaban en su cabeza despeinada.

Aquel otoño había sido un aviso, pensó Nance. «Eres vieja. Solo te tienes a ti.» Desde entonces había cuidado su cuerpo con esmero. Pisar con cuidado cuando la hierba estaba resbaladiza por la lluvia. Adiós a las incursiones temerarias a la montaña a cortar brezo cuando rugía el viento. Un ojo siempre en el fuego y las ascuas. Mano atenta con el cuchillo.

El bramido del Flesk aumentó a medida que Nance se acercaba, hasta que vio la espuma blanca de la corriente asomar sobre la orilla, entre los troncos de robles, alisos y fresnos. La tormenta había arrancado a los árboles las hojas que les quedaban y el bosque estaba negro y tánico por la humedad. Solo los abedules, pálidos como lunas, brillaban en el rocío.

Nance se abrió paso entre las ramas rotas que alfombraban el suelo y los nudos de hiedra y de helechos marchitos que cubrían la orilla. Las gentes no solían frecuentar aquel rincón del valle. Las mujeres no iban a buscar agua ni a lavar en aquel tramo tan alto debido a la Tumba del Gaitero, el temible fortín de las hadas, y su ausencia daba al lugar un aire de salvaje abandono. Los lavados no habían borrado el musgo de las piedras y nadie había cortado las zarzas para evitar que se engancharan en la ropa tendida. Solo Nance usaba aquella orilla. Solo a Nance no le importaba vivir tan cerca de los

bosques que se enseñoreaban de aquel tramo de río.

La tormenta había enfurecido la corriente y Nance vio que la crecida había desplazado las piedras a las que por lo común confiaba su peso. La tierra de la orilla cedía bajo sus pies. El río no era allí especialmente ancho ni profundo, pero cuando crecía la corriente era fuerte, y Nance la había visto engordar con zorros de estómago hinchado que las violentas lluvias habían arrancado de sus madrigueras. No quería morir ahogada.

Se quitó el chal, lo colgó de una rama baja y a continuación se arrodilló y se acercó al río todo lo que pudo. Bajó el cubo y el agua lo llenó, tirándole del brazo.

Se sacudió restos de hojas y tierra de la falda y regresó despacio a la choza tratando de despejar la bruma en sus pensamientos. Diminutos carrizos sobrevolaban la hierba y las zarzas entrando y saliendo de la neblina y de su promesa de luz. Debajo de la madera podrida, en la maleza, brotaban setas. El olor a tierra húmeda estaba por todas partes. A Nance la gustaba mucho más estar al aire libre, entre la ancha bóveda del cielo y el suelo lleno de vida. Su casa chata, medio excavada en la tierra e inclinada a la entrada del bosque, con paredes de zarzo y barro, techada con tallos de patata y brezo, resultaba fea y escuálida comparada con el fresco dosel que formaban los árboles. Las cabañas encaladas de los labriegos se repartían aquí y allí por la curva de campos cultivados, ahora hirsutos y dorados, junto a sembrados de patatas delimitados por irregulares muretes de piedra. Vio el humo subir de sus tejados en la neblina que empezaba a disiparse. En las laderas desnudas de las montañas, las chozas eran más pequeñas y estaban más hundidas en la tierra como protección contra el viento. En la penumbra de la mañana sus paredes de cal parecían de color azul. Nance miró hacia la cabaña de los Leahy, en la falda de la colina. Era la más cercana a la suya, y aun así parecía estar muy lejos.

Nadie vivía a poca distancia de Nance. Su choza sin ventanas, en otro tiempo enjalbegada como las demás, ahora estaba desconchada y verde por el musgo y el moho de los años, hasta dar la impresión de que el bosque la reclamaba para sí.

Al menos conservaba el interior de su pequeño hogar lo más limpio y ordenado que podía, a pesar del techo recubierto de hollín y de la humedad en los rincones. El suelo de tierra estaba barrido y aplanado, y brezo y juncos atemperaban el olor a humedad de la paja donde estaba atada la cabra, en un extremo de la habitación.

Nance reavivó el fuego y dejó el cubo con agua. La tormenta había embarrado el río y debía tener cuidado de no beberla demasiado deprisa.

Nunca se había sentido tan cansada después de una noche de llorar a un muerto. Tenía los huesos exhaustos. Necesitaba comer alguna cosa, un bocado para reponer fuerzas.

La noche anterior el llanto fúnebre le había salido poderoso. Con la cara embadurnada de ceniza, Nance había sentido el mundo hacerse añicos y se había abandonado al lamento que le brotaba de los pulmones. El vértigo se había apoderado de ella y la habitación llena de hombres y mujeres con ropas oscuras había empezado a dar vueltas hasta que solo vio el fuego y, en el humo, imágenes. Un roble ardiendo en un bosque. Un río rodeado por lirios silvestres de botones amarillos. Y, por último, su madre, con el pelo cayéndole sobre los ojos indómitos, conminándola a reunirse con ella en la oscuridad. Había tenido la sensación de estar llorando al mundo.

A veces, en presencia de personas que sufrían, Nance sentía cosas. Maggie lo llamaba ver hacia dentro. El saber. A veces, cuando guiaba a niños desde el vientre de sus madres al mundo, presentía cómo serían sus vidas, y, en ocasiones, las cosas que veía la asustaban. Recordó traer al mundo un niño cuya madre lo había maldecido llevada por el dolor y el miedo y Nance había sentido cómo una oscuridad se cernía sobre él. Había limpiado y envuelto al pequeño y más tarde, mientras su madre dormía, le había aplastado un gusano en la palma de la mano para que le diera protección.

Había cosas que se podía hacer para contrarrestar las visiones. Eso Nance lo sabía.

La noche anterior la tormenta la había inquietado. Cuando descendía por la ladera desde la casa de los Leahy bajo un cielo herido de relámpagos, había percibido movimiento. Presencias desplazándose en la oscuridad. Una convocatoria. Un aviso. Se había detenido junto al fortín de las hadas y había aguardado bajo la lluvia con un nudo de expectación y asombro en el pecho mientras el viento azotaba el espino y la piedra caliza del *ráth* despedía destellos morados. Había medio esperado ver al Diablo en persona salir del bosque detrás de su choza. A Nance no solía darle miedo salir sola de una casa donde se velaba un muerto. Sabía cómo proteger su cuerpo y su alma con cenizas y sal. Pero la noche anterior, mientras esperaba junto a la Tumba del Gaitero, se había sentido vulnerable a lo que fuera aquella presencia oculta que palpitaba en la negrura. Hasta que no vio el rayo azotar la montaña detrás de su choza y prender fuego al brezo no entendió que los espíritus

andaban sueltos y se había apresurado a entrar en casa, al encuentro de la lumbre y de la compañía de sus animales.

Miró hacia donde estaba la cabra impaciente en su rincón, entre las gallinas que empollaban. En el suelo de tierra había un desagüe que separaba el animal y sus desechos de la zona que habitaba Nance, pero permitía que su cuerpo calentara la habitación. Nance pasó por encima del riachuelo de desperdicios y agua y posó una mano con suavidad en la cabeza de la cabra, mientras le alisaba el pelo de la quijada y le quitaba briznas de paja de la barba.

—Buena chica, Mora. Pero qué chica más buena eres. —Nance cogió un taburete que había junto a una pared y lo puso junto a la cabra, al lado de una brazada de tojo seco—. Estás muerta de hambre, ¿a que sí? Menudo viento hacía anoche. ¿Lo oíste? ¿No te dio miedo?

Nance canturreó a la cabra mientras cogía despacio un cubo de latón. Apoyó la frente en el pelo áspero del animal y aspiró su olor cálido a tojo y a estiércol. Mora estaba asustadiza y pateó el suelo, haciendo las pezuñas un ruido sordo contra la tierra y la hierba apisonadas, pero el canto de Nance la tranquilizó y empezó a mordisquear la paja. Nance le cogió las ubres y la ordeñó mientras cantaba en voz baja, la voz quebrada por el lamento fúnebre de la noche anterior.

Cuando dejó de salir leche de las ubres, Nance se limpió las manos en la falda y cogió el cubo. Fue hasta la puerta, derramó un poco en el umbral para los Buenos y luego se bebió la leche, tibia y dulce y salpicada de tierra de sus propias manos, directamente del cubo.

Nadie iría a buscarla hoy, Nance lo sabía. Las gentes del valle irían en tropel a la casa de los Leahy a presentar sus respetos al muerto y, además, en momentos como aquel, las gentes no solían recurrir a ella. Les recordaba demasiado su condición de mortales.

La plañidera. La partera. Nance abría la boca y la gente se ponía a pensar en cómo podían torcerse las cosas, en cómo una se transformaba en otra. Miraban su pelo blanco y veían el crepúsculo. Era al mismo tiempo la mujer que traía niños a buen puerto en el mundo y la sirena que liberaba a los barcos de su anclas y los enviaba a la oscuridad.

Nance sabía que la única razón por la que le habían permitido habitar aquella choza húmeda entre la montaña y el bosque y el río durante más de veinte años era porque encarnaba lo que no podía comprenderse. Era la guardiana de los confines del mundo. El último himno humano antes de que

todo fuera viento y sombras y el extraño rechinar de estrellas. Era un coro pagano. Una canción de otros tiempos.

«Las personas siempre temen un poco aquello que desconocen», pensó Nance.

Reanimada y reconfortada por la leche de cabra, se limpió la boca con la manga y se reclinó contra el marco de la puerta para mirar el valle. En lo alto, el cielo había amanecido con el gris del vellón sucio, pero Nance supo que el día sería claro. Podría dormir y descansar, y quizá recorrer caminos y acequias en la tranquilidad de la tarde para recoger por última vez aquileia y hierba cana, moras y endrinas, antes de que el invierno quebrara el mundo. La lluvia que aún se demoraba en las nubes cruzaría las montañas antes de caer.

En todas las cosas, Nance sometía sus horas al cielo. Conocía sus infinitas caras.

El duelo se prolongó dos días, durante los cuales las gentes del valle recorrieron el sendero embarrado hasta la choza de Nóra en la ladera de la montaña, algunos asiendo con firmeza botellas de whisky, o con rosarios metidos en los bolsillos, otros cargando con taburetes y toscas sillas de enea. Al segundo día la lluvia regresó al valle. El agua chorreaba de las gorras y sombreros de fieltro de los hombres. Llegaban con carbones en los bolsillos y bastones de madera de avellano y se sentaban sobre pilas de brezo entre los juncos esparcidos por el suelo. El aire en la casa del muerto era color gris y las brasas encendidas del hogar y las pipas hacían toser a los presentes. Se arrodillaban y rezaban por Martin, tocaban su cuerpo envuelto en sábanas. Las mujeres y los niños, desacostumbrados a fumar, tosían y echaban humo sobre el cadáver, enmascarando el creciente olor a muerte.

Nóra pensó que no se irían nunca. Estaba harta de su compañía, del crujido de juncos bajo sus pies, de cómo se sentaban y hablaban de Martin como si lo hubieran conocido mejor que nadie.

«Soy su mujer —quería escupirles a todos—. Ninguno lo conocisteis tan bien como yo.»

No soportaba la manera en que las mujeres se quedaban cerca de las paredes igual que sombras, formando apretados corros de chismorreos y después separándose para hablar del tiempo y de la fe y de Dios. Odiaba cómo los hombres hablaban sin parar de la condenada lluvia de octubre y levantaban sus vasos toscos en dirección a Martin para farfullar: «Que el

Señor se apiade de tu alma, Leahy, y de las almas de todas las personas de fe que ya no están con nosotros» antes de volver a su animada conversación.

Hasta que no dejó de llover, Nóra no pudo salir de la choza para aliviarse junto a la pared trasera y llenarse los pulmones de aire. Se limpió las manos en la hierba húmeda junto a la pila de estiércol y se frotó la cara, deteniéndose a mirar a los niños que jugaban con piedras en el corral. Cubiertos de churretes y con ojos brillantes por lo emocionante de la situación, apilaban piedras en montones y después se turnaban para derribarlos. Incluso las niñas estaban acuclilladas en el suelo jugando al calentamanos, una con las manos unidas en oración mientras la otra le acariciaba los dedos antes de golpeárselos con violencia. Las palmadas y chillidos de dolor placentero resonaban en el valle.

Nóra los miró jugar con un grueso nudo en la garganta. Aquello es lo que estaría haciendo Micheál de no estar enfermo, pensó, y le sobrevino una oleada de dolor tan repentino que la dejó sin respiración.

«Las cosas serían distintas si no estuviera enfermo —pensó—. Sería un consuelo para mí.»

Alguien le tiró de la falda y cuando Nóra bajó la cabeza vio a un niño de no más de cuatro años que le sonreía con un huevo en la mano.

—Lo he encontrado —dijo, y se lo puso en la palma antes de irse corriendo, los pies desnudos levantando barro. Nóra se lo quedó mirando. «Así es como tiene que ser un niño», pensó, y recordó a Martin con Micheál en brazos delante del fuego, frotándole las piernas para devolverles vida, y cómo se le cerraban los ojos al crío cuando su abuelo le tocaba.

Nóra pestañeó deprisa para contener las lágrimas y miró hacia el horizonte.

Una cortina de lluvia se desplazaba despacio delante de las montañas, en la otra punta del valle, más allá de las tierras bajas donde discurría el río y de la curva del bosque, al este. A excepción de unos cuantos fresnos alrededor de las casas blancas dispersas por la hondonada en tierras sin cultivar y de la maraña de robles y alisos detrás de la *bothán* de verde techumbre de Nance Roche a lo lejos, el valle era una ancha expansión de campos ribeteados de muretes de piedra y acequias, flanqueado de turberas y colinas escarpadas donde poco más que tojo y brezo crecía entre las rocas.

Incluso con las nubes cargadas de lluvia, el paisaje serenó a Nóra. El valle era hermoso. La lenta progresión hacia el invierno había dorado la hierba y los matorrales de los campos, y el discurrir de las nubes proyectaba

sombras taciturnas en el suelo. Era un mundo en sí mismo. Solo el estrecho camino, que serpenteaba entre el liso lecho del valle, delataba el mundo al otro lado de las montañas, al oeste, las casas grandes y las minas de cobre, las calles atestadas de Killarney rebosantes de edificios de tejados de pizarra y de mendigos, o, al este, los lejanos mercados de Cork. Solo algún comerciante ocasional de camino a Macroom, los flancos de sus caballos cargados de barricas con mantequilla, sugería que había otros valles, otras aldeas, donde gentes distintas vivían vidas distintas.

Un grito alborozado de los niños sacó a Nóra de sus ensoñaciones. Se giró y vio a una vieja cruzando el terreno desigual de la choza más cercana a la ladera de la colina, apoyándose fatigosamente en una vara de espino negro.

Peg O'Shea.

La vecina sonrió a los niños cuando entró en el corral, a continuación vio a Nóra y se dirigió a ella.

—Nóra, siento mucho tu tribulación.

Su vecina tenía las mejillas hundidas de las personas muy ancianas y los labios curvados hacia dentro por la falta de dientes. Sin embargo sus ojos eran negros como un cuervo, y vivos. Nóra notó cómo le recorrían la cara, estudiándola.

—Que Dios y la Virgen María te guarden, Peg. Gracias por hacerte cargo de Micheál.

—No me cuesta nada.

—No quería tenerlo aquí. La casa está llena de gente. Pensé... Pensé que igual se asustaba.

Peg no dijo nada y frunció los labios.

—Martin y yo... pensábamos que era mejor mantenerlo lejos de la gente. Que estuviera tranquilo, solo con nosotros.

—Sí, puede ser.

—¿Quién lo cuida?

—Ah, tengo la casa llena con mis hijos y sus pequeños. No les importa que esté Micheál. Y tampoco es que pueda irse a ningún sitio. —Se acercó más—. No sabía que estuviera tan mal. Todos estos meses que has estado cuidándolo...

—Martin y yo. Nos arreglábamos entre los dos. Uno podía ocuparse de él mientras el otro trabajaba.

—¿Cuántos años tiene, Nóra?

—Cuatro.

—Cuatro. Y no habla más que un niño de pecho.

Nóra bajó la vista al huevo que el chiquillo había dado y acarició la cáscara con la yema de un dedo.

—Es por la enfermedad que tiene.

Peg no dijo nada.

—Poder puede. Yo le oí hablar. Cuando vivía Johanna.

—¿También caminaba entonces?

Nóra se sintió enferma. Negó con la cabeza, incapaz de responder, y Peg le puso una mano en el hombro.

—El cielo anuncia lluvia. Vamos dentro a descansar un poco. Así presento mis respetos.

El fuego de turba ardía vivo dentro de la choza y el volumen de las conversaciones de las visitas era elevado. De un rincón llegaban risas.

—Hum. —Los ojos de Peg escudriñaron a los presentes—. ¿Quién ha traído bebida?

—Casi toda Seán Lynch —contestó Nóra.

Peg levantó las cejas.

—Ya lo sé. Yo tampoco me lo esperaba. No es un hombre generoso.

—Ese hombre solo es generoso con los puños. —Peg miró de hurtadillas hacia donde estaba sentada Kate, con las mujeres, hurgándose los dientes—. Seán Lynch es capaz de desollar un piojo y vender la piel y la grasa en el mercado. Me pregunto qué pretende.

Nóra se encogió de hombros.

—Somos familia. No olvides que mi hermana se casó con su hermano, que Dios guarde sus almas.

Peg se sorbió los mocos.

—Te digo que algo trama. Estaré pendiente, Nóra. Va a querer algo que ti, ahora que Martin no está. Ese conoce el precio de todo y el valor de nada.

Miraron al otro lado de la habitación, donde Seán estaba sentado fumando, junto al fuego.

—Créeme, Nóra. Una escoba vieja conoce bien la porquería de los rincones.

A la tarde siguiente, bajo un cielo incoloro, llevaron el cuerpo de Martin a enterrar. Los sobrinos y amigos del hombre cargaron a hombros el tosco

ataúd, seguidos por otros hombres del valle, que en ocasiones se turnaban para transportar la caja. El trayecto hasta el cementerio era un camino acostumbrado y largo, y se avanzaba despacio. Las lluvias habían convertido el suelo en barro y los hombres pisaban con cuidado, temerosos de que les engullera las botas. Las mujeres iban detrás, lanzando sus lamentos al aire otoñal tachonado de frío. Todos sabían cómo se devuelve un cuerpo a la tierra.

Nóra se cerró el chal alrededor de la cabeza. No soportaba ver el ataúd balancearse entre las cabezas que iban delante, así que fijó los ojos en los pájaros que volaban en espiral sobre las ramas desnudas. Era extraño pero se sentía incapaz de llorar y mientras avanzaba entre charcos, brillantes de cielo, se preguntó si una pequeña parte de ella no habría muerto también. Las mujeres que la acompañaban le resultaban ridículas con sus lamentos fúnebres y las faldas mojadas pegadas a las piernas. Nóra se sujetó la lengua y dejó que la pena se aposentara en ella como una piedra.

El paso de la comitiva fúnebre sacaba a la gente de las cabañas cercanas al camino. Los niños miraban con el pulgar dentro de la boca. Hombres que habían sacado a los cerdos a pastar al sendero se unían a la procesión durante un trecho, luego se hacían a un lado y esperaban solemnes a que avanzara antes de azuzar a los animales con una vara.

Nóra mantuvo la cabeza vuelta hacia el cielo y dejó que la multitud la empujara hacia delante. Sobre las cimas de las colinas, las águilas volaban en círculos.

El cementerio, situado en pendiente junto a la pequeña iglesia y a la sombra de un viejo tejo, estaba descuidado, verde por la hierba crecida. Los hombres avanzaron sorteando matojos y depositaron con cuidado la caja junto al hoyo excavado con antelación. El padre Healy los esperaba, con la boca entreabierta y la espalda encorvada propia de un hombre de libros. Cuando buscó a Nóra con la mirada, esta se ciñó la frente con el chal y fijó la vista en el suelo.

El oficio fue breve. El cura dirigió las plegarias con su habla entrecortada y, al arrodillarse, Nóra notó cómo la tierra húmeda le empapaba la falda. Miró cómo bajaban a su marido al suelo y cómo los sepultureros cubrían la tapa del ataúd con terrones de hierba para que después la tierra cayera con suavidad sobre la madera.

Cuando estuvo todo hecho y no quedó nada que decir, y el hoyo estuvo relleno con la tierra negra y áspera del valle, los asistentes dejaron las pipas

de barro en la tumba y se marcharon. Mientras seguían la curva descendente de la colina en dirección al valle, Nóra se volvió a mirar el cementerio. Desde la distancia, los caños de las pipas no parecían más que unos pocos huesos delgados, picoteados por los pájaros.

El viento arreció mientras Nóra recorría el sendero después del entierro, primero acompañada de una multitud y después, a medida que las gentes se iban quedando en sus casas, en menor y más silenciosa compañía. Para cuando dejó atrás los fresnos y enfiló el sendero embarrado de su casa, estaba sola y el viento azotaba los riscos y entraba en el valle como una dentellada. Había empezado a caer una lluvia punzante y sus rodillas anunciaban una nueva tormenta.

Cuando se acercó a la choza, oyó gritos procedentes del interior. Micheál. La puerta estaba entornada y, cuando entró, vio que la casa estaba limpia y no había ni rastro del duelo. Juncos frescos cubrían el suelo, ardía un fuego vivo y Peg O'Shea estaba sentada frente a él, acunando a Micheál y riéndose de Brigid, que hacía muecas por los agudos gritos del niño.

—Será mejor que te vayas acostumbrando —decía Peg mientras mecía al niño de cara colorada. Cuando entró Nóra, dejó de sonreír.

—Así que Martin está enterrado.

Nóra se desplomó en el banco al lado de Brigid, aliviada de no tener ya la casa llena de visitas.

—Y ha ido mucha gente a darle sepultura. Eso es una bendición. Acércate al fuego, te vas a morir de frío.

Nóra alargó los brazos para que le diera a Micheál y apoyó la mejilla en la cabeza del niño. Su peso en sus brazos y los sollozos húmedos, jadeantes contra su piel la agobiaron. Los dedos de los pies descalzos le dolían de frío.

Peg la miraba.

—Son un consuelo, los niños.

Nóra cerró los ojos y pegó la cara a la frágil curva del cuello del niño. Este tensó el pecho bajo sus manos y gritó.

—Gracias por cuidarlo.

—No me des las gracias. He estado rezando por ti, Nóra. Dios sabe que has tenido un año malo y lleno de tribulaciones.

Nóra dejó de abrazar a Micheál y se lo puso en el regazo. Por la cara del niño rodaban lágrimas. Empezó a frotarle las extremidades como había visto

hacer a Martin, estirándole las muñecas por donde se le torcían hacia dentro, con los dedos rígidos como tenazas. Cuando le tocó, Micheál dejó de gritar y, por un momento, Nóra pensó que la miraba. Sus pupilas, tan oscuras en contraste con el azul de los ojos, parecían fijas en las suyas. El corazón le dio un vuelco. Entonces el niño apartó la vista y empezó a aullar y a retorcer de nuevo las manos.

Nóra dejó de darle friegas y lo observó. La asaltó el recuerdo de Martin sosteniendo a Micheál con sus anchas manos, dándole sopa a cucharadas.

«Cómo has podido dejarme sola con este niño», pensó.

Peg se inclinó desde el otro lado del hogar y acarició con suavidad el pelo de Micheál.

—Tiene el pelo del mismo color que Johanna.

Brigid miró a Nóra.

—Sé que fue una gran pérdida para ti —continuó Peg—. *Is é do mhac do mhac go bpósann sé ach is í d'iníon go bhfaighidh tú bás.* Tu hijo es tu hijo hasta que se casa, pero tu hija es tu hija hasta que te mueres. Y ahora, perder a tu hombre... ¿No es Dios cruel cuando se lleva a los que más queremos?

—Todos tenemos nuestra cruz —murmuró Nóra—. Se acomodó a Micheál en el regazo—. ¿Qué pasa, pequeño?

—Ay Nóra, de todo lo que ha gritado podía haber despertado a los muertos, la pobre criatura. Es todo ruidos y llanto, ¿y para qué? Y estos días pasados lo mismo. ¿Cómo puedes dormir si llora a todas horas?

Micheál parecía gritar más que antes. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas encendidas.

—¿Le has dado de comer? —preguntó Brigid mientras cogía la capa de Nóra del banco y la colgaba de una viga baja cerca del fuego.

—¿Que si le he dado de comer? —Peg miró a Nóra con un brillo en los ojos—. Verás, Brigid, he tenido cinco hijos y desde luego es un milagro que todos vivieran lo bastante para tener los suyos propios, puesto que no les di de comer una sola vez y los tuve a la intemperie. Desde luego es bueno que tú sepas lo que te haces, porque algo me dice que te falta poco. —Sorbió saliva con los pocos dientes que le quedaban—. En menuda compañía me dejas, Nóra. Un nieto y una chiquilla. Aunque ha sido buena idea mantenerlos lejos del duelo.

—Espero haberlo mantenido a salvo. —Brigid se colocó una mano

protectora en el vientre—. Dan no me dejó estar en la casa durante la matanza.

—Conocí a una mujer —dijo Peg—. Era una obstinada, no tenía respeto por las viejas costumbres y estaba llena de orgullo. ¿Pues no se puso a recoger la sangre cuando llegó la época de la matanza? Su marido no intentó detenerla. Era un hombre fuerte y, sin embargo, ella se salió con la suya. Y podéis estar seguras de que el niño que esperaba nació con cara de hígado crudo y un temperamento acorde.

Sonó un murmullo sordo de truenos y Brigid hizo una mueca.

—¿De verdad?

—Mira, no se debe tentar al Diablo. En tu estado no debes andar con sangre ni con cadáveres.

—Me metió el miedo en el cuerpo lo que dijo la vieja. La del pelo blanco.

—¿La *bean feasa*? Sí, Nance Roche es una mujer peculiar.

—Nunca la había visto. Pensaba que era solo una especie de partera.

—¿Ah, no? Bueno, es solitaria. Hasta que siente la llamada. O la llaman.

—O ve la oportunidad de comer y de guarecerse un rato en una choza caliente —añadió Nóra—. Yo nunca he ido a pedirle un remedio, y Martin solo un par de veces. Y sin embargo vino al duelo. A llorar.

Peg miró penetrante a Nóra.

—Siempre sabe cuándo se la necesita —habló en un susurro.

—Pero ¿por qué no he oído decir a nadie que tiene el saber? —preguntó Brigid.

—Por Dios bendito, porque, acudas o no a ella, no es algo de lo que luego se hable. La gente va a verla por cosas de las que no querría que se enterara un cura, o su propia madre. Y luego existe la creencia entre las gentes de que su nombre trae desgracias. Nance les da miedo.

Brigid se inclinó hacia delante, curiosa.

—Y eso ¿por qué es? ¿Qué ha hecho?

—Una cosa muy grave, desde luego. —Peg guiñó un ojo—. Vivir en el bosque, sola. Eso basta para soltar las lenguas. Pero hay muchos que acuden a ella. Sí, y es verdad que dicen que sabe curar. No es como otros que dicen que conocen ensalmos y lo único que buscan es dejarte sin whisky.

—Conocí a un Cahill, primo de mi marido, que curaba el herpes.

Nóra chasqueó la lengua y meció a Micheál. El chiquillo, exhausto por

fin, se estaba quedando dormido entre gimoteos.

—Hay gentes que vienen desde Ballyvourney para los ensalmos de Nancy Roche. Ocho horas de caminata entre ida y vuelta, y todo para que la mujer te susurre algo al oído y te mire las verrugas.

Peg asintió.

—Bueno, la llaman Nance la de las Hadas. Nance *na bPúcaí*. Son muchos los que no quieren tener nada que ver con ella por ese motivo, pero muchos más los que acuden a ella precisamente porque lo creen.

—¿Tú lo crees, Nóra?

Nóra negó con la cabeza con desdén.

—No me gusta hablar de ello. El mundo está lleno de cosas que no aspiro a entender. Antes decía que se entendía con los Buenos, no sé si era verdad.

—Peg —susurró Brigid mirando al suelo como si esperara que se abriera —, ¿está compinchada con Ellos? ¿Qué dice el cura?

—El padre O'Reilly siempre tuvo una palabra amable para ella cuando aún seguía en este mundo. Hay hombres de la Iglesia que dirían que es una impía, pero los que han acudido a ella dicen que nunca hace hechizos, y que solo invoca a la Sagrada Trinidad. Pero, bueno, ¿habéis oído eso?

Nóra hizo una mueca cuando rugió el trueno.

—Que Dios nos libre del mal.

—¿No tiene un hombre? ¿Ni hijos?

—Marido no, que yo sepa. ¿Peg?

La anciana sonrió.

—No, a no ser que tenga a un duende fuera, en el *ráth*. O que esa cabra sea en realidad su marido y los Buenos le hayan hecho un encantamiento. —
Rió, como si la idea la divirtiera.

Brigid estaba pensativa.

—Tal y como entró, con el pelo todo mojado y los labios tan blancos... Parecía un fantasma. Como si alguien se hubiera pasado la noche tratando de ahogarla en un charco. Y esos ojos... la bruma que tenían. ¿Cómo puede una mujer que cura ir por la vida con esos ojos?

—Conviene estar a bien con Nance Roche —reconoció Nóra.

Peg rió y se limpió las encías con una esquina de su delantal.

—Brigid, basta que sepas que esa mujer nació de noche, a la hora de los muertos, y por eso no ve las cosas como los demás.

—¿Siempre ha vivido aquí?

—Bueno, lo bastante para asustar a mis hijos y a los hijos de mis hijos. Pero no nació aquí, no. Me acuerdo de cuando llegó. Por entonces se veía a mucha gente por los caminos. Nance no era más que otra pobre vagabunda. El cura se apiadó de ella por lo joven que era y porque no tenía a nadie que la cuidara. Los hombres le construyeron una *bóthan*, no era más que una habitación minúscula de barro junto al río. Sin sembrado para patatas, aunque sí tiene gallinas. Y una cabra. Huy, siempre le ha tenido mucho aprecio a las cabras. Está muy bien que una mujer viva a base de endrinas y avellanas y *praiseach* en los meses más clementes, pero todos supusimos que cuando llegara el invierno llamaría a nuestra puertas buscando trabajo. Sin embargo siguió sola y no solo se quedó aquel invierno, sino el siguiente y el siguiente, hasta que las gentes empezaron a decir que no era natural para una mujer como ella vivir tan alejada y alimentándose de hierbas y bayas. Algunos pensaban que se dedicaba a robar por las noches. Otros que estaba aliada con Él.

—¿El Demonio?

Un trueno retumbó con fuerza. Las mujeres se sobresaltaron.

—¡Vaya una noche para hablar de estas cosas! —exclamó Nóra.

—Sin duda, Nance fue rara desde el principio.

—¿No es hora de comer? ¿Tenéis hambre? Peg, ¿te quedas? No hace noche para andar por los caminos.

A pesar de todo lo que había deseado estar sola durante el duelo de Martín, de pronto Nóra ansiaba compañía. La idea de pasar una noche de tormenta a solas con Micheál le encogió el estómago de miedo.

Peg paseó la vista por la choza vacía y, como si percibiera la preocupación de Nóra, asintió con la cabeza.

—Me quedo, si no te causa trastorno.

—¿Te cojo a Micheál? —se ofreció Brigid.

—Voy a acostarlo. —Nóra dejó al niño en una cuna improvisada a base de ramitas de sauce y paja.

—Le queda un poco grande ya, ¿no? —preguntó Peg—. Se le salen las piernas.

Nóra la ignoró.

—Voy a por la leche y luego nos prepararé algo de comer. —Se oyó de nuevo el trueno por encima de la lluvia y del chisporroteo del fuego de turba

—. Qué noche tan fea.

Peg tocó con suavidad el vientre de Brigid.

—Qué bien que estés aquí con la tía de tu marido y no fuera, en la noche. —Entrecerró los ojos—. El trueno mata los pájaros sin empollar cuando aún están en el cascarón.

—¡Peg O'Shea! No me la asustes con tus exageraciones. —Nóra enganchó una enorme olla llena de agua al garfio que colgaba de la pared del hogar y el humo la hizo pestañear.

—Ve a ver al animal, Nóra. Estará como loca con la tormenta. —Peg se volvió hacia Brigid—. El relámpago estropea la leche. Después de esta noche va a ser difícil hacer mantequilla, y si no, al tiempo.

Nóra miró con severidad a Peg, cogió su capa de la viga y se tapó la cabeza con ella. Salió a la noche con el cubo y se tambaleó cuando el viento repentino y la lluvia le golpearon la cara. Corrió al establo, deseosa de escapar del chaparrón.

La vaca la miró parpadeando en la oscuridad con los ojos redondos de miedo.

—Vamos, Brownie. Tranquila. —Nóra le acarició el flanco al animal, pero cuando cogió la banqueta y dejó el cubo en el suelo, la bestia se sobresaltó y tiró del ronzal—. No pasa nada, chica —canturreó Nóra, pero Brownie gimió. «Tiene el miedo encima», pensó Nóra, y puso una brazada de hierba en la repisa. La vaca lo ignoró, resoplando, y en cuanto Nóra le agarró las ubres se hizo a un lado y dio coces. El cubo rodó por el suelo. Nóra se levantó, irritada.

Fuera centelleó un relámpago.

—Como quieras —murmuró Nóra, y cogió el cubo y se cubrió de nuevo la cabeza con la capa empapada. Volvió con paso vacilante por la oscuridad lluviosa hasta la choza y se detuvo bajo la techumbre para quitarse el barro de los pies. Mientras se limpiaba el talón con el peldaño oyó la voz de Peg, en tono conspirador, procedente del interior.

—Y el pequeño Micheál, míralo. Es un pobre retrasado.

Nóra se detuvo en seco.

—Había oído que Martin y Nóra tenían a un lisiado viviendo con ellos. ¿Es cierto que aún no camina?

Brigid.

A Nóra empezó a latirle el corazón con fuerza.

—¡Dudo que camine nunca! ¡Tiene cuatro años y míralo! Sabía que Nóra y Martin se habían hecho cargo del niño de Johanna y que les llegó hecho un enclenque. Pero ¿esto? Este niño no tiene un gramo de sesera.

—¿Y no ha mandado a buscar al sacerdote?

—¿Para que lo cure? Siempre he pensado que un cura tiene poder solo si quiere usarlo. Pero el padre Healy es un hombre ocupado. Un hombre de ciudad... Seguro que ha vivido casi siempre en Tralee o Killarney. Y no creo que quiera perder el tiempo con un pobre niño de piernas de paja.

Brigid no dijo nada.

—Rezo a Dios para que el mío salga bien.

—Qué Dios así lo quiera. Mantente a resguardo y caliente. Me malicio que este niño empezó a volverse tonto y las piernas y brazos a ponerse como palillos cuando la madre enfermó. Mientras vivía jamás tuve noticia de un niño que no fuera normal.

A Nóra se le cayó el alma a los pies. Un pariente suyo, en su casa, insultando a Micheál. Apoyó la cara contra la puerta y notó el pulso desbocado en la garganta.

—¿Eso te dijo Nóra?

Peg resopló.

—¿A ti qué te parece? Se niega en redondo a hablar de él. ¿Por qué crees que lo tiene aquí como mamá gallina sin que ninguno hayamos sabido de él? ¿Por qué crees que, cuando su marido se acababa de morir, hizo que Peter O'Connor me lo trajera antes de que empezaran las visitas? Casi nadie lo conocía, y aunque nosotros somos familia, yo no había visto despacio a esa criatura hasta estos últimos días. Te imaginarás el susto que me llevé.

—Se avergüenza de él.

—Bueno, desde luego el niño no es normal. Debe de ser una auténtica carga. Su hija muerta, que Dios se apiade de ella, y ahora este enfermo del que tiene que ocuparse ella sola.

—Pero es fuerte. Saldrá adelante.

Nóra miró desde detrás de la puerta que Peg echaba el cuerpo hacia atrás y se pasaba la lengua por las encías.

—Desde luego, arrestos tiene. Nóra siempre ha sido orgullosa. Pero aun así me preocupa. Menuda racha de muertes y sucesos extraños. Primero la hija, luego Martin, y este niño... echado a perder.

—Peter O'Connor estaba diciendo que vio una luz junto al *ráth* de las

hadas a la hora de la muerte de Martin. Dice que cree que se avecina una tercera muerte.

Peg se santiguó y echó otro terrón de turba al fuego.

—Que Dios nos proteja. Aunque peores cosas han pasado.

Nóra dudó. Le caía lluvia por la cara y la humedad del chal le estaba empapando la ropa. Decidió que le daba igual. Se mordió el labio mientras se esforzaba por oír lo que decían.

—¿Estuvo Nance en el duelo de Johanna?

Peg suspiró.

—No. La hija de Nóra se casó con un hombre de Cork hace ya algunos años. Está enterrada allí, en algún lugar cerca de Macroom. Nóra no supo que Johanna había muerto hasta que vino el yerno a dejarle el niño. Qué lástima fue aquello. El marido de Johanna se presentó una noche justo al terminar la cosecha, con Micheál atado a un asno. Dijo que Johanna había muerto de enfermedad y que era viudo. Una enfermedad debilitante, eso dijo. Que se había metido un día en la cama con dolor de cabeza y no se había levantado. Fue apagándose día a día hasta que se marchó del todo. Y él no podía hacerse cargo del niño, y sé que su familia pensó que lo mejor era llevárselo a Nóra y a Martin. Nóra de esto no contó una palabra, pero se rumorea que cuando llegó Micheál estaba medio desnutrido. Un fardelillo de huesos que habría cabido en el ataúd de un muerto de hambre.

«Cómo se atreve —pensó Nóra—. Contando chismes sobre mí el mismo día que he enterrado a mi marido. Haciendo correr rumores sobre mi hija.» Se le llenaron los ojos de lágrimas y se apartó de la puerta.

—La pobreza no es ninguna deshonra. —La voz aguda de Brigid se oyó por encima del sonido del viento—. Todos la hemos conocido.

—Para algunos no lo es, pero Nóra siempre ha sido muy orgullosa. ¿Te has dado cuenta de que nunca habla de los muertos? Mi propio marido hace tiempo ya que fue a reunirse con el Señor y sin embargo hablo de él como si estuviera aquí. De esa manera, sigue a mi lado. Pero cuando Johanna murió, fue como si Nóra se hubiera borrado de la lengua el nombre de su hija. No dudo que esté sufriendo, pero los recuerdos que tenga de su hija los debe de compartir solo con la botella.

—¿Va a beber a la *shebeen*?

—Chis. No sé cómo se consuela Nóra, pero si una mujer encuentra la paz en la bebida, no somos quienes para criticarla.

Aquello era demasiado. Nóra se secó deprisa los ojos y, con la mandíbula tensa, entró en la cocina, la capa y la cara mojadas de lluvia. Cerró la puerta a la tormenta y dejó el cubo en la mesa bajo la ventana, que estaba taponada con paja para que no entrara el frío.

Las mujeres se habían callado. Nóra se preguntó si se habían dado cuenta de que las había oído.

—¿Tenía leche? —preguntó Peg.

—Está asustada. —Nóra se quitó la capa y se acuclilló delante del fuego para calentarse las manos, evitando mirarla.

—Hubo una época en que en este valle sobraba mantequilla —murmuró Peg—. Y ahora todos los animales están secos.

Micheál murmuró y, contenta de tener algo que hacer, Nóra lo sacó de la estrecha cama.

—Qué chico tan grande. Hay que ver cómo pesas.

Peg y Brigid se miraron.

—¿De qué hablabais? —preguntó Nóra.

—Aquí Brigid estaba preguntando por Nance.

—No me digas.

—Sí, no se cansa de oír cosas de ella.

—Pues no os interrumpo. Sigue contando.

A Nóra le pareció ver que las dos mujeres se intercambiaban una mirada de pánico.

—Bueno, pues como estaba diciendo, en aquella época a las gentes les parecía raro que una mujer se alimentara de aire y de dientes de león. Así que fueron a hablar con el cura. No era el padre Healy, sino el cura que hubo antes de él, el padre O'Reilly, que Dios le tenga en su gloria. No quiso saber nada de sus sospechas ni de sus chismorreos. «Dejad tranquila a la pobre mujer», les dijo. Una cosa te digo, Brigid. El padre O'Reilly era un hombre con autoridad, un hombre poderoso para los que no tenían voz propia. Fue él quien insistió a los hombres que le construyeran una cabaña a Nance y quien se los mandaba para que les diera hierbas y curas. Él mismo también iba. Tenía un reuma atroz.

El agua de la olla tembló. Nóra, con los labios apretados de ira, miró la lluvia caer por el agujero de la chimenea y golpear sus costados de hierro.

—Y entonces ¿qué pasó? —Brigid llenó el silencio.

Peg cambió de postura en su asiento y miró a Nóra.

—Pues poco después de que Nance tuviera su choza empezó a hacerse una reputación. Una noche que estuve de traspasada en casa de la vieja Hannah empezamos a contar historias sobre los Buenos. Y Hannah se puso a hablar de un espino encantado, un *sceach gheal*, que habían talado casi entero. Había sido el tío de tu Daniel, Seán Lynch. Por Dios, qué poco conocimiento tiene. Seán entonces era joven y andaba mucho en casa del herrero con otros mozos, haciendo el fanfarrón. Tu tío Seán habló de cortar el espino blanco y los otros le advirtieron que no lo hiciera. No sé cómo, pero su fanfarronada llegó a oídos de Nance Roche. Sabes dónde está el árbol, junto *alráth* de las hadas, ¿verdad? Pues ella vive al lado. Así que una noche Nance fue a casa de Seán, casi los mata del susto a él y a Kate presentándose en la puerta sin avisar, y le dijo que más le valía dejar tranquilo el espino o Ellos irían en su busca. «Es Su árbol —dijo—. No le pongas la mano encima, Seán Lynch, si no quieres sufrir. No se te ocurra hacerle daño.» Bueno, pues Seán se rió y la llamó de todo y ese mismo día fue a cortar el *sceach gheal*. La vieja Hanna dijo que lo vio con sus propios ojos levantar el hacha y dejarla caer con toda su rabia contra el espino encantado. Y así como te lo cuento, resulta que ni rozó el tronco. Seán en cambio casi se parte en dos. Y por eso está cojo.

Llegó un suave gorjeo procedente del suelo y cuando las mujeres bajaron la cabeza vieron a Micheál mirando fijamente las vigas con una sonrisa ladeada.

Nóra miró a Peg inclinarse y examinarle la cara con ojos pensativos.

—Le gustan las historias.

—Sigue, Peg —apremió Brigid. Estaba sentada en el borde del banco y la luz del fuego se le reflejaba parpadeante en la cara.

—Bueno, pues ese fue el principio. Las gentes vieron en lo del hacha la prueba de que Nance tenía saberes mágicos, *fios sigheog*. Empezaron a ir a verla cuando pensaban que los Buenos andaban haciendo encantamientos. Creían que igual Nance había pasado un tiempo con ellos y así había llegado a conocerlos.

—Nunca he conocido a nadie a quien se lo hubieran llevado los Buenos. Nunca he conocido a nadie que hubiera sido raptado. —Brigid se estremeció.

—Escúchame bien, Brigid. Las familias de este valle llevan muchos años aquí. A pesar de que pasa mucha gente por los caminos, no suele haber sitio para desconocidos que no se casan con sangre de su sangre. Nance se instaló aquí con sus hierbas y sus cantos fúnebres y sus manos seguras

cuando le llega a una mujer el momento de parir. Son muchos los que le cogieron miedo después de lo del espino, y son muchos también los que hoy siguen teniéndole miedo, pero los que la necesitan son todavía más. Y mientras la necesiten, seguirá en esa *bóthan* junto al bosque. Mi hombre, cuando vivía, se despertó una mañana con el ojo todo hinchado y no veía nada por él. Fue a visitar a Nance y esta le dijo que las hadas le habían hecho un encantamiento. Dijo que debían de haberlo sorprendido en el camino y que no tenía derecho a estar allí, así que le robaron la visión del ojo que las había visto. Dijo que le habían escupido en él mientras dormía. Pero que ella tenía el remedio. Le puso una hierba en el ojo, *glanrosc* creo que se llamaba, y así le curó el esputo de las hadas. No sé si Nance ha sido raptada o no por las hadas, pero de lo que no hay duda es de que tiene un don. Lo que no podemos saber es si se trata de un don divino o un regalo de los Buenos.

—¿Estará Nance cuando me llegue el momento de parir a mí?

—Desde luego que estará.

Nóra le tendió a Micheál a Brigid y dijo con frialdad:

—Cógelo mientras preparo la cena.

Brigid se colocó torpemente al niño contra la curva del vientre. Como si notara que estaba con una desconocida, Micheál se puso rígido y extendió los brazos a ambos lados del cuerpo. La boca se le torció en un gesto de descontento.

—Le gustan las plumas —dijo Nóra echando patatas en la olla de agua hirviendo—. Toma. —Cogió una pluma pequeña que se le había escapado al gallo y flotaba en la habitación con la corriente—. Martin siempre le hacía cosquillas.

Brigid cogió la pluma y acarició con ella la mejilla con hoyuelos del niño. Este rió y se le aceleró la respiración. Brigid rió con él.

—¿Habéis visto?

—Es un buen augurio —dijo Peg señalando a los dos con la mano.

A Nóra se le borró la sonrisa.

—¿Un buen augurio de qué?

Peg cogió el atizador de hierro y avivó el fuego con gesto distraído.

—¿Es que te has vuelto sorda? ¿Un augurio de qué?

Peg suspiró.

—Un augurio de que todavía es posible que Micheál y tú salgáis adelante.

Nóra apretó los labios y terminó de echar las patatas en el agua hirviendo. Cuando le salpicó la cara hizo una mueca.

—Solo queremos lo mejor para el niño —murmuró Peg.

—¿Ah, sí?

—¿Se lo has llevado a Nance, Nóra? —La voz de Brigid era vacilante—. Estaba pensándolo ahora mismo, igual es que está hechizado.

El silencio llenó la choza.

De pronto, Nóra se sentó en el suelo. Se tapó la cara con el delantal y respiró con un escalofrío mientras reconocía el olor a estiércol de vaca y a hierba mojada.

—Vamos —dijo Peg—. Este un día difícil para ti, Nóra Leahy. No hemos hecho bien en decir esas cosas. Que Dios bendiga al niño y que al crecer se convierta en un gran hombre. Como Martin.

Al oír el nombre de su marido, Nóra gimió. Peg le puso una mano en el hombro, pero Nóra se apartó.

—Perdónanos. Nuestra intención era buena. *Tig grian a n-diadh na fearthana*. A la lluvia siempre le sigue el sol. Pronto llegarán tiempos mejores, ya verás.

—Ten fe. La ayuda de Dios siempre está más cerca que la puerta —añadió Brigid.

Las vigas crujieron con la fuerza del viento. Micheál seguía riendo.

CAPÍTULO TRES

HIERBA CANA

La fiesta de Todos los Santos, Samhain, llegó al valle anunciada por un viento que traía olor a hojas de roble en descomposición y el tufo avinagrado de las manzanas caídas. Nóra oyó los gritos alegres de los chiquillos que correteaban junto a los muros vestidos de zarzas de los prados, arrancando las últimas bayas jugosas antes de que la noche enviara a la *púca* a envenenarlas con su aliento. Salían de las zanjas en la paz brumosa del crepúsculo igual que una cuadrilla de bandidos, con las manos y la boca manchadas de púrpura. Nóra los miró subir las laderas hacia sus casas, algunos de los niños vestidos de niña para engañar a las hadas. Era una noche peligrosa para estar a la intemperie. Noche de espíritus. Los muertos estaban cerca y los seres atrapados entre el Cielo y el Infierno pronto deambularían por las frías margas.

«Ya vienen —pensó Nóra—. De las tumbas, de la oscuridad y la humedad. Vienen en busca de la luz de nuestros fuegos.»

El cielo se apagaba. Nóra vio a dos muchachos apremiados a entrar en casa por su nerviosa madre. No era momento de tentar al Diablo ni a las hadas. En la noche de Samhain desaparecían personas. Se esfumaban niños pequeños. Eran atraídos a fortines y turberas y laderas de montañas mediante música y luces y sus padres nunca volvían a verlos.

Nóra recordó, de cuando era niña, el miedo y los comentarios cuando un hombre del valle no regresó al pegujal de su familia una noche de Samhain. Lo encontraron a la semana siguiente, desnudo y sangrando, acurrucado en el suelo y sujetando un manojito de hierba cana. Había sido raptado, su madre le había dicho. Llevado a vagar con las hadas hasta que llegó el alba con una tenue luz y lo abandonaron. Sentada en sombras, Nóra había escuchado a los adultos hablar en frenéticos susurros alrededor del hogar de sus padres. Pobre hombre, encontrado en ese estado. Su madre se moriría de la vergüenza. Un hombre hecho y derecho tiritando y balbuceando sobre el bosque como un

pobre desgraciado.

—Me raptaron —había murmurado a los hombres del valle mientras lo llevaban a casa cubierto con un gabán y apoyado en sus pacientes hombros para ayudarlo a caminar—. Me raptaron.

La noche siguiente hombres y mujeres habían quemado la hierba cana de los prados para privar a los Buenos de su planta sagrada. Nóra aún recordaba la escena: hogueras diminutas ardiendo en la bajada del valle, parpadeando en la oscuridad.

Los hermanos habían llegado a su choza y Nóra miró cómo su madre cerraba la puerta detrás de ellos. Tras una última y dilatada mirada al bosque y a la luna con forma de guadaña que subía por el cielo, se santiguó y entró.

Su casa le pareció más pequeña después de estar un rato fuera. Se quedó en el umbral y miró todo lo que le quedaba en el mundo. Cómo había cambiado durante ese mes desde que Martin murió. Qué vacío parecía. El primitivo hogar, el humo de viejas hogueras que ennegrecía la pared dibujando una estrecha sombra de hollín. La olla de cocer patatas colgando de su gancho y el *skid* de mimbre para ponerlas apoyado contra la pared. La mantequera junto a la ventana taponada con paja y, debajo, la mesita con dos míseras tazas y cuencos para la leche y la nata. Incluso los tesoros que conservaba de su dote —la caja de sal en la pared, el sello para mantequilla, el banco que se hacía cama con el asiento gastado del uso— resultaban deprimentes. Era una casa de viuda. El tabaco y la pila de Martin en el agujero del hogar para guardar cosas ya estaban cubiertos de una película de ceniza. Los tajuelos no tenían quien se sentara en ellos. Los juncos del suelo se habían secado y deshecho bajo las pisadas, su lozanía largo tiempo marchita a falta de motivo para sustituirlos por otros frescos. No había señales de vida a excepción del fuego que ardía perezoso, el murmullo de las gallinas amontonadas en la gallera y el sueño inquieto de Micheál dormido sobre un montón de brezo en un rincón.

«Se parece a Joanna —pensó Nóra—, examinando el rostro de su nieto.»

Dormido, el niño tenía un aspecto intolerablemente plácido, exangüe y céreo. Tenía la misma arruga que su padre entre el mentón y el labio inferior que hacía sobresalir su boca en una mueca húmeda, pero el pelo era de Johanna. Rojizo y hermoso. A Martin le encantaba. En un par de ocasiones Nóra había entrado en la habitación y había encontrado a su marido sentado con el niño, acariciándole el pelo igual que solía hacer con su hija.

Apartó los finos mechones de la frente a Micheál y, por un instante,

cegada por el humo, imaginó que era Johanna. Si entrecerraba los ojos lo bastante, le parecía ser de nuevo una joven madre mirando dormir a su niñita. Tenía el pelo cobrizo y suspiraba en sueños. El único hijo de Nóra que respiró y se aferró a la vida al nacer. Una niñita dócil de pelo como plumón.

Recordó lo que había dicho Martin la noche que nació Johanna, tambaleándose después de una noche sin sueño y llena de whisky, eufórico y mareado. «Dientecillo de león —había dicho, acariciando el pelo finísimo de Johanna—. Ten cuidado o vendrá el viento a llevarte y esparcirte por las montañas.»

Le vino a la cabeza un dicho: «Es más fácil esparcir que recoger».

Nóra sintió una opresión repentina en el pecho. Su niñita y su marido habían muerto. Esparcidos por el aire, inalcanzables. Habían ido a reunirse con Dios, a lugares donde ella, ya vieja y demasiado llena de huesos, abrumada por el peso de los años, debía haberse marchado hacía tiempo. Oyó su propio sollozo ronco en la garganta y apartó la mano de Micheál.

Su hija debería seguir viva. Debería estar tal y como Nóra la había encontrado cuando Martin y ella caminaron un día entero hasta la casa de Tadgh, a la choza donde vivía Johanna en los páramos, la primera vez que la veía desde su boda. La había encontrado rebosante de felicidad, aguardando al final del sendero con el tojo en flor y el cielo, lleno de luz, de fondo, su hijo en brazos. Cómo había sonreído al verlos. Orgullosa de ser esposa. Orgullosa de ser mujer.

—Este es el pequeño Micheál —había dicho, y Nóra había cogido al niñito en brazos y había pestañeado con fuerza para contener las lágrimas. ¿Cuántos años tenía el niño entonces? No más de dos. Pero crecía sano, y pronto estuvo trotando detrás del lechón que correteaba entre chillidos por el suelo húmedo de la estrecha cabaña.

—Por mi bautizo, que es clavado a ti —había dicho Martin.

Micheál le había tirado a Johanna de la falda. «¿Mami?» Y Nóra había mirado a su hija colocárselo contra la cadera con maña y hacerle cosquillas debajo de la barbilla hasta que gritó de alegría.

—Cómo pasa el tiempo —había murmurado Nóra, y Johanna había sonreído.

—Más —había pedido Micheál—. Más.

Nóra se sentó apesadumbrada en el taburete y miró al niño, que ahora se parecía muy poco al nieto que recordaba. Miró su boca, entreabierta en

sueños, los brazos sobre la cabeza, las muñecas extrañamente retorcidas. Las piernas que no soportaban el peso de su cuerpo.

«¿Qué te pasó?», se preguntó.

El silencio de la casa era atroz.

Desde la muerte de Martin, Nóra había tenido la impresión de estar haciendo tiempo hasta que volviera y, a la vez, estaba destrozada porque sabía que no sería así. Seguía pendiente de la ausencia de sonidos. No había silbido mientras Martin se ponía las botas, no había risas. Sus noches estaban vacías de sueño. Toleraba esas horas crueles hecha un ovillo en la depresión que el cuerpo de Martin había hecho en la paja cuando estaba vivo hasta que casi lograba imaginar que la estaba abrazando.

No tenía que haber sido así. Martin estaba sano. Sí, era un hombre que se hacía mayor, desde luego, igual que ella, pero que soportaba los inviernos con la espalda erguida, que tenía piernas firmes con músculos fibrosos propios de un granjero. Su cuerpo no se había marchitado. Aunque el pelo se le había vuelto gris y Nóra había visto cómo los años y el clima le moldeaban la cara —igual que la suya, suponía—, parecía lleno de vida. Nóra pensaba que los sobreviviría a todos. Había imaginado su propia muerte con él a su lado, paciente, atento. En ocasiones, cuando su estado de ánimo era sombrío, lo había imaginado en su funeral, echando barro a su ataúd.

Durante el velatorio las mujeres le habían dicho que la pena se mitigaría. Nóra las odió por decir aquello. Había un vacío, ahora lo comprendía. ¡Cómo podía no haberlo notado en todos aquellos años! Un mar de soledad que entonaba un canto de sirena a quienes han perdido a sus seres queridos. Qué dulce sería ceder a él y ahogarse. Qué fácil, precipitarse al abismo. Qué paz.

Había creído que nunca superaría el dolor de aquella tarde de verano cuando apareció Tadgh, la mirada inexpresiva y el pelo salpicado de oro por la paja de la cosecha.

«Johanna está muerta —había dicho—. Mi mujer ha muerto.»

Johanna, la niña diente de león, desaparecida como un milano en el viento y, cuando Nóra notó el campo de avena crecer a su alrededor y se le cayó la hoz de las manos pensó: «Se acabó. Ha subido la marea y voy a dejar que me lleve».

De no haber sido por Martin... Este había encontrado consuelo en Micheál, ahora un expósito huérfano de madre que Tadgh había traído en un cesto de turba. Martin había urgido a Nóra a que se hiciera cargo del niño, a que alimentara con leche su boca llorona y vacía. Martin le había querido.

Había encontrado en él una razón para ser feliz.

—Parece un moribundo —había dicho Nóra aquella noche cuando se sentaron, ahogados en la pena. El sol del tiempo de cosecha se estaba poniendo y habían dejado la puerta entornada para dejar que el atardecer rosa se esparciera por la habitación.

Martin había cogido al niño del canasto y lo había sostenido como si fuera un pájaro herido.

—Está famélico. Mírale las piernas.

—Tadgh dice que ya no camina. Que lleva sin hablar seis meses o más.

El tenso niño se calmaba con el abrazo de su abuelo.

—Llamaremos al médico y haremos que se ponga bueno. Nóra, ¿me oyes?

—No podemos pagar a un médico.

Recordó las manos anchas de Martin, la ternura con que acariciaba el pelo al niño. La roña bajo los ásperos callos de las manos. Había tranquilizado a Micheál de la misma manera que apaciguaba los caballos cuando se asustaban, hablándole con suavidad. Incluso aquella noche, atravesado por el dolor de la pérdida de su hija, Martin había estado sereno.

—Traeremos a un médico, Nóra —había dicho. Solo entonces se le había quebrado la voz—. Lo que no pudimos hacer por Johanna lo haremos por su hijo. Por nuestro nieto.

Nóra miró el taburete vacío en que su marido se había sentado aquella noche de verano.

¿Por qué no se habría llevado Dios a Micheál? ¿Por qué dejar un niño deforme en lugar de un hombre bueno, de una mujer buena?

«Estamparía a este niño contra la pared si eso me devolviera a Martin y a mi hija», pensó Nóra. La idea la horrorizó en cuanto le vino a la cabeza. Miró al niño dormido y se persignó, avergonzada.

No, aquello no era buena idea. Quedarse sentada junto al fuego sumida en pensamientos oscuros, aquella no era forma de dar la bienvenida a los muertos. En una casa así no podía recibir al espíritu de su hija ni al alma de su hombre, que Dios se apiadara de ellos.

Mientras Micheál dormía, Nóra se levantó y llenó la olla con agua del cubo del pozo y echó todas las patatas que podía permitirse. Una vez las puso a hervir, dispuso taburetes alrededor del hogar: el de Martin, más cerca del fuego, y otro para Johanna, a su lado. Puede que ya no estuvieran, pensó,

pero con la gracia de Dios podrían visitarla una noche al año.

Cuando las patatas estuvieron blandas, las escurrió en el colador de mimbre y roció la pulpa caliente con un chorrito de agua salada. Comió unas pocas, quitándoles la piel lo más deprisa que podía y metiéndolas en el agua para que se enfriaran y cogieran sabor. Luego sacó la pipa de Martin del vano de la pared, le sacudió el polvo a la cazoleta y sopló por la boquilla para limpiar el caño. La dejó en su taburete.

Mientras se movía por la habitación, quitando telarañas de las vigas bajas y enderezando la cruz junto a la ventana, se permitió acordarse de nuevo de cuando su hija era pequeña y todos vivían como una familia. Recordó los primeros años, cuando Johanna todavía tenía mejillas suaves y jugaba con los frutos secos de los árboles silvestres: avellanas, bellotas, castañas. Pensó en las lámparas que hacían con patatas; Martin las vaciaba y se las daba a Johanna para que tallara caras. Agujeros a modo de ojos. Bocas abiertas.

Para cuando terminó los preparativos para el Samhain, los sonidos habituales del atardecer, los mugidos de las vacas y los gritos y llamadas de los hombres que volvían a sus casas después de la jornada se habían apagado hacía tiempo, y todo estaba tranquilo y en silencio a excepción del crepitar del fuego y de la respiración pausada de Micheál. Nóra sirvió vasos de suero de leche para Martin y Johanna y el ulular repentino de una lechuza fuera la sobresaltó. Dejó las tazas de madera junto a los taburetes y se arrodilló para decir sus oraciones nocturnas. Dejó prendidas las velas de junco y a su nieto dormido y se fue a la cama con una botellita de *poitín* de la que bebió a sorbos hasta que sintió que el calor del licor se fundía con su cuerpo. El fuego vivo que había ardido toda la tarde había secado el aire en la casa y, arropada por él, Nóra se sumió en un sueño profundo y exhausto.

Era medianoche cuando oyó el ruido. Un golpe ahogado, como de un puño contra un pecho. Se sentó en la cama con la cabeza a punto de estallar. No era Micheál. El ruido había venido de fuera. Sin duda no lo había imaginado.

Miró hacia la habitación principal y al hogar y distinguió la silueta dormida de su nieto. La turba ardía, roja. La oscuridad era color vino.

Oyó de nuevo el ruido. Había alguien fuera. Alguien quería entrar. Algo golpeó contra la techumbre de paja, como si hubieran tirado una piedra.

El pulso se le aceleró.

¿Sería Martin? ¿Johanna? Nóra tenía la lengua seca de miedo. Apoyó los pies en el suelo, se levantó y paseó la vista por la habitación, tambaleándose. Estaba borracha.

Hubo un nuevo ruido. Un tintineo, como de una uña golpeando un cubo de hojalata. Fue a la habitación principal. No había nadie.

Otro golpe. Nóra dejó escapar un suave gemido. Deseó no haber bebido. Se oyó una risa.

—¿Quién está ahí? —dijo con un hilo de voz.

Otra risa ahogada. Risa de hombre.

—¿Martin? —susurró.

—¡Noche de difuntos! ¡Un penique para las ánimas! ¡La puerta ábreme, o llamaré y llamaré!

Alguien aporreó la pared de barro de la choza.

Nóra abrió la puerta de par en par. A la luz de la luna alta y esbelta distinguió tres hombres de pie con las caras tapadas por máscaras de tosca tela. Tenían agujeros a la altura de los ojos, lo que les daba una expresión amenazadora. Nóra retrocedió asustada cuando el hombre que estaba en medio entró en la choza, riendo.

—¡Noche de difuntos!

Hizo un paso de baile torpe y sacudió el collar de cáscaras de avellana que llevaba alrededor del cuello. Sus acompañantes rieron detrás de él, pero las risas se apagaron cuando Nóra se echó a llorar. El bailarín dejó de bailar y se quitó la máscara y Nóra vio que era John O'Shea, el nieto de Peg.

—Viuda Leahy, soy...

—¡Malditos seáis todos! —Nóra estaba pálida.

John se volvió a sus acompañantes, que estaban boquiabiertos.

—Vete, John —dijo Nóra furiosa.

—No queríamos asustarte.

Nóra dejó escapar una risa breve y cortante. Los otros chicos se quitaron las máscaras y miraron a John. Todos eran muchachos del valle. No eran su marido. Ni su hija. Solo muchachos traviosos, enmascarados.

—Así que ahora te dedicas a asustar viudas, John. —Nóra temblaba igual que un álamo.

John pareció incómodo.

—Es Samhain. Queremos pasteles de santo.

—Y dinero —murmuró su amigo.

—Era solo para divertirnos un rato.

—¿Y os estáis divirtiendo, muchachos? —Nóra levantó la mano como si fuera a abofetearlos y los jóvenes se agacharon y retrocedieron hacia la puerta abierta—. Menudos granujas. ¡Acosando mujeres recién enviudadas en plena noche! ¡Despertando a gentes de bien con vuestros juegos impíos!

—¿Se lo vas a contar a la abuela? —John retorció la máscara con las manos.

—Desde luego que Peg se va a enterar. Y ahora, ¡largo! —Nóra cogió un taburete y se lo lanzó mientras salían corriendo hacia la noche. Cerró la puerta con violencia, echó el pestillo y reclinó la cabeza contra ella. Por un dulce instante había creído que eran Martin y Johanna los que estaban a su puerta. Se dio cuenta de que había estado imaginando sus caras como una estúpida. La conmoción de ver a aquellos muchachos con las máscaras la había trastornado, pero lo más doloroso era la esperanza truncada.

«Soy una vieja borracha que llora a unos espíritus que no van a venir», pensó.

Micheál se había despertado. Gemía en su cama de brezo, los ojos redondos y oscuros. Nóra fue tambaleante hasta él y se desplomó en el suelo. Le acarició la cabeza y trató de cantarle como hacía Martin, pero la canción era lúgubre y la voz se le quebraba a cada palabra. Por fin se puso en pie y cogió el tabardo de su marido de la cama. Se envolvió con él y, aspirando el olor a uña de caballo quemada, se desplomó de nuevo en el suelo al lado de Micheál.

—Dios y María te guarden, Nance.

Nance levantó la vista del cuchillo y vio una figura en la puerta envuelta en un chal.

—¿Vieja Hanna?

—Y más vieja con cada día que pasa.

—Entra y sé bienvenida. —Nance la acompañó a un taburete junto al fuego—. ¿Vienes por algo tuyo?

La mujer se sentó con un gruñido y negó con la cabeza.

—Es por mi hermana. Tiene fiebre.

Nance le ofreció una taza de leche fresca e hizo un gesto con la cabeza.

—Bebe. Cuéntame qué tiempo lleva enferma y si come.

—No come nada, pero bebe un poco de agua. Suda y tiritita como si

tuviera mucho frío. Pero tenemos el fuego vivo y ella está muy caliente.

—Puedo darte un remedio.

—Te lo agradezco. —Hanna dio un sorbo de leche y señaló el cuchillo que Nance tenía en la mano—. No te dejes trabajar.

—Solo estaba cortando cardos. Para las gallinas. Además, curar la fiebre es mi trabajo. —Nance dejó el cuchillo y fue a un rincón de la habitación, donde cogió un saquito de tela. Desató el cordón de cuero que lo cerraba y, con las yemas de los dedos, echó con cuidado la hierba que contenía por el cuello de una botella de cristal marrón mientras murmuraba entre dientes.

—¿Qué es eso? —preguntó Hanna cuando la botella estuvo llena y Nance hubo terminado su ensalmo.

—Reina de los prados.

—¿La curará?

—Echa las flores secas a la olla hirviendo en cuanto llegues a su casa. Que beba tres sorbos de la superficie y estará como nueva.

—Gracias, Nance. —Hanna estaba aliviada.

—Pero no te des la vuelta hasta que no llegues al sendero. No mires la Tumba del Gaitero ni el espino blanco, o la botella se vaciará.

Hanna se puso seria.

—Muy bien.

—Y ahora, termínate la leche y ve con Dios.

La mujer apuró el vaso, se limpió la boca con el dorso de la mano y cogió la botella.

—Recuerda lo que he dicho: no mires atrás.

—Muy bien, Nance. Y que Dios te bendiga.

Nance acompañó a Hanna a la puerta y le dijo adiós con la mano.

—Tapa la botella con la mano.

Esperó en la puerta y miró a la mujer dejar el bosque hasta el valle habitado, la vista fija en el suelo y el chal bien cerrado alrededor de la cabeza, como para impedir así mirar de reojo siquiera el *ráth* de las hadas y el espino, en cuyas ramas brillaban bayas rojas relucientes como la sangre.

No era frecuente que las mujeres acudieran a ella en busca de remedios de hierbas. La mayoría de las mujeres del valle sabían lo suficiente para curar las afecciones y contusiones cotidianas de los vivos: miel silvestre para el ojo inflamado y con costra, consuelda para el dolor de huesos, milenrama en la nariz para hacerla sangrar y aliviar el dolor de cabeza. Nance sabía que las

gentes visitaban a John O'Donoghue para cirugías más violentas, que confiaban en su fuerza de herrero para que les arrancara dientes podridos o les colocara un hombro dislocado. A ella acudían solo cuando sus emplastos de estiércol de ganso o sus infusiones de helecho rey no lograban detener una infección o mitigar una tos. Acudían a ella solo cuando el pánico amenazaba con desbocarse, cuando sus hijos seguían inertes en sus brazos o sabían que la enfermedad que padecían era más poderosa que el diente de león rojo o la centella asiática o la lengua salada de un zorro.

«Esta vez es otra cosa», decían, mostrando un pie torcido o respirando con los pulmones congestionados. «Es el mal de ojo —decían—. Son los Buenos.»

Quienes venían en busca de remedios de hierbas eran casi siempre hombres. Los que trabajaban en los campos y estaban menos acostumbrados a ver su propia sangre. Los que no se fiaban del médico o no podían permitirse sus tinturas con etiqueta. Hombres de la tierra a los que les gustaba ver sus dolencias tratadas con hierbas con las que habían jugado de niños y por una mano arrugada como la de la abuela que recordaban junto al fuego en su infancia.

Pero Nance sabía que la mayoría de sus pacientes no iban en busca de hierbas. Los que tenían cuerpos heridos llegaban a la luz del día y acompañados de un familiar. Los que buscaban otra clase de consejo, los que tenían un problema grave, los que no sabían identificar la causa de su sufrimiento llegaban en las horas cambiantes del amanecer y el crepúsculo, cuando había tiempo para el secreto y nadie los echaría en falta. Llegaban solos, envueltos para protegerse del frío, las caras cenicientas de preocupación. Nance sabía que no eran sus frascos de infusiones ni sus mezclas de hierba cana y sebo, sino aquellas visitas por lo que le permitían vivir en aquella choza. Querían su tiempo. Querían su voz y sus manos en las suyas. En su vejez y en su soledad veían la prueba de su capacidad de sanar.

Nance aspiró profundamente el fresco aire de otoño y, después de saludar con la cabeza el *ráth* de las hadas volvió dentro, con sus cardos.

Nóra salió temprano hacia la feria de Killarney, con un cesto colgado del brazo donde llevaba sus zapatos para protegerlos del barro del camino. Mientras caminaba, la oscuridad dio paso a un día tenso y las grajillas gritaban a la mañana de noviembre.

Qué extraño pensar que volvería a casa con una desconocida. Alguien

con quien vivir y hablar, y con quien compartir el calor de la lumbre. Alguien que quizá la ayudara a hacer más llevaderos los largos días de invierno hasta que regresara la primavera con su consuelo de trinos de pájaros y faenas.

Había sido Peg O'Shea quien le dio la idea de contratar a una criada. Después de la noche de Samhain, el dolor de Nóra se había transformado en indignación y se había presentado hecha una furia en la choza de Peg.

—Tengo ganas de darle una tunda a tu chico, John —había anunciado—. Rondando por ahí después de oscurecido, metiendo miedo a viudas y niños y no dejándome dormir. Aquí estoy, con mi marido recién enterrado, sola con mis sobrinos para trabajar la tierra... Solo me faltaban John y los granujas de sus amigos aporreando mi puerta, enmascarados.

Nóra hizo una mueca al recordar las cosas que le había dicho a Peg.

—Ese necio va a terminar en la horca. ¿Es que quiere verme enterrada? ¿Era eso lo que buscaban con su maldad?

—Pues claro que no. —Peg le había cogido una mano a Nóra y la había estrechado con suavidad entre las suyas—. Te voy a decir una cosa: esos muchachos no asustan solo a las viudas. Es una suerte que llevaran puestas las máscaras, porque si no, habrías gritado más fuerte. ¿Le has visto la cara a nuestro John? Igual que una loncha de tocino a punto de pudrirse. Deberías ver cómo corren las muchachas cuando le ven. Ay, Nóra, vamos. Si somos familia. Hablaré con él.

Entonces fue cuando Peg aconsejó amablemente a Nóra que se buscara alguna clase de compañía. Cuando esta puso mala cara a su sugerencia de irse a vivir con Daniel y Brigid, la anciana la había animado a que contratara a alguien en la feria de los mozos de noviembre.

—Coge una chica para que pase contigo el invierno —había dicho—. Te sería de gran ayuda, sobre todo con Micheál. Te será difícil cuidar sola de un inválido. Antes era tu hombre el que trabajaba en los campos y hacía recados mientras tú te quedabas en casa cuidando del niño, ¿no? ¿Y qué vas a hacer ahora cuando tengas que salir a vender huevos y mantequilla?

—Puedo vendérselos a los que vengan a buscarlos.

—¿Y cuando tengas que ir a los campos en verano? ¿A hacer el trabajo de dos para mantener un techo sobre tu cabeza?

—Ahora no puedo pensar en el verano.

—Entonces dime, Nóra, ¿crees que es buena idea pasar sola los días de oscuridad? Hay muchachas del norte con familias que se mueren de hambre.

¿No te alegraría saber que estás acogiendo a una? ¿No te reconfortará tener un alma más en casa durante el invierno?

Lo que Peg había dicho tenía sentido. Más tarde aquel día, llorando desconsolada en la cama mientras el niño aullaba junto al fuego mortecino, Nóra comprendió que se hundía. No era como Martin. Su nieto no le proporcionaba ningún consuelo, era una carga. Necesitaba alguien que pudiera tranquilizar a ese niño llorón, que la ayudara a salir a flote cuando la golpearan las olas de dolor. Alguien que no fuera del valle, que no hiciera circular chismes entre los vecinos sobre las piernas marchitas de Micheál, que no contara que tenía la cabeza extraviada.

Había quince kilómetros a Killarney por terreno abrupto y pantanoso, manchado de otoño, entre pequeñas chozas de barro acurrucadas junto a la carretera, el sonido de gallos y gallinas dentro esperando a que los dejaran salir. Carretones abiertos sin varales tirados por asnos adelantaron traqueteando a Nóra y esta se pegó a las zarzas y el acebo para dejarlos pasar. Los hombres la saludaron con la cabeza, las bridas en la mano, mientras sus mujeres de ojos somnolientos y envueltas en chales miraban más allá del páramo, hacia las montañas en el horizonte: Magerton, Crohane, Torc, su familiar mole púrpura dibujada contra el cielo.

Nóra agradeció salir de casa, las horas de caminata que le permitirían despejarse y respirar aire fresco. Desde que Martin había muerto había permanecido encerrada en su choza, negándose a unirse a las reuniones nocturnas para contar historias y cantar, como había hecho en otro tiempo. No le gustaba reconocerlo, pero estaba resentida con las otras mujeres del valle, sus muestras de compasión le resultaban empalagosas y falsas. Algunas se habían presentado a su puerta con comida y ofertas de pésame y de distracción, pero Nóra, avergonzada de Micheál, se había negado a invitarlas a entrar y sentarse junto al fuego. Desde entonces, con las maneras cruelmente imperceptibles de las mujeres adultas, las esposas del valle había ido poco a poco privándola de su compañía. Su exclusión no tenía nada de evidente. Seguían saludándola cuando se encontraban en el pozo casi todas las mañanas, pero tenían una manera de buscarse las unas a las otras que hacía a Nóra sentirse rechazada. No se fiaban de ella, lo sabía. Las personas que no salían de sus casas tenían algo vergonzoso que ocultar: heridas, pobreza, enfermedad.

Debían de saber lo de Micheál, pensaba Nóra. Debían de sospechar que no era normal.

La atención constante que exigía su nieto la agobiaba. La ponía nerviosa. La noche anterior había intentado animarlo a caminar, sujetándolo de manera que sus pies rozaran el suelo. Pero el niño había echado la cabeza atrás dejando ver su larga y pálida garganta y los afilados huesos de las clavículas y gritado como si le estuvieran clavando alfileres en los talones. Quizá debía verlo un médico otra vez. En Killarney había muchos, lo sabía, pero acostumbrados como estaban a los bolsillos profundos de los turistas que visitaban los lagos, dudaba que quisieran examinar a Micheál por el dinero que podía permitirse ella. Y el primer médico que le había visto no había podido hacer nada por él. Sería quitarse la comida de la boca y para nada.

No. En el valle a los enfermos se los trataba con la clásica combinación de sacerdote, herrero o cementerio.

«O Nance», dijo una vocecilla en su cabeza.

Killarney bullía de ruidos y humo. Las calles Nueva y Mayor rebosaban de menesterosos y niños mendigando medio penique y los edificios que se alineaban a lo largo de las muchas calles sucias estaban amontonados y resultaban agobiantes. Los que habían ido a vender sus productos peleaban por hacerse un hueco entre comercios de muebles de madera de madroño, tonelerías y curtidurías, carretas que circulaban demasiado cerca de tálburis, barriles y sacos. Aunque la mayoría de los granjeros habían ido a contratar braceros para el invierno, había personas vendiendo lechones nacidos en otoño y vacas pequeñas y cornudas que avanzaban despacio calle arriba convirtiendo el suelo en barro. Las calles sin asfaltar estaban salpicadas de charcos relucientes y el aire era limpio. Los hombres llevaban a la espalda cestos de turba cortada en las turberas negras junto a las montañas en verano y las mujeres vendían patatas, mantequilla y salmones pescados en los ríos. El aire tenía la promesa fresca del invierno y prestaba urgencia al ambiente festivo. Todo tenía que estar vendido, comprado, apilado y almacenado y enterrado antes de que la tierra apretara los dientes por la escarcha y el viento. Los granjeros más prósperos balanceaban sus bastones de espino y se compraban zapatos, y jóvenes envalentonados por el alcohol los seguían de cerca, con ojos y varas de fresno ávidos de gresca. Las mujeres contaban huevos en cestas de paja tocando con cuidado las cáscaras color crema y en todas las calles y en cada esquina oscura los que se ofrecían para trabajar esperaban en silencio.

Se mantenían apartados de los carros y el género y miraban atentos a todos los hombres y mujeres que pasaban. Había más chicos que chicas, algunos de solo siete años, tiritando muy pegados los unos de los otros con actitudes de esperanza o de rebeldía. Todos llevaban un objeto que indicaba que buscaban trabajo: un fardo con ropa o comida, o un haz de leña. Nóra sabía que algunos de los fardos estaban vacíos. Las madres y los padres estaban detrás de sus hijos más pequeños y sus ojos iban de un granjero a otro. Hablaban en nombre de sus hijos y, aunque Nóra no podía oír lo que decían, por sus sonrisas firmes sabían que hablaban de trabajadores honrados de constitución fuerte. Las madres apretaban los labios y asían con fuerza los hombros de sus hijos. Pasaría mucho tiempo hasta que se volvieran a ver.

Reparó en una mujer de piel cenicienta que estaba junto a una niña de doce o trece años. La niña iba encorvada y tosía con el resuello viscoso propio de los enfermos. Nóra observó cómo la madre, al ver acercarse a un hombre, le tapaba con suavidad la boca a la hija para amortiguar el sonido y la ayudaba a erguirse. No contrataron a la muchacha enferma. Nadie quería llevar el infortunio a sus casas. Nadie quería tener que pagar el ataúd de un desconocido.

De pronto, una muchacha alta y de cara consumida que estaba algo apartada de los otros chiquillos, con un fardo debajo de un brazo, llamó la atención de Nóra. Estaba recostada contra una carreta con el ceño fruncido mirando a un granjero inspeccionar los dientes de un joven pelirrojo que se ofrecía como bracero. Había algo atractivo en la muchacha, en su frente tan pecosa y su espalda ligeramente encorvada, como si se resistiera a seguir creciendo. No era bonita. Nóra sintió una simpatía extraña por ella.

—Buenos días.

La muchacha levantó la vista y de inmediato se separó del carro y se puso recta.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Nóra.

—Mary Clifford —Tenía la voz grave y ronca.

—Dime, Mary Clifford, ¿buscas trabajo?

—Sí.

—¿Y de dónde eres? ¿De dónde es tu familia?

—De cerca de Annamore. Junto a las turberas.

—¿Y cuántos años tienes?

—No lo sé, señora.

—Yo diría que catorce.

—Sí, señora. Catorce, estoy segura. Y, si Dios quiere, el año que viene quince.

Nóra asintió. Había pensado que la muchacha sería mayor, dada su estatura, pero catorce era una edad mejor. Aún no pensaría en casarse.

—¿Tienes hermanos?

—Tengo, señora. Ocho.

—Y tú eres la mayor, ¿verdad?

—De las hermanas. Ese es mi hermano. —Señaló al otro lado de la calle al joven pelirrojo. El granjero que estaba con él le había quitado la gorra y le estaba inspeccionando la cabeza. Le miraron pasar las manos ásperas por el cuero cabelludo del muchacho y empujarle la cabeza de un lado a otro en busca de piojos. El muchacho tenía las mejillas rojas de humillación.

—¿Y están aquí tu padre o tu madre?

—Hemos venido mi hermano y yo solos. —Se interrumpió—. Madre y padre están cuidando de los enfermos y trabajando.

—¿Estás sana? ¿Ha habido enfermedades en tu casa?

La joven se sonrojó.

—Estoy sana, señora. —Abrió la boca para enseñarle los dientes a Nóra, pero esta negó con la cabeza, incómoda.

—Dime, Mary, ¿sabes ordeñar y hacer mantequilla?

—Sí, y tengo buena mano. —Extendió las palmas como si Nóra fuera a ver prueba de ello en sus nudillos hinchados, en la piel endurecida de las yemas de los dedos.

—¿Y estás acostumbrada a cuidar niños?

—Siempre he ayudado a madre con los pequeños. Como somos ocho... —La chica dio un paso adelante como si temiera perder el interés de Nóra—. También sé hilar. Y madrugo mucho. Me levantó con los pájaros, dice mi madre, y le lavo la ropa y cardo; tengo una espalda fuerte. Puedo estar una mañana entera batiendo ropa con la pala.

Nóra no pudo evitar sonreír por el solemne entusiasmo de la muchacha.

—¿Has sido temporera antes?

—Sí, señora. Me contrataron al norte de aquí para tres meses, después del verano.

—¿Y te gustó?

Mary calló y se pasó la lengua por los labios resecos.

—Era un sitio duro, señora.

—Así que no quisiste quedarte.

La muchacha negó con la cabeza.

—Busco otra clase de granja.

Nóra asintió, de pronto le dolía la cabeza. Martin siempre se había ocupado de contratar la ayuda que necesitaban, y no estaba acostumbrada a interrogar de manera tan directa a una desconocida. Los hombres que Martin había llevado a casa habían sido trabajadores callados y duros que se encontraban incómodos bajo techo y mantenían los brazos pegados al cuerpo como si temieran romper alguna cosa. Comían deprisa, pelando una patata con la vista ya puesta en la siguiente. Recitaban el rosario en voz baja, dormían en el suelo y se despertaban antes del amanecer; eran hombres de uñas ásperas y hombros rígidos que olían a heno y a manzanilla y rara vez enseñaban los dientes. Algunos volvían cada año, otros no. Nunca había sido necesario contratar a una muchacha.

Nóra se concedió un momento para estudiar la cara de Mary y esta le devolvió la mirada con ojos límpidos y la mandíbula apretada contra el frío. Llevaba ropas delgadas y que le quedaban pequeñas —las muñecas le sobresalían por debajo de los puños de la blusa y las costuras alrededor de brazos y hombros estaban tirantes—, pero parecía limpia. Llevaba el pelo cortado a la altura de la barbilla y peinado, sin indicios de piojos. Parecía ansiosa por complacer y Nóra pensó en los otros ocho hermanos que dejaba en la casa, en la *bothán* húmeda en que la hubieran criado sus padres. Pensó en Johanna, en los cuchicheos que le habían llegado sobre su hija mendigando comida a los vecinos. Aquella muchacha tenía el mismo color de pelo que ella. Que Micheál. Cobrizo claro, como una liebre, o como agujas de pino secas en el suelo.

—¿Quieres venir a trabajar conmigo la temporada, Mary? Tengo que cuidar del niño de mi hija. ¿Cuánto quieres cobrar por seis meses?

—Dos libras —se apresuró a decir Mary.

Nóra entrecerró los ojos.

—Eres demasiado joven para cobrar eso. Una libra y media.

Mary asintió y Nóra le puso un chelín en la mano. La muchacha lo metió enseguida en su fardo y miró a su hermano y le hizo una inclinación solemne de la cabeza. El granjero que lo había examinado se había ido y ahora estaba solo entre la multitud y el humo. Las miró marcharse y, en el último

momento, levantó una mano a modo de despedida.

El trayecto de vuelta a casa de Nóra fue silencioso. El sol salió e iluminó las salpicaduras brillantes de las ruedas de carreta y las huellas en el suelo. La peregrinación de las gentes del distrito a Killarney con sus animales había batido el camino. El barro relucía.

Nóra y Mary avanzaban despacio, pero a Nóra no le importaba. Sentía alivio por haber contratado ya a alguien. Caminaba cerca de la cuneta y de cuando en cuando se agachaba a coger hierba gallinera para los pollos. Cuando Mary se dio cuenta, empezó a buscar la planta también ella. Pisaba con cuidado entre el barro y las rocas y evitaba las hojas dentadas de las ortigas.

—¿No te dio miedo venir caminando desde tan lejos y de noche? —le preguntó Nóra.

—Tenía a mi hermano —fue todo lo que dijo Mary.

—Eres una muchacha valiente.

Mary se encogió de hombros.

—Somos tantos... No me atrevía a moverme por miedo a quedarme sin un empleo. Me habría quedado allí todo el día.

Luego prosiguieron en silencio, a través de páramos y pequeñas franjas de árboles, ya desnudos por la proximidad del invierno; dejando atrás el brillo oscuro y lacado del acebo. La hierba junto a la carretera estaba crecida y marrón, y más allá, en el horizonte, las montañas manchadas de brezo y rocas se erguían silenciosas contra el cielo. Espirales de humo procedente de los fuegos de turba las acompañaban en su caminar.

Para cuando las dos mujeres llegaron a la choza de Nóra era última hora de la tarde y el sol empezaba a caer. Se detuvieron un momento en el corral, sin resuello después de la subida empinada, y Nóra miró a la muchacha inspeccionar su nuevo entorno. Sus ojos se detuvieron en la vivienda de dos habitaciones y techumbre, en el pequeño establo contiguo y en las gallinas desperdigadas. Se preguntó si Mary habría esperado algo más, quizá una casa más grande con techo de paja blanca y no de juncos. Tal vez un cerdo que levantara tierra con las pezuñas o indicios de un asno, en lugar de una casa silenciosa con un único ventanuco taponado con paja, sus paredes encaladas verdes de musgo, y un sembrado de patatas.

—Tengo una vaca. Da leche y estiércol.

Nóra condujo a Mary al establo y las recibieron el calor húmedo y el

olor a pelo y a orín animal. Y la silueta oscura de la vaca proyectada en la paja del suelo.

—Tienes que darle de beber y ordeñarla por las mañanas y hacer la mantequilla. Harás mantequilla una vez a la semana. Yo la ordeñaré por las tardes.

—¿Cómo se llama?

—Brownie. Así la... Así la llamo.

—¿Da mucha leche?

—La suficiente —contestó Nóra—. Qué Dios le conserve la salud.

Regresaron a la penumbra de la tarde y recorrieron el sendero mojado hasta la casa mientras los polluelos corrían a recibirlas.

—Son buenas gallinas —dijo Nóra—. Trae, dame la hierba. Las vuelve locas. Ahora no están poniendo mucho, pero tengo a unas pocas que son muy fieles y me dan huevos todo el invierno. —Miró a Mary muy seria—. No debes coger ninguno. Ni huevos ni mantequilla. Te estarías comiendo nuestro sustento. ¿Comes mucho?

—Lo menos que puedo.

—Hum. Ven conmigo.

Nóra empujó la media puerta y saludó a Peg O'Shea, que estaba sentada junto al fuego con Micheál en el regazo.

—Peg, esta es Mary.

—Que Dios te guarde y bienvenida. —Peg estudió a Mary con la mirada—. Debes de ser Clancy, con ese pelo rojo que tienes.

—Clifford. Soy Mary Clifford —dijo la muchacha, y miró a Micheál. Abrió la boca.

—¿Así que Clifford? Bueno, pues que Dios bendiga a los Clifford y a los Clancy. ¿Vienes de lejos?

—Salió esta mañana hacia la feria de mozos —dijo Nóra—. Desde Annamore. Dieciocho kilómetros o más.

—¿Y luego el viaje hasta aquí? Caramba, tienes que estar muerta.

—Tiene buenas piernas.

—Y parece que buenos brazos también. Cógelo, ¿quieres? Este es Micheál. Supongo que Nóra te ha hablado de él.

Peg levantó al niño y le hizo un gesto a Mary para que se acercara.

Mary lo miró. Micheál tenía la nariz con una costra de mocos y saliva seca en una de las comisuras de la boca. Cuando Peg se lo tendió, empezó a

gemir como un perro apaleado.

Mary retrocedió.

—¿Qué le pasa?

Hubo un silencio, interrumpido solo por los gemidos guturales de Micheál.

Peg suspiró y volvió a colocarse al niño en el regazo. Miró con complicidad a Nóra y a continuación le rascó la saliva al pequeño de la cara con una uña.

—¿Qué quieres decir con «qué le pasa»?

—¿Qué le duele? Ese ruido que hace... ¿Por qué se queja así? ¿No sabe hablar?

—Está delicado, eso es todo —dijo Peg en voz baja.

—Delicado —repitió Mary. Retrocedió hasta apoyar las manos en el marco de la puerta—. ¿Es contagioso?

Nóra emitió un rugido animal desde la parte posterior de la garganta.

—Hay que ser muy insolente para preguntar algo así.

—Nóra...

—¡Que si es contagioso! ¿La has oído, Peg? Menudo descaro.

—No. No quería decir... Lo que pasa es que no parece...

—¿No parece qué?

—Nóra, tiene derecho a preguntar.

Peg escupió en una de las puntas de su delantal y le frotó la cara a Micheál.

—Es solo que... —Mary señaló las piernas del niño, que el vestido hecho un gurrño a la altura de la barriga dejaba a la vista—. ¿Camina por lo menos? —Le temblaba el labio.

—Es una niña, Nóra —dijo Peg con calma—. Ven aquí y compruébalo por ti misma, Mary Clifford. No tiene ninguna enfermedad contagiosa. No te va a hacer daño. No es más que un niño. Un niño inofensivo.

Mary asintió con la cabeza y tragó saliva.

—Venga. Échale un vistazo. En el fondo da ternura.

Mary miró al niño por encima del hombro de Peg. El pequeño bizqueaba, los ojos vueltos hacia una nariz respingona y la boca flácida. De su garganta salía un gorjeo.

—¿Le duele? —preguntó Mary.

—No, no le duele. Se ríe y a veces se sienta solo, y a veces también

mueve los brazos para jugar con cosas.

—¿Cuántos años tiene?

—Pues vamos a ver —dijo Peg—. Yo creo que debe de tener ya cuatro, ¿verdad, Nóra?

—Le gustan las plumas —dijo Nóra. Se sentó vacilante en el tajuelo que estaba frente al de Peg—. Le gustan las plumas.

—Sí, tiene cuatro años. Y le gustan las plumas. Y las bellotas. Y las tabas. —El tono de Peg era deliberadamente alegre—. El único problema que tiene son las piernas.

—No puede andar —dijo Nóra—. Antes sí caminaba, pero ya no.

Mary miró al niño con aprensión y los labios muy apretados.

—¿Micheál? Me llamo Mary. —Miró a Nóra—. ¿Es tímido?

—No lo sabemos porque no habla. —Nóra estuvo callada un instante—. Debería habértelo dicho.

Mary negó con la cabeza. La humedad de la choza le había rizado el pelo y parecía joven y asustada. De pronto, Nóra se sintió mal consigo misma. «No es más que una niña —pensó—. Es una niña y le estoy gritando. Cuando ni siquiera me conoce.»

—Con el camino tan largo que has hecho y no te he ofrecido nada de beber. Tienes que tener sed.

Nóra se puso de pie y llenó la olla del agua que estaba en el hogar con el cubo del pozo. Peg le dio un apretón a Mary en el hombro.

—Vamos a dejarlo ahí, en el brezo. No irá lejos.

—Yo lo cojo. —Mary se sentó al lado de Peg y se puso al niño en el regazo—. ¡Es puro hueso! Pesa menos que un pajarillo.

Las mujeres la miraron bajarle a Micheál el vestido de manera que le tapara las piernas. Después se quitó el chal y envolvió con él los pies del niño.

—Ea —murmuró—. Así estás mejor.

—Bueno, pues es un placer tenerte con nosotros, Mary Clifford. Que estés bien y Dios te guarde. Ahora me tengo que ir. —Peg dirigió a Nóra una mirada elocuente y salió por la puerta, dejándolas solas.

Mary apoyó la cabeza de Micheál en su clavícula y le rodeó con torpeza el cuerpo con los brazos.

—Tiene un escalofrío —comentó.

Nóra sirvió dos vasos de suero de leche y empezó a preparar las patatas

para la cena. Tenía una opresión en la garganta, como si alguien le hubiera pasado una soga alrededor del cuello, y no se atrevía a hablar. Pasaron varios minutos hasta que oyó la voz titubeante de Mary a su espalda.

—La ayudaré lo mejor que pueda.

—Estoy segura de ello. —Nóra se atragantó con las palabras—. Estoy segura.

Más tarde aquella noche, después de que Mary y Nóra terminaran de cenar en silencio y guardaran las gallinas, abrieron el banco que se hacía cama y pusieron en ella un colchón de paja trenzada y una manta.

—Aquí estarás caliente, junto al fuego —dijo Nóra.

—Gracias, señora.

—Y tienes a Micheál para darte calor.

—¿No duerme en la cuna? —Mary señaló una tosca cuna hecha de ramas de sauce.

—Es demasiado grande. No cabe. Y escucha, tápalo bien o por la noche se quitará las mantas.

Mary miró a Micheál, que estaba apoyado contra la pared con la cabeza ladeada.

—Mañana te enseñaré un poco el valle, si hace bueno. Tendrás que saber dónde está el pozo. Igual te viene bien conocer a otras muchachas de por aquí.

—¿Vendrá Micheál con nosotras?

Nóra la miró con severidad.

—Quería decir si lo vamos a dejar aquí, si se lo lleva cuando sale. Un niño como él, que no camina...

—No me gusta sacarlo.

—¿Lo deja solo?

—No quiero dar oportunidad a la gente de echar agua al ratón ahogado. —Nóra cogió el cubo de agua sucia en el que se habían lavado los pies. Abrió la puerta, dio un grito de aviso a las hadas y lo vació en el corral.

CAPÍTULO CUATRO

FRESNO

—¿Eres de los muertos o de los vivos?

Peter O'Connor abrió la puerta de la choza de Nance y se asomó con una botella de *poitín* en la mano.

—De los muertos de sed.

Nance le hizo un gesto para que entrara.

—Siéntate, por favor. Qué alegría verte, Peter.

—Martin tuvo un buen duelo y tú le hiciste un bonito *caoineadh*, Nance. —Peter se inclinó hacia el fuego y se puso a preparar su pipa. Cogió las toscas tenazas y usó un ascua para encenderla—. Que Dios se apiade de las almas de los muertos. —Chupó la pipa hasta que el tabaco prendió y subió una espiral de humor rosado.

—¿Qué te trae hoy por aquí, Peter? ¿Es el hombro?

Peter negó con la cabeza.

—El brazo está bien.

—¿Son los ojos?

Cuando el hombre no respondió, Nance se arrellanó en el taburete y esperó paciente.

—No dejo de tener sueños —dijo por fin Peter.

—¿Así que son los sueños?

Peter tensó la mandíbula.

—No sé por qué los tengo, Nance. Pero son muy poderosos.

—¿Y te dan tormento?

Peter dio una larga chupada a la pipa.

—Desde que encontré a Martin en la encrucijada.

—¿Sueñas con padecimientos?

—Con infortunios. —Peter levantó la vista del fuego y Nance vio su expresión sombría—. No me quito de encima la sensación de que algo

terrible va a pasar, Nance. Sueño con animales muertos. Les han rajado la garganta y se desangran en el suelo. —Miró la cabra de Nance—. O sueño que me estoy ahogando. O que me han ahorcado. Me despierto atragantándome.

Nance esperó a que Peter siguiera hablando y, cuando se quedó callado con las rodillas recogidas junto al pecho, señaló la botella que había llevado.

—¿Bebemos?

Quitó el corcho a la botella y se la ofreció.

Peter dio un trago largo, hizo una mueca y se secó la boca.

—Un *poitín* recio —murmuró Nance después de dar un trago. Volvió a sentarse frente al fuego. Estaba preparada para esperar. A veces un oído atento bastaba. Silencio y tiempo en una choza donde no había cháchara, ni historias, ni vecinos. Solo un fuego y una mujer. Una mujer a la que no deseaban. Una mujer cuya lengua no revelaba secretos a otras mujeres. Una anciana a la que le gustaba escuchar y que apreciaba el tabaco y la bebida. Por eso se escabullían de sus casas, se deslizaban entre caballones y muros recubiertos de musgo para ir a visitarla cuando el sol se había ido. Nance conocía el poder del silencio.

El fuego ardía. Peter fumó hasta que el tabaco de la cazoleta se redujo a cenizas y entonces se sacudió la pipa contra las rodillas. Se pasaron la botella hasta que el aire húmedo de la noche empezó a colarse debajo de la puerta y Peter se puso nervioso.

—¿Te hablé de las urracas que vi antes de que nuestro Martin falleciera, que Dios se apiade de su alma?

Nance se inclinó hacia delante.

—No, Peter.

—Había cuatro. La muerte se avecina, ¿verdad? Vi luces cerca de tu Tumba del Gaitero. Junto al fortín. Y aquella noche tuve el primer sueño.

—Yo vi un rayo caer sobre el brezo de la montaña —murmuró Nance.

—¿La noche que murió Martin?

—Esa misma. Sopla un viento extraño.

—Los Buenos nos rondan. ¿Crees que por eso he estado soñando esas cosas, Nance?

Esta le dio una palmadita cariñosa en el hombro y le vino una imagen fugaz de Peter en su estrecho jergón pegado a la pared de su choza, pasando las largas horas de noche cerrada fumando.

—Tú naciste con la cabeza dentro del saco amniótico, ¿verdad? ¿Y no es cierto que esas personas tienen ojos para cosas que están fuera del alcance de la mayoría? Aun así, Peter, recuerda que muchos temores nacen de pasar demasiadas horas solo en la oscuridad.

Peter se hurgó los dientes con una uña sucia y rió brevemente.

—A fe, ¿qué más da? Será mejor que me vaya.

—Claro, Peter, vete a casa.

Peter ayudó a Nance a ponerse de pie y esperó mientras usaba las tenazas para coger un ascua del fuego y la sumergía, con un silbido, en el cubo del agua para enfriarla. Secó el ascua muerta en su falda, escupió en el suelo y se la dio a Peter.

—Esta noche no verás a la *púca*. Que Dios te proteja por el camino.

Peter se guardó el carbón en el bolsillo con una inclinación brusca de cabeza.

—Que Dios te bendiga, Nance Roche. Eres una buena mujer, por mucho que diga el cura.

Nance levantó una ceja.

—Ese cura ya ha estado desperdiciando palabras conmigo, ¿verdad?

Peter rió.

—¿No te he contado? Pues deberías haberle oído en misa. Quería abrirnos los ojos al nuevo mundo, dijo. Nuestro deber era mudar las viejas usanzas que mantienen a los irlandeses detrás de otros países. Que nuestro deber es renunciar a las viejas costumbres culpables del atraso de Irlanda. Que es una nueva época para Irlanda y para la Iglesia católica. Tenemos que dar nuestro dinero a la campaña católica, no a plañideras impías.

—Mudar las usanzas. Así que tiene un pico de oro.

—No tan de oro, Nance. —Peter negó con la cabeza—. Yo que tú procuraría evitarlo. Deja que se aclimate. Que aprenda cómo hacemos aquí las cosas.

—Supongo que piensa que yo soy una de esas «viejas costumbres».

La expresión de Peter se volvió solemne.

—Las llama costumbres paganas, Nance. Dijo que sabe que la gente viene a verte y que no debemos seguir haciéndolo. —Hizo una pausa—. Dice que lo de cobrar por llorar a los muertos es una artimaña propia del Diablo.

—Entiendo. Así que tengo al cura nuevo en mi contra.

—Al padre Healy puede que sí, Nance. Pero aquí estoy yo y que me

aspen si veo señales del diablo en esta casa.

—Que el Señor te proteja, Peter O'Connor.

El hombre le dedicó una sonrisa y se puso el sombrero.

—Seguimos necesitándote. Seguimos necesitando las viejas usanzas y los viejos saberes. —Se interrumpió y se le borró la sonrisa—. Lo que me recuerda una cosa, Nance. Hay un niño, ya sabes. En casa de Nóra Leahy. Un tullido. Pensé que debías saberlo por si acaso la viuda te necesita.

—No vi ningún tullido cuando fui a llorar.

—No, porque hizo que se lo llevaran.

—¿Qué le aqueja?

—No sabría decirte, Nance. —Peter miró hacia la creciente oscuridad—. Pero sin duda es algo muy malo.

Nance pasó el resto de la tarde encorvada junto al hogar pasándose la lengua una y otra vez por las encías. La noche era desapacible. Oía el croar de ranas y un chirrido que podía ser de un gato escarbando, o de un grajo en la techumbre.

En las horas ociosas, el tiempo perdía fuerza. A menudo, cuando Nance estaba cardando lana o esperando a que hirvieran las patatas nuevas, imaginaba a Maggie sentada con ella. Maggie desfigurada, aterradora y de mirada serena, secando hierbas, desollando conejos. Maggie con la pipa sujeta entre los dientes, los dedos siempre atareados. Enseñando a Nance a oír el latido secreto, rítmico del mundo. Enseñándola a salvar a otros, aunque no pudiera salvar a su madre.

Con qué rapidez se llenaba el aire de fantasmas.

—Algunas personas nacen distintas, Nance. Nacen fuera de las cosas, con la piel un poco más fina, los ojos un poco más atentos a lo que pasa desapercibido a la mayoría. Sus corazones absorben más sangre que los corazones corrientes; el río discurre de manera distinta para ellas.

Un recuerdo de las dos sentadas en la choza de su padre, lavándose el camino de los pies. El corazón de Nance que saltaba de alegría después de traer a su primer niño al mundo, el séptimo hijo de un carretero. El primer atisbo de pelo, el tacto ceroso y resbaladizo del crío en sus manos. Cómo había temblado al oírle llorar.

Maggie que sonreía, se acomodaba en el taburete y encendía su pipa.

—Recuerdo cuando naciste, Nance. Tu madre echaba espumarajos de

dolor. Estaba luchando contra la naturaleza, eso le pasaba. Cuando entré, la casa era un desbarajuste... Tu padre estaba furioso porque te resistías con todas tus fuerzas a ser traída al mundo. Descorrí todos los cerrojos. Eliminé lo que obstruía la puerta y quité la paja de las ventanas. Deshice los nudos de mi chal y de la ropa de tu madre y les dije a los hombres que soltaran la vaca. La echaron a patadas a la noche. Solo entonces, cuando todo estuvo liberado, viniste a nosotros igual que se escapa un pez de la red abierta del pescador.

—¿Entonces ya supiste que era distinta?

Su tía había sonreído antes de vaciar la pipa de ceniza.

—Naciste como lo hacen a veces los niños, Nance. En las horas primeras y esquivas de la noche. Con los puños cerrados. Enfrentada ya al mundo.

Callaron.

—No quiero ser diferente. No quiero esa soledad.

Maggie se acercó a ella con ojos penetrantes.

—Lo que está en el tuétano no puede arrancarse del hueso. Pronto lo aprenderás.

Mary se despertó sobresaltada, con una sensación de pánico que le oprimía el pecho. Se sentó, sudorosa, y miró a su alrededor, al resplandor rosado del hogar y las paredes de una choza que no reconocía. Tardó un momento en recordar dónde estaba.

«Estoy en casa de la viuda.»

Miró al niño que dormía a su lado, la delgada curva de su columna pegada a su pierna.

«Estoy en casa de la viuda —pensó—. Y este es el niño que debo cuidar.»

Se tumbó de nuevo y trató de dormir, pero los olores de la cabaña le resultaban desconocidos y tenía una desazón en el pecho. El deseo de estar de vuelta en Annamore, acostada junto a sus hermanos y hermanas, todos enredados frente al fuego sobre juncos fragantes, le llenó los ojos de lágrimas. Pestañeó para ahuyentarlas, encajó las muñecas bajo la mandíbula y hundió la cara en la almohada hecha de harapos.

Le sonaron las tripas. Había comido demasiado. «Al menos aquí no pasaré hambre», pensó, a pesar de todas las advertencias de la viuda sobre los huevos. Había sitios peores donde estar. David le había hablado de la granja

donde lo habían contratado el otoño anterior, un minifundio en la península donde pasaban los días cortando y transportando algas para los campos. Largas jornadas en agua salada con la espalda doblada contra el frío y la dura caminata a los campos. Las algas le empapaban la ropa al colarse por la holgada urdimbre del cesto y le irritaban la piel.

«Reza a Dios porque te contraten en un sitio donde te den de comer bien», le había dicho.

A David no le había preocupado lo duro del trabajo. Todos los hombres y mujeres de la granja arrimaban el hombro. Pero era muy triste tener el cuerpo estarcido de sal, los pies sangrando por piedras invisibles y la barriga llena de aire marino y poco más.

Su hermano no le había contado aquellas cosas delante de su madre. Se habría preocupado muchísimo de haberlas oído y ya era bastante duro verla angustiarse por los pequeños de la casa, por la tos, la escasez de patatas en la tierra y la abundancia de bocas que alimentar, y los rumores de desahucios y de ganzúas de administradores que iban de una choza a otra igual que sombras espectrales. Su hermano había esperado a que estuvieran fuera, buscando huevos escondidos entre matojos de hierba.

«Búscate un sitio donde te den de comer —había dicho David—. Da igual lo sucio que esté. Te aseguro que algunas de las familias que contratan braceros no tienen más que nosotros. Duermen sobre juncos cada noche, igual que nosotros. Pero búscate una que cuide de que no pases hambre.»

En la granja del norte en la que pasó el verano le habían dado de comer. Patatas. Gachas. Pero solo después de que comiera la familia; a ella le tocaba apurar el sorbo de suero de leche y rascar los restos de la olla.

Mary se tumbó de costado. «Podría ser peor», se consoló. Una mujer y un niño solos en una casa con una vaca y un pequeño sembrado. Pero aquel lugar tenía algo extraño, algo que no lograba descifrar. Quizá era la soledad de la mujer. La viuda, Nóra Healy. De mejillas hundidas y canas en las sienes. Era como si su feminidad se hubiera ensañado con ella; tenía los tobillos hinchados y la cara surcada de profundas arrugas. Mary la había observado en la feria y se había fijado en las huellas del sol en su cara, en las abundantes arrugas que sugerían una vida vivida a conciencia.

David le había insistido en que se fijara bien en las caras. «Si un hombre tiene la nariz roja es que es aficionado al licor y más te vale evitar esa casa porque puedes estar segura de que todo el dinero irá a la bebida y no a los que viven bajo su techo. ¿Mujeres que fruncen los labios? Mary, los chismosos

son unos amargados. Vigilarán cada movimiento que hagas. Mejor búscate una cara sin arrugas en el ceño y con los ojos llenos de patas de gallo. O bien llevan toda la vida mirando al sol, o son personas amables, y ya sea trabajar los campos o sonreír lo que les hace tener la cara así, puedes estar segura de que con ellas estarás mejor.»

Nóra Leahy tenía patas de gallo. En Killarney había parecido amable, vestía ropa limpia y su gesto era franco. Pero no había dicho que era viuda y había mentido acerca del niño.

¿Qué había dicho?

Tengo que cuidar del niño de mi hija.

Ni una palabra sobre un niño enclenque de boca fofa y muda. Ni una alusión a una casa donde había enfermedad, y muerte, y un secreto forzoso.

Mary nunca había visto un niño como Micheál. Dormido casi podía pasar por un mocoso famélico, un crío como cualquier otro, aunque raquítico y pálido. Pero cuando estaba despierto no cabía duda de que algo muy malo le pasaba. Sus ojos azules parecían deslizarse sin ver sobre los objetos, resbalar por ella como si no estuviera allí. Era antinatural su manera de doblar las muñecas contra el pecho, el ángulo ladeado de su boca. En cierta manera parecía viejo. Tenía la piel tirante y seca, y muy fina, como las páginas del libro sagrado de un cura. No tenía la lozanía y la suavidad de los niños que había conocido Mary. Cuando cruzó la puerta de la choza y vio a la vieja con él en el regazo, pensó que no era un niño, sino un espantapájaros. El juguete de un crío hecho con palos y un vestido viejo, como la efigie de santa Brígida que se sacaba en el día de su onomástica: una cabeza consumida, los ángulos escondidos debajo de un trapo viejo. Y entonces, cuando se acercó y vio que aquello, que el niño, estaba vivo, el corazón le había dado un vuelco de terror. Delgado y consumido con una enfermedad como las que chupaban la savia de una planta y la reducían a un tallo marchito. La habían enviado a una casa tocada por la enfermedad, y esta terminaría por mancharla.

Pero no. No estaba enfermo, decían. Solo era lento. Solo le costaba crecer al ritmo de los otros niños.

Una piltrafa macilenta de pelo cobrizo y nariz respingona. Un atado de ramas de sauce envueltas en piel y aullando como un demonio.

Mary puso con suavidad una mano en la frente de Micheál y le retiró el pelo. Estaba babeando, un hilillo de saliva le caía de la comisura de la boca y le surcaba el rostro. Mary la limpió con el dorso de la mano y se secó en la manta.

La viuda debía de avergonzarse del niño. Por eso no se lo había contado. ¿Qué habría hecho su hija para merecer un hijo así?

Si una mujer podía darle un labio leporino a su hijo por cruzarse con una liebre por el camino, ¿con qué cosa atroz había de cruzarse para tener un hijo enfermizo y deforme, todo piel y huesos? Hacía falta un pecado muy grave para malograr así a un niño en el vientre.

Pero no había nacido así, había dicho la viuda.

Quizá algo le había atacado.

No había nada que hacer, decidió Mary. No podía irse a su casa. Aquella granja, aquel valle como una cicatriz en la piel de la tierra, hundido entre montañas altas y rocosas, sería su hogar durante los seis meses siguientes. Tendría que apretar los dientes y trabajar. Estaba ganando dinero de verdad para ella y para su familia, y mientras David y ella trabajaran y ganaran dinero, no habría desahucio. Podía soportar seis meses con una mujer dura y terca y un niño escuálido. Luego estaría de vuelta en los juncos con sus hermanos y hermanas y la voz de su padre susurrando el rosario y todos se dormirían al calor del fuego y ni siquiera el viento, con su silbido, los despertaría.

Nóra se despertó en un estado de agitación nerviosa. Había una desconocida en la casa. La muchacha, Mary. Cogió la ropa de abrigo, se vistió de prisa y entró en la habitación principal.

La muchacha no estaba.

La cama había sido dada la vuelta de manera que parecía de nuevo un banco y el hogar estaba limpio y ardía un fuego vivo. Nóra vio a Micheál en un rincón, dentro de una cesta y con las pesadas tenazas del hogar atravesadas a pocos centímetros de su cabeza inmóvil.

Mary no estaba por ninguna parte.

Las gallinas ya no estaban en el gallinero y Nóra metió la mano para coger los huevos. Había cuatro, todavía calientes. Cuando los dejaba con cuidado en el cesto de los huevos oyó chirriar la puerta del corral y se giró. Mary estaba en el umbral, bien abrigada frente al frío claro de la mañana y con un cubo de leche humeante cubierto con un paño en una mano.

—Mary —dijo Nóra con un respingo.

—Buenos días. —Mary dejó la leche en la mesa y empezó a colarla en un cántaro usando una tela.

—Pensaba que te habías ido.

—Es que soy madrugadora, señora. Ya se lo dije. Y como me pidió que ordeñara por las mañanas, pues... —Su voz se convirtió en un hilo—. ¿He hecho algo mal?

Nóra rió de tan aliviada que se sentía.

—No te preocupes. Es que como anoche... —Se interrumpió— ¿Y la traba?

—No la he encontrado.

—¿Has ordeñado a Brownie sin ella?

—Sí. Es muy buena y muy mansa.

—La traba está ahí, en ese rincón. La guardo dentro para que no pueda usarla contra mí un ladrón de mantequilla. —Nóra señaló las tenazas sobre la cesta—. Hacía mucho que no veía algo así.

Mary se puso colorada, cogió las tenazas y volvió a dejarlas junto al fuego.

—Es por las hadas, señora. Para que no se lo lleven. Es lo que hacemos en Annamore.

—Sí, ya sé lo que es y aquí también lo hacemos. Lo que pasa es que hacía mucho tiempo que no tenía que preocuparme de que las hadas se llevaran a un hijo mío.

Mary se ruborizó.

—Micheál... El pobrecito se ha mojado esta noche. Quería lavarle, pero no hay agua.

—Voy a enseñarte dónde está el pozo.

La mañana era despejada y húmeda y estaba llena de una claridad que resaltaba el musgo mojado de los muros de los prados y acentuaba su verdor. Hacía frío, pero los primeros rayos de sol eran suaves y dorados e iluminaban la bruma producida por el humo que salía de las casas. La niebla se acumulaba al fondo del valle.

—El río es por ahí —dijo Nóra cuando Mary y ella estuvieron en el corral. Habían dejado a Micheál dentro, metido en la cesta para patatas, a salvo del fuego—. El Flesk se llama. Puedes coger agua de ahí, si quieres, pero el camino de vuelta con los cubos es largo y cuesta arriba. Y resbaladizo, cuando llueve. Cuando cambie el tiempo irás allí a lavar la ropa. El pozo está más lejos, pero el camino es más llano y más clemente con mis

rodillas. Todas las mujeres van al pozo a coger el agua. Es más clara.

—¿Viven muchas en el valle? —preguntó Mary.

—¿Mujeres? Tantas como hombres, aunque hay unos cuantos granjeros solteros. ¿Ves la casa que está más cerca de la nuestra? Es donde vive Peg O'Shea, la mujer que conociste anoche. Tiene una familia bien numerosa. Cinco hijos y los hijos de estos. —Cuando echaron a andar, Nóra señaló valle abajo, donde el sendero rodeaba la montaña y entraba en una llanura—. Y ese sitio de ahí abajo, ¿ves las dos casas y el horno de piedra allí lejos? En el centro del valle. Donde viven el herrero, John Donoghue, y su mujer, Áine. Es una casa magnífica para *cuaird*, para ir de trasnochada. No tienen hijos, aunque llevan casados diez años. La gente no habla de ello. La casa de mi sobrino está justo después, siguiendo por el valle, aunque no puedes verla por la bruma. Se llama Daniel Lynch. Su mujer está esperando su primer hijo. Quizá los veas a él y a su hermano por aquí. A veces ayudan con las faenas. Mi marido murió no hace mucho.

—Siento su tribulación, señora.

Se oyeron risas y de pronto Nóra, esforzándose por no llorar, agradeció ver a dos mujeres que subieron la ladera con dos cubos de agua en la mano y se reunieron con ellas en el sendero.

—Que Dios te bendiga, Nóra Leahy —dijo una de ellas retirándose la capa de la cara para ver mejor. De la trenza se le escapaban mechones rizados de pelo rubio.

—Y a ti, Sorcha. Éilís. Esta es Mary Clifford.

Las mujeres miraron a Mary con interés y ojos entrecerrados.

—¿Vais al pozo?

—Sí.

—Mary, Éilís es la mujer del maestro de aquí, William O'Hare. Les toma la lección a los niños junto a los arbustos. Y Sorcha es la hija de la mujer del cuñado de mi hermana.

Mary pareció confusa.

—No te preocupes. Ya los irás conociendo a todos. Nadie se esconde. Aquí todo el mundo se conoce.

—Estamos unidos los unos a los otros, nos guste o no —añadió Éilís, levantando una ceja. Era una mujer de corta estatura, pero corpulenta, con bolsas oscuras bajo los ojos.

—¿Te has enterado de lo del padre Healy, Nóra?

—¿El qué?

Sorcha infló los carrillos.

—Se enteró de lo del velatorio de tu hombre, de Martin. ¡Y se puso como una furia! —Rió—. Deberías haberle oído hablar en misa. Madre mía, sí que estaba enfadado.

Nóra negó con la cabeza, irritada.

—¿De qué estás hablando?

Sorcha se acercó y el cubo se balanceó contra su pierna.

—Habló mal de tu plañidera, Nance Roche. Sermoneó contra ella, más o menos. Dijo que no hay que llamarla para los *caoineadh*, que eso va en contra de las enseñanzas de la Iglesia.

—¿Y cómo puede haber un velatorio sin lamento fúnebre? —exclamó Nóra—. ¿Dónde se ha visto algo así?

—Estaba rabioso —añadió Éilís. Se veía que disfrutaba del escándalo—. Nos escupió a todos. Tuve que secarme la cara.

—Tenemos cura nuevo —explicó Nóra a Mary—. El padre Healy.

Sorcha se agachó para coger un diente de león y se lo metió en la boca y masticó una de las hojas.

—No es demasiado indulgente. Me pregunto cómo se enteró de que Nance estuvo en tu casa. Él ya se había ido cuando llegó. Aquella noche llovía a cántaros.

—Alguien se lo contaría —sugirió Éilís, sombría.

El pozo estaba excavado en la pendiente del valle donde la montaña se encontraba con la tierra llana, un agujero tosco rodeado de arbustos de tojo y brezo. Cerca crecía un fresno que señalaba el lugar y endulzaba el agua, y en su tronco y sus ramas bajas ondeaban jirones de tela. Amuletos. Ya había un grupo de mujeres hablando en corro junto al pozo con cubos de agua a sus pies. Al oír las voces de Éilís y Sorcha levantaron la vista y saludaron a Nóra, además de reparar fugazmente en Mary y su ropa mal entallada. Algunas escupieron al suelo.

—Que Dios se interponga entre nosotras y el mal —dijo otra.

—Es por tu pelo rojo —le dijo Nóra a Mary en voz baja.

—¿Mi pelo?

—¿En Annamore no escupen cuando te ven?

—Jamás.

—Pues entonces no les hagas caso. —Saludó a las mujeres con una inclinación de cabeza—. Esta es Mary Clifford. Ha venido a trabajar conmigo. Le estoy enseñando el pozo. Mary, a Sorcha y a Éilís ya las conoces. Estas son Hanna y Bidy.

Las mujeres musitaron un saludo y luego se volvieron, enfrascadas en su conversación. También hablaban del padre Healy.

—Cree que hay impíos entre nosotros —dijo una de las mujeres.

—¡No dijo eso! Cree que las viejas costumbres no son más que supersticiones y no piensa aceptarlas.

—Pues un cura debería creer en ellas más que nadie —comentó Hanna.

—Pues eso dijo. Cree que el Diablo está entre nosotros bajo más de una apariencia.

Cuando Nóra se inclinó hacia el agua reparó en que varias mujeres la miraban nerviosas. Unas pocas le dieron unas palmaditas en la espalda cuando sacó el cubo del pozo, pero fueron pocas las que le dirigieron la palabra más allá de un saludo. Cuando se reunió con Mary, ya con los cubos llenos, ambas echaron a andar hacia la choza sin despedirse.

—¿Son sus amigas? —preguntó Mary.

—Tenemos lazos de sangre, si es lo que estás preguntando.

—¿Por qué escupieron al suelo al verme el pelo?

—Creen que puedes tener mal de ojo.

Mary se revolvió, incómoda, pero no dijo nada.

—No te ofendas. Es su manera de ser.

—Sorcha parece una muchacha alegre.

—¿Sorcha? Lo que sepa esa a la hora del ordeño lo sabrá todo el valle para cuando salga la luna.

—¿Es verdad lo que dijo sobre el cura criticando a la plañidera?

Nóra bufó.

—No sé qué enseñan en las ciudades hoy en día. ¿Qué sentido tiene quitarnos nuestras costumbres? Son tan cristianas como tú y como yo.

—Y ese hombre, el cura, ¿ha visto a Micheál?

—Todavía te falta aprender un par de cosas sobre las gentes de por aquí. Pero una te la voy a decir ya. Y es que pocas veces verás un cura en las casas donde no hay dinero.

Un olor pútrido las recibió cuando abrieron la puerta de la choza. Mary

miró en el cesto de las patatas y vio que Micheál se había cagado encima. Estaba sentado erguido en su propia porquería, con las manos pegajosas y los ojos muy abiertos, como sorprendido.

—Se ha manchado el pelo —exclamó Mary tapándose la nariz con una mano.

—Sácalo fuera y lávalo.

Mary levantó el cesto con el niño aún dentro y lo sacó al corral. La mierda del pelo había empezado a secársele, y la bola de brezo seco con que le frotó apenas sacó la porquería. Nóra sacó un pedazo de jabón gris hecho de cenizas de helecho y sebo y al cabo de un rato Mary consiguió limpiar al niño. El frío del agua del pozo y el brezo arañándole la piel hicieron chillar a Micheál y Mary tardó un buen rato en calmarlo. Paseó por el corral, con las gallinas siguiéndola, con Micheál envuelto en un chal mientras le cantaba. Para cuando el niño se durmió, estaba exhausta.

—Dámelo —dijo Nóra, que salió de la casa con los brazos extendidos en cuanto se calmaron los gritos. Vio el cubo vacío—. ¿No has usado el agua del barril?

—¿El qué?

—El agua de lluvia. —Nóra señaló un barril junto al establo—. Vuelve al pozo y trae más agua, haz el favor. Si alguien te pregunta por qué estás de vuelta tan pronto, no des razones. Di que te gusta mucho limpiar. No menciones a Micheál.

Mary llevó el cubo de agua de vuelta al pozo tratando de ignorar el olor a mierda que se le había quedado en la ropa y las manos. Esperaba que no hubiera nadie en el claro junto al fresno, pero cuando dobló la curva vio que Éilís O'Hare seguía allí, hablando con otra mujer que Mary no había visto antes.

—Aquí viene otra vez la criada —dijo Éilís con voz cantarina, reparando en ella enseguida y levantando una mano—. Kate, esta es... ¿cómo te llamabas, chica?

—Mi nombre es Mary Clifford.

—Mary Clifford. Es de la que te estaba hablando. La viuda Leahy ha contratado una criada. —Éilís miró a la otra mujer con las cejas arqueadas y esta observó a Mary con fría intensidad.

—Soy Kate Lynch —dijo—. Me estaba contando Éilís que eres nueva en el valle. Temporera.

—Sí —dijo Mary—. Soy de Annamore. En el norte.

—Sé dónde está Annamore —dijo Kate—. Está lleno de pelirrojas, ¿verdad?

—Hay algunas solo —dijo Mary. Hizo amago de arrodillarse junto al pozo para coger agua, pero Kate se adelantó y le cerró el paso.

—Sabemos por qué estás aquí —dijo—. Soy pariente de la viuda y Éilís es mi hermana. Mi marido es hermano del marido de la difunta hermana de Nóra.

—Siento su tribulación —murmuró Mary.

—Estás aquí por el crío, ¿verdad? El nieto de la viuda se marchó después de que se llevaran a su hija.

—¿De que se la llevaran?

Kate agarró el cubo de Mary. Tenía los nudillos rojos, hinchados.

—Ese niño no es normal, ¿verdad?

—No sé lo que quiere decir.

Éilís rió.

—La viuda lo tiene a salvo en su choza, pero lo sabemos. Lo sabemos.

Kate se inclinó y miró a Mary a los ojos sin soltar el cubo.

—Una cosa te voy a decir, muchacha, y será mejor que me escuches con atención. Martin Leahy estaba sano antes de que se llevaran a la hija de la viuda, y antes de que el niño llegara al valle. Nadie con buena salud cae muerto en una encrucijada si no ha habido una intervención de alguna clase. En cuanto trajeron al postizo... —Calló para escupir al suelo—. En cuanto ese maldita criatura entró en casa de Nóra, se desataron las fuerzas del mal y ahora Martin está muerto.

—Eres nueva en el valle, así que no esperes comprender lo que está ocurriendo. Aún no —dijo Éilís—. Pero hay personas que conspiran con Ellos y por eso tenemos la sombra encima.

—Ese niño que Nóra nos esconde, te lo voy a preguntar: ¿crees que es un niño normal? —dijo Kate entre dientes.

—Es un tullido —balbució Mary. Tiró del cubo del agua y Kate lo soltó con una mueca.

—¿Así que un tullido?

—Tienes mucho que aprender, Mary Clifford. La viuda no ha hecho bien en traer a una muchacha forastera a cuidar de ese niño. No después de lo que le hizo a su hija y a su marido.

—¿Te contó lo de su hija? —preguntó Éilís.

—Sé que murió.

Kate movió despacio la cabeza.

—No, Mary Clifford. No. No murió. Se la llevaron. La raptaron. La robaron los Buenos. Ah, ¿así que te ríes?

Mary negó con la cabeza. Notaba el aliento caliente en la cara.

—Es cosa buena que no estés asustada —dijo Kate—. Pero deberías. Si fuera tú, me volvería a Annamore. De que estés aquí no saldrá nada bueno, no en esa casa. Vuelve con la viuda y dile que sabes lo que le pasa al niño y que debería hacer algo para expulsarlo antes de que alguien lo haga por ella.

CAPÍTULO CINCO

ALISO

Cuando Nóra oyó que llamaban a la media puerta pensó que era Peg.

—Adelante —gritó sin apartar la vista de Micheál, al que estaba vistiendo. Le anudó la tela alrededor de las caderas y luego, cuando no oyó movimiento alguno, levantó la cabeza. Al principio no distinguió al visitante porque el sol de fuera dejaba su cara en sombra. Pero cuando se abrió la puerta entró un hombre que se quitaba un sombrero de fieltro raído y el corazón de Nóra dio un vuelco al reconocerlo.

Tadgh.

Nóra se puso de pie, con la respiración repentinamente agitada. Su yerno había cambiado desde la última vez que le había visto, cuando llegó trayendo a su hijo famélico a lomos de un asno. Tadgh siempre había sido menudo y fuerte, pero ahora parecía encogido. Se había dejado barba, pero era rala y estaba llena de calvas. Su aspecto era descuidado.

«La pena lo ha marchitado», pensó.

—He oído que Martin murió —dijo Tadgh—. Siento tu tribulación.

—Tadgh. Me alegro de verte.

—¿Ah, sí? —preguntó.

—¿Qué tal estás? —Nóra lo acompañó al banco y ella se sentó en un taburete. Sentía debilidad.

Tadgh se encogió de hombros.

—Son tiempos difíciles —se limitó a decir—. ¿Cómo está el chico?

—Muy bien. Está muy bien.

Tadgh asintió distraído y paseó la vista por la habitación.

—Tienes una buena casa. He visto la vaca. Así que toma leche.

—¿Micheál? Sí, claro. Hay bastante para que tome él. —Nóra señaló adonde el niño, ya limpio, estaba tumbado en un montón de brezo.

Tadgh se puso de pie y le miró desde lo alto.

—Pero no ha cambiado —dijo de pronto—. Sigue teniendo ese aspecto extraño. Está enfermo, ¿crees tú?

Nóra tragó saliva. No dijo nada.

—Cuando dejé de andar, Johanna pensó que estaba enfermo. Pensó que le había contagiado algo.

—A fe que no es nada que el tiempo no cure. O eso creo yo —dijo Nóra tratando de parecer serena.

Tadgh se rascó la cabeza y sus uñas hicieron ruido al contacto con el cuero cabelludo. Parecía preocupado.

—Era un niño tan sano... Un pequeñín tan bonito.

—Lo sigue siendo, a pesar de la diferencia.

—No —dijo Tadgh resuelto. Miró a Nóra—. Estuvo bien dos años. Luego... Pensé que podía ser hambre. Pensé que era culpa nuestra. Hacía tanto frío en la casa... y no teníamos gran cosa que darle. Le di todo lo que... —Se le quebró la voz. Nóra se dio cuenta de que hacía un esfuerzo por no emocionarse—. Creía que era culpa mía —susurró por fin con ojos vidriosos.

—Tadgh —musitó Nóra—. Tadgh.

—Pensé que estaría mejor aquí. Eso es lo que dijeron. Que estaba así por falta de leche y de comida.

—Lo cuido bien, Tadgh. Tengo una chica que me ayuda.

—Pero está igual, ¿verdad? —Se acuclilló junto a Micheál y extendió una mano sobre él, la movió delante de su cara. Micheál la ignoró—. ¿Crees que puede ser de la cabeza?

Nóra no dijo nada.

—Johanna no creía que fuera frío. Ni hambre.

—Creía que era el virus.

Tadgh asintió.

—Al principio sí. Pensaba que lo había cogido en las piernas igual que ella en la cabeza. Que no le dejaba caminar. Igual que no le dejaba a ella... —Se mordió el labio y se agachó hasta quedar sentado en el suelo con las piernas cruzadas, al lado de Micheál—. Mi hombrecito. Está aquí tu papá.

Micheál arqueó la espalda y extendió un bracito para dar un puñetazo al aire.

—Mira cómo pelea.

—Lo hace mucho. Puede moverse.

Tadgh sonrió con tristeza.

—Pero no camina.

—A veces lo intento. Le pongo los pies en el suelo. Le sujeto con las plantitas de los pies en el suelo. Pero no es capaz de apoyar el peso en ellas.

Miraron los dos a Micheál. Este tenía la mirada fija en algún punto del techo y, cuando Nóra y Tadgh levantaron la cabeza para ver lo que había atrapado su atención, dejó escapar una carcajada.

Tadgh sonrió.

—Una risa para tu papá. Igual la próxima vez ya me habla.

—Me gusta mucho verte, Tadgh. Te encuentro cambiado.

Tadgh se miró las manos como estudiando las medias lunas de mugre que tenía bajo las uñas.

—Tenía intención de venir.

—Tenías faena.

—No. No hay trabajo.

—Estabas triste, entonces.

—Me daba miedo venir, Nóra. Me daba miedo lo que pudiera encontrarme. Hasta que no supe que Martin había fallecido, que Dios lo guarde, no supe que tenía que visitaros.

—Tadgh, me estás asustando con esas cosas que me dices.

—No pensaba decir una palabra, Nóra. —La miró con la expresión ensombrecida y huidiza de un hombre atormentado—. Es sobre Johanna. Sobre sus últimos días. Estaba en la cama y tenía nublado el entendimiento y aguantaba todo lo que podía, pero el dolor era atroz y le hacía decir ciertas cosas. —Frunció el ceño—. Dijo cosas horribles, Nóra.

—¿Qué dijo?

—No quiero contártelo.

—Tadgh, cuéntamelo. Por Dios bendito, me estás asustando.

—Pues un día estaba en la cama, con los ojos cerrados. Yo estaba convencido de que dormía. Y entonces oí un murmullo extraño que salía de ella y le dije: «¿Estás despierta, Johanna? ¿Tienes dolor?». Y ella negó con la cabeza, un poco, así... —Tadgh movió la cabeza despacio de un lado a otro sin dejar de mirar a Nóra a los ojos—. Y yo dije: «¿Qué pasa?». Y me dijo: «Tráeme a Micheál». Así que cogí al niño y lo puse en la cama, a su lado, y Johanna abrió un poquito los ojos y puso una cara muy rara. Como si no lo hubiera visto en su vida. «Este no es mi hijo», dijo. Me miraba moviendo la cabeza. «No es mi hijo.»

Nóra tenía la boca seca. Tragó saliva con esfuerzo.

—«Pues claro que es —le dije yo—. Es tu hijo, claro que sí. ¿No reconoces a tu propio hijo?» Entonces intentó incorporarse y lo miró otra vez. «Este no es mi hijo —dijo—. Tráeme a mi hijo.» Claro, yo no sabía qué hacer, así que seguí diciéndole que aquel era Micheál y me estaba asustando con las cosas tan raras que estaba diciéndome. Entonces se lo puse en el regazo ¡y ojalá nunca lo hubiera hecho! Empezó a gritar: «¡Este no es mi hijo! Tráeme a Micheál!». Intentó echar a Micheál de la cama y, de no haber estado yo, se habría caído al suelo. —Tadgh jadeaba—. No sabía qué hacer, así que me llevé a Micheál, fuera de su vista. Pero estuvo toda la noche igual. «Me han robado a mi hijo. Me han robado a mi hijo.» Me agarraba y me pedía que fuera a ver a la policía, que organizara una búsqueda. Quería sacar a Micheál de la casa. «¡Deshazte de él! —decía—. ¡Déjalo en el montón de estiércol y tráeme a mi hijo!»

»Y ese fue el fin. Eso fue lo último antes de quedarse dormida. Lo último que me dijo. En los días siguientes ya no fue ella misma. Iba camino de reunirse con Dios.

Nóra miró a Tadgh con la sensación de estar a punto de asfixiarse.

—No quería contártelo, Nóra —dijo Tadgh con los dedos presionándose las sienes—. Pero ahora que lo veo, a Micheál...

Nóra miró al niño que movía la cabeza como si algo invisible le estuviera dando picotazos.

—Lo veo y me pongo a pensar. Me pongo a pensar en lo que dijo Johanna. Lo veo y sé que es mi hijo, pero no lo reconozco en absoluto.

—Yo sé por qué.

Se volvieron y vieron a Mary en el umbral, el delantal mojado, chorreando y el cubo de agua pegado al pecho. Tenía la cara blanca como la cal.

—Es un niño postizo —dijo—. Y todos lo saben menos usted.

La fragua oscura y sin pintar del herrero estaba en el corazón del valle, junto al cruce que dividía la comunidad en cuatro. La mayor parte de los días el tintineo rítmico del martillo en el yunque viajaba en todas las direcciones y el humo que no dejaba de salir de la forja era una señal inconfundible para quienes precisaban herraje o querían sacarse un diente. De noche, una vez que las faenas del día estaban terminadas, las gentes se congregaban en casa del herrero y la forja se convertía en el lugar de reunión para los hombres y la

pequeña choza contigua, en el de las mujeres. Era un lugar muy frecuentado. Las noches en que la luna prestaba una luz limpia y clara al valle era normal que los jóvenes salieran y bailaran en el cruce de caminos sobre los huesos enterrados de suicidas, el mismo sitio en el que había muerto Martin Leahy.

Nance no iba a menudo a casa del herrero. Tenía pocas posesiones que requirieran fuelles y hombres de rostros sudorosos, y prefería la destreza callada de los caldereros. Además era un lugar donde se sentía forastera. A menudo estaba lleno de granjeros y labriegos que llevaban sus caballos de labor a herrar o a que les trataran el esparaván o el muermo y, a pesar de los años que llevaba en el valle, Nance nunca se había acostumbrado a cómo se interrumpían las conversaciones en su presencia. Una cosa era entrar en una casa donde se velaba un muerto y que los presentes callaran respetuosos. Otra muy distinta caminar por un corral lleno de gente notando la mirada atentísima de los otros y oír risas a tu espalda. La hacían sentir una vieja rara que cogía hierbas, los ojos nublados por la edad y el humo de su fuego mal atizado. Daba igual que algunos de aquellos hombres acudieran a ella con forúnculos o pulmones congestionados, o dejaran a sus hijos tísicos en el suelo delante de su hogar. A la luz del día, con el ruido del ajetreo diario, sus miradas la hacían sentirse despreciada y débil.

—Que Dios bendiga tu trabajo, John O'Donoghue —dijo Nance desde el umbral. Había esperado en el camino hasta que vio que no quedaba nadie delante de la casa y a continuación había apretado los dientes y había entrado en la forja.

John se detuvo con el martillo levantado.

—Nance Roche —se limitó a decir. El muchacho del valle que estaba a cargo del fuelle miró a Nance con la boca abierta.

—Quería saber si me darías un poco de tu agua. El agua de forjar.

John dejó el martillo y se secó la cara sudorosa con un trapo grasiento y ennegrecido.

—Agua de forjar —repitió. Miró a Nance con respiración jadeante—. ¿Cuánta necesitas?

Nance se sacó un cubo de debajo de la capa.

—Toda la que pueda cargar.

John cogió el cubo y lo sumergió en la pila donde enfriaba el hierro.

—Lo he llenado hasta la mitad. ¿Te basta?

—Me basta. Sí. Te lo agradezco, John. Que Dios te bendiga.

John asintió y volvió al yunque. Cuando levantó el martillo señaló la choza.

—Ve a ver a la mujer, Nance. Te dará algo de comer.

La choza de los O'Donoghue estaba hecha de la misma piedra que la fragua, pero recubierta de una gruesa capa de cal, y su alta cubierta de brezo y paja de avena coronaba una bóveda de dimensiones cavernosas. Las dos medias puertas estaban abiertas de par en par para dejar pasar la luz y Nance oyó a una mujer cantar dentro.

—Que Dios te bendiga, mujer de la casa.

Áine O'Donoghue estaba arrodillada delante del fuego de turba, restregando una camisa en una amplia artesa. Se incorporó pestañeando.

—¿Nance Roche? —Su expresión se transformó en sonrisa—. Pasa y sé bienvenida. Dichosos los ojos. —Se puso de pie mientras se secaba los antebrazos en el delantal—. ¿Qué llevas ahí?

—Un poco de agua de forjar, nada más, Áine. Tu marido ha tenido la amabilidad de dármela.

—Ya veo. ¿Y debería preguntarte para qué la quieres? —Áine sonrió irónica y dio unas palmaditas al taburete que tenía al lado—. Siéntate. ¿Quieres comer algo?

—Sigue lavando, Áine. No quiero entretenerte.

—Sigo. No tengo más remedio, además. —Áine cogió una patata fría y se la dio a Nance—. ¿Qué tal estás?

—Viva, lo que ya es mucho.

—¿Estás preparada para el invierno? ¿No hace muchísimo frío fuera? Y no estamos ni en diciembre.

—Mucho frío. Veo que John y tú seguís bien.

—No me quejo.

Nance señaló el cubo con agua de forja a sus pies.

—Protección. He pensado que Brigid Lynch podría necesitarla. Le falta ya poco. —Peló la patata y miró a Áine. Esta tenía los ojos fijos en la piel arrugada de sus dedos y estaba inclinada hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas.

—¿Por qué no vienes a verme? —se oyó decir Nance.

Áine simuló sorpresa.

—¿A verte, Nance?

—Puedo ayudarte.

Áine se sonrojó.

—¿Y para qué? Ya se me ha ido la llaga de la boca. Me diste la cura y te lo agradezco.

—No me refiero a la llaga. —Nance dio un mordisco a la patata fría y masticó pensativa—. No debe de ser fácil ver a las mujeres de por aquí llenas de hijos y tú sin ninguno.

Áine esbozó una sonrisa extraña y lánguida. Habló con voz suave.

—Ah, eso. Seguro que no tiene solución, Nance.

—Hay maneras, Áine. Existe una cura para todas las dolencias de este mundo.

Áine negó con la cabeza.

—*An rud nach féidir ní féidir é*. Lo que no puede ser no puede ser. Ya estoy resignada.

—Pobrecita mía. —Nance dejó caer en el regazo lo que le quedaba de patata y cogió las manos de Áine. La mujer le sonrió, pero cuando Nance siguió sujetándole las manos se le tensó la expresión y le tembló la barbilla—. ¿De verdad estás resignada? ¿A una casa sin voces de niños?

—No —susurró Áine.

—Áine.

—Por favor, Nance. Eres una buena mujer. No me pongas triste... Por favor.

Nance tiró de Áine hasta que sus frentes casi se tocaron.

—Los hijos son la maldición de este país —susurró apretándole las manos—. Sobre todo cuando no los tienes.

Áine rió, pero se soltó para secarse precipitadamente las lágrimas.

—Ven a verme —susurró Nance—. Sabes dónde estoy.

De vuelta a su choza, con la estrecha asa del cubo de agua cortándole la mano, Nance pensó en lo que se había apoderado de ella. Por lo general no le gustaba meter la nariz en los asuntos de los demás. Maggie le había dicho siempre que se mantuviera al margen hasta que la requirieran.

—La cura funciona mejor para quienes la buscan —le había dicho—. Los que buscan encuentran.

Pero en aquel momento Nance había sentido que Áine la urgía en silencio a hablar. Había habido una vacilación. Una mirada de doloroso

anhelo. Así les ocurría a la mayoría de las personas. Todo ese dolor privado llevado en secreto hasta que, en ocasiones, en lo que dura una respiración, algo se abre y vislumbra el corazón de las cosas antes de que la puerta vuelva a cerrarse. Era igual que una visión. Un murmullo de vulnerabilidad. Un temblor en la tierra, antes de que todo calle.

«Qué recóndito el corazón —pensó Nance—. Qué miedo nos da que nos conozcan y, sin embargo, con cuánta desesperación lo anhelamos.»

El padre Healy estaba esperando a Nance a la entrada de la choza de esta, su cuerpo enjuto dibujando una silueta negra contra el alto aliso. La miró subir el camino sin moverse, con los brazos cruzados, y entonces, cuando vio el pesado cubo que transportaba, se adelantó y se lo cogió.

—Gracias, padre.

Caminaron en silencio hasta el terreno embarrado a la puerta de la choza y entonces el cura dejó el cubo con agua de herrar y miró a Nance.

—¿Eres tú Nance Roche?

—Lo soy.

—Entonces quiero un momento contigo.

—¿Un momento conmigo, padre? Qué honor. —Nance se dobló los doloridos dedos hacia atrás—. ¿Y cómo puedo ayudarle?

—¿Ayudarme? —Negó con la cabeza—. He venido a decirte que te ayudes a ti misma, mujer. He venido a decirte que abandones tus costumbres.

—Así que mis costumbres. ¿Y qué costumbres son esas? —Nance se puso en jarras y trató de recuperar el aliento. Notaba el pecho seco y tenso de cargar el agua a través del valle. Lo único que quería era entrar en casa y descansar.

—He tenido noticias de que estuviste llorando en el duelo de Martin Leahy.

Nance arrugó el ceño.

—Así fue. ¿Y qué?

—El sínodo prohíbe las plañideras profesionales en duelos, la considera una práctica poco cristiana. Es una costumbre pagana y que nuestro Señor aborrece.

—¿Qué nuestro Señor la aborrece? Padre, me cuesta trabajo creer que Dios no comprenda el duelo. Pero si Cristo murió en la cruz rodeado de plañideras.

El padre Healy sonrió, tenso.

—No tiene nada que ver. Me han dicho que cobras por llorar en los entierros.

—¿Qué tiene de malo eso?

—Tu duelo es artificial, Nance. En lugar de consolar a los afligidos, sacas sustento de sus muertos.

Nance negó con la cabeza.

—No, padre. No es así en absoluto. Siento su dolor. Doy voz a la pena de otros cuando ellos no pueden hacerlo.

—Pero te pagan por ello.

—Pero no con dinero.

—Con comida, entonces. Pago en especias a cambio de tristeza inmoderada, falsa. —El hombre rió con tristeza—. Nance, escúchame, no puedes aceptar dinero, ni otras cosas, por llorar a un muerto. La iglesia no lo tolerará y yo tampoco. —Levantó una ceja—. Cuando supe lo del lamento fúnebre, hice averiguaciones sobre ti.

—¿De verdad, padre?

—Me dicen las gentes que bebes. Que te gusta la pipa. Que no vienes a misa.

Nance rió.

—Como pretenda visitar a todos los que no van a misa se va a pasar toda la semana a lomos de ese asno.

El padre Healy se ruborizó un poco.

—Pues sí, pretendo enmendar la falta de sentimiento religioso que hay aquí.

—Pero las gentes sí tienen temperamento espiritual, padre. Todos tenemos fe en las cosas del mundo invisible. Somos personas de lo más religiosas. Vamos, padre, ¿no le apetece beber algo? Mire, está oscureciendo.

El sacerdote dudó y a continuación siguió a Nance al interior de la choza y miró a su alrededor con incertidumbre.

—Tenga la amabilidad de sentarse en ese tajuelo. Póngase cómodo. Voy a poner el agua a hervir.

El padre Healy se sentó en el taburete con las rodillas formando dos ángulos hacia los lados. Señaló las hierbas secas que colgaban de las vigas.

—Me dice William O'Hare que eres curandera.

—¿El maestro? ¿Qué sabe él? No ha venido a verme en su vida.

—Pues sí, él. Dice que vives de plañir y de la curandería. Que atraes a los parroquianos con falsas promesas de curación.

—Hay personas de por aquí que... Bueno, no nos entendemos.

—Así que el problema no es solo el dinero que te llevas por simular que lloras, también te haces pasar por *bean leighis*?

—¿Que me hago pasar? —Nance ofreció al cura una taza humeante y este la miró con suspicacia—. Padre, la gente viene a verme por voluntad propia y yo uso el saber que me ha sido dado para ayudarlos. En agradecimiento me hacen regalos. No soy ninguna ladrona.

—¡Entonces ya sí que no entiendo nada! —El cura se pasó una mano por el pelo—. Porque Seán Lynch me dice que abusas de la confianza de los demás para sacarles algo a cambio de nada.

Nance chasqueó las encías.

—Les ayudo. Les hago de médica.

—Sí, eso tengo entendido. Que eres igual que los médicos de Dublín. Dice O'Hare que cuando su mujer vino a verte por un afta la obligaste a tragarse un pico de ganso.

—¿Éilís? Es un remedio antiguo. ¿No se curó?

—William no me lo dijo.

—Pues la curó. Puede que Éilís O'Hare se dé aires ahora que se ha casado con un hombre de Killarney. Pero miente si dice que no la curé. Esa mujer estaría en la tumba de no ser por mí.

—Nadie se muere de una úlcera.

—Aun así la curé.

El cura escudriñó su infusión y la dejó con firmeza en el suelo.

—¿No te das cuenta de que estoy intentando ayudarte?

Nance sonrió.

—Le respeto, padre. Sin duda es usted un hombre bueno y santo que ama a las personas. Pero debería saber que el padre O'Reilly, que Dios guarde su alma, supo que yo tenía el don. Mandaba a las gentes a verme. Bébase el té.

—Si no te importa, no me lo voy a beber. —El cura volvió a mirar las hierbas del techo—. Conozco a los de tu especie. Sé que los pobres intentan ganarse la vida de la manera que pueden. Las personas vulnerables... —Bajó la voz a un susurro—. Esta parroquia sigue necesitando... —Parecía incómodo—. Una partera. Para las madres. Renuncia a las oraciones fúnebres

y las hierbas y los hechizos y a todas esas supersticiones paganas y gánate la vida honradamente con eso.

Nance suspiró.

—Padre, por poco que necesite el gorrión, tiene que recolectarlo. Sin las pócimas y los cantos fúnebres se me rompería el corazón de hambre, pero esa no es la única razón. Tengo el saber que me ha sido concedido por los Buenos y debo usarlo con las gentes de aquí. De lo contrario lo perderé.

Hubo un momento de silencio. Fuera, los grajos alteraban el silencio de los árboles.

—¿No estarás hablando de las hadas? No, eso no pienso tolerarlo.

—¿No cree en los Buenos, padre?

El clérigo se puso de pie.

—Nance Roche. Para mí no es grato estar aquí. Ni reprenderte. Pero ¿estás pensando en tu estómago o en tu alma?

—O sea, que no cree. Pues tengo que decirle, padre, que los Buenos fueron los que me sacaron de mi existencia desgraciada en los caminos y me condujeron a este valle y al padre O'Reilly. Los Buenos fueron los que me pusieron a salvo aquí y no muriéndome de hambre en Killarney cuando me quedé sin familia y sola, sin un hombre y sin dinero. Ellos fueron los que me dieron el saber para curar a las gentes y para sacarles el dardo encantado que les produce inflamación y...

—Decir que existen es impío.

De pronto la expresión del cura se volvió compasiva y Nance sintió una oleada de furia por su condescendencia.

—Que Dios sea alabado. Un sacerdote que está en contra de curar a los enfermos. Dios sabe que es un trabajo duro a cambio de un mísero sustento y que pobre soy y siempre lo he sido, pero jamás he mendigado a un cristiano de este valle y ¿no ha sido siempre buena mi intención? ¿No he curado al sacerdote que estuvo antes de usted, que veía el bien que yo hacía?

El padre Healy negó con la cabeza.

—Y lo malo en cambio no lo veía. Ya conoces el dicho, mujer. El camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

—Y el del cielo está bien señalizado, padre... —Nance sonrió—, pero mal iluminado.

El cura resopló.

—No voy a tolerar ni los cantos fúnebres ni que haya mujeres buscando

embaucar a los enfermos con fábulas sobre hadas. Puedes trabajar de partera para quienes te necesiten, pero no pienso tolerar una parroquia llena de supersticiones por culpa de quienes buscan sacar provecho.

—En cambio usted es un hombre grande y magnánimo que acepta nuestro dinero a cambio de perdonarnos nuestros pecados y no deja que una mujer honrada saque unas migajas a cambio de hacer el bien.

—He intentado ser justo contigo, Nance Roche. He venido aquí a devolverte al buen camino. Pero puesto que eres terca, creo que debes irte de aquí.

—Las gentes no dejarán que me eche. Me necesitan. Ya verá cómo me necesitan.

—Pues no creo que te espere nada bueno, Nance Roche, a pesar de lo que crees. —El cura agachó la cabeza para salir de la choza y subió a lomos de su asno, que pastaba junto al bosque. Nance lo siguió con la vista mientras montaba al animal y le daba un taconazo enérgico. Cuando se disponía a enfilarse por el sendero, se volvió a mirarla—: Nance, hazme caso y déjate de plañir y de hadas. Para cenar con el Diablo te hará falta una cuchara bien larga.

PARTE DOS

BOCA DE HIEDRA, CORAZÓN DE ACEBO

Beul eidhin a's croidhe cuilinn

1825-1826

CAPÍTULO SEIS

ORTIGA

Diciembre llegó y despojó de luz los días, mientras que las noches se tornaron crueles, ventosas. El agua que se acumulaba bajo la entrada de las casas se tensaba por el hielo por las mañanas y los estorninos buscaban las techumbres de paja del valle y sobrevolaban en círculos las chimeneas humeantes en busca de calor.

Con el mal tiempo, Micheál se volvió inquieto. Cuando de noche el calor del hogar se disipaba y el frío se colaba en la habitación, despertaba a Mary con gemidos, agitando los brazos, clavándole las uñas en la espalda como una cría de gato tratando de escapar de un saco y de la corriente de un río que la arrastra.

Ansiosa por calentarlo, Mary lo envolvía en la manta que compartían, se pegaba la barbilla puntiaguda del niño al hombro e, incorporada, estrechaba su cuerpo trémulo contra su pecho hasta que el niño se rendía al cansancio. A veces le pasaba con suavidad la yema de un dedo por las cejas y por la delicada piel de los párpados para ayudarlo a cerrar los ojos, o se abría la camisa para poner la mejilla del niño en contacto con la piel desnuda de su garganta y reconfortarlo así con el calor de su cuerpo. Se dormía con el niño apoyado en el pecho, recostada en la esquina de madera de la cama, y se despertaba en la luz gris del amanecer con el cuello rígido y las piernas dormidas y sin sensación.

Nunca se había encontrado tan cansada. Había creído que los días de invierno, con la tregua en las faenas y el clima silencioso y hostil, resultarían llevaderos comparados a la temporada que trabajó en la recolección. Aquellos días habían sido interminables. Se había estirado, tambaleado, inclinado, hasta que creyó morir, hasta que estuvo moteada de salvado y le sangraron las manos de manipular lino. Pero el niño la agotaba de otra manera. La torturaba con su necesidad de atención constante y estridente. A veces gritaba a voz en cuello y nada parecía calmarlo. Cuando Mary le alimentaba, comía

con voracidad, tragando deprisa cucharadas de patata mezclada con leche, y sin embargo estaba flaco como el aire de invierno. Por las noches no la dejaba dormir del tirón. Mary se despertaba cada mañana con el cuerpo necesitado de descanso, las extremidades agarrotadas por las muchas horas de abrazar al niño, los ojos rojos como si alguien hubiera intentado arrancárselos de las cuencas. Iba a tientas en la penumbra a sacar los rescoldos de debajo de su manta de cenizas y ponía agua a hervir, antes de salir al azul deslumbrante del corral, al aire tan frío que le paralizaba los pulmones.

Su único momento de paz cada mañana era en el establo atestado y sucio de excrementos, cuando podía apoyar la frente en el flanco polvoriento y acogedor de la vaca y la ordeñaba, cantando viejas canciones para serenarse a sí misma y al animal. A veces lloraba de cansancio, y le daba igual. Apretaba la cara contra el vientre de la vaca y notaba los ojos llenársele de lágrimas calientes y mientras con las manos estimulaba las ubres, dejaba que el canto diera paso a los sollozos. La leche, con independencia del sonido que emitiera, rara vez salía.

Desde la visita de su yerno, Nóra se había encerrado en sí misma. Mary sabía que había hablado de forma imprudente, que había dejado que el miedo que le había producido ser arrinconada por las mujeres en el pozo le soltara la lengua. En cuanto hubo hablado en el umbral de la casa, su acusación la había horrorizado. Pensó que sería enviada de vuelta a Annamore con los bolsillos vacíos. Pero Nóra se había limitado a mirarla con la expresión abstraída, ensimismada, de alguien que acaba de oír que hay un fantasma en la habitación. El hombre, Tadgh, había reaccionado de forma más extraña aún. Había mirado a Mary con curiosidad y a continuación le había tocado el pelo, acariciándole las puntas con los dedos como si creyera que era un ángel y no supiera si besarla o enfrentarse a ella. Luego, con la misma rapidez, había retrocedido. «Que el buen Dios te proteja», había dicho antes de salir a la pálida tarde y bajar por el sendero con una mano tapándose la boca. No se había vuelto y no lo habían visto desde entonces.

Nóra había asistido a la escena impávida, Mary se había dado cuenta de ello. Después de que Tadgh se fuera, había continuado sentada quieta y respirando profunda y pausadamente, como si durmiera. Luego había pedido a Mary que se acercara al fuego. «Siéntate.» Cuando Mary dudó, la voz de Nóra se había vuelto impaciente. «Siéntate.»

Cuando Mary se sentó en el taburete de paja que crujió bajo su peso, Nóra había rebuscado en el vano de la pared del lar. Mary oyó el chirrido de

una botella al descorcharse y, cuando Nóra apoyó un brazo en la pared para taparse la cara, dedujo que estaba bebiendo.

—Así que dicen las gentes que Micheál es un niño trocado.

Cuando se giró, tenía los ojos rojos.

—En el pozo hablaron de él como si fuera postizo.

Nóra había empezado a reír presa de un pánico salvaje, como una mujer que encuentra a un niño perdido y se debate entre la furia y el alivio. Mary la miró doblarse hacia delante, temblando, llorando. Micheál, atraído por el ruido, había chillado con la boca muy abierta. Sus gritos habían puesto a Mary la carne de gallina.

Era todo demasiado extraño. Ver reír a Nóra cuando todo en ella era miedo, insoportable y ensordecedor, le había encogido a Mary el corazón. Estaba en una casa donde todo estaba a punto de hacerse añicos, donde el infortunio y la pena habían carcomido a aquella mujer que se desmoronaba delante de sus ojos.

Desazonada, Mary se había tapado la cabeza con el chal y había salido a sentarse en el establo.

Se había quedado junto al reconfortante calor de la vaca hasta que el día flaqueó y oyó el viento silbar entre las grietas de las paredes de piedra. Deseó poder abandonar a la viuda con su risa demente y hacer aquella misma noche el camino pedregoso de vuelta a Annamore. De no ser por el recuerdo de sus hermanos hambrientos y el cansancio que hundía las comisuras de la boca de su madre, habría caminado toda la noche para volver a casa.

Cuando entró, Nóra se había comportado como si no hubiera ocurrido nada. Le había pedido a Mary que empezara a preparar la comida y se había sentado a calcetar, asiendo con furia las agujas. Solo en una ocasión levantó la cabeza y se dirigió a Mary con expresión inescrutable:

—*Briseann an dúchas trí chrúba an chait*. El gato muestra su verdadera naturaleza cuando usa las uñas.

—Sí, señora —había contestado Mary. No había entendido lo que quería decir la mujer con aquel refrán, pero le había resultado amenazador y no la había hecho sentir mejor.

Desde entonces ninguna había hablado de la visita de Tadgh, ni de los chismes del pozo, ni de lo ocurrido después, aunque Mary pensaba que Nóra ya no se ocupaba de Micheál igual que antes. Cada vez con mayor frecuencia le correspondía a ella lavarlo y alimentarlo y levantarse por la noche para

consolarlo de los terrores invisibles que asaltaban su entendimiento débil y misterioso. Mary se acostumbró a las sombras que aparecían en la media luz de la hora de las brujas. Se despertaba y se ocupaba del niño como un doliente de un difunto.

Una noche que el llanto penetrante de Micheál la despertó de pronto, Mary se liberó de los brazos que la asían y enterró la cabeza debajo de la almohada, demasiado cansada para incorporarse y calentarlo o darle friegas en las plantas de los pies. Volvió a los plácidos brazos del sueño hasta que el olor acre a pis la despertó y se encontró con la paja empapada y el niño con la espalda mojada y aterido a su lado, gritando como gritan los asesinados.

Había empezado a hacer frío en la *bothán* de Nance. A finales del otoño había pasado muchas horas recogiendo todo lo que encontró para alimentar el fuego, recortando espinoso tojo de las laderas de las montañas y las tierras sin cultivar con un cuchillo de mango negro y cogiendo los excrementos que no se habían llevado los niños de los campos. Algunas gentes del valle le daban pequeñas cestas de turba a cambio de sus remedios, pero sabía que esos escasos y preciados terrones no le durarían todo el invierno. El frío la acosaría, la amenazaría si no encontraba la manera de mantener vivo el fuego durante los meses de viento cruel. Siempre la necesidad de encontrar el modo de sobrevivir. Sin hijos en casa que la cuidaran. Sin un padre vivo que la ayudara. Cada año la batalla por seguir adelante. Cada año la lucha por permanecer. La agotaba.

«¿Cuándo me hice tan vieja? —se preguntó encorvada delante del fuego—. Tengo los huesos tan afilados y huecos como los esqueletos de los pájaros.»

Qué furtivo se había vuelto el tiempo. Cuando era más joven los días habían parecido inagotables. El mundo siempre había estado lleno de perpetuo asombro.

Pero cuanto mayor se hacía, más se alejaban las montañas del cielo. Incluso el río parecía más frío que cuando llegó al valle, hacía veinte años. Las estaciones venían y se iban con velocidad pasmosa.

Nance recordó los bosques de Mangerton cuando era pequeña. Cómo los recorría con sus latas de leche de cabra y *poitín* para los turistas y el monedero duro y tintineante que traía de vuelta a la mano agradecida de su padre. Se sentía hija de los árboles. El musgo del lecho del bosque

reconfortaba sus pies desnudos y se había sentido protegida por la bóveda de hojas, había sentido el viento como una voz que le susurraba entre el pelo sin otro propósito que hablarle a ella y solo a ella. Qué bien había conocido a Dios entonces. Qué desasida su alma. Qué fácil ser.

Nance recordó recorrer la montaña arrancando lana que se enganchaba a las espinas de zarzas y matas de tojo, esperando a los ponis que llevaban a los turistas hasta la Ponchera del Diablo, y sentirse abrumada por la belleza del sol que iluminaba el agua de los lagos. El lago Leane dorado y las montañas circundantes vestidas del color del cielo. Las luces viajeras, cambiantes, pasaban delante del sol como peregrinos delante de la imagen de un santo. Nance recordó caminar y sentirse henchida de la gracia del mundo.

—¿Por qué lloras? —le había preguntado su padre en una ocasión, mientras calafateaba su lancha a la orilla del lago.

¿Cuántos años tenía? Era el verano antes de que llegara Maggie con sus hierbas y su misteriosa manera de ser. Una niña aún. Un capullo sin florecer. Hacía toda una vida de aquello.

—Nance, ¿por qué lloras?

—Porque todo es demasiado hermoso.

Su padre había comprendido la profundidad de su amor.

—La naturaleza está en su esplendor por la mañana y al atardecer. Llorar por ella no tiene nada de malo. La mayoría de las personas viven sus vidas sin prestarle atención.

Quizá fue entonces cuando empezó a enseñarle el lenguaje del cielo con el ojo que tienen los pescadores para leer el clima. Antes de que la vida de su madre se extinguiera poco a poco, antes de que llegara Maggie, cuando estaban todos juntos y sanos y bien.

—El mundo no nos pertenece —le había dicho en una ocasión—. Se pertenece a sí mismo, y por eso es hermoso.

Su padre fue quien le mostró las nubes altas color caballa que traían lluvia y peces y la engañosa aridez de los días de verano, que enmascaraba indicio de tormentas nocturnas. El cielo, le enseñó, podía ser un aliado, un consejero. Cuando traía los chillidos circulares de gaviotas sabían que no debían alejarse demasiado de la orilla o de la choza.

En ocasiones, antes de que los turistas de sangre ilustre acudieran en tropel a gastarse el dinero con niñas pelirrojas como Nance y barqueros como su padre y excursiones en coche de caballos a las ruinas de la abadía de

Muckross con su altísimo tejo en el claustro, o cuando su madre había pasado otra noche de terrible padecimiento, su padre la llevaba a los lagos y le pedía que mirara al cielo.

—¿Ves las nubes, Nance?

Nance recordaba levantar la cara al cielo y pestañear en el sol de la mañana.

—¿A qué se te parecen? ¿No son como una barba de cabra? ¿Una barba de cabra peinada?

Incluso ahora, casi podía oler la arcilla y el agua.

—¿Ves ahí donde la barba se vuelve negra? —Entonces el padre dejaba un remo dentro del barco y levantaba un brazo—. De ahí vendrá el viento hoy. A fe, un viento fuerte. Y la punta negra de la barba está llena de agua. ¿Qué crees que vamos a hacer con una barba así de negra en el cielo?

—Creo que deberíamos irnos a casa.

—Esa cabra no va a traer nada bueno. Hoy no tendremos caballeros con sus damas. Volvamos con tu madre.

Amaba los lagos, su padre. Y el mar. Se había criado cerca de Corca Dhuibhne, hablaba del mar como hablan algunos hombres de sus madres, con reverencia y un amor grande, abrumador.

—Cuando se acerque el buen tiempo, la mar hará un ruido dulce y tranquilo. Estará apacible y en calma y podrás confiar en ella. Pero si hay alcatraces en el puerto a primera hora de la mañana, te estará avisando de que debes dejarla en paz. El cormorán en su roca te dice que sopla el viento y, dependiendo de a dónde mire, de dónde soplará.

»La mayoría de las personas no ven el mundo. Pero tú sí lo entiendes, Nance. Tú lo entiendes.

Alguien tosió en la puerta y Nance se sobresaltó. El fuego se había apagado y había un hombre en el umbral. No lo había oído llegar.

—¿Quién está ahí? —graznó Nance llevándose las manos a las mejillas. Estaban húmedas. ¿Había llorado?

—Soy Daniel Lynch, Nance. —Parecía nervioso—. He venido a hablar de mi mujer, Brigid.

Nance escudriñó en la penumbra y vio al joven que había estado en el duelo de Martin Leahy.

—Te he traído una gallina —dijo señalando con la cabeza el ave que se retorció y sujetaba debajo del brazo—. Ya no pone, pero pensé que te vendría

bien para el puchero. No sabía...

—Eres muy amable. —Nance le hizo un gesto con dedo tembloroso—. Pasa, hijo. Pasa y sé bienvenido.

Daniel agachó la cabeza para entrar y Nance se fijó en que examinaba la pequeña choza con la cabra atada, el desagüe para desperdicios y el fuego muerto delante de ella. Se sacó la gallina de debajo el brazo y se la ofreció a Nance sujetándola por las patas. El ave aleteó y la perturbación agitó las hierbas que colgaban de las vigas.

—Déjala en el suelo ahí, buen hombre. Que estire las patas. Así, muy bien. —Nance atizó el fuego y sopló en los rescoldos—. ¿Me pasas un poco de tojo seco? Ah, gracias. Así que has venido por tu joven esposa, Brigid. La que espera un hijo. ¿Tiene buena salud?

Nance acercó un taburete a Daniel y este se sentó.

—Sí. Solo que... —Rió un poco, avergonzado—. En realidad no sé por qué he venido. No es nada, solo que a la mujer le ha dado por andar de noche. Dormida. —Miró a la gallina saltar el desagüe y restregarse contra la paja.

—¿Así que camina de noche? No es algo que deba hacer una mujer en su estado. ¿Quieres beber algo? —Nance sacó un vaso vacío y sirvió una pócima azul de un olla que estaba cerca del fuego.

Daniel la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué es?

—Té frío. Te calmará.

—Ah, pero si no necesito calmarme —dijo Daniel, pero dio un pequeño sorbo—. Sabe a hierbas.

—Sigue, Daniel. Háblame de tu Brigid.

—No quiero darle importancia pero es que, caramba, lo que hace es muy raro y no quiero que empiecen las habladurías.

—Dices que camina en sueños.

Daniel asintió.

—Hace unas pocas noches me desperté y no estaba por ninguna parte. Su lado de la cama estaba frío. Mi hermano duerme junto al fuego y tenemos la habitación para nosotros. El caso es que me desperté y me dije: «Habrà ido a beber agua», así que esperé. Pero pasó bastante rato y no había ni rastro de ella. Salí y vi a mi hermano, durmiendo a pierna suelta, pero la puerta estaba abierta y entraba un frío atroz. Busqué la capa de Brigid y allí estaba, en la viga donde la deja siempre, pero su chal no. Entonces sí que me asusté. No

sabía si alguien se la había llevado, o qué. Como se oyen cosas... —Se le quebró la voz y dio otro sorbo a su infusión—. Desperté a mi hermano y le pregunté si la había visto, pero me dijo que no. Así que salimos a buscarla ¡y gracias a Dios que había luna! Al cabo de un rato encontramos el chal en el suelo y después de caminar cerca de un kilómetro vi algo blanco y... —Daniel arrugó el ceño y se tiró del labio—. Pues era ella. Tumbada, durmiendo.

—Así que estaba bien.

—Ahí fue cuando pensé en venir a verte, Nance. No estaba tumbada en el suelo sin más. Estaba en el *cillín*. Cerca del *ráth* de las hadas. A un tiro de piedra de donde estamos ahora.

A Nance se le erizó el pelo de la nuca. El *cillín* era un pequeño triángulo de tierra cerca del espino blanco de las hadas. La hierba crecía alta alrededor de una piedra erguida custodiada por un bosquecillo escuálido de acebo. La delgada roca estaba perpendicular al suelo, como una lápida, y en su superficie conservaba el vestigio de una cruz grabada. Rodeándola, como estrellas al azar, había piedras blancas que señalaban dónde estaban enterrados los huesos de las almas en el limbo. En ocasiones, las gentes del valle enterraban allí a las mujeres que habían tenido hijos fuera del matrimonio y a veces también a quienes habían muerto en pecado. Pero el *cillín* era sobre todo para niños. Niños nacidos muertos. No era lugar que las gentes visitaran a no ser que fuera para enterrar a un niño que no había sido bautizado.

—¿El *cillín*?

Daniel se frotó el vello del mentón.

—¿Entiendes ahora por qué he venido? Estaba acostada entre las rocas. Con todos esos pobres niños muertos, enterrados. Pensé que también estaba muerta hasta que la zarandeeé y se despertó. He oído hablar de personas que caminan en sueños. Pero ¿que van a un *cillín*?

—¿Quién más sabe esto?

—Ni un alma excepto mi hermano, David, y yo. Y le he hecho jurar que no diría nada. Es de esas cosas que dan más que hablar que cuando viene el tercero a cobrar los diezmos. Sobre todo con todo lo que está pasando por aquí.

—Dime, ¿qué está pasando?

Daniel hizo una mueca.

—No sé, Nance. Pero se respira algo inquietante. Las vacas ya no dan tanta leche como antes. —Señaló la gallina que picoteaba la paja—. Las gallinas han dejado de poner. Las gentes siguen hablando de cómo murió Martin Leahy. Un hombre en la flor de la vida, ¿muerto en una encrucijada? La gente dice que es antinatural. Algunos ya han empezado con la tontería del mal de ojo. A decir que lo aojaron. Otros no paran de hablar de un niño postizo. ¡Postizo! Todos sabemos que Nóra Leahy tiene un crío viviendo con ella. Después de morir su hija, vino el yerno con un niño dentro de una cesta. Le vimos desde los campos. Pero cuando después ninguno vimos al crío, pensamos que quizá estaba enfermo. Que le pasaba algo. Pero Brigid lo ha visto. Y me dijo que tiene algo malo. Muy malo.

Nance recordó al tullido del que había hablado Peter.

—Así que no es un niño enfermo.

—Sano no está, desde luego, pero parece que es algo más. Brigid dice que es una cosa escuálida y sin entendimiento. Que no ha visto a un niño así en su vida.

—¿Tú lo has visto?

—¿Yo? No lo he visto, no. Pero he pensado que igual... Igual le han hechizado los Buenos y ahora busca hechizar a otros. O quizá tiene mal de ojo y se lo echó a Martin Leahy, y ahora quiere echárselo a mi mujer. —Daniel se presionó las sienes con los pulgares—. Por Dios santo, no sé, Nance.

Nance asintió con la cabeza.

—Creo que lo mejor es que no le hables de esto a nadie, Daniel. Las gentes de aquí ya tienen bastantes preocupaciones como para asustarlas ahora con cosas que no comprenden.

—Pero que el niño fuera trocado sería una explicación. Cuanto más lo pienso, más me pregunto si los Buenos no andarán sueltos y raptando a personas. Uno oye historias sobre las mujeres que se llevan. De cómo desaparecen en los fortines. —Se inclinó más hacia Nance—. Me acuerdo de las historias. Los viejos aún las cuentan. Los Buenos necesitan mujeres encintas para robarles el niño y que amamanten al suyo... —Respiró hondo—. Por Dios, ya sé que hay quienes se ríen de los que creen que cada ráfaga de aire es un soplo de las hadas, un *sigh gaoithe*. Pero pensé que debías saberlo, Nance. Dicen que te entiendes con ellos. Que te dieron tu saber y el ojo para reconocerlos.

Nance arrimó más tojo al fuego y las llamas crecieron y proyectaron una

luz feroz en las caras de los dos.

—¿Cómo estaba tu Brigid cuando se despertó?

—Cuando vio dónde estaba, se le puso la cara blanca y desencajada. No recordaba salir de la casa ni bajar por el sendero.

—¿Y ha caminado en sueños otras veces?

—No. Al menos que yo recuerde. Desde luego, no desde que es mi mujer.

Nance lo miró con fijeza.

—¿Y entre vosotros todo va bien? ¿Os portáis bien el uno con el otro? No hay razón para que tu mujer quiera irse con los duendes, ¿verdad?

—Por mi vida que no.

—Así que nada de lo que huir. Bien, Daniel, sin duda una mujer encinta está en un momento peligroso. Es tiempo de interferencia. Tu mujer está en el umbral y pueden tirar de ella hacia un lado o hacia otro. Hacia el mundo que conocemos, o al que no conocemos. Y lo que dices de los Buenos es cierto. Acostumbran a llevarse a mujeres jóvenes. No sé de ninguna mujer raptada por las hadas y llevada al *ráth* que hay aquí cerca, pero eso no quiere decir que no lo vayan a hacer o que no lo hayan hecho.

—Cuentan que eso le pasó a Johanna Leahy en Macroom. Que no fue a reunirse con Dios, sino al fortín de las hadas que hay allí. Que cuando vio que le habían cambiado a su hijo por uno postizo dejó que se la llevaran para poder estar con su niño.

Nance se acercó a él, el rostro colorado por el calor creciente del fuego.

—Los Buenos son astutos cuando están descontentos. Hacen lo que se les antoja porque no sirven ni a Dios ni al Diablo, y nadie les puede asegurar un lugar en el Cielo o en el Infierno. No son lo bastante buenos para salvarse, ni lo bastante malvados para condenarse.

—¿Dices que andan rondando entonces?

—Siempre han estado por aquí. Son tan viejos como el mar.

Daniel tenía el rostro color ceniza. Sus ojos azules miraban fijamente a los de Nance a la luz de las llamas.

—¿Has salido alguna vez a caminar cuando anochece por el bosque o por algún lugar solitario y has tenido la sensación de que te vigilaban? Ni tan malvados como un hombre esperando a azotarte, pero ni tan benévolos como una madre que vigila el sueño de sus pequeños.

Daniel tragó saliva.

—Creo que sí. De verdad. No soy tan tonto como para decir que en este mundo no hay más cosas de las que veo con estos ojos.

Nance asintió con aprobación.

Los Buenos nos vigilan y con sus saberes pueden confundir a un hombre. Hacerle querer dar media vuelta. En ocasiones quieren recompensarle, y se encuentra con que su pipa tiene poderes mágicos o que la vaca que tenía enferma ha sanado sin que haya una explicación. Pero en ocasiones castigan a aquellos que hablan mal de Ellos. En ocasiones pagan el bien con el bien. El mal con el mal. En ocasiones todo es sinrazón y desconocimiento de por qué son así las cosas, y la única explicación es que los duendes están detrás y que tienen sus propias intenciones.

—Y entonces ¿por qué quieren llevarse a Brigid? ¿Qué les ha hecho a los Buenos para que quieran raptarla? —Calló un momento—. ¿Crees que es por algo que he hecho yo?

—Daniel, tu Brigid es virtuosa. No tiene sentido que creas que tiene alguna culpa en esto o que se ha descarriado. No ha hecho nada malo. Cuando los Buenos nos vigilan, conocen nuestro lado humano, entonces la envidia se apodera de Ellos y pueden decidir robarnos a nuestra familia, nuestra sangre. Yo les he visto llevarse a una mujer con mis propios ojos.

—Por Cristo bendito. Entonces es verdad lo que dicen. Que una calamidad anda suelta y que los Buenos están detrás. —Daniel estaba pálido—. ¿Qué debo hacer?

—¿Ha cambiado en algo tu Brigid? ¿Come? ¿Está herida?

—Come. Se asustó al despertar y ver que había dormido en el *cillín*, y tenía los pies ensangrentados de caminar tanto, pero no ha cambiado.

Nance se echó hacia atrás, satisfecha.

—Entonces no la han raptado. Sigue siendo tu mujer.

—Por Dios, ¿qué está pasando en este valle, Nance? Se me huela la sangre. El cura dijo que lo de las vacas, las gallinas y lo de Martín sucedió porque era la voluntad de Dios, pero es un hombre de ciudad.

Nance escupió en el suelo.

—Quizá alguien Los ha ofendido.

—Se dice que hay Uno entre nosotros.

—Sí, ese niño del que habla tu Brigid. El que vive con Nóra Leahy.

Daniel miró al suelo.

—U otro —murmuró.

Nance le miró interrogante.

—Dime una cosa: ¿ha vuelto ese Seán Lynch a dar hachazos a algún espino?

—No. Se niega a hablar de los Buenos y por las noches nos vuelve locos con sus historias sobre el padre O’Healy y Daniel O’Connell. El cura le ha estado hablando de la Asociación Católica. Dice que por un penique al mes O’Connell nos conseguirá la emancipación a todos, dice Seán. Creemos que ha vuelto a la bebida y a zurrar a su mujer, pero con los árboles de las hadas no se ha metido.

—Ese se está buscando problemas —dijo Nance—. Está engañando al Diablo en la oscuridad, eso hace.

Daniel cogió su infusión y se la bebió evitando mirar a Nance.

—Habla contra ti, Nance.

—Vaya. Hay muchos que hablan contra mí. Pero yo sé lo que sé. —Le puso las manos a Daniel delante de la cara y este dio un respingo y se apartó para que no la tocara—. ¿Qué ves?

Daniel la miró sin comprender.

—Los pulgares. ¿Ves que están torcidos? —Le enseñó los nudillos hinchados, el ángulo retorcido de las articulaciones.

—Es la marca de Ellos. Esto te dice que, digan lo que digan de mí Seán Lynch y el padre Healy, tengo el saber y no miento. Ellos podrán mentir sobre mí, pero en esto no hay mentira alguna. —Miró a Daniel con amabilidad—. ¿Confías en mí?

—Sí, Nance. Te creo.

—Entonces déjame que te diga que todo irá bien si haces lo que te digo. Tu mujer debe descansar hasta que le llegue su momento. Tiene que dormir todo lo posible y no caminar. ¿Sigue haciendo las cosas de la casa?

—Sí.

—Pues se acabó. Tú debes ocuparte de las faenas. Hacer la mantequilla. Dar de comer a las gallinas. Cocer las patatas. No saquéis fuego de la casa mientras esté ella dentro. Ni siquiera la brasa de tu pipa. Ni siquiera una chispa. ¿Entendido?

—Sí.

—Ni una llama ni un ascua, Daniel, o echarás a la buena suerte de la casa. Estarás rompiendo todo lo que la protege y la mantiene en este mundo. Y que se tome esto. —Nance fue a un rincón de la choza y cogió un

envoltorio de tela sujeto firmemente con paja. Deshizo los nudos y dejó caer unas bayas secas en la palma de Daniel.

Este las miró nervioso.

—¿Qué son?

—Dulcamara. La harán dormir más profundamente. Tanto que no tendrá ni fuerza ni manera de levantarse por la noche. Que las tome al anochecer y yo le haré mi ensalmo y pensaré en su protección. —Le dio una palmadita en el brazo—. Todo irá bien, Daniel.

—Te doy las gracias, Nance.

—Que Dios te bendiga y te dé una familia grande y longeva. Vuelve si Brigid sigue caminando dormida. Espera... —Nance le tocó un brazo a Daniel—. Hay otra cosa que puedes hacer. Si son los Buenos los que la acechan, haz una cruz con ramas de abedul y clávala a la cabecera de la cama. El abedul la protegerá.

Una vez en la puerta, Daniel vaciló.

—Eres una buena mujer, Nance. Sé que el padre Healy ha sermoneado en contra de ti, pero para mí que es un hombre ciego de corazón.

—¿Te sientes mejor, Daniel?

—Sí.

Nance miró a Daniel emprender el largo camino a su casa sujetando las bayas con las dos manos igual que un hombre en oración. El cielo ardía con la última luz de la tarde y envolvía las nubes en un resplandor de sangre. Justo antes de perderse de vista, Daniel se volvió, la miró y se persignó.

Llegaron las primeras nieves al valle. Vientos escalonados soplaron blancos en los campos hasta que, desde la choza de Nóra, los muros de piedra que los dividían se parecían a las espirales de una huella dactilar. Los hombres se instalaron junto al fuego y dieron por terminada la temporada y las mujeres cardaban lana y pasaban muchas horas con sus ruecas, como si necesitaran envolverse ellas y sus familias en más y más capas de tejido. Era tiempo de tranquilidad, de espera.

Nóra se despertó en la garganta gris de la mañana y parpadeó en la luz tenue. Quería dormir. Los gritos del niño quebraban las noches y deseó seguir aferrada a la inconsciencia del sueño. Qué solitario se había vuelto despertarse en una cama vacía.

Le dolía la cabeza por efecto del *poitín*. Tumbada de espaldas, miró la

techumbre y escuchó con atención para comprobar si Mary estaba despierta. La mayoría de las mañanas esperaba hasta que oía los pies de la chica arañar el suelo mientras preparaba el fuego y ponía agua a hervir, o su voz murmurando al niño mientras le limpiaba el orín de las piernas. Entonces Nóra cerraba los ojos y se imaginaba que no era Mary, sino Martin trajinando en la habitación, quitando el pestillo a la puerta y dejando salir a las gallinas para que picotearan cerca de la pared del establo entre la escarcha y la paja sucia. Lo imaginaba perfectamente. La forma de sus labios mientras silbaba las canciones de siempre, su uña quitando la piel de las patatas del desayuno y la manera despreocupada en que la tiraba después. Lo oía quejarse una vez más de que las gallinas de Nóra desgarraban la techumbre y recordaba cómo se le arrugaban los ojos cuando ella, nerviosa, las defendía. Se entregaba a este engaño, incluso si la desilusión de no ver luego a Martin, sino a la criada de extremidades largas y ojos hinchados junto al fuego, le causaba un dolor casi insoportable.

No oía nada. Se envolvió bien en el chal, salió y vio que el fuego estaba encendido, aunque no había rastro de Mary. La cama estaba abierta y Micheál estaba en un rincón. Como no quería que la viera, Nóra se acercó sin hacer ruido hasta un lateral. El niño estaba apático, con el pelo pegado a la cabeza por el sudor. Nóra miró cómo su boca se ondulaba despacio, los labios respingones y algo húmedos. «¿Con quién hablará?», se preguntó.

—Micheál.

El crío la ignoró, levantó las cejas e hizo una mueca mirando la pared.

—Micheál —repitió Nóra. El niño tenía los brazos rígidos y vueltos hacia dentro, como las alas rotas de un pájaro al que han expulsado del nido. Lo llamó por su nombre una tercera vez y entonces, por fin, fijó en ella su mirada sin pestañear. Arrugó el labio y Nóra vio cómo le centelleaban los dientes. Por un momento le pareció que la desafiaba.

Micheál había empezado a darle miedo. Todo lo que hacía —sus movimientos repentinos, impredecibles, sus llamadas y gritos a cosas que Nóra no veía— le recordaba las palabras de Mary.

Es un niño postizo. Y todos lo saben menos usted.

—¿Qué eres? —susurró Nóra.

Micheál miró las vigas y pestañeó. Le manchaba la barbilla un reguero de saliva seca. Tenía la nariz llena de mocos y los ojos enmarcados por pestañas pálidas, brillantes de humedad. Nóra le puso una mano con firmeza en el frente.

—¿Eres un niño de verdad o un postizo? —susurró. El corazón, aterrorizado, se le puso en la garganta.

Micheál cerró los ojos y dejó escapar un grito agudo y húmedo mientras arqueaba la espalda contra el cochón de paja. Antes de que Nóra pudiera apartar la mano, Micheál le agarró un mechón de pelo suelto. Nóra trató de soltarle los dedos, pero Micheál dio un tirón y el dolor fue abrasador e insoportable.

—¡Micheál!

Nóra hizo una mueca de dolor e intentó liberarse, pero los deditos pegajosos del niño se habían cerrado alrededor de su pelo. Tiró más fuerte. A Nóra se le llenaron los ojos de lágrimas.

—¡Suéltame! ¡Suéltame, criatura malvada!

El pelo se separó de su piel y Nóra, cegada por el dolor, trató de abofetear a Micheál. Pero no estaba en el ángulo correcto y no le dio en la cara, sino en la coronilla. La furia la ayudó a soltarse de sus dedos y entonces le sujetó con firmeza el mentón con una mano y con la otra volvió a abofetearlo, esta vez en la mejilla. Se hizo daño en la palma.

—¡Eres malo! —gritó, y le dio otra bofetada. El niño tenía la cara rosa, la boca abierta y berreaba. Nóra tuvo ganas de amordazarlo. Quería meterle la ropa meada en la boca para que dejara de gritar—. ¡Niño malvado! —masculló mientras se frotaba el cuero cabelludo.

—No es culpa suya.

Nóra se volvió y vio a Mary en la puerta con el cubo de la leche apoyado en la cadera.

—¡Me estaba arrancando el pelo!

Mary cerró la puerta y dejó atrás así el brillo blanco de la nieve.

—¿Se encuentra bien?

—¡No me deja dormir! ¡Grita toda la noche!

Nóra percibió la histeria en su voz. La criada asintió con la cabeza.

—Creo que es por el frío. Tiene un sarpullido en la espalda. De mearse encima.

Nóra se sentó junto al fuego con la mano en la piel dolorida.

—Podías lavarlo.

—Y lo hago —protestó Mary con un hilo de voz tal que hizo sentirse avergonzada a Nóra.

—Bueno. ¿Y cómo va Brownie de leche?

—No tiene mucha, señora. Usted dijo que daba buena leche pero... He estado cantándole porque sé que les gusta. Pero se está quedando seca.

Nóra cerró los ojos.

—Tal como van las cosas, no vamos a tener para la renta.

—¿Hago mantequilla hoy?

—¿Hay leche suficiente?

Mary levantó una esquina del paño que cubría la vasija con leche cuajada encima de la mesa.

—Sí, bueno. Creo que hay para hacer mantequilla. Lo justo. ¿Le doy el suero a Micheál? Igual le tranquiliza. No sé si es el frío o quizá que sueña cosas que le despiertan y le hacen gritar. A mí tampoco me deja dormir.

—Bueno, pues el camino a Annamore está donde lo dejaste.

—No quería decir eso —dijo Mary, nerviosa—. No me quiero ir a casa. Solo que parece que ha cambiado y que no sé cómo tenerlo tranquilo. Creo que sufre.

—¿Esto te lo han dicho en el pozo?

—No me lo han dicho, no —protestó Mary—. Las mujeres del pozo no hablan conmigo. Voy, cojo agua y me vuelvo y no me paro a chismorrear ni a hablar de usted y de Micheál. Se lo prometo.

Nóra se dio cuenta de que la criada estaba a punto de llorar.

—Una de las mujeres me ve llegar por el camino y da tres pasos atrás. Porque soy pelirroja. Kate. Kate Lynch.

—Tiene un miedo atroz al mal de ojo. No le hagas caso. Se persigna cada vez que se cruza con algo en el camino. Una liebre, una comadreja, una urraca.

—Escupe en el suelo y dice: «¡Que la cruz de Cristo se interponga entre el mal y yo!».

Nóra puso los ojos en blanco.

—Dentro de poco empezará a persignarse cuando me vea a mí por miedo a la maldición de la viuda.

Micheál dio un suspiro entrecortado y empezó a gritar más fuerte.

—Mire qué piernas —dijo Mary señalándolas—. Casi ni da patadas. ¿No cree que las tiene rotas? Es como si no tuviera sensibilidad en ellas. —Se inclinó sobre el niño lloroso y le levantó la camisa para que Nóra le viera las piernas.

Eran flacas como las ramas de los árboles desnudas por el invierno. La

piel se le pegaba al hueso, surcada de marcas. Al verlas, Nóra tuvo náuseas.

Mary se mordió el labio.

—Le consume alguna enfermedad. Ya sé que llevaba un tiempo sin caminar, pero ahora es que casi no mueve los dedos de los pies.

Nóra se apresuró a teparle los muslos a Micheál.

—Mary, me pregunto —murmuró— ¿cuánto sufrimiento puede aguantar una persona sin que algo se tuerza en su interior?

La muchacha no dijo nada.

Nóra se desenredó el pelo con los dedos y miró a Micheál. Al abofetearlo se había sentido al borde de algo oscuro, algo de lo que no sería capaz de regresar. Se dio cuenta de que no sabía lo que habría hecho de no entrar Mary en ese momento, y eso la asustó.

«¿Qué me ha pasado?»

Nóra siempre se había considerado una buena mujer. Una mujer de buen corazón. «Pero quizá —pensó— solo somos buenos cuando la vida nos lo pone fácil. Quizá el corazón se endurece cuando no está la buena suerte para ablandarlo.»

—¿Cree que deberíamos llamar al médico? —preguntó Mary.

Nóra la miró con hastío.

—Que llamemos al médico, dices. ¿Es que en Annamore hay médicos al final de cada sendero? ¿Que vienen a visitarte a cambio de nada? —Hizo un gesto con la cabeza en dirección a la vasija que estaba en la mesa—. Ahí está todo el dinero que tengo y bien poco que es. ¿Crees que tengo monedas enterradas por la casa? ¿Crees que soy una mujer rica? Nata, mantequilla y huevos; eso es lo que mantiene unidos el cuerpo y el alma. —Empezó a trenzarse el pelo con rápida aspereza, tirando de los mechones grises—. No sé cómo hacéis las cosas en Annamore, pero aquí, en este valle, untamos la palma de la mano del terrateniente con manteca. ¿Por qué te crees que dormimos bajo techo? ¿O que tenemos turba que echar al fuego? Y ahora la dichosa vaca se ha quedado sin leche ¡y pretendes que gaste una fortuna en que venga un médico a decirme que mi nieto no tiene remedio! Cuando el verano que viene no tenga un hombre que trabaje en los campos y gane el jornal necesario para el alquiler, ¡vendrán con la ganzúa y terminaré sola, en los caminos!

Mary estaba seria.

—¿No tiene sobrinos que puedan trabajar sus tierras?

Nóra respiró hondo.

—Sí, sí. Tengo sobrinos.

—Quizá no irá todo tan mal como dice.

—Quizá.

—Y quizá haya un médico que quiera ver a Micheál sin cobrar. O a cambio de una gallina. —Mary habló con amabilidad—. Sus gallinas son buenas ponedoras, usted misma lo dijo. ¿No podríamos pagar al médico con una gallina?

Nóra negó con la cabeza.

—Las gallinas ya no ponen como antes. ¿Y cuánto crees que cuesta un médico que vive en la ciudad y desayuna huevos todas las mañanas como si los hubiera puesto él mismo? —Suspiró—. Lo que necesitamos es al cura. Las gentes como nosotros llaman a un cura.

—Entonces ¿voy a buscarlo?

Nóra se puso de pie y se tapó la cabeza con el chal.

—No, tú sigue con la mantequilla, Mary. Si alguien le pide al cura que venga a ver a Micheál, tengo que ser yo.

Nóra echó a andar por el sendero que atravesaba en diagonal la ladera de la montaña. El aire era limpio y frío y la nieve del suelo le quemaba los pies descalzos. No había nadie en el camino. Solo los grajos que sobrevolaban los campos trazando círculos rompían el silencio.

La casa del cura era una construcción pequeña enjalbegada en un rincón del valle donde crecía el brezo y el camino rodeaba la montaña para continuar hacia Glenflesk. Después de que un ama de llaves rechoncha la hiciera pasar, Nóra esperó en la salita con la chimenea apagada hasta que el clérigo se reunió con ella. Le había cogido desayunando. Nóra reparó en que tenía yema de huevo dibujándole una línea grasienta en la camisa.

—Viuda Leahy. ¿Cómo sigues?

—Gracias, padre. No me quejo.

—Siento tu tribulación. Tal y como dicen «Es triste lavar la ropa cuando no hay en ella camisa de hombre».

Nóra pestañeó, un poco irritada.

—Gracias, padre.

—Y ahora, dime, ¿qué puedo hacer por ti?

—Siento molestarle. Sé que es muy temprano y que es usted un hombre

ocupado.

El sacerdote sonrió.

—Cuéntame por qué has venido.

—Es por mi nieto. He venido porque su madre, mi hija, está muerta, y esperaba que usted pudiera curarlo.

—¿Tu nieto, me dices? ¿Qué enfermedad tiene? —La expresión del padre Healy se volvió sombría—. ¿Es viruela?

—No es viruela ni una enfermedad de esas, no. Es algo peor. No sé qué.

—¿Has avisado a un médico?

—No tengo para pagarle, ahora mismo no. —Nóra notó que se sonrojaba y se sintió incómoda—. Lo poco que tengo lo gasto en una chica que me ayuda a cuidarlo.

—Me vas a perdonar, viuda Leahy, pero quizá ese sea el problema. —El tono del padre Leahy era amable—. Pagar a una chica cuando podrías pagar a un médico que lo cure.

—No creo que un médico pueda curarlo —dijo Nóra.

—Entonces ¿por qué has venido a verme?

—Necesita un sacerdote. No tiene bien la cabeza.

—Ah. ¿Es un niño corto de entendimiento? —preguntó el padre Healy.

—No lo sé. Si es que de niño tiene poco.

—¿Cómo que de niño tiene poco? Qué cosas dices. ¿Qué síntomas tiene?

—No sabe usar las piernas, padre. No dice una palabra, y eso que hace dos años hablaba como cualquier otro niño. Siempre está despierto y llorando. No crece.

El padre Healy la miró con compasión.

—Entiendo.

—Nació bien. Por eso sería muy amable de su parte si viniera a verlo. Por eso le pido que venga, padre. Creo... Creo que igual le ha pasado algo.

—¿Cómo qué?

Nóra cerró la boca para que dejara de temblarle la barbilla.

—Dicen las gentes que es un niño cambiado.

El padre Healey la miró desde debajo de las cejas fruncidas mientras su rostro cambiaba de color.

—Eso son supercherías, viuda. No hagas caso de esos chismorreos. Una mujer como tú debería tener más sentido común.

—Padre —se apresuró a decir Nóra—, sé que hay muchas personas que no creen que puedan suceder cosas así, pero si quisiera venir a ver al niño...

Hubo silencio. El clérigo parecía incómodo.

—Si el niño estuviera aquejado de una enfermedad corriente, o se estuviera muriendo, podría atenderlo. Estaría encantado de ayudar. Pero si es un idiota...

—Pero ¿no puede rezar por él? ¿Para que se cure?

—¿Por qué no rezas tú por él, viuda Healy?

—¡Ya lo hago!

El padre Healy suspiró.

—Sí, pero no vienes a misa. Llevas sin venir desde que murió tu marido. Sé que estás pasando momentos difíciles, pero créeme cuando te digo que el consuelo lo encontrarás en la iglesia.

—No es fácil ser viuda, padre.

La expresión del cura se suavizó considerablemente. Miró a la mujer menuda y chasqueó la lengua.

—¿Está bautizado el niño?

—Lo está.

—¿Ha tomado la sagrada comunión?

—No padre, no tiene más que cuatro años.

—¿Y no lo ha visto ningún médico?

—Una vez. El verano pasado. Martin trajo a uno de Killarney. Pero no hizo nada más que quedarse con nuestro dinero.

El padre Healy asintió, como si aquello no le sorprendiera.

—Viuda Leahy, creo que tal vez tu deber sea cuidar de ese niño lo mejor que puedas.

Nóra se enjugó los ojos. De tan irritada que estaba le daba vueltas la cabeza.

—¿No puede venir y hacerle la señal de la cruz, padre? Un sacerdote como usted tiene el poder de expulsar...

—No me hables de duendes, viuda. No pienso tolerarlo.

—Pero el padre O'Reilly...

—¿Hacía de curandero? ¿Se hacía pasar por un clérigo con poderes fantásticos? El padre O'Reilly, que Dios bendiga su alma, no hacía bien en practicar esos vestigios de ritos paganos. Y sin permiso por escrito del obispo de la diócesis, yo desde luego no pienso hacerlo. —Su expresión era seria—.

Viuda Leahy, es mi responsabilidad educar las gentes de este valle en una moral que se corresponda con los requerimientos de nuestra fe. ¿Cómo vamos a insistir en los derechos de los católicos cuando los valles están llenos del humo de hogueras paganas y de los aullidos de brujas en velorios? ¡Los que quieren expulsarnos del Parlamento no tienen más que citar esas costumbres católicas de verter calostro a los pies de un espino, de bailar en las encrucijadas, de creer en las hadas!

Nóra miró al padre Healy sacar un pañuelo para limpiar la saliva que se le había acumulado en las comisuras de la boca. Le dolían los pies por el frío.

—Perdóneme, padre, pero tiene la camisa manchada de huevo —dijo.

Y sin esperar a ver la reacción del clérigo, se puso de pie y salió de la habitación.

Nóra se desvió del sendero que salía de la casa parroquial y caminó un kilómetro y medio por un camino poco transitado con la cara roja de furia. Se oía el río a lo lejos y pronto llegó a una acequia donde un hilo de agua había convertido la nieve en barro. Cayó de rodillas junto a un muro de piedra derruido por el que trepaba un matojo de ortigas.

Lo que le había dicho al cura era cierto. Martin había traído un médico, aunque no podían permitirselo. Le pidieron prestado un caballo al herrero y a la mañana siguiente se levantaron con el rocío del alba para ir a Killarney a buscarlo. Qué raro le había resultado verlo trotar al lado de Martin. El médico tenía pelo blanco que le formaba una mata en su cráneo medio calvo y le cubría el dorso de las manos como si fuera plumón, y con cada sacudida del caballo los pequeños anteojos de alambre se le deslizaban por la nariz grasienta. Cuando entró en la choza, miró al techo como si esperara que se le desplomara encima.

Nóra estaba tan nerviosa que le castañeteaban los dientes.

—Qué Dios le bendiga, doctor, y bienvenido, y gracias por venir, señor.

El hombre había dejado su maletín en el suelo después de apartar los juncos frescos con el pie.

—Siento que tengan un niño enfermo. ¿Dónde está el paciente?

Martin había señalado hacía donde estaba Micheál tumbado, inerte, en su cuna.

El médico se había inclinado sobre la cama y había mirado al niño.

—¿Cuántos años tiene?

—Tres años, señor. No, cuatro.

El médico hinchó los carrillos y, cuando exhaló, le temblaron las guías del bigote.

—¿No es de ustedes?

—Es hijo de nuestra hija.

—¿Y dónde está ella?

—Falleció, señor.

El médico se había acuclillado con torpeza y la tela de los pantalones se le había tensado a la altura de los rodillas. El cuero de sus botas chirrió. Acercó su maletín, abrió los cierres y sacó un instrumento alargado.

—Voy a escucharle el corazón —explicó levantando la vista.

El médico había trabajado en silencio. Había colocado el disco plateado de su instrumento sobre el pecho de Micheál para después dejarlo a un lado y apoyar la espiral peluda de su oreja directamente en la piel del niño. Luego le había dado unos golpecitos en el pecho, había recorrido con las yemas de los dedos sus huesos abultados como si el niño fuera un instrumento que se le había olvidado tocar.

—¿Qué tiene, doctor?

El hombre se había llevado un dedo a los labios y la había silenciado con una mirada solemne. Había presionado con las almohadillas de los dedos la parte inferior de la mandíbula del niño, le había levantado los brazos y había examinado los huecos blanquecinos de sus axilas, le había separado los labios y había estudiado la lengua, a continuación había colocado las manos alrededor del cuello y con cuidado, como si estuviera manipulando cristal, lo había colocado boca abajo. Había chasqueado la lengua al ver el sarpullido que tenía el niño en la espalda, pero sin decir nada y, a continuación, le había recorrido la columna con los dedos, moviéndole las piernas y los brazos de un lado a otro.

—¿Es viruela, doctor?

—Díganme. ¿Conocen a este niño desde que nació?

Había contestado Martin.

—Acaba de venirse con nosotros. Nació bien. No estaba enfermo entonces. Lo vimos una vez y parecía un niño sano, normal.

—¿Llegó a hablar?

—Sí, estaba aprendiendo las primeras palabras, como cualquier otro niño.

—Y ahora, ¿habla alguna vez?

Martin y Nóra se habían mirado.

—Sabemos que está muy flaco. Tiene hambre, señor. Siempre tiene hambre. Enseguida supimos que le pasaba algo, pero pensamos que era hambre. Creemos que tiene la boca tan llena de hambre que no le queda sitio para las palabras.

El médico se había puesto de pie con un suspiro y se había sacudido la ropa.

—¿Así que no ha dicho una palabra desde que lo tienen con ustedes? ¿Ni dado un paso?

Silencio.

El hombre se pasó una mano por el cráneo brillante y miró a Martin.

—¿Podemos hablar un momento?

—Lo que tenga que decir puede decírnoslo a las dos.

El médico se quitó los anteojos y limpió los cristales con un pañuelo.

—Me temo que no tengo buenas noticias. El niño no parece tener la viruela ni estar tísico. El sarpullido de la espalda no es un síntoma, creo que se debe al desgaste de la piel. Por no poder estar sentado.

—Pero ¿se pondrá bien? ¿Se le pasará? ¿Qué tenemos que hacer?

El médico volvió a ponerse los anteojos.

—A veces los niños no se desarrollan. —Guardó su instrumental en el maletín de piel.

—Pero nació bien. Lo vimos con nuestros propios ojos. Así que puede curarse.

El médico se irguió y frunció los labios.

—Puede ser, pero en mi opinión seguirá sin desarrollarse.

—Pero ¿no lleva nada en el botiquín que pueda darle? No es normal que un niño sano se vuelva así. —Las palabras le habían secado la lengua a Nóra—. Mire, mírelo. Está hambriento. Lloro. No dice una palabra. Tenía frío, tenía el estómago vacío y por eso ha enfermado, lo sé.

—Nóra... —La mirada de Martin era cariñosa.

—Estaba bien. ¡Yo le vi andar! Seguro que lleva algo en su maletín, alguna medicina. ¿No puede darle una medicina? Lo único que ha hecho es pincharle como si estuviera cocinando un trozo de carne.

—¡Nóra! —Martin la había sujetado por la muñeca.

—Creo que deberían prepararse para lo peor —había dicho el médico

con el ceño fruncido—. Sería negligente por mi parte darles esperanzas cuando no hay ninguna. Lo siento.

—¿No puede decirnos qué le pasa?

—Tiene cretinismo.

—No lo entiendo.

—Está mal formado.

Nóra negó con la cabeza.

—Doctor, no le falta ningún dedo de las manos ni de los pies. Me...

—Lo siento. —El médico había cogido su sobretodo y los anteojos se le resbalaron otra vez por la nariz cuando se colocó la prenda sobre los hombros—. El niño es cretino. No hay nada que pueda hacer.

El día se había vuelto sombrío, una nevada lejana desdibujaba el horizonte. Nóra echó de menos a Martin, su confiada serenidad, con todas sus fuerzas. Después de irse el médico y cuando la ira se apoderó de Nóra, Martin la había estrechado contra su pecho cálido y había murmurado: «Para lo que no tiene cura, lo mejor es la paciencia».

«Lo que no tiene cura —pensó Nóra reclinada contra la tosca piedra—. Tengo que cargar con un niño moribundo que no se va a morir.»

Entonces deseó que Micheál muriera. Que se durmiera y no se despertara, que los ángeles se lo llevaran al cielo o las hadas a su fortín, o adonde fuera que iban las almas mudas. Mejor eso que hacerse mayor en un cuerpo que no podría adaptarse al paso de los años. Mejor eso que sufrir las dentelladas de la vida.

No tenía sentido negarlo, pensó. Si muriera, sería en cierto modo una bendición.

Se estremeció. Sabía que en ocasiones las mujeres mataban niños. Pero las historias que oía eran siempre de mujeres solteras que daban a luz en lugares recónditos y sucios y a quienes su angustia y remordimiento conducían a ataques de violencia. En ocasiones las descubrían. Cuando se encontraban las manchas de sangre o las piedras cambiaban de sitio en el lecho del río y el cuerpecito dentro de un saco subía a la superficie para horrorizada sorpresa de las mujeres que estaban lavando ropa. Una mujer se había ahogado con su hijo en el vientre en el lago Leane y decían las gentes que cada año, en el aniversario de sus muertes, una bruma cubría las aguas igual que un sudario.

«Pero yo no soy una asesina —pensó Nóra—. Soy una buena mujer. — Se secó la cara hinchada con los dedos sucios de barro—. No voy a matar al hijo de mi propia hija. Lo voy a salvar. Le devolveré la salud.»

Empezó a caer una nieve fina y un grajo, sus plumas agitando el aire quieto, se posó en las piedras.

—Estoy sola —dijo Nóra sin emoción.

El grajo la ignoró y se limpió el pico blanco en el muro. Mientras Nóra lo observaba, admirada de su proximidad, sintió una repentina presencia en el aire, un hormigueo en la nuca.

Entonces vio las ortigas.

Le vino a la cabeza un recuerdo. Martin empujando la puerta con el hombro una noche de primavera sucia de lluvia con la mano pegada al pecho. La notaba muy fría, dijo. Como si se le hubiera quedado sin sangre.

Nóra había examinado los dedos hinchados.

—A mí me parece que hay sangre de sobra —había dicho—. Demasiada.

Pero la mano había conservado aquel aspecto toda la noche y también el día siguiente, y por la tarde Martin había dicho que iría a Nance Roche para que le diera un remedio. ¿No le había quitado a Patrick las lombrices del intestino, a John un bulto en el brazo, y sin que les pasara nada?

—Esa mujer es muy rara —había dicho Nóra, pero Martin había contestado que cualquier cosa era mejor que vivir el resto de sus días con la mano como un bloque de hielo, y había ido.

A la mañana siguiente, Martin volvió de ver a Nance con la mano aún hinchada y rosa intenso, pero ágil, con movilidad.

—Esa mujer es muy hábil —dijo. Estaba aliviado, lleno de admiración—. No te imaginas cómo lo ha hecho. Con ortigas —dijo—. Me ha devuelto la sangre a la mano usando ortigas. —Puso la mano en la mejilla de Nóra para demostrarle que la tenía de nuevo caliente.

Ahora, con las manos envueltas en el vestido para no pincharse los dedos, Nóra arrancó las ortigas del suelo y las amontonó en su delantal. Sabía que debía de parecer una trastornada, una encapuchada arrancando ortigas en la nieve. Pero el corazón le cantaba dentro del pecho. Curaría al niño.

«Funcionará», pensó. Había funcionado con Martin, así que funcionaría también con Micheál.

«Santa Madre de Dios, haz que funcione. —Las palabras se encadenaron

sobre sí mismas y formaron una letanía—. Le devolveré la vida. Funcionará. Virgen María, te lo suplico.»

Nóra volvió a la choza con el delantal lleno de ortigas, sus hojas dentadas mojadas por la nieve derretida. Cuando cerró la puerta al entrar, vio a Micheál en el suelo y a Mary en el centro de la habitación, levantando la pesada vara de hacer mantequilla y susurrando «Ven, mantequilla, ven. Ven, mantequilla, ven». Cuando entró Nóra se detuvo, jadeante por el esfuerzo, y se frotó los hombros.

—¿Qué ha dicho el cura?

—No quiere saber nada. Así que he ido a coger ortigas.

—¿A coger ortigas? —Mary frunció el ceño.

—Pues sí, ¿y qué? Tú sigue con la mantequilla.

Cuando Mary se puso de nuevo a mover la vara de arriba abajo, Nóra colgó el chal en la viga del hogar, echó las ortigas en una cesta y se arrodilló junto a Micheál. Tiró con suavidad del niño, lo agarró por los tobillos y luego le levantó el vestido para dejarle las piernas al descubierto. Se envolvió la mano con una de las puntas del chal y cogió una ortiga mientras con la otra levantaba el pie desnudo de Micheál. Le hizo cosquillas en los dedos con la planta, pasándole las hojas por la piel.

La mantequera dejó de hacer ruido. Nóra sabía que Mary la miraba, pero no dijo nada.

Tenía el pie de Micheál en la palma de la mano, extrañamente pesado. El niño ni se había inmutado. Nóra se preguntó cómo habría puesto Nance las ortigas en la mano congelada, inmóvil de Martin. Imaginó a su marido sentado en la penumbra del cuchitril de Nance con la mano extendida mientras ella le susurraba cosas y le frotaba la piel con las ortigas.

Nóra levantó la planta y la pasó por la pantorrilla de Micheál, esta vez con más firmeza. Un movimiento amplio con las hojas desde la rodilla hasta el tobillo.

Micheál sacó la barbilla con una extraña expresión de desafío y a continuación, cuando empezó a escocerle la piel, cerró los ojos y lloró.

Mary carraspeó.

—¿Qué está haciendo?

Nóra la ignoró. Levantó de nuevo la ortiga y la usó para golpear ligeramente la rodilla, los tobillos y los pies de Micheál. La piel del niño se

volvió rosa al contacto con la planta urticante y le salieron verdugones.

«Tiene que notarlo —pensó Nóra—. Si llora es que lo nota.»

Mary estaba quieta, con el puño cerrado alrededor de la vara.

Nada. Las piernas, enrojecidas, no se movieron. Nóra empezó a desesperarse. Con Martin había funcionado. Las ortigas habían curado la mano de su marido. Sí, le había dolido, dijo, pero cuando el escozor cedió descubrió que la carne había recuperado la circulación. Martin le había acariciado la cara para demostrarle que estaba curado. El grosor áspero de su dedo pulgar en su mejilla, serenándola. «Como nueva —había dicho—. Una pequeñez así no puede acabar conmigo.»

A Nóra le pareció ver curvarse los dedos de los pies de Micheál y, animada, lo azotó más fuerte con las ortigas.

—Por favor, no haga eso —susurró Mary.

«Lo curaremos —le había prometido Martin—. Lo cuidaremos juntos, por Johanna. Será nuestro consuelo. Nuestro nieto.»

El niño empezó a chillar más fuerte y Nóra se interrumpió para mirarlo. Tenía la cara arrugada. Parecía un demonio enfadado, encabritado, con la cara y el pelo rojos. Tenía los ojos cerrados, muy apretados y lloraba. Dio una sacudida y golpeó el suelo con los puños. Nóra dio un respingo cuando oyó el choque.

«No es mi hijo», había dicho Johanna.

Y de pronto Nóra, con el corazón agitado por los chillidos, supo que aquel niño no era, no podía ser el mismo que había visto en casa de su hija. Los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas y vio con toda claridad la extrañeza de la que habían estado hablando las gentes. Durante meses había creído que había una sombra de Johanna en el niño, una familiaridad que lo anclaba a ella. Martin la había visto, le había querido por ello. Pero ahora Nóra sabía que por las venas de aquel niño no corría sangre de Johanna. Era tal y como había dicho Tadgh. Johanna no lo había reconocido como suyo porque no había nada de su familia en aquella criatura. Era el cuco en el nido ajeno.

«No tiene nada de sus padres —pensó Nóra—. No es Micheál.» Le dio la vuelta al niño y le pasó otra ortiga por las pantorrillas.

El niño lloró con la cara pegada a los juncos del suelo. Restos de barro se desprendieron de las ortigas y mancharon la ropa de Micheál y el delantal de Nóra.

—¡Pare! —gritó Mary.

«Es un duende —pensó Nóra—. No es mi nieto.»

Mary se tiró al suelo e intentó quitarle las ortigas.

—Déjame —dijo Nóra entre dientes. Se liberó de la mano de la muchacha.

—No le gusta —gimió Mary.

Nóra la ignoró.

Sin avisar, la chica cogió de pronto la cesta que contenía el resto de las ortigas e intentó lanzarla al otro lado de la habitación. Nóra cogió a tiempo el asa y tiró de la cesta hacia ella con expresión decidida. Se negaba a mirar a Mary a los ojos. Esta se levantó y tiró de la cesta, ahora gritando sin contenerse, la boca abierta y llorando, su cara tan roja como la de Micheál. Forcejearon, tirando las dos de la cesta y empujándose mutuamente hasta que Nóra consiguió quitársela a Mary y la puso en el suelo, a su lado, con la mirada imperturbable.

—¡Es una crueldad! —sollozó Mary.

El niño aullaba tanto que empezó a ahogarse. Movía la cabeza de un lado a otro.

Nóra siguió azotándolo con las ortigas.

Mary se agachó y cogió el resto de las plantas que había en la cesta con las manos y las arrojó al fuego. Las ascuas se ennegrecieron con el peso húmedo de las ortigas. Entonces, antes de que Nóra pudiera decir palabra, Mary fue hasta la puerta, la abrió de par en par y salió corriendo al corral nevado.

CAPÍTULO SIETE

ACEDERA

—¿Qué es este desatino?

Peg O'Shea estaba en la puerta mirando boquiabierta a Nóra y a Micheál. Nóra estaba sentada en el suelo, con los hombros temblando y los puños tan cerrados que se clavaba las uñas en las palmas de las manos. Micheál, medio desnudo, chillaba de dolor. Mientras gritaba levantaba la cabeza y la dejaba caer contra el suelo en un gesto repetitivo y angustioso. Tenía la cara toda sucia del barro de las ortigas.

Peg entró cojeando y se apresuró a cogerlo en brazos.

—Tranquilo, pequeño. Tranquilo. —Se dejó caer en un taburete cerca de donde estaba Nóra, desplomada en el suelo—. En el nombre del cielo, Nóra Leahy. ¿Se puede saber qué le has hecho a este niño?

Nóra se encogió de hombros y se secó los mocos.

—Esa criada tuya, Mary, ha entrado corriendo en mi casa hecha un mar de lágrimas diciendo que estabas azotando al crío con ortigas. ¿Estás mal de la cabeza? ¿No te parece que el niño ya sufre bastante? —Peg miró a Nóra con atención y a continuación golpeó el suelo con el pie—. ¡Ya basta! Deja de llorar y habla conmigo.

—El padre Healy —dijo Nóra jadeante.

—¿Qué le pasa?

—No quiere curar al chico. Se lo pedí. Dijo que se ha quedado idiota y que no se puede hacer nada. Que no debo hablar de los Buenos, que eso son supersticiones. —A Nóra le temblaba la barbilla—. ¿A dónde ha ido Mary?

—La he mandado al Flesk a por hojas de acedera. Vamos, bájale el vestido, Nóra. Bueno, ya lo hago yo. El pobrecito grita como si le hubieras quemado vivo.

Peg se puso a Micheál en el regazo y lo envolvió en su chal.

—Más vale que me expliques lo que está pasando.

—Dice la gente que es un niño postizo. —Nóra arrugó la cara en un gesto de desesperación.

Peg no dijo nada.

—Bueno, algo de cierto puede haber en ello. *Is ait an mac an saol*. La vida es una extraña criatura.

—Si crees que es postizo, ¿por qué lo tocas? —balbuceó Nóra—. ¿Qué más te da si le pongo ortigas?

—Eres fría como una trucha, Nóra Leahy. ¿Es que no sabes que si este pequeño es postizo, tu verdadero nieto estará sufriendo el mal que le causas a este? ¿Que si los Buenos lo tienen, no se alegrarán de saber cómo tratas a uno de los suyos? —Peg le levantó el vestido a Micheál y le examinó las piernas por detrás y por delante—. Te has empleado a fondo. ¿Se puede saber qué pretendías?

Nóra se levantó y se sentó en el banco.

—Pensé que igual le devolvía el pulso a las piernas. Que la picazón le daría una razón para moverlas. —Dio un suspiro entrecortado.

—Es la charlatanería más atroz que he oído en mi vida. Menuda curandera estás hecha. —Peg chasqueó la lengua.

—Es lo que le hizo Nance Roche a Martin cuando estaba vivo y conmigo. Le devolvió el pulso a la mano.

—Nance Roche tiene el saber. Desde luego eres una soberbia, Nóra, pensando que tienes sus habilidades. Mejor habría sido hacerle una infusión con las ortigas y dársela al pobre infeliz. —Peg apoyó la cabeza de Micheál en su delgada garganta y lo abrazó con fuerza mientras le murmuraba al oído—. ¿Qué vamos a hacer contigo, eh? ¿De qué lugar salvaje has salido tú?

—Peg, sé lo que dicen de mí —dijo Nóra con la voz entrecortada—. Dicen que a mi hija no se la llevó Dios, sino que está con Ellos, en el *ráth*. Dicen que su hijo está con ella en la colina y que a mí me han dejado este niño trocado. Que es el culpable de las desgracias del valle y que han de pesar sobre mi conciencia. Dicen... —Se le quebró la voz—. Dicen que Martin murió porque él está aquí. Y lo miro y me sobrecojo, Peg.

—Nóra Leahy. Mantén la cabeza alta y que te traigan sin cuidado los insultos de la gente —contestó Peg—. La noche volverá, si Dios lo quiere. Deberías alegrarte de que este niño sea postizo, porque eso significa que tú no tienes culpa alguna. Hay maneras de devolverte a Micheál.

—Ya sé lo que hacen para expulsar a los niños cambiados —dijo Nóra

furiosa—. ¡Los dejan de noche en un montón de estiércol para que las hadas vengan a buscarlos! Los amenazan con fuego. ¿Pretendes que lo ponga en una pala caliente y lo tueste? ¿Quieres que le pegue con un atizador y que le arranque un ojo?

La expresión de Peg era seria.

—Basta. Basta ya de remedios absurdos que son fruto de la desesperación. Basta de esta conversación siniestra. Necesitas hablar con alguien que entienda de estas cosas. —Miró a Nóra a los ojos—. Necesitas hablar con Nance.

Mary bajó la herbosa ladera lo más deprisa que pudo. Las zarzas le arañaban la falda y las piernas. El dolor repentino le aceleró el pulso, pero no se detuvo hasta que vio la margen del río detrás de una maraña de ramas de árbol caídas. La corriente era negra como una pesadilla. Para cuando llegó a la orilla tenía las pantorrillas en carne viva por los zarzales.

Tenía la respiración entrecortada y mantenía la cabeza baja, buscando las largas hojas de acedera entre hierbas muertas por el invierno y chasquidos de helechos marchitos. Encontró una mata que crecía junto a la escarpada orilla y se arrastró hacia el agua tumbada boca abajo para alcanzarla sin que la tierra se desprendiera. Tiró de las hojas con la mano estirada, miró el agua y vio cómo su reflejo combado le devolvía la mirada. Se sobresaltó al ver el miedo en su cara y de nuevo tuvo ganas de llorar. Se secó los ojos húmedos y la nariz con la manga.

Ver a Nóra azotar al niño con ortigas había removido algo en su interior. Había una fealdad en aquella acción que solo había presenciado unas pocas veces en su vida. En una ocasión había visto a un hombre burlarse de una loca que deambulaba en camisa, su desdén le dibujaba un halo oscuro sobre la cabeza. En otra había visto a un grupo de muchachas mayores arrastrándose desnudas debajo de la rama arqueada de una zarza en una mañana de mayo. Algo en sus cuerpos pálidos retorciéndose en la hierba, dando respingos cada vez que se les clavaba una espina, la había inquietado profundamente. En aquel momento no había entendido qué hacían y se había guardado el secreto en lo más profundo de su interior. Más tarde supo de los poderes de las zarzas de doble raíz, comprendió que las muchachas habían estado cruzando el arco del Diablo para echar una maldición a alguien. Nunca las había vuelto a ver, pero su recuerdo se abrió paso a zarpazos en su cabeza cuando vio a la viuda sucia de barro y azotando las piernas del niño.

No era la azotaina. Mary había visto a niños más pequeños que Micheál recibiendo verdaderas tundas de manos de sus madres en Annamore. Ella misma había sentido lo que pesa la mano de un hombre en la granja del norte.

Era el ensañamiento. La viuda se había comportado como una demente. Había golpeado la piel del Micheál con las ortigas como si no fuera más que un animal obstinado, o una carne que despellejar. Casi se le había parado el corazón.

Las ortigas no parecían un remedio. Parecían un castigo.

La pendiente estaba viscosa por la nieve y el barro y Mary volvió a la choza dando traspiés. En más de una ocasión tuvo que usar las manos para trepar por la ladera y cada vez que se secaba los ojos hinchados se daba cuenta de que tenía la cara sucia de barro. Para ir al río había tomado el camino que salía del sendero, pero las prisas por volver la habían llevado a correr hacia el bosque, donde el terreno era más empinado. El aire le quemaba los pulmones. De pronto el suelo cedió bajo sus pies, el dolor le recorrió el cuerpo y cayó.

Soltó las hojas de acedera y se llevó las dos manos al tobillo. Pestañeó para ahuyentar las lágrimas y se meció sentada en el barro, respirando agitada.

«Quiero irme a mi casa.»

El pensamiento la recorrió como un hilo que se tensó hasta que se sintió fruncida por la nostalgia.

«Quiero irme a mi casa.»

Apretó los dientes y trató de ponerse de pie. Era inútil. Los tendones del tobillo le provocaron un latigazo de dolor. Sentada en el barro, dejó que las lágrimas brotaran. Odiaba el valle. Odiaba a aquel niño quebradizo y antinatural y la soledad húmeda que envolvía a la viuda como una bruma. Odiaba las noches sin dormir y el olor a orín de las ropas del tullido, y odiaba la lástima en los ojos de la vieja de la casa vecina. Quería a sus hermanos. Quería el tacto de los dedos de los más pequeños peinándola junto al fuego. Quería el ruido alegre de los pequeñines, sus mejillas sonrosadas y sus manitas en el hombro despertándola por las mañanas. Quería a David y su solemne comprensión de las cosas.

«Es demasiado —pensó Mary—. ¿Por qué es tan horrible y extraño el mundo?»

—Nunca he visto a nadie llorar tan amargamente.

Mary dio un respingo. A su espalda había una mujer mayor envuelta en un chal deshilachado arrastrando una rama rota.

—¿Te has hecho daño? —La mujer se inclinó, preocupada. Mary, demasiado sorprendida para moverse, le devolvió la mirada. La mujer tenía la piel arrugada y los ojos nublados, pero había amabilidad en su voz. Apoyó una mano vetusta en la rodilla doblada de Mary—. Te has hecho daño. —La mujer contestó su propia pregunta—. Quédate quieta un momento. —Manipuló la rama rota y Mary vio que la había estado usando de trineo. Estaba cargada de terrones de turba, estiércol y plantas. La mujer los cogió con cuidado y los dejó en el suelo a su lado y a continuación quitó las ramas más pequeñas. Pronto tuvo hecho un tosco bastón que le dio a Mary—. Intenta ponerte de pie, muchacha. Coge esto.

Mary se apoyó en el pie bueno y plantó el palo con firmeza en el suelo encharcado.

—Ahora, pásame el otro brazo por los hombros. Te voy a llevar a mi casa, allí te podré ayudar. Mira, esa es mi choza.

—¿Y qué pasa con la turba? —resopló Mary. Notaba el delgado filo del omóplato de la mujer contra el brazo.

La mujer hizo una mueca por el esfuerzo.

—Por eso no te preocupes. ¿Puedes ir a la pata coja?

Mary se apoyó con fuerza en la vara y mantuvo el pie dolorido en el aire.

—No quiero hacerle daño.

—Soy fuerte como un buey. —La mujer sonrió—. Eso es. Por aquí.

Bajaron a empellones por la ladera hasta llegar a un sucio calvero junto al bosque. Una pequeña choza de barro se levantaba delante de una hilera de alisos, sus ramas desnudas sarmentosas de nidos abandonados. No había chimenea, pero Mary vio humo subir de uno de los extremos, donde una abertura en la techumbre dejaba pasar el aire. Una cabra atada que pastaba en el linde del bosque levantó la cabeza al oír sus voces. Miró a Mary con ojos penetrantes.

—¿Vive aquí?

—Sí.

—Creía que esta choza estaba abandonada. —Mary oía el río a lo lejos.

—Llevo viviendo aquí veinte años o más. Pasa, niña. Pasa y siéntate junto al fuego.

Mary se sujetó al marco de la puerta y entró a la pata coja. Desde el claro, la *bóthan* había tenido un aspecto tosco y frío, pero la habitación estaba inesperadamente caldeada. Cubrían el suelo juncos verdes que desprendían un olor limpio y grato y en el amplio hogar, lejos de la pared, ardía un fuego de turba. No había una ventana que dejara pasar la luz, pero las ascuas resplandecientes del fuego impedían que la oscuridad resultara lóbrega. Mary levantó la vista y vio muchas cruces de santa Brígida, ennegrecidas por años de humo, fijadas a las vigas del techo bajo. En un rincón había cestas, algunas llenas de lana rota, sin cardar.

—¿Es usted una *bean leighis*? —preguntó Mary señalando las hierbas que colgaban de las toscas vigas.

La mujer se estaba limpiando el barro de pies y manos en el umbral.

—¿No has conocido a nadie que tenga el saber?

Mary negó con la cabeza, tenía la boca seca.

—Siéntate en ese taburete. —La mujer cerró la puerta y la habitación se oscureció. Las llamas proyectaron sombras alargadas en las paredes—. Me llamo Nance Roche —dijo—. Y tú trabajas de criada con Nóra Leahy.

Mary calló un instante antes de decir:

—Sí. Soy Mary Clifford.

—Vives en un hogar desgraciado. —Nance se sentó al lado de Mary—. Nóra Leahy es una viuda infeliz.

—¿No son infelices todas las viudas?

Nance rió y Mary reparó en sus encías desnudas con unos pocos dientes atrincherados.

—No todos los maridos son llorados, *cailín*. Ni todas las esposas.

—¿Qué le ha pasado en los dientes?

—Bueno, hubo un tiempo en que no podía darles uso, así que los fui perdiendo. Pero deja que te vea.

Mary extendió el pie descalzo hacia el fuego y notó el calor en la planta.

—Es el tobillo.

Nance examinó la hinchazón sin tocarla.

—Pues sí, sí que lo es. ¿Quieres que te lo cure?

Mary tenía los ojos muy abiertos en la oscuridad.

—¿Me va a doler?

—No más de lo que te duele ahora.

Mary asintió con la cabeza.

Nance se escupió en las manos y las puso con cuidado en el tobillo.

—Cristo en la cruz. A un caballo se le dislocó una pata. Unió sangre con sangre, carne con carne, hueso con hueso. Igual que sanó eso, que cure esto. Amén.

Mary se persignó a imitación de Nance, aunque mientras lo hacía notó una creciente sensación de calor en la piel, como si se hubiera acercado demasiado a una llama. Pero el dolor cedió y respiró de alivio. Trató de ponerse de pie, pero Nance le hizo un gesto de advertencia con el dedo.

—Todavía no, necesitas un emplasto.

Se levantó y, ante la curiosa mirada de Mary, llenó un cuenco de barro descascarillado con plantas que sacó de una cesta tapada con una tela húmeda.

—¿Y qué son esas hierbas? —preguntó Mary.

—Ah, ese es mi secreto. —Nance cogió un huevo y lo cascó con decisión en el borde del cuenco, colando la clara entre sus dedos torcidos. Cuando el huevo estuvo separado, se metió la yema en la boca y se la tragó.

—¿Tengo que comerme eso? —preguntó Mary señalando el cuenco.

—Es para la piel, no para el estómago. Helecho real, berro, ortigas.

—¿Ortigas? —Mary no pudo ocultar el pánico en su voz.

—No te harán daño. Las he tenido en remojo y ya casi no escuecen.

Nance trituró las plantas con un mortero de madera gastado. Mary cerró los ojos y recordó los verdugones rabiosos en las piernas de Micheál, la mano envuelta en el chal de la viuda azotándolo con las ortigas. Se le agarrotó el estómago y vomitó de repente, salpicando las llamas, que sisearon.

—Perdón —dijo, y vomitó de nuevo.

Mary notó que unas manos le retiraban el pelo de la cara. Los dedos huesudos de Nance le frotaron el hombro.

—Ya pasó —dijo—. Ya pasó.

Un cacillo de agua fresca rozó los labios de Mary.

—Lo siento —balbuceó. Escupió la ácida bilis y notó su cosquilleo acre en la nariz.

—Pobrecita mía. Te has llevado un susto muy grande.

—No es por el tobillo. —El tacto de la mujer mayor recordaba a Mary a su madre. Cuando se secó la boca con el dorso de la mano, notó el picor residual de las ortigas en la palma y sollozó.

Nance le cogió las manos y les dio la vuelta, estudiando las ronchas.

Frunció el ceño.

—¿Te pega?

Hubo un largo silencio.

—Mary Clifford. ¿Te ha hecho esto Nóra Leahy?

—A mí no —habló por fin Mary—. A él. A Micheál. Quiere hacerle daño.

Nance asintió.

—Al niño tullido.

—¿Ha oído hablar de Micheál?

Nance soltó las manos de la muchacha y se arrebujo más en su chal.

—Estoy oyendo muchas cosas de ese niño. Muchos rumores.

—No es natural —dijo Mary de pronto—. Y ella lo sabe. ¡Lo tiene escondido! Me obliga a esconderlo porque le da miedo lo que diga la gente de él. Pero ya lo saben, dicen que es un niño postizo y que tiene la culpa de todo, y por eso lo castiga. —Mary tenía la sensación de que las palabras se le desprendían de la lengua—. Lo azotó con ortigas. Bebe y tiene una mirada que me da miedo. Están trastornados, los dos. Me da miedo lo que pueda pasar.

Nance le sujetó con firmeza las manos doloridas.

—Tranquila —la consoló—. Ahora me tienes a mí. Me tienes a mí.

Micheál había dejado por fin de llorar. Nóra se ofreció a cogerlo de los firmes brazos de Peg, pero esta se limitó a mirarla con reprobación.

—Siéntate un rato junto al fuego a ver si recuperas el sentido común.

—Echo de menos a Martin —dijo Nóra con voz entrecortada. Tenía la sensación de que el alma se le pulverizaba bajo el peso de su infelicidad.

Peg habló con voz seria.

—Pues claro que sí. Pero Martin está con Dios, y tú tienes que seguir con tu vida lo mejor que puedas.

—Echo de menos a Martin —repitió Nóra. Notaba la sangre subirle a la cara—. Y me gustaría que el muerto fuera Micheál.

Peg sorbió saliva.

—¡Llevaría a Micheál al cementerio y lo enterraría vivo si eso me devolviera a mi hija! —Se deslizó del taburete hasta quedar a cuatro patas—. ¡Lo haría! —gritó—. ¡Echo de menos a Johanna!

—¡Ya está bien!

Nóra notó dos dedos ásperos que le sujetaban la barbilla y la obligaban a levantar la cabeza.

—¡Ya está bien! —la regañó Peg. Sujetaba a Nóra con firmeza—. Nóra Leahy, ¿crees que eres la única madre que ha perdido una hija? He enterrado a cinco hijos en el *cillín*. Cinco. —Su voz era serena—. Enterrar dos ataúdes en un mismo año es una gran calamidad, pero no motivo para que pierdas la cabeza y el corazón y andes llorando y deambulando por la casa igual que un hombre embrutecido por la bebida. Y deja de hablar de asesinatos si no quieres que te oiga todo el valle. No amenazas con hacerle cosas a un niño que ya tiene bastante desgracia encima.

Nóra apartó los dedos de Peg de su cara.

—¿Quién eres tú para decirme cómo vivir mi pérdida?

—Nóra, quiero ayudarte.

Se oyeron voces a la puerta. Las mujeres se miraron.

—¿Quién está ahí? —masculló Nóra.

—¿Eres Mary con las hojas de acedera?

—No es su voz. —Nóra se puso de pie y echó el pestillo. Luego esperó pegada a la pared con la oreja cerca de la abertura de la puerta.

Llamaron con fuerza.

—¿Quién es? —gritó Nóra.

—Nóra Leahy, será mejor que me abras. Traigo a tu Mary y en no muy buen estado.

Peg abrió mucho los ojos.

—¿Nance? Por el amor de Dios, Nóra, déjala pasar.

Nóra se secó los ojos con la manga y quitó el pestillo. La luz inundó la choza.

Los ojos de anciana de Nance nadaban en un azul brumoso y desvaído. Iba muy abrigada y llevaba una cesta en el brazo.

—Vas por mal camino —murmuró—. Los secretos no te sientan bien.

Nóra notó cómo Nance estudiaba su cara sucia de lágrimas, los arañazos en la muñeca, las uñas devoradas.

—¿Qué haces aquí?

—Tu chica se torció el tobillo junto al río y allí la encontré. He venido a acompañarla, pero creo... —Nance miró detrás de Nóra, a Peg con el niño sujeto contra el pecho—. Creo, Nóra Leahy, que me necesitas. —Apoyó la mano que tenía libre en el hombro de Nóra, la obligó a hacerse a un lado y

entró en la casa.

Mary la siguió y cruzó el umbral cojeando mientras miraba a Nóra con desconfianza.

—¿Es grave? —preguntó Nóra señalando el tosco vendaje.

La joven negó con la cabeza. No dijo nada.

—Así que este es el niño ortigado. Bueno. Déjame que le eche un vistazo, Peg O'Shea. A este niño secreto. —Nance se quitó la capucha y a continuación sacó dos hojas de acedera de su cesta. Retiró la tela que cubría las piernas de Micheál y le envolvió los muslos con las hojas—. Le has marcado igual que a un gato, Nóra Leahy.

—No quería hacerle daño. Solo que se curara. —Respiró hondo—. Tú se lo hiciste a Martin. Me lo dijo. Le devolviste la vida a su mano.

Peg puso a Micheál en los brazos extendidos de Nance. La mujer lo sostuvo un momento observando su rostro mudo.

—A tu Martin no le pasaba lo que a este niño.

Entonces Nóra vio al crío con los ojos de Nance. Una criatura salvaje, enfurruñada, más ligera que la nieve en una rama. Un amasijo de huesos que el viento o el agua agitaban. La cabeza como un dedal. El mentón decidido. Unos deditos que intentaban agarrar cosas como si el aire delante de él estuviera lleno de objetos asombrosos en lugar del humo del fuego y el aliento rancio de los presentes.

Miró a Nance pasarle la yema de un dedo por la frente.

¿Qué había pasado? ¿Qué había hecho su hija para perder a su niño? ¿No le había hecho la cruz en la cara con ceniza? ¿No le había mordido las uñas hasta los nueve meses? Todas las mujeres sabían cómo proteger a sus hijos para que no los raptaran. Una vara de avellano junto a la puerta. Derramar leche después de un traspies.

Nance dejó a Micheál en los juncos a sus pies.

—Está muy flaco —dijo en voz baja.

—No lo estoy matando de hambre, si es lo que estás sugiriendo. Come mucho.

—Chis. No estoy diciendo eso. —Nance miró a Nóra con amabilidad—. Me ha dicho Mary que os trajeron al niño cuando murió tu hija, que Dios se apiade de su alma. ¿Nació normal o ya cambiado?

—Cuando nació era un niño sano y durante los dos años siguientes también. Pero cuando mi hija cayó enferma se torció. —Nóra tragó saliva—.

Pensaban que era del hambre y del frío. Pero mi hija creía que le habían quitado a su hijo. Pidió... —Nóra respiró hondo—. En sus últimos días de vida pidió que se lo llevaran.

Peg la miró con curiosidad.

—No me habías dicho una palabra de eso, Nóra.

—No fue culpa suya —objetó Nóra—. Era una buena madre.

—Cuéntame —interrumpió Nance— por qué es contrahecho.

—¿No lo ves tú misma? Míralo. Nada en él es natural.

Hubo un silencio incómodo. Un ráfaga de viento empujó hielo debajo de la puerta.

—De noche grita —susurró Mary—. No descansa y no quiere estarse quieto cuando lo cojo. Me da patadas y me muerde.

—No hay nada de mi familia en ese niño.

—Por las llagas de Cristo, Nóra. —Peg se presionó las sienes con los dedos—. La verdad es que no lo sé, Nance. No camina. No habla.

—¡Intentó arrancarme el pelo de la cabeza!

Nance estudió al niño con atención.

—Dame una hebra, Nóra —dijo—. Tengo que medirlo.

—¿Por qué?

—Puede ser que esté encantado o que lo hayan hechizado.

—¿Con el mal de ojo? —preguntó Mary.

—Sí, puede que lo tenga.

Nóra cogió su labor y tiró con brusquedad de la lana. Cortó un trozo con los dientes y se lo pasó a Nance, que lo tensó entre los dedos y lo acercó a los dedos de los pies y los tobillos de Micheál moviendo el pulgar con agilidad para medirle las piernas. Sopló el viento.

—Es lo que pensaba. No ha crecido bien —dijo Nance— y claro, eso puede ser señal de cosas raras.

—Cristo bendito. Eso ni siquiera lo vio el médico de Killarney.

—Tiene que haber una razón por la que haya cambiado, Nóra. Una razón que explique por qué es contrahecho.

La cara de Nóra se contrajo de dolor.

—Me temo... Me temo que es un niño cambiado.

La vieja se irguió.

—Puede que sea eso o puede que no. Hay formas de averiguar si los Buenos solo le han hechizado para que no le crezcan las piernas ni camine o

si... —Nance miró las costillas del niño. Tenía el pelo pegado en las sienes y la cara colorada.

—¿Si qué, Nance?

—Nóra, quizá los Buenos han baldado a tu nieto, dejándolo tullido, o quizá se lo han llevado y han dejado a este niño en su lugar. Esta criatura puede ser hijo de duendes.

Nóra se tapó la boca con la mano y asintió con los ojos llenos de lágrimas.

—Mary, tú lo supiste. Te diste cuenta la primera vez que pusiste un pie en esta casa.

Mary miró el chisporroteo de una vela de junco.

—Johanna debía de saberlo. Una madre siempre conoce a su hijo. —Nóra suspiró con un escalofrío—. Yo también lo supe. La primera vez que lo vi. Lo supe porque esperaba quererle y... Pensé que me pasaba algo. Que mi corazón... —Agarró el chal y hundió los dedos en el tejido—. Pero esto... esto lo explicaría. Es la verdad. No soy una mala persona por no quererle.

Peg chasqueó las encías. Estaba de brazos cruzados y tenía cara de preocupación.

—¿Y cómo vamos a saber si es uno de Ellos o simplemente está embrujado?

—Un niño postizo siempre come, no crece. Y el silencio en un niño también es señal del resentimiento de los Buenos porque los hemos ofendido. No hablan para que no les reconozcamos. Que lllore a todas horas es otra señal de que puede ser trocado.

—Pero, Nance, que un niño lllore no es señal de que sea uno de Ellos. De ser así, todos mis hijos serían más duendes que humanos —dijo Peg.

Nance la miró cortante.

—Pero tus hijos han caminado siempre, Peg, e incluso yo, desde mi casita, oigo su cháchara en el viento.

—También es su manera de llorar —dijo Mary—. Tiene algo extraño.

Nóra cerró los ojos.

—Es como el grito de un zorro.

Peg cogió el atizador y avivó el fuego con el ceño fruncido. Una constelación de chispas se elevó sobre sus cabezas.

—Hay formas de pedirle a un duende que revele su verdadera naturaleza. Para saber si es un niño postizo —dijo Nance.

—He oído hablar de ellas —dijo Nóra con un temblor en la voz—. Palas calientes y ascuas. —Negó con la cabeza—. No quiero matarlo.

Nance se sentó en sus talones y la miró durante un largo instante.

—Nóra Leahy, no estamos hablando de asesinato. Solo de amenazar al impostor para que se marche. Me gustaría que te devolvieran a tu verdadero nieto.

—Mi hermano me dijo que en la costa dejan a los niños postizos junto a la marca del agua cuando está baja la marea. —La cara de Mary era pálida como la leche—. Cuando ya no se oye llorar al niño saben que el impostor se ha ido. Es verdad —dijo, palideciendo ante la expresión de Peg—. Lo oyó él mismo.

—Son muchos los que han perdido a sus hijos a manos de los duendes —dijo Nance—. También a sus mujeres y a sus madres. Nóra, deberías saber que es difícil recuperar a aquel a quien se han llevado los Buenos. Hay quienes eligen cuidar al niño postizo, aunque sea una criatura perversa.

Mary asintió con vehemencia.

—Es lo que oí en Annamore. —Su voz se redujo a un susurro—. Es una deshonra que los duendes se lleven a tu hijo, pero es mejor cuidar a la criatura que dejan en su lugar y confiar que devuelvan al otro.

—Yo quiero que me devuelvan a Micheál —dijo Nóra sin entonación alguna—. ¿Cómo puedo querer a este cuando mi nietecito está con Ellos, cuando existe la posibilidad de verlo algún día?

—¿No quieres vivir con su remedo?

Un silencio se apoderó de Nóra. Estaba sentada en posición torpe, tirándose de la ropa, respirando apenas.

—No tengo familia. Mi marido y mi hija están muertos, que Dios los tenga en su gloria. Solo tengo a mis sobrinos y a esta... criatura. Este niño trocado, si es que es eso. Las gentes hablan de él. Lo culpan de la muerte de Martin, de las señales de mal agüero que ven y de cómo el invierno ha secado las gallinas y las vacas. Y si lo que dicen es cierto... Tengo que hacer algo —susurró Nóra—. Tengo que intentar que me devuelvan a mi nieto.

Nance ladeó la cabeza.

—Existe la posibilidad, Nóra, si es que ha habido intervención de las hadas, de que tu hija y tu nieto estén juntos colina abajo, en el *ráth*. —Señaló la puerta con la mano—. Es una vida más fácil.

Nóra negó con la cabeza.

—Si no puedo tener a Johanna... Si existe la posibilidad de tener a su verdadero hijo, al verdadero nieto de Martin, en lugar de a esto... prefiero a su verdadero hijo.

El fuego chisporroteó. Las llamas cubrieron las ascuas rotas. Nance cerró los ojos un largo instante como si el cansancio se hubiera apoderado de pronto de ella y levantó la mano del cuerpo del niño. Nóra miró cómo este intentaba agarrarle los dedos y le arañaba el dorso de la mano. Un arañazo diminuto se abrió en la piel fina como el papel de la anciana.

—Así será entonces, Nóra Leahy —murmuró mientras miraba la gotita de sangre—. Ven a verme cuando termine el año y empezaremos. Expulsaremos al duende que tiene dentro.

CAPÍTULO OCHO

MILENRAMA

Diciembre avanzó despacio. Las mujeres cantaban a sus vacas con cielos encapotados de fondo y sus voces resonaban en el vapor. Se metían las manos dentro de la ropa para calentarse las palmas contra la piel y no asustar con su tacto y ordeñaban a las bestias con dedos firmes y suplicantes. Pegaban la mejilla a sus flancos y cantaban y ordeñaban, y rezaban a Dios para que dieran mucha mantequilla.

Pero la leche salía escasa y en todo el valle hacía falta batir largo rato para que la vara produjera mantequilla. Cuando por fin ocurrió, las mujeres, aliviadas, cogieron un puñado pequeño y embadurnaron con él las paredes de sus casas. Giraron la vara tres veces y la colocaron atravesada sobre la mantequera y algunas le ataron ramas. Otras salaron las tapas de madera.

De noche, bajo una luna gibosa, las mujeres dejaban a sus pequeños en brazos de sus hijas mayores y recorrían el camino escarchado hasta la encrucijada para hacer tertulia. Sus caras iluminadas parecían polillas alrededor del fuego de la amplia cabaña de Áine.

—¿Habéis probado con una herradura? —estaba diciendo Áine—. Seguro que mi marido te puede encontrar una, y, si la atas a la mantequera, hará mantequilla.

—A fe que un clavo serviría igual.

—O echar tres revenos de milenrama en el cubo de ordeñar.

—Y nada de cantar o beber mientras se hace mantequilla. O de acercarte a tu marido. La mantequilla no saldrá si estáis retozando.

Las mujeres asintieron con la cabeza. Eran seis las reunidas alrededor del calor del hogar. Apoyaban los pies descalzos en las piedras.

—¿Habéis visto la luna hoy? —preguntó Bidy.

Hubo un murmullo de asentimiento.

—Presagio de lluvia.

—Y toda esta niebla. Niebla en la montaña, labrador a tu cabaña.

—Desde luego no hace tiempo para andar por ahí, eso seguro.

—Pues yo he visto a Nance Roche rondando los campos esta mañana, sí señor.

Varios ojos se volvieron a donde estaba Kate Lynch acurrucada delante del fuego abrazándose las rodillas.

—No era aún de día y ya andaba en la niebla de un lado a otro, de vaca en vaca. Diciendo maleficios. Echándoles mal de ojo.

Sorcha sonrió nerviosa.

—Madre, seguro que solo las estaba sangrando.

—Pues sí, porque tiene que estar pasando mucha hambre, ahora que el padre Healy ha prohibido que se recurra a ella en busca de remedios o para que llore a los muertos. ¿Cómo si no se va a llevar comida a la boca?

—Yo la veo a menudo —dijo Hanna—. Recorre el campo largo junto al camino cogiendo hierbas para sus pócimas al amanecer o cuando se hace de noche. Sabe qué hierbas hay que coger, dónde y cuándo, y cómo conservar el poder de la planta. Y ¿qué daño hace a nadie cogiendo la lana de las zarzas, si es que hay alguna? Desde luego a mí no me molesta.

—Bueno, pues a mí sí me molesta que sangre las vacas, Hanna, si eso es lo que está haciendo, porque ya andan bastante débiles por el invierno. —Éilís suspiró—. A fe que no hay manera de sacar ganancia de la leche. No da para vender nada. Y si esa anda merodeando de noche con el cuchillo sajando la garganta de los animales y cociendo su sangre con avena también robada, pues creo que el cura debería saberlo.

—Sí, y el alguacil también.

—Esa es capaz de robarte hasta un ojo de la cara —siseó Kate.

—Nunca te ha hecho nada y ahí estás, arrastrando su nombre por el barro.

Fue Áine quien habló. Hubo un silencio incómodo.

Hanna asintió mirando a Áine, que se había puesto en pie con el rostro encendido.

—Tiene razón, es una vergüenza. Esa mujer nos da su saber y a ti no te faltan motivos para fiarte de ella. ¿No curó Nance a mi propia hermana de las fiebres hace pocos meses? Mi propia hermana, enferma y sudando en la cama con una fiebre que pensé que no se le iría nunca, ni viva ni muerta. Y si no llega a ser por el remedio que me dio la *bean feasa* estaría a dos metros bajo

tierra en el cementerio.

—Quizá tu hermana se habría puesto bien, con o sin medicina.

—Eres necia si piensas así. Nance me dio un remedio en un frasco y me dijo que no mirara hacia el fortín de las hadas de camino a mi casa, sino que fuera directa a casa de mi hermana. Pues bien, hice lo que me decía, pero, y Dios sabe que no miento, al pasar junto al espino noté que me quitaban la medicina de las manos. Lo agarré fuerte y mantuve la vista en el suelo, pero los Buenos querían quitármelo. Conseguí llevárselo a mi hermana gracias a que no los miré. Herví la hierba y le di a beber tres veces la infusión y esa misma noche ya estaba levantada e hilando conmigo.

—Siempre te ha gustado contar cuentos.

Hanna se erizó.

—¿No tienes respeto por tus mayores, Éilís?

—Solo nos estábamos riendo un poco, Hanna —murmuró Sorcha.

Éilís hizo una mueca.

—Pues yo no me río. Para mí que el padre Healy tiene razón en decir que es pagana.

Hanna se enderezó, indignada.

—El padre O'Reilly reconocía sus poderes. Él mismo iba a verla. Un clérigo. Igual que hacías tú antes de casarte con tu maestro. Me acuerdo de cuando la vaca de Patrick enfermó y Nance le dijo que estaba hechizada y le encontró el dardo encantado. Aunque fuera helaba, el hielo del establo se derritió, tal era el calor que desprendía el hechizo, dice Patrick.

—Mi marido dice que el padre Healy predicará contra ella cada domingo si hace falta.

—Ya cambiaré de cantinela —dijo Hanna, sombría—. El padre O'Reilly la defendía por una buena razón. Más te vale hacerme caso, Éilís. Antes de aquí, Nance Roche vivió en muchos sitios. Iba de un lugar a otro curando las dolencias de quienes se encontraba. Resultó que pasó por este valle, de camino a Macroon, y se paró un rato. Estaba dormida bajo el tojo, a la intemperie, pobre mujer. Reventada. Y mira por dónde apareció por el camino el padre O'Reilly y, sin ni siquiera mirarlo, Nance le dijo: «Sé que tiene hinchazón en la mano y le digo, padre, que tengo el remedio». Así que el cura le preguntó: «¿Y qué remedio es ese?». Y Nance le dijo: «Ha pasado usted por la morada de las hadas y ha cogido una piedra y en esa mano es donde tiene la hinchazón». Pues el caso es que tenía razón y el padre

O'Reilly no pudo decir una palabra de tan sorprendido que estaba. Entonces Nance dijo: «Ahora le he demostrado que tengo el saber y que conozco remedios que no hacen mal». Y el padre O'Reilly, veloz como el rayo, le dijo: «He visto que tienes el saber, pero a mí no me has dado remedio ninguno». Y Nance dijo: «Lo está pisando». Y entonces el cura miró al suelo y vio que estaba pisando milenrama. Así que dejó que Nance le curara con ella y todos vimos cómo sanaba su mano hinchada.

»Por eso, hasta el día que murió, el padre O'Reilly no dijo una palabra mala de Nance, solo tenía alabanzas para ella y la ayudó todo lo que pudo y contribuyó a su sustento. Por eso tiene la *bothán* junto al bosque. Él hizo que se la construyeran y Nance misma eligió el sitio porque está cerca de los Buenos, los que le dieron los poderes. Cerca del bosque y de las plantas que crecen en él. Cerca del agua. Sin duda el lugar indicado para una mujer sabia, porque Nance Roche tiene el saber.

Éilís rió.

—¿Estáis oyendo? Desde luego tu lengua no descansa, Hanna, con la cantidad de historias que cuentas.

—Es la verdad, o al menos la que me contaron ¡y quien me la contó no es ningún mentiroso!

—Yo no he oído nada de que el padre O'Reilly cogiera una piedra del *ráth*, aunque mi madre me dijo que tenía reumatismo —dijo Bidy pensativa.

—Desde luego que era reumatismo, nada que ver con los duendes —dijo Éilís—. Nance es una mujer mayor con bastante poco seso, y los que creen que cura tienen menos seso todavía.

Hanna frunció los labios, enfadada.

—De lo que no hay duda es de que es rara, Hanna —dijo Sorcha con timidez.

—¿Has conocido a algún curandero que no sea extraño? Viene con el don. No puedes esperar que alguien que tiene esos saberes se dedique a charlar contigo en el pozo por las mañanas. Amistades lisonjeras, no las quieras.

—Sí, pero el don del que hablas, ¿es divino o lo da el Diablo?

—No tiene nada que ver con el Diablo, Éilís —bufó Hanna—. Lo tiene de sus andanzas con las hadas. ¡No con el Diablo!

—El padre Healy dice que las hadas son cosas de paganos y que lo que no es de Dios es del Diablo.

—Bah. Los Buenos no son de nadie. Pertenece al agua, a la tierra y a los *ráth*. Viven en la Tumba del Gaitero con el espino blanco ;no en el infierno!

—Que no te oiga el cura decir eso.

Hubo silencio. Hanna negó con la cabeza.

—Sí que os habéis enzarzado bien con este asunto —dijo Áine pensativa.

—¿No te das cuenta de que Nance trama algo malo? El cura preferiría que se fuera. Habla mal de ella y, desde luego, le espera un invierno de necesidad. Lo próximo será dejarnos sin leche. —Kate se mordió el labio—. La vi merodeando en la niebla, lo juro por Dios que hay mujeres que se transforman en liebres para chuparles la leche a las vacas durante la noche.

Algunas mujeres arquearon las cejas y Áine puso los ojos en blanco.

—A fe que es verdad, pongo a Dios por testigo. Una vez un hombre de Cork vio a una liebre beber de su vaca, ;bebiéndole la lecha directamente de la ubre!, y sacó la escopeta y le disparó con una bala hecha de una moneda de seis peniques. Siguió el rastro de la sangre y se encontró con una vieja sentada junto al fuego y sangrando de una pierna.

—Es una lástima que tu Seán tenga tan mala puntería —murmuró Hanna.

Hubo risitas.

—¡Desde luego conmigo siempre atina! —exclamó Kate.

Las mujeres se miraron entre sí, sin reír ya.

—Kate, no os... Seán y tú, ¿no os entendéis?

Kate se puso colorada y fijó la vista en el fuego delante de ella. No dijo nada.

—¿Es eso cierto? ¿Te pega otra vez? —Quien habló fue Hanna.

—¿Kate?

Kate se encogió de hombros con la mandíbula tensa.

—Idos todas al Diablo —murmuró.

A Áine se le borró la sonrisa de satisfacción. Se puso de pie y le dio a Kate una palmadita en el hombro.

—Las vacas darán pronto mantequilla otra vez, ya lo verás.

—¿Qué podemos hacer? —susurró Kate para sí. Evitó la mano de Áine—. ¿Qué podemos hacer?

—No puede llover para siempre. En cuanto paran, volverán a tener

mantequilla.

Las mujeres se arrimaron más al fuego e intercambiaron miradas. Fuera, el viento hambriento plañía.

La blancura tersa de los campos se fundió y trasformó en barro y hierba muerta y el valle se oscureció. Llovía sin parar y las gentes permanecían cerca del humo de los hogares y del goteo inconstante de las techumbres en mal estado. Murmuraban: «Una primavera verde deja el cementerio lleno» mientras encendían velas y le pedían a la Virgen que los librara de las enfermedades invernales.

Nance pasó el día del Señor dentro de su choza empleando las horas apacibles y llenas de lluvia cortando retama y secando las guedejas de vellón que había arrancado de espinos y zarzas y después cardado. Ver a aquel niño postizo, aquella rareza huesuda llena de picaduras de ortiga en la choza de Nóra Leahy, la había dejado llena de desazón. Había reavivado ascuas de recuerdos que creía apagadas tiempo atrás. Cosas que se había obligado a sí misma a olvidar.

Interrumpió su tarea para estirar los dedos y ver cómo iban las gachas que hervían en la lumbre. Aquella mañana al levantarse había encontrado turba y una bolsa de maíz en la puerta protegidos de la lluvia por un hule cuadrado. No había modo de saber quién había dejado allí los sacos, aunque Nance sospechaba de la discreta generosidad de Peter O'Connor y de sus actos de silenciosa amabilidad. O quizá los regalos eran un gesto de agradecimiento de alguien que había ido en los últimos días a confiarle sus dolencias a pesar de las advertencias del cura. La procesión de enfermos que llamaba a su puerta había descendido desde que el padre Healy empezara a hablar en su contra en la iglesia. Sin duda la preocupación de sus pacientes por sus almas era mayor que la inquietud que causaban unas manos agrietadas o las fiebres que encendían los cuerpos de sus hijos.

Sus días se habían quedado vacíos. Le recordaban a cuando había huido de Killarney y se había refugiado con su pena en tramos solitarios de roca y páramo. Cuando había trepado por los muros de piedra seca, atravesado campos y dormido junto al fuego de desconocidos. Aquellos duros años de hambre atroz que siguieron a la muerte de su padre y a la desaparición de su madre y de Maggie. Largos años de recorrer cada camino entre Killorglin y Kenmare, usando humo para sacar los conejos de sus madrigueras y esperando con mano veloz, envenenando ríos con euforbio y recogiendo los

cuerpos de peces muertos que subían a la superficie durante la noche. Vendiendo escobas, vendiendo tintes hechos con flores de aliso, de zarzamora y de abedul. Arrayán para el amarillo. Verde oscuro hecho de raíz de brezo. Recogiendo agallas para que maestros de escuela, algunos tan pobres como ella, pudieran hacer tinta. Nance la de las Hierbas, la llamaban, Nance la de las Hadas, y se las compuso como pudo hasta que empezaron a caérsele los dientes, y algunas mañanas se despertaba debajo de un seto con los huesos doloridos sin saber si sería capaz de enfrentarse a otro día de caminata hambrienta bajo el frío o abrasada por el sol, sedienta.

El dolor y el miedo fueron lo que la empujaron a dejar la montaña de Mangerton, pero el hambre fue lo que la hizo volver. Siempre había una manera de ganarse un sustento con los turistas de Killarney si sabías cómo.

Nance no recordaba cómo empezó a mendigar, pero sí recordaba el hastío que le producía. Diez años de rondar posadas, de abalanzarse sobre los coches en el momento en que se detenían, de asediar las puertas de los comercios cuando el tendero estaba demasiado ocupado para darle una patada acompañada de amenazas.

—Señora, por caridad, mire a esta pobre mujer indigna de mirarla a usted. Que el cielo la proteja, deme algo y que Dios la bendiga. Ay, ayude a esta pobre criatura con el corazón roto por el hambre. Caridad, por el amor de Dios.

Nance se estremeció. Se alegraba de haber vuelto a dejar aquella ciudad. Se alegraba de haber oído cómo los Buenos la conminaban a ir a aquel valle y de haber conocido al cura que la protegió, que vio la mano de las hadas en su destreza y que le permitió posar sus manos sarmentosas en su carne atribulada.

Confiaba en no tener que volver nunca a Killarney.

A pesar de la acogida del padre O'Reilly, había transcurrido tiempo hasta que las gentes hicieron el camino a casa de Nance. Le habían construido la *bóthan* y se habían ido. Había estado semanas sin recibir visitas y había creído que iba a volverse loca de soledad después del ruido y las multitudes de la ciudad. Más joven entonces, había trepado hasta los hombros desnudos de las montañas para buscar compañía en las nubes que ceñían las cumbres. Allí, en presencia de algo ancestral e inmutable, encontró consuelo. Podía acuclillarse en la hierba azotada por el viento, desenterrar piedras y arrojárselas a los labriegos suspicaces asustados de una mujer que no estaba atada a un hombre o a un fogón. Allí, en la montaña, su diferencia —por

grande que fuera, por agudo y febril que fuera el dolor que le causaba en el corazón— resultaba, frente a tan inexorable belleza, una sombra insignificante y fugaz en el gran devenir de las cosas.

Aquellos días en las montañas la habían salvado de enloquecer de soledad. Había trepado hasta que la respiración le latió en los pulmones, y había mirado la lluvia atravesar el valle a sus pies en un velo lento y gris, o el sol proyectar su benevolencia en los campos, y por fin había comprendido las palabras de Maggie. La soledad, lo que la hacía distinta, la haría también libre.

Pero aquellos habían sido años de juventud y ahora Nance sentía su edad como una muela de molino atada al cuello. En ausencia de compañía, sin la distracción de forúnculos, reumatismos, toses feas o heridas pertinazmente sangrantes, el pasado la envolvía como una ola gigantesca y no había posibilidad de retroceder a tierra firme. No había escapatoria a la lenta marea de recuerdos que se acercaba. Era una vieja condenada a estar sentada junto al fuego, con los huesos cantando al ritmo del clima.

Nance cardó su lana robada y se le llenaron los pensamientos con su padre y su olor a cuero y a la broza de río. El crujir de la madera de su lancha, sus historias sobre el jefe O'Donoghue llegando de los lagos en la Fiesta de los Mayos. Trató de recordar el peso de su mano en su hombro.

Pero había pasado mucho tiempo. Y, como siempre que pensaba en su padre, le venían también recuerdos oscuros e involuntarios de su madre.

Mary Roche la loca.

Casi podía oír de nuevo su voz.

—Están aquí.

Enseñando los dientes. El pelo cayéndole sobre la cara. Su madre esperando en la puerta de la choza mientras Maggie se vestía. En silencio, para no molestar a su padre. Su madre que la conducía a la noche.

Nance que se esforzaba por seguir las grandes zancadas de su madre. Salían del pequeño corral junto a la cabaña, dejaban atrás el sembrado de patatas y enfilaban el camino donde las otras casas de carreteros y barqueros y las vendedoras de fresas se erguían desvalidas, asimiladas al paisaje nocturno a los pies de la montaña de Mangerton.

Solo tenía diez años y lloraba de miedo mientras seguía la negra espalda de su madre entre los troncos esbeltos y plateados de los abedules y las marañas de ramas de roble.

—Madre, ¿dónde vamos?

De pronto el agua, sobre la que flotaba una fina capa de bruma. Los lagos como un espejo oscuro del cielo en el que se reflejaban la luna y las estrellas, hasta que el aleteo sobresaltado de un pájaro en los juncos agitaba las aguas y la estampa nocturna se arrugaba. Los lagos con su belleza la dejaban sin respiración. Mirar su superficie de plata la primera noche había sido como darse de bruces con una visión única de lo sagrado. La había aterrorizado.

Su madre que se detenía. Se volvía. Los ojos de pronto muy abiertos por el miedo, igual que un cerdo que ha visto el cuchillo.

—Están aquí.

—¿Quiénes?

—¿No Los ves?

—No veo nada.

—Ahí no Los verás. —Una mano fría en el pecho—. Aquí. Aquí es donde Los ves.

La primera noche en el bosque junto al lago. Llorar, acurrucarse en el hueco de una roca caliza cubierta de musgo, mirar a su madre correr de árbol a árbol murmurando para sí, trazando dibujos en la tierra.

Su padre, sentado junto al fuego cuando volvieron, al amanecer, la cabeza apoyada en las manos. Cogió a Nance en brazos y la estrechó hasta dejarla sin aire en los pulmones. Cuando la acostó, le acarició la cara sucia.

—Por favor, Mary. —Voces en el temblor de la primera hora de la mañana—. La gente va a decir que eres bruja.

—No lo hago queriendo.

—Lo sé.

—No soy yo. Se me han llevado.

—Ahora estás aquí.

Párpados que le pesaban mientras miraba a su padre quitar hojas del pelo de su madre con manos encallecidas.

—¿Lo estoy? ¿Estoy aquí? ¿Soy yo de verdad?

—Eres mi Mary Roche.

—No lo sé. No me siento yo.

—Mary...

—No Les dejes que se me vuelvan a llevar.

—No lo haré. No lo haré.

¿Fue así como empezó todo? ¿Fue entonces cuando Nance supo de los extraños goznes del mundo, de los umbrales entre lo conocido y lo que está más allá? Aquella noche, con diez años de edad, había comprendido por fin por qué temían las personas la oscuridad. Era una puerta abierta y podías cruzarla y cambiar. Ser tocado y transformado.

Hasta entonces a Nance le había encantado el bosque. Durante el día, mientras esperaba a los turistas con latas de leche y *poitín*, la lluvia de la mañana despertaba el musgo del suelo y las hojas proyectaban su sombra pecosa en el barro y en la piedra y en las hojas. Los pájaros agitaban los arbustos llenos de bayas. La visión del lecho del bosque alfombrado con las cáscaras abombadas de bellotas la llenaba de felicidad. Pero después entendió que el bosque cambiaba en el crepúsculo; que se volvía intolerante con los forasteros. Los pájaros dejaban de piar y se resguardaban de la oscuridad y el zorro empezaba a buscar sangre. Los Buenos reclamaban las tinieblas para sí.

Habían pasado muchos años, el tiempo había desgastado su memoria y sin embargo Nance seguía recordando aquella noche en el bosque y las noches que siguieron. Su madre, medio ausente ya, la despertaba con un zarandeo y la arrastraba a la espesura, donde las ramas crujían invisibles y Nance se atragantaba de miedo hasta que el orín le bajaba por las piernas.

Ya era mayor cuando su padre empezó a atrancar la puerta por las noches, sujetando el pestillo con cuerda. Nance le había ayudado. Pensaban que eso impediría salir a su madre. Que pondría fin al destello salvaje en sus ojos, a su desatino. Pero su madre seguía marchándose —con el viento, con las luces— y la extraña mujer que se quedaba encerrada en la cabaña, arañando las paredes y el suelo de tierra hasta que las uñas se le quebraban y sangraban, no era Mary Roche. La mujer que los Buenos dejaban en su lugar era una imitación que arrojaba la comida contra la pared y se negaba a comer, que no reconocía a Nance y que se resistía a su padre cuando este intentaba meterla en la cama.

—Echo de menos a madre —había susurrado Nance en una ocasión, mientras la mujer que ya no era su madre dormía.

—Yo también. —La voz de su padre era amable.

—¿Por qué no me conoce?

—Tu madre se ha ido.

—Está ahí. Duerme.

—No, no está. Tu madre se ha ido. Con los Buenos. —La voz de su padre se había quebrado.

—¿Volverá?

Su padre se había encogido de hombros.

—No lo sé.

—¿Quién es esa mujer?

—Alguien que han dejado. Una trampa. Han querido engañarnos.

—Pero se parece a madre.

La expresión de su padre era la misma que Nance había visto en las caras de otros hombres muchas veces desde entonces. La de un hombre desesperado.

—Sí, se parece a tu madre. Pero no es ella. La han cambiado.

¿Qué habría pasado si su madre no se hubiera ido con Ellos? ¿Si Nance hubiera sido libre de casarse con un carretero, si hubiera vivido entre las gentes de su infancia toda su vida? ¿Si no hubieran necesitado a Maggie? ¿Si Maggie nunca hubiera aparecido y cambiado su vida?

Su madre raptada, Nance que creció sin ella y, entonces, una mujer alta en la casa, su mejilla afeada por una cicatriz alargada como la quemadura de un atizador. Incluso en las calles de Killarney, rebosantes como estaban de niños picados de viruelas y hombres a los que las penalidades de la vida habían dejado en los huesos, aquella mujer intimidaba.

—Nance, esta es tu tía. Te trajo al mundo.

La mujer la había mirado sin moverse.

—Has crecido.

—Ya no soy un niña.

—Maggie ha venido a traer a tu madre de vuelta.

Nance había mirado el bulto oscuro acostado en un rincón de la cabaña.

—No es tu madre. Esa no. —La voz de Maggie era solemne. Profunda.

—¿Cómo la vas a traer de vuelta?

Su tía había dado un paso adelante despacio y se había inclinado hasta tener la cara a la altura de la de Nance. Esta había visto como, de cerca, la piel de la marca púrpura era tirante, como de una cicatriz.

—Ves la marca, ¿verdad?

Nance había dicho que sí con la cabeza.

—¿Has oído hablar de los Buenos?

Sí, Nance había oído hablar de los Buenos. Había sentido su presencia en el bosque, junto al lago, donde su madre se había hecho un ovillo en un nido de raíces aéreas y la luz de la luna volvía el mundo extraño y el aire era denso, habitado.

Su tía sonrió y al momento el miedo abandonó a Nance. Miró los ojos grises de la mujer y comprobó que eran límpidos y amables y, sin pensarlo, tocó la cicatriz con un dedo.

La querida y oscura Maggie. Desde el primer día, mientras cortaban helechos para su cama, Maggie empezó a enseñarle cómo estaba entretejido el mundo; cómo nada existía de forma aislada. La firma de Dios estaba en los tallos de los helechos. El mundo estaba en secreta complicidad consigo mismo. Las flores de mostaza eran amarillas porque curaban la ictericia. Había poder en los lugares donde el paisaje se encontraba a sí mismo, en la unión entre dos vías fluviales o en las cavidades entre montañas. Había fuerza en todo lo nuevo: el calostro, el rocío de la mañana. De Maggie, Nance aprendió el poder que había en el cuchillo de mango negro, en la mezcla morena y áspera de excremento y orín de gallina, en la planta que crecía sobre de la puerta, en la prenda que se llevaba pegada a la piel. Fue Maggie quien —en los años en que lucharon por hacer regresar a su madre— le había enseñado no solo qué hierbas y plantas cortar, sino cuándo, y cuáles arrancar a mano y cuáles con cuchillo, y cuáles se fortalecían con las huellas húmedas que dejaban los santos en el atardecer de los días sagrados, cuando salían a bendecir la tierra bajo sus pies.

—Hay mundos más allá del nuestro con los que debemos compartir esta tierra —le decía Maggie—. Y hay momentos en que influyen los unos en los otros. Tu madre no tiene culpa alguna de que la hayan raptado. No estés enfadada con ella por no estar.

—¿La vas a curar?

—Haré lo que pueda con lo que tengo, pero entender a los Buenos es saber que no tienen explicación.

Las otras familias tenían un poco de miedo a Maggie. El padre de Nance también. Su tía tenía una presencia, una quietud como la que precede a la tormenta, cuando las hormigas salen en tropel y los pájaros buscan refugio y dejan de cantar esperando la lluvia. Nadie se atrevía a hablar en su contra porque sabía echar maleficios y eso los asustaba.

—Es rara —decían—. Esa Maggie la Loca. La que conoce el secreto de las cosas.

—No he echado una maldición a nadie en mi vida —le dijo una vez Maggie a Nance—. Pero no está de más que las gentes te crean capaz. —Su mirada se volvió más penetrante—. No acudirán a mí si no me respetan; si no me temen un poco. Sí, existen maldiciones, de eso puedes estar segura. Pero no compensan la saliva que gastas en echarla. Las *piseógs* son fuegos que estallan en la cara de quien los echa. Con el tiempo, una maldición siempre vuelve.

—¿Te sabes maldiciones, Maggie? Tú no eres bruja, ¿verdad?

El destello en la mirada. La mano que acariciaba despacio la marca púrpura de la cara.

—A los que vienen a mí no les digo ni que sí ni que no.

Y las gentes acudían a ella. A pesar de su extraña imperfección, a pesar de que fumaba en pipa, de sus manos hombrunas y su fría costumbre de fijar la mirada en uno hasta hacerle sentir incómodo, decidieron que tenía poderes e iban a verla. Durante todo aquel largo año, al abrir la puerta de la casa, había caras esperando en la nieve; caras envueltas en chales, esperanzadas, que asentían al ver las anchas espaldas de Maggie.

—¿Está en casa la que sabe curar? —preguntaban, y era tarea de Nance recibirlas en la puerta y preguntarles en voz alta por sus dolencias de manera que Maggie, que las saludaba desde debajo de las cejas fruncidas, con una pipa humeante entre los dientes, pudiera hacerse una idea de lo que tenía que tratar y sorprenderlos con su clarividencia.

Su padre no se quedaba en casa cuando Maggie recibía a las visitas. Su mujer estaba ausente y su casa, invadida. Pasaba muchas horas en la barca y con otros barqueros, y al llegar a casa se bebía el aguardiente que le regalaban a Maggie a cambio de sus bayas de enebro, de sus excrementos de oveja hervidos con leche recién ordeñada, de sus ungüentos abrasadores a base de ranúnculos, de calcetines de lana de estambre llenos de sal caliente.

—Que Nance no se acerque mucho a las visitas —decía—. Vienen llenas de enfermedades.

—Aprende rápido —decía Maggie—. Tiene buena mano. ¿No es verdad, Nance?

—¿A qué huele?

—A raíz de gladiolo. A iris hediondo —murmuraba Nance.

Maggie señalaba la botella.

—No bebas demasiado. Es un licor fuerte y trabajas en el agua...

—Lo sé, lo sé. «El alcohol te lleva a disparar al patrón.»

—Peor que eso. Te hace fallar el tiro —sentenciaba Maggie.

Pasaron los días del Señor y Nance seguía cerca del fuego. No quería ir a oír misa y nadie fue a verla, con la arenga del cura tan reciente. Se preguntó qué habría dicho de ella.

Solo los niños del carrizo, con las caras ocultas bajo máscaras y capirotos de paja, se aventuraban por los campos en la oscuridad cercanos a su choza el día de San Esteban para tocar sus tambores hechos de piel de perro curtida. Nance los miró desfilar por los prados embarrados paseando el cuerpo de plumas mojadas del pájaro muerto en una rama de acebo. Sus gritos viajaban en el viento invernal: «¡El caldero has de guardar y la sartén sacar, danos dinero para el carrizo enterrar!».

Los niños del carrizo no se acercaban a su cabaña para pedir limosna ni monedas. Nunca lo habían hecho. Nance sabía que la mayoría le tenía miedo. Suponía que se había convertido en lo que Maggie había sido para los niños al pie de la montaña Mangerton. Una *cailleach* que acechaba en la cueva de su choza, capaz de fabricar maldiciones a base de esputo y mierda de gallina.

En los viejos tiempos, cuando Nance sabía que creían en sus poderes aunque no sabían aún de qué clase eran, las gentes del valle habían acudido a ella para que hiciera daño a otros. *Piseógs*. Una mañana de bruma le había abierto la puerta a una mujer con el ojo negro y un diente bailándole en la encía que escupía palabras, aterrorizada. Le traía dinero.

Kate Lynch. Entonces más joven. Llena de miedo. Rabiosa.

—Lo quiero muerto —había dicho apartándose rizos grasientos de la cara y enseñándole a Nance el dinero que centelleaba en su palma sudorosa.

—¿Quieres sentarte un rato? —había preguntado Nance, y cuando Kate le cogió la mano y le puso la moneda, la dejó caer al suelo—. Siéntate —dijo mientras la mujer la miraba desconcertada y se agachaba a coger el metal que había echado a rodar—. Siéntate y habla conmigo.

—¿Por qué la has tirado? —quiso saber Kate, de rodillas—. Es dinero de la venta de huevos. Lo he ganado yo sola. Es dinero honrado, no robado. Lo gané con mis propias gallinas, no es suyo. Lo tengo escondido para que no lo vea.

—No puedo aceptar tu dinero.

La mujer la miró con la boca como un bolsillo desgarrado en su cara pálida.

—No acepto pago en moneda. Perdería el don.

La comprensión alisó las arrugas en el ceño de Kate. Contó las monedas y, satisfecha, se las metió en el bolsillo.

—Pero tienes el don.

—Puedo curar. Y tengo el saber.

—¿Del tipo que serviría para enterrar a un hombre?

Nance señaló con la cabeza la magulladura de Kate.

—¿Eso que veo ahí te lo ha hecho él?

—Y no es nada. —Kate se había mordido el labio y, antes de que Nance pudiera detenerla, se había desvestido, arrancándose las prendas exteriores y levantándose la camisa para enseñar su cuerpo roto a golpes.

—¿Tu marido?

—Desde luego no me he caído. —Se bajó las ropas, la cara tensa de determinación—. Quiero librarme de él. Puedes hacerlo. Sé que puedes. Dicen que estás confabulada con los que andan detrás de las cosas. Con los que pueden terminar con las personas, y que tienes el poder. —Bajó la voz—. Quiero que le echés un maleficio.

—Aunque quisiera, no sé cómo se hace.

—No te creo. Sé que no eres del valle, pero puedo enseñarte un pozo sagrado donde se puede caminar en sentido contrario al sol. Donde puedes girar las piedras contra él.

—Una maldición no hace bien a quien la echa.

—Lo haría yo misma, pero no sé cómo. Mira. —La mujer se había agachado y había cogido el dobladillo de la falda y, tras palparlo con los dedos, había sacado una aguja que desprendió un delgado destello—. Me la pongo cada día en la ropa para protegerme de él. Cada noche me levanto y la apunto a su maldito corazón. Para que le dé mala suerte. —Agitó la aguja ante la cara de Nance—. Pero no hace nada. Tienes que ayudarme.

Nance había subido las manos y había apartado la aguja de sí.

—Escúchame y calla. Los maleficios siempre traen consecuencias. No te conviene echar maldiciones a tu marido, por mal que te trate.

Kate negó con la cabeza.

—Me va a matar. Si me va a matar, entonces no es pecado.

—Hay otras cosas que puedes hacer. Como irte.

Kate soltó una risotada.

—¿Y echarme a los caminos con los hijos a la espalda y darles de comer

setas y *praiseach*?

—Mejor sola que mal acompañada.

—Lo quiero muerto. No, quiero que sufra. Quiero que sufra como yo he sufrido. Quiero que se le pudra el cuerpo, quiero que se ponga enfermo, y quiero que se despierte cada mañana y escupa sangre, como me ha pasado a mí.

—Te daré malva para los cardenales.

—¿No le vas a echar una maldición?

—No.

Kate se dejó caer sobre el taburete.

—Entonces tienes que enseñarme cómo hacerlo yo. Dime cómo hacerle un *piseóg*. —Arrugó la cara—. He rodeado el pozo. He girado las piedras al anochecer. Apunto mi aguja a su pecho y rezo a Dios por que sufra. Pero nada. Nada. Sigue sano. Me pega.

—No puedo enseñarte maldiciones.

—Pero conoces. Y hay otras. Sé que las hay. Pero nadie me las quiere decir. —Se le quebró la voz—. Dime cómo echarle una maldición o échasela tú. Eso o giraré las piedras contra ti.

CAPÍTULO NUEVE

CONSUELDA

La víspera del nuevo año devolvió la nieve a los campos con remolinos de viento, los copos se adherían a los techos de paja y golpeaban las paredes de las casas, cubriendo las salpicaduras de barro y los húmedos dedos de moho que ensuciaban el enjalbegado.

Nóra no hacía más que levantar la vista de la rueca hacia donde Micheál dormía en el banco, moviéndose nervioso igual que un perro.

—Ya es la hora, ¿no, Mary?

La criada levantó los ojos del ovillo que estaba devanando despacio y escudriñó en la luz oblicua que entraba por la media puerta entreabierta.

—Creo que tal vez es de día aún. Dijo que vendría al anochecer.

—Pensaba que estaba oscureciendo.

—Todavía no. Igual espera a que vuelvan las gallinas. Las gallinas marcan las horas.

—Sí, lo sé —atajó Nóra. Se limpió los dedos grasientos en el delantal—. ¿Cogiste la hierba? ¿Dónde está?

Mary, que tenía las manos ocupadas, señaló con la cabeza un montón de menta en un rincón de la habitación, con las hojas algo mustias.

—Está marchita. ¿Dónde la has cogido?

—En el pozo.

—¿Te vio alguien? ¿Estaban las mujeres? ¿Éilís? Dios quiera que no te viera Kate Lynch. Dirá que andamos haciendo hechicerías.

—No había nadie.

—No entiendo por qué no podía coger la planta Nance.

Mary se encogió de hombros.

—Quizá no hay menta junto al bosque. Es una mujer mayor. Es un largo trecho solo para coger unas hierbas.

Nóra hizo una mueca.

—A esa mujer no la detiene nada, por mayor que sea. —Dudó—. ¿Dijo que era peligroso cortarlas?

—No si se hacía en nombre de la Trinidad. —Mary miró a Micheál, que dio un manotazo en el aire y volvió a tumbarse de espaldas—. Bendije la menta antes de usar el cuchillo.

Nóra frunció los labios.

—No lo entiendo. Menta. Es buena para las pulgas y las polillas. ¿Cómo va la menta a rescatar a un niño raptado?

—Yo se la ataba alrededor de las muñecas a mis hermanos —dijo Mary.

—¿Para qué?

—Ahuyenta la enfermedad.

—¿Y funcionaba?

Mary negó con la cabeza, la mirada fija en la lana.

—Dos están con Dios.

La expresión dura de Nóra se suavizó y bajó la vista a la rueca.

—Siento tu tribulación.

—Era la voluntad de Dios. Pero tardó mucho en llevárselos.

—¿Sufrieron?

—Tosían día y noche. Entregaron sus vidas tos a tos. Pero ahora están con los ángeles.

Hubo un largo silencio. Nóra miró a la muchacha y vio que tenía los dientes apretados y la mandíbula apretada con fuerza bajo la piel.

—Pero tienes muchos otros hermanos.

Mary se sorbió.

—Sí.

—Mi hija era única —dijo Nóra—. Su muerte fue una gran pérdida para mí. He perdido a mis padres, y a mi hermana, y a mi marido, pero Johanna es la que más... —Miró a Mary y, de pronto incapaz de hablar, se llevó la mano cerrada al pecho.

La expresión de la criada era inescrutable.

—Era su hija —se limitó a decir.

—Sí.

—La quería.

—La primera vez que vi a Johanna... —A Nóra le costaba hablar. Quería decir que con el nacimiento de Johanna había sentido un amor tan feroz que daba miedo. Que el mundo se había abierto en dos y su hija estaba

en el centro—. Sí —dijo—. La quería.

—Igual que yo a mis hermanas.

Nóra negó con la cabeza.

—Es más que amor. Algún día lo entenderás. Ser madre es que te saquen el corazón y se lo pongan a tu hijo.

Fuera gimió el viento.

—Creo que voy a encender la vela, por si acaso. —Nóra se levantó y cerró la media puerta, luego taponó la ventana con paja para protegerla de la creciente corriente. La habitación quedó en penumbra. El fuego creció. Nóra se frotó los ojos y después encendió una vela y la dejó en la mesa para proteger la casa de la noche inminente y su enjambre invisible de espíritus. La llama parpadeó en la mecha—. Cuando fuiste al pozo, ¿cogiste agua o solo la menta?

—Solo la menta —contestó Mary.

Nóra arrugó el ceño.

—¿Y qué esperas que bebamos mañana, cuando esté aquí el año nuevo?

Mary pareció confusa.

—Iré al pozo, como hago cada mañana.

—De eso nada. Nadie que duerma bajo mi techo va a ir a buscar agua al pozo en el primer día del nuevo año. ¿Es que en Annamore no os protegéis?

—Vamos a por agua como cualquier día.

Nóra apartó la vela a un lado y sacó una bolsita de tela llena de harina.

—Te lo voy a explicar. Mañana no se pueden tirar cenizas. El agua de los pies, déjala estar. Desde que salga el sol hasta que se ponga, no se tira nada que haya en esta casa. Y tampoco se te ocurra pasar la escoba y barrer la buena suerte.

Mary se puso de pie.

—¿Qué mal hay en ir al pozo?

Nóra hizo una muesa, añadió leche y levadura a la harina y las mezcló con la mano.

—Lo único que sé es que es malo sacar agua de un pozo en el primer día del año nuevo. No discutas las tradiciones. —Miró nerviosa al niño dormido—. Y menos ahora.

Las dos mujeres guardaron silencio mientras se hacía el pan de año nuevo. Nóra iba del fuego al pan, en una olla junto a la puerta, y comentaba cómo menguaba poco a poco la luz fuera, mientras Mary despertaba al niño y

lo envolvía en una manta en preparación para el viaje. Cuando el pan estuvo cocido, Nóra lo partió. Rompió una de las esquinas para dejar salir al Diablo y se lo comieron delante del fuego. Mary remojaba la corteza en leche y le metía los pedazos al niño en la boca con los dedos. Este comió con voracidad, mordiendo a Mary en los nudillos. Sus gritos se hicieron más constantes cuando se terminó el pan.

—Siempre hambriento, nunca ahíto —se quejó Nóra—. ¿No es lo que dijo Nance? ¿Señal de que es trocado?

—Hay una hoguera en la montaña —dijo Mary antes de chuparse el pulgar y sacudirse migas de las ropas—. Esta mañana vi allí a unos muchachos apilar tojo, brezo y hojas secas. ¿Cree que estarán bailando?

Nóra se hurgó los dientes con una uña.

—Tienes que venir conmigo a ver a Nance. No te pago para irte a bailar.

Mary miró al niño.

—¿Cree que los Buenos estarán rondando?

—Es lo que dijo Nance. Igual que el día se junta con la noche, también el año tiene sus costuras. —Se levantó, abrió la media puerta y escudriñó el valle—. Es entonces cuando salen. Cuando cambian de morada. Se cuelan por las costuras del año. ¿De dónde crees que sopla el viento?

La luz declinaba. Por entre la nieve que caía a gran velocidad, se veía el resplandor de un fuego en la colina. De él subía un penacho que dejaba en el aire un tufo a humo de leña.

Mary se reunió con Nóra en la puerta. Llevaba a Micheál a la cadera, con la cabeza apoyada en su hombro. El niño estaba extrañamente tranquilo.

—Creo que viene del oeste. ¿Habrá tormenta?

Nóra se sacudió la nieve de los hombros, cerró deprisa la puerta y atrancó la rejilla con un pasador de madera.

—Dicen que la dirección en que sopla el viento en año nuevo es un presagio.

—¿Y qué anuncia el viento del oeste?

—Si Dios quiere, un año mejor que el anterior.

Nance estaba sentada a oscuras en su choza, mirando por la puerta abierta cómo el día agonizante se rendía a la nieve. La noche caía sagrada, como si la gloria de Dios se manifestara en la luz cambiante. Envuelta en sus chales raídos, oía el silencio en sus oídos con la misma fuerza que un toque

de campanas.

Empezarían aquella noche. Los remedios. Los ruegos misteriosos. La magia ancestral.

Nance sintió el aguijonazo furtivo del miedo.

Aquel niño no era el primero que veía con la marca de los Buenos. Cuando era una recién llegada en el valle, después de un año de mendigar en el frío, tiempo después de que Maggie y la mujer que no era su madre hubieran muerto, una aldeana se había presentado a su puerta arrastrando a una niña enclenque y arrugada. Tenía cinco años y llevaba desde el verano anterior sin sonreír y ahora se negaba a decir palabra. Su madre se había retorcido las manos, pellizcando la piel agrietada entre los dedos.

—No atiende a su nombre. No tiene interés por jugar, por ir a ninguna parte. Por ayudarme en las faenas. Y en mi casa reina la discordia por su culpa.

Nance había mirado con atención a la niña muda. Era como un pajarillo diminuto y encogido, las rodillas grises del polvo del camino. Estaba sentada y las miraba sin expresión, con los hombros encorvados.

—¿Cuándo empezó? ¿Le pasó algo?

La mujer negó con la cabeza.

—Fue mi culpa. La dejé al cuidado de sus hermanas mayores. Tenía que ir a cortar el heno... Ha cambiado. En el fondo de mi corazón, siento que no es mi hija. No contesta a su nombre.

La mujer dijo que había dejado a la niña en el cruce de caminos para ver si así recuperaba a su hija de la custodia de las hadas. No había tenido el valor, contó, de sostenerla encima del fuego porque se parecía a su hija de verdad. La madre la había atado al poste que había en la encrucijada, pero la niña había conseguido escapar y volver a casa. Se había acostado en la cama de su hija. El marido de la mujer decía que tenían que azotar a la niña postiza y marcarle la frente con el signo de la cruz. Decía que tenían que enfurecer a las hadas y obligarlas a ir a llevarse a aquella criatura que les pertenecía.

Nance le había pedido a la mujer que volviera a verla siete veces con la niña cambiada. Si no se podía usar el poder del fuego, entonces usarían las hierbas de los Buenos contra los Buenos.

Siete mañanas de *lus mór*, la hierba reina. Nance había cogido dedalera al amanecer y había puesto a la niña postiza tres gotas del jugo de las hojas en la lengua y otras tres en la oreja. Cuando el pulso de la niña encantada se

debilitó, supo que la planta había llegado a la sangre y, con ayuda de la madre, la habían balanceado de un lado a otro en el umbral de la casa diciendo las palabras que había oído usar a Maggie muchos años antes.

—Si eres hada, vete.

Durante siete días había tratado a la criatura muda con dedalera. Los siete días el corazón de la niña postiza había latido más despacio. Los siete días un sudor frío le había cubierto la piel.

—¿Sufre? —había preguntado la madre.

—Se resiste a volver con los suyos.

El día después del séptimo, la mujer había vuelto sola con la cara resplandeciente.

—¡Habla! ¡Está hablando!

Dos gruesos pollos y un cuenco de mantequilla. Pero en cuanto la madre se hubo ido, Nance se hizo un ovillo sobre los juncos del suelo y lloró hasta que pensó que iba a vomitar. No sabía si estaba aliviada o aterrorizada.

Aquella era la prueba de su habilidad, más allá de las hierbas. Era la prueba de su saber mágico, la prueba de que había poder en la tierra, en la sinrazón. Todo lo que Maggie había dicho era cierto. Era distinta. Tenía un pie a cada lado del río y su corriente hechicera. Hollaba ambas orillas.

Demasiado tarde para su madre.

Durante las semanas siguientes se le torcieron los pulgares hacia dentro. Nance se despertaba y se miraba los nudillos deformados y se daba cuenta de que los Buenos la habían marcado. Le habían dado el don y la habían reclamado para sí.

«Lo he hecho una vez, así que podré hacerlo de nuevo», pensó Nance.

Fue a cerrar la puerta para que no se escapara el calor del hogar. Vio llamas en lo alto de las colinas por entre la nieve silenciosa y sombras trémulas de cuerpos que bailaban. Le pareció oír un tambor.

«Buena noche para un ritual», pensó y entonces vio dos siluetas oscuras que bajaban el sendero que conducía a su choza.

—Nóra Leahy. Mary Clifford.

Las mujeres jadeaban y la criada llevaba a Micheál sujeto contra su pecho y a veces resbalaba por efecto del peso.

—¿Os ha visto alguien?

—Están todos en la montaña.

—Bien. Entrad, refugiaos del frío. Cada vez hace más. —Nance las hizo

pasar a la choza y señaló un cubo con agua caliente—. Lavaos ahí los pies.

Mary vaciló.

—Tengo a Micheál... Quiero decir, que tengo al... ¿Dónde lo dejo?

—¿Duerme?

Mary abrió la manta que sujetaba al niño a su pecho y negó con la cabeza.

—Tiene los ojos abiertos. Chilló cuando lo sacamos, pero creo que el aire fresco le ha tranquilizado.

Nance se fijó en que Nóra seguía en la puerta sacudiéndose hielo del mantón.

—Pasa y que Dios te bendiga, Nóra. Me alegra que hayas venido. Siéntate y entra en calor.

La viuda frunció los labios y dio un paso tímido mientras paseaba la vista por la habitación. Se sobresaltó cuando algo se movió en un rincón.

—Es Mora, mi bendita cabra. ¿Habéis traído la menta?

Mary dejó con cuidado al niño junto al fuego y rebuscó debajo del chal que llevaba cruzado sobre el pecho. Sacó la menta y se la ofreció a Nance.

—¿Has traído nueve tallos?

Mary asintió con la cabeza.

—Están algo marchitos.

—Tienes que masticarlos.

Nóra pareció confusa.

—¿Le estás diciendo que se los coma?

—Que se los coma no, que los mastique. Que mastique las hojas hasta hacer una papilla. Necesitaremos el jugo. —Nance abrió la boca y se señaló las encías negras—. Lo haría yo misma, pero...

—Hazlo, Mary. —Nóra estaba impaciente.

La muchacha vaciló mientras estudiaba la menta en la palma de su mano.

—No quiero.

—No es más que menta. No nos tengas toda la noche esperando.

Nance sonrió.

—No te estoy pidiendo que hagas nada que no haría yo. Pero ¡si es menta que has cogido tú misma!

Mary arrancó de mala gana las hojas del tallo y se las metió en la boca.

—No vayas a tragarte el jugo —le advirtió Nóra. Cogió una escudilla de

madera y la sostuvo bajo el mentón de Mary. La muchacha, con cara de sufrimiento, escupió la papilla verde en ella y se secó la boca con el dorso de la mano.

—Todas las hojas de nueve tallos —dijo Nance asintiendo en dirección a los que quedaban. Miró de reojo hacia la ventana y vio que Nóra miraba fijamente a Mary con el ceño fruncido.

Mary se llenó la boca con la menta restante y la masticó hasta hacerla una pasta evitando mirar a Nóra. Cuando terminó de escupir la papilla húmeda en el cuenco, tenía la lengua y los dientes tintados de verde.

Nance miró la pulpa haciendo girar la escudilla y a continuación la puso en un pañuelo para escurrir el líquido. Mary se quitó restos de hojas de menta de los labios.

—¿Para qué es todo esto, Nance?

Nance le dio la escudilla a Nóra y fue despacio a un rincón de la habitación. Volvió sujetando un dedal.

—Es sabio empezar por ensalmos pequeños. —Señaló al niño—. Mary, siéntate en ese taburete y sujétame al crío. Eso. Ahora, cógele la cabeza. —Se volvió hacia Nóra—. ¿Que no quieres sostenerlo sobre el fuego? Bueno, pues tenemos que averiguar si la criatura tiene una enfermedad de las normales. —Le agitó el dedal delante de la cara—. Un poco de jugo de menta en cada uno de los oídos y pronto sabremos si es un duende o si es que los duendes le han vuelto sordo.

Mary sostuvo a Micheál en el regazo y le giró el frágil cráneo, de manera que la curva de su oreja quedara a la vista.

Nance sumergió el dedal de hueso en el bol y vertió su contenido en el oído del niño.

—¿Y ahora el otro? —preguntó Mary con una mueca mientras Micheál intentaba liberarse, entre gemidos. Le giró la cabeza y le presentó la otra oreja a Nance.

La habitación olía a menta. Miraron el líquido salpicar el pelo cobrizo del niño.

—Y ahora ¿qué?

—Ahora tenéis que esperar a mañana para ver si se ha curado, si oye vuestras voces. O intenta hablar. O si sigue igual.

—¿Eso es todo?

Nance negó con la cabeza.

—La noche es poderosa. Las horas son más poderosas cuando están cambiando. —Limpió un poco de menta del filo de la oreja del niño y a continuación se inclinó y sacó una tela de un cesto que había junto al fuego —. Consuelda.

Nóra miró dentro de la tela.

—¿Para el dolor de garganta?

—Y para el ataque de los duendes.

Se arrodilló en el suelo, descubrió los pies del niño y le frotó las plantas con las hojas de consuelda. Mary y Nóra la taladraron con la vista mientras le untaba la hierba en la piel. A Nance le pareció sentir el brillo feroz de la desesperación de Nóra, el pulso entre la esperanza y el miedo.

El niño estaba quieto, espumado de menta y pestañeando de sueño.

—Ya basta. Está bien por hoy.

Mary olisqueó la consuelda marchita abriendo las fosas nasales.

—¿Cuándo sabremos si ha funcionado?

Nóra le cogió a Mary las hojas de las manos y las tiró al suelo.

—Por la mañana —murmuró Nance—. Te despertarás y verás a tu nieto, o quizá no. Hay otros ensalmos, otros rituales... —Bajó la voz—. Ya verás, todo saldrá bien.

—¿Así lo crees, Nance?

—Sí, Nóra. Con el tiempo todo saldrá bien.

Los fuegos en las colinas ardían anaranjados cuando las mujeres de marcharon con los bolsillos llenos de cenizas que las protegieran de la noche. Mientras las miraba desaparecer en la nevada gris, a Nance le pareció oír la voz de Maggie. Un susurro en la oscuridad.

«Si no conoces el camino, ve despacio.»

Aquella noche, años atrás, Maggie había masticado menta. Fue la primera de muchas noches que pasó tratando de expulsar a la mujer postiza y obligar a su madre a volver. Su padre había salido de filandón y Maggie y Nance estaban solas, sentadas en taburetes cerca de donde estaba tumbada la mujer que no era Mary Roche. La criatura no se había movido siquiera cuando le vertieron la hierba por los oídos.

—No creo que vuelva —había dicho Nance apesadumbrada. Estaban junto al fuego, mirando las ascuas, esperando a su padre.

Maggie estaba pensativa.

—Le prometí a tu padre que haría lo que pudiera. —Vaciló—. Pero los raptados no suelen volver.

—¿Por qué no quieren los Buenos devolverla?

—Es difícil renunciar a lo valioso.

—Maggie.

—Dime, Nance.

—¿Cómo sabes todas las cosas que sabes?

—Hay personas que por ser distintas tienen que vivir en la frontera. — Maggie se llevó una mano a la cicatriz en un gesto mecánico—. Pero en la frontera encuentran su poder.

Aquella noche Nóra soñó que estaba junto al Flesk, lavando las ropas de Martin mientras el sol le calentaba la espalda. Era verano. Las riberas del río estaban frondosas por la hierba y la ancha franja de helechos. Soñó que sostenía la pala de lavar y golpeaba con ella una y otra vez un charco rocoso para sacar la suciedad de la ropa puesta a remojar. Cuando bajó la pala por última vez, apareció una mancha de sangre en la tela. Intrigada, golpeó de nuevo las ropas y el círculo de sangre se agrandó, tiñendo la urdimbre.

Un terror la recorrió.

Nóra bajó la pala. Algo se movía debajo de la camisa. Con la carne de gallina, apartó las ropas mojadas.

Era Micheál, con el cráneo roto. Ahogándose en el agua rosácea de la ropa lavada.

Nóra se despertó sudando. Los primeros rayos de luz se colaban debajo de la puerta de la choza. Nerviosa, fue hasta la cama donde roncaba Mary. El niño estaba a su lado con una manta encima de la cabeza.

El corazón le latía con dificultad. Retiró la manta de la cara del niño.

Estaba vivo y la miraba con ojos legañosos.

Aliviada, Nóra le quitó la ropa en que estaba envuelto y le examinó los pies sucios, la costra verde en las orejas.

—¿Eres el hijo de Johanna? —preguntó—. ¿Eres Micheál Kelliher?

El niño levantó las manos, le agarró el pelo y respondió con su lengua de trapo.

CAPÍTULO DIEZ

PIE DE OSO

—Me manda Nóra Leahy. Dice que le diga que la criatura no ha cambiado, que sigue escupiendo y chillando, que sigue siendo el cretino que le trajimos.

Nance levantó la vista de la liebre que estaba desollando a la puerta de la choza. Tenía las manos ensangrentadas.

—¿Y es así, Mary Clifford?

—Lo es. Las hojas... las hierbas no lo han curado. —La muchacha vaciló de pie con los brazos cruzados y el chal muy ceñido alrededor de la cabeza—. Pero por si estaba pensando que fui yo la que estropeó el ensalmo de la menta... Lo prometo. La corté en nombre de la Trinidad. Y las hojas tenían rocío. Hice todo como me dijo.

Nance se limpió las manos en la falda y le tendió la liebre a Mary.

—Cógeme esto.

Mary la cogió. Nance se fijó en que la muchacha examinaba el cuerpo fibroso y los tendones en carne viva del animal desollado.

—¿No le da miedo comerse esto?

—¿Y por qué iba a dármelo? —Nance cogió la escudilla llena de tripas que tenía junto a ella.

—Por toda la magia que tiene dentro.

Nance le hizo un gesto a Mary para que entrara en la choza y cerró la puerta.

—No me da miedo comer nada que quite el hambre. Liebres, conejos, anguilas.

Mary hizo una mueca.

—Dice mi hermano que una anguila puede atravesar el país en un solo día. Dice que se meten la cola en la boca y ruedan igual que un aro. —Se estremeció—. Las criaturas tan astutas no me gustan.

—A mí sí me gustan si consigo atraparlas.

Mary se sentó junto al fuego y señaló la piel de la liebre extendida en el suelo.

—¿La va a vender? He visto a muchachos con gorros de piel de liebre. Con las orejas y todo.

Nance le cogió la liebre desollada a Mary y la dejó en una vasija vacía.

—Vendo lo que puedo. Tinturas, sobre todo, pero también pieles y escobas. Y jabón de helecho.

—Me gusta ese negro —dijo Mary señalando un ovillo de lana que había en una cesta.

—Flor de aliso. O raíz de euforbio. Liquen, agua de pantano. Incluso del brezo se puede sacar un tinte. Ah, sí, hay color en todo lo que crece en la tierra de Dios, por humilde que sea.

—Sabe mucho.

—He vivido mucho.

Mary miró a Nance en la luz sombría.

—Los años vividos no son los que dan la sabiduría, ¿verdad? Son Ellos, los que viven en la espesura. Dicen que usted habla con Ellos. Que sabe dónde están las hadas y que habla con Ellas y que por eso sabe estas cosas. — Señaló con la barbilla las plantas secas que colgaban del techo—. ¿Es eso cierto? ¿Que aprendió de las hadas y que por eso le devolverá el nieto a la viuda? ¿Porque conoce sus trucos y sus costumbres?

Nance se lavó las manos, que tenía grasientas por las entrañas de la liebre. En la voz de Mary había algo más que curiosidad propia de la juventud. Había sospecha. Un recelo de afiladas aristas.

De pronto se oyó un ruido de botas fuera. Mary se levantó de prisa y se dio en la cabeza con una rama de hierbas de san Juan, cuyas flores se desperdigaron por el suelo.

—¡Aquí! ¡Aquí! —Era una voz de hombre—. Está aquí. Hay humo, el fuego está encendido. Vamos, David.

Hubo ruido de pasos fuera y tres fuertes golpes en la pared de la choza. Del techo cayó polvo.

—¡Nance Roche!

—Hazme el favor de abrir la puerta, Mary.

La muchacha se levantó y entreabrió la puerta de mimbre.

—Que Dios y san Patricio te protejan, Nance Roche, porque tienes que

venir conmigo.

Era Daniel Lynch, con la cara brillante por el sudor y el pecho hinchado por la respiración jadeante. Entró y otro hombre, un joven de hombros encorvados que se parecía mucho a él, lo siguió, evidentemente incómodo por la intromisión.

—Daniel, que Dios te guarde. ¿Qué pasa?

—Te necesitamos. Está de parto. Brigid. Mi mujer.

—¿Cuándo ha empezado? —preguntó Nance.

—Al amanecer. Tiene la cara como la cal y el dolor encima. Le dije que vendría a buscarte.

Nance se volvió hacia Mary, que miraba a Daniel con ojos como platos y la boca abierta.

—Mary, corre a buscar a Nóra. Dile que lleve a mujeres a la casa de los Lynch. A las primas de Brigid, a sus tías, las que sean parientes. Diles que lleven los paños limpios que tengan. Leche, mantequilla. Santíguete antes de salir y que se santigüen ellas antes de entrar en la casa de los Lynch. Yo estaré allí, esperándolas.

La muchacha asintió con energía y salió corriendo por la puerta con sus largas piernas y el chal que se le resbalaba de la cabeza. Los hermanos la miraron enfilar a toda prisa el sendero levantando barro con los pies descalzos.

Nance les pidió que esperaran fuera mientras llenaba su cesto con lo que podía necesitar. Cogió puñados de hierbas secas del techo y las envolvió en trapos. Margaritas secas y berros. Cogió un palo de avellano, hilo negro y el cubo con agua de forja que guardaba tapado con un paño.

—Estoy preparada —dijo dándole el pesado cubo a Daniel—. Llévame con tu mujer.

Cuando Nance llegó a la choza de los Lynch, de inmediato supo que algo no iba bien. Brigid estaba echada sobre un montón de retama y brezo junto al fuego y la manta que le habían puesto debajo estaba empapada de sangre. Nance volvió a salir y levantó las manos para impedir que los hermanos entraran con ella.

—Habéis hecho bien en venir a buscarme. Ahora no andéis rondando como moscas. Os haré saber cuando haya noticias. —Escupió en el suelo—. Que Dios os guarde.

Brigid tenía los ojos cerrados de dolor. Cuando oyó cerrarse la puerta, echó la cabeza hacia atrás.

—¿Daniel?

—Que Dios te bendiga, niña. Tu marido ha ido a buscarme. —Se arrodilló en el suelo junto a la mujer y le puso una manta doblada debajo de la espalda.

El miedo brotaba de la muchacha en oleadas. «Es como una yegua encabritada», pensó Nance.

—Tengo miedo —balbuceó Brigid—. ¿Se supone que tiene que doler así? No me parece normal.

—Yo velaré por ti. —Nance se inclinó sobre la muchacha y empezó a murmurarle una oración al oído.

Nóra llegó a la choza de los Lynch con Éilís O'Hare, Kate y Sorcha. No había querido pedirles que la acompañaran, de tan resentida que estaba con ellas por sus chismorreos constantes, pero eran las únicas emparentadas con Brigid por su matrimonio, y puesto que encontrar compañía consanguínea no era posible, era necesario que hubiera alguien de su familia en la habitación. A Mary la había mandado a casa de Peg con Micheál.

Nóra abrió la puerta y se encontró la habitación llena de humo y olores. Brigid gemía y protestaba ante la insistencia de que se colocara con las caderas mirando al fuego. El calor dentro de la choza era insoportable. A Brigid le caían gotas de sudor por la cara y la anciana tenía el pelo húmedo y pegado a la piel.

Las mujeres se detuvieron en la puerta y miraron mientras Nance urgía a Brigid a estarse quieta y a no arrodillarse, como intentaba hacer. La joven tenía los muslos cubiertos de sangre.

—Sorcha, pasa y ayuda a tu prima a colocarse. Necesito que mire al fuego, así. —Con su ayuda, Nance le cogió los pies a Brigid y tiró de ella hacia el hogar, que avivó con brezo seco hasta que la oscuridad se retiró a los rincones de la habitación.

Brigid tenía las pupilas oscuras, dilatadas y ausentes. Éilís se colocó junto a la pared con una jarra de agua y la boca cerrada, tensa. Kate se quedó cerca de su hija y se quitó una cinta roja larga del cuello del chal que llevaba cruzado y la sostuvo con la mano izquierda.

—¿Qué haces con esa cinta, Kate? —preguntó Éilís—. ¿Para qué es?

Kate no contestó, pero empezó a anudarla y desanudarla sobre el vientre

abultado de Brigid.

—¿Qué haces?

—Es para ayudar al nacimiento.

Nance la miró un largo instante, pero no dijo nada.

—Nance, ¿cómo vas? —preguntó Nóra.

—En esta cesta hay berro. Por favor, haced un emplasto. Y vosotras dos también podéis ayudar. Coged la hebra negra que hay ahí y atadla donde os voy a decir.

Éilís y Sorcha se miraron.

—¡Deprisa! Hay que parar el flujo de sangre. Atadle la hebra en las muñecas.

Las dos mujeres percibieron el apremio en su voz y obedecieron.

—Cortadla con los dientes si hace falta y atádsela en los dos tobillos y en cada dedo de las manos y de los pies. Bien fuerte.

Llamaron con suavidad a la puerta y Mary asomó la cara abriendo mucho los ojos al ver la sangre en el suelo.

—Nance. —Nóra señaló a la muchacha con el mortero.

—Mándala a buscar excrementos de marrano. Que pruebe en casa del herrero.

—Ya la has oído —dijo Nóra.

Mary desapareció y las mujeres continuaron trabajando despacio con Brigid. Esta estaba quieta, enseñando los dientes. Nóra le pasó a Nance el emplasto y se arrodilló detrás de Brigid para que pudiera descansar recostada en su regazo.

Con los labios apretados de concentración, Nance levantó el vestido empapado de la joven dejando al descubierto su vientre abultado. Luego le extendió el berro machacado por los muslos, la piel y el vello púbico.

La sangre fluyó de ella a borbotones. Todas lo vieron.

Pasó una hora eterna. Mary volvió del herrero con las manos manchadas de excremento de cerdo. La acompañaba Áine sujetando un rosario y una cruz de mimbre.

Cuando las oyó entrar, Nance levantó la cabeza.

—Áine —exclamó—. Que Dios te bendiga, pero no puedo dejar que te quedes. —Se puso de pie con el delantal tan ensangrentado como el de un carnicero y sujetó a Áine por los hombros.

—Quiero ayudar —protestó esta.

Nance musitó una disculpa y la acompañó fuera y cerró la puerta con firmeza al salir.

—¿Por qué no puede entrar Áine? —preguntó Mary a Nóra en un susurro—. ¿Qué ha hecho?

Nóra chasqueó la lengua y siguió humedeciendo las sienes a Brigid con agua de forja.

—Solo quería rezarle.

—Todos saben que Áine es estéril. —Kate escupió—. Puede hacerle mal de ojo al niño.

—¡No haría eso! Es una buena mujer.

—Que sea buena o mala no tiene nada que ver. La mayoría de los que hacen el mal de ojo no se dan cuenta cuándo lo hacen. —Kate se pasó la lengua por los labios—. Tú podrías estar haciéndolo ahora mismo. Las muchachas de pelo rojo son de mal agüero. Traen desgracias.

Nóra acababa de abrir la boca para protestar cuando volvió Nance con una jarrita de barro. El hedor a amoníaco llenó la habitación.

—¿Qué es eso? —preguntó Mary boquiabierta.

—Las aguas del marido —murmuró Nóra.

Con una escoba de brezo, Nance empezó a salpicar orín por la habitación y en la cara, el estómago y la mitad inferior del cuerpo de Brigid. Lo que quedaba lo echó en el cestillo de mimbre que había en un rincón.

—Una costumbre vieja y santa —murmuró Nance.

Las mujeres no dijeron nada.

Pasaron todo el día atendiendo a Brigid bajo la dirección de Nance. Mezclaron el excremento de cerdo con agua de forja y se lo extendieron por el abdomen con las manos. Se turnaron para anudar y desanudar sin cesar la cinta de Kate sobre ella hasta que les dolieron los brazos y la tela quedó sucia por la grasa de sus manos. Miraron los dedos de las manos y los pies de Brigid atados con hebras palpar e hincharse por la falta de circulación y le hicieron beber flor de manzanilla hervida en leche.

Hasta que el día no dio paso a la oscuridad no nació el niño.

Muerto, con los labios negros.

Brigid, débil como el agua, perdió el conocimiento.

Hicieron entrar a Daniel y le enseñaron el cuerpo diminuto de su hijo.

Las mujeres lo rodearon, los rostros grises de agotamiento, demasiado cansadas para llorar. Daniel miró a su mujer inconsciente y se llevó una mano a la boca como si temiera lo que pudiera salir de ella. Mary se hizo a un lado y lo miró volver al frío azul de la tarde para desahogar su furia contra el cielo.

Nance le dijo a Sorcha que envolviera al niño y le tapara la cara.

—¿Está muerta Brigid? —preguntó Kate.

—Aún no. —Nance sacó un trozo pequeño de papel de su cesto, lo desdobló y echó alguna cosa en un cuenco de barro.

—Traed luz —murmuró.

Mary revolvió en el fuego para desenterrar su vientre de ascuas y, con unas tenazas, cogió despacio una brasa encendida.

—Ponla aquí. —Nance sostuvo el cuenco y Mary vio que estaba lleno de pie de oso y excremento seco de caballo. Puso la brasa y de la mezcla salió humo—. Que lo inhale —dijo Nance.

Mary se acuclilló junto a Brigid y sujetó el pie de oso humeante debajo de su nariz.

—¿Se mueve?

—No sé si respira.

El humo cubría la cara de la mujer igual que un velo.

—Sujétale la barbilla, niña. —Nance le cogió el cuenco a Mary y sopló de manera que el humo entrara en el boca de Brigid.

No ocurrió nada.

—¿Decimos una plegaria? —preguntó Mary.

Las aletas de la nariz de Brigid se movieron y empezó a toser.

—Alabado sea el Señor —dijo Nance—. Aún hay vida en ella.

La velada fue extraña, silenciosa. Brigid se despertó y lloró por su hijo y por su marido y cerró la boca ante la mano insistente de Nance, que le ofrecía bayas de dulcamara. No se durmió hasta que el agotamiento pudo más que ella. Entonces las mujeres le dieron la vuelta para retirar el brezo ensangrentado y reemplazarlo por hierba fresca. Nance echó las secundinas al fuego, donde silbaron y despidieron un olor a carne quemada.

—¿Dónde está su hombre?

—Fuera —dijo Mary. Se asomó a la puerta—. Arrodillado en el prado.

Nance estaba sentada en un taburete con la cabeza entre las manos.

—Hay que ir a buscarlo.

Nóra estaba pálida.

—Deja que llore, Nance. Déjale que se siente en la tierra.

—No, los jóvenes tienen espíritus débiles. Les cuesta defenderse de los demonios que acechan en todas partes.

—Dale un momento a solas.

—Mary Clifford —dijo Nance—, ve y trae a Daniel. Tiene que proteger el alma de ese niño.

Sorcha miró al pequeño bulto en su regazo.

—Le... Le he bendecido. Le he hecho la señal de la cruz con agua de forja. ¿No es eso un bautizo? ¿No bastará para que vaya al cielo?

Kate se sorbió los mocos.

—Estaba muerto antes de nacer.

—Pero aun así —insistió Sorcha—. Una bendición es una bendición,

—Ve a por Daniel, Mary —repitió Nance. Se puso de pie con esfuerzo y fue hasta el gallinero del rincón de la choza de los Lynch. Escudriñó la hilera de gallinas asustadas y cogió una, sujetándosela debajo del codo para que no aleteara. El ave se resistió—. Ve a buscar a Daniel.

Mary corrió al prado lastimándose el tobillo en el terreno desigual. El barro le salpicó el vestido.

El marido de Brigid estaba arrodillado entre los caballones, con la cabeza apoyada en los rodillas. Áine, Peter, Seán, John y su hermano, David, lo rodeaban, acompañándolo en silencio. Sobre sus cabezas las nubes habían desaparecido y el cielo empezaba a brillar de estrellas.

—Déjalo tranquilo, muchacha —dijo Seán.

—Nance dice que le necesita.

—Ha hecho lo que ha podido.

—Le preocupan los demonios.

Áine arrugó el ceño.

—¿El qué?

Mary se mordió las uñas. Le sabían a estiércol.

Peter asintió con la cabeza.

—Nance tiene razón. Ese niño no se ha ido con Dios, Brigid no está protegida. El mal puede querer entrar en tu casa, Daniel.

Seán escupió en el suelo.

—Peter, no le hables ahora de esas cosas.

Daniel levantó la vista y Mary se asustó al verle los ojos con el filo encarnado, la mueca de dolor.

—¿Quiere que vaya?

Mary asintió.

—Ha cogido una de sus gallinas y me ha pedido que venga a buscarle. Seán gruñó y le puso una mano en el hombro a Daniel.

—Ya ha hecho bastante, sobrino. ¿No te parece?

Daniel se apartó, enfadado.

—Ve, Daniel —le apremió Peter. Se volvió hacia Seán—. Deja al hombre que haga algo por su hijo.

Nance recibió a Mary y a Daniel en la puerta abierta y pasó la gallina por encima del umbral.

—Ya sabes lo que necesito que hagas —dijo poniéndole un cuchillo en la mano—. Siento tu tribulación. Mátala.

Daniel no la miró, pero aceptó la gallina y, con un movimiento rápido, le cortó la cabeza. Se la dio a Nance y esta la arrojó al fuego, donde humeó. Las mujeres de la choza se llevaron las manos a la cara cuando el olor a plumas quemadas llenó el aire.

Nance cogió el ave muerta, que se agitaba con violencia en su agonía. La sujetó con firmeza por las patas, le dio la vuelta y dejó que su sangre goteara en el suelo de la entrada de la choza. Se la devolvió a Daniel y se limpió las manos en la falda.

—Haz un círculo de sangre alrededor de la casa. Protege a tu mujer.

Mary entró y se sentó al lado de Nóra, que miraba a Brigid con ojos llorosos.

—Señora, ¿para qué era eso?

—Para el alma del pequeñín —contestó Sorcha santiguándose—. Protección.

De pronto, Éilís se puso de pie.

—Si la sangre vertida ahuyenta al Diablo, entonces este lugar es sagrado, ¡porque la sangre de Brigid está ardiendo con la paja en el fuego y el aire está lleno de ella!

Escupió en el suelo y salió furiosa por la puerta abierta sin mirar atrás.

Mary se fijó en que uno de los perros de los Lynch había aparecido. Estaba en la puerta de la choza, agachado, olisqueando la sangre de gallina.

Antes de que Mary pudiera decir palabra, Nóra se levantó y lo echó de una patada.

Nance volvió a casa del parto apestando a sangre y temblando de agotamiento. No había comido desde la mañana y, mientras recorría el estrecho sendero bajo la noche estrellada, se sintió desfallecer. La noche era fría, pero clara, y la luna llena se proyectaba intacta sobre la bruma que quedaba en el suelo, sin vientos que la impulsaran. El aire se antojaba imposiblemente húmedo y fragante después del calor y el humo de la choza.

De pronto, Nance se tambaleó hacia el muro de piedra que bordeaba el sendero y cayó en una zarza espinosa soltando el cesto con los trapos sucios y el resto de sus hierbas.

Cómo deseaba que el niño hubiera nacido vivo.

Tenía la impresión de haber traído al mundo a una generación entera de niños del valle. Los veía cada día: críos pequeños y ruidosos que enterraban las narices llenas de mocos en las faldas de sus madres, se arañaban las rodillas en los muros y crecían correteando por los campos. Pero junto a los niños que había ayudado a nacer y que se aferraban a la vida como la corteza a la castaña había otros que nacían demasiado quietos, demasiado pequeños, anudados con el cordón. Ocurría. Sabía que ocurría.

Entonces ¿por qué la muerte del hijo de Brigid Lynch la llenaba de temor? Había hecho todo lo que había que hacer. Había hecho todo lo que Maggie le había enseñado.

La rama de escoba y el orín del marido.

El calor del fuego orientado a la curva de las caderas.

La hebra cuando llegó la sangre y la porquería de marrano en el abdomen y el agua de forja y el berro, incluso el constante desanudar de Kate de la cinta sagrada.

Entonces Nance se acordó. No había llevado la tela. La tela blanca que había arrastrado por el rocío de la mañana el día de Santa Brígida para que la santa la bendijera y con la que tenía que haber tapado a la madre si el parto se alargaba.

¿Habría salvado eso al niño?

Nance recogió despacio su cesta y se apoyó en el muro para enderezarse. Las zarzas se le enredaron en la ropa. Ya daba igual. Había hecho todo lo que estaba en su mano, pero el niño no había estado destinado a este mundo.

El bosque y su pequeña cabaña a la entrada del mismo le parecieron

fríos y vacíos en el azul profundo de la noche. La cabra, como un espectro lejano, la miraba, esperando para estar a cubierto.

Llegó a la choza y abrazó al animal, reconfortada por su calor y su olor rotundo.

—Desde luego, eres muy paciente —murmuró restregando la nariz contra el pelaje áspero de Mora. La dejó entrar y la ató al gancho de la pared. A continuación encendió el fuego. Bebió un poco de leche, echó un poco de hierba cana y maíz a las gallinas, algunas de las cuales ya dormían, y se tumbó, cansada, en la cama.

Pero no conseguía conciliar el sueño. Siguió tendida en el brezo, acunada por su propio agotamiento, intranquila. De nuevo tenía la sensación de que algo terrible ocurría. De que el mundo cambiaba de alguna manera irreparable, de que se alejaba de ella girando y de que en ese torbellino de cambio terminaba arrojada a un rincón olvidado.

El fuego crepitaba cada vez que los carbones de turba se desintegraban despacio hasta convertirse en cenizas.

¿Qué le diría ahora su padre si viviera? Él, que comprendía los extraños vientos que soplaban, que conocía la anatomía de las tormentas.

—El bacalao nada en aguas profundas —le recordó murmurar mientras acercaba la cabeza de Nance a su hombro—. En las profundidades reina una gran paz y eso es lo que busca el bacalao. La profundidad sin tribulación. Pero una tormenta puede agitar las aguas igual que un demonio. Peces, algas, arena, piedras, incluso viejos huesos y restos de naufragios, todo es desconcierto cuando golpea la tormenta. Los peces que prefieren aguas profundas acaban en las someras y los peces que necesitan aguas someras son empujados al fondo.

Sus manos acariciándole el pelo. El olor a patatas hervidas mientras esperaban para comer.

—Que no miento, demontre. ¿Qué hace el bacalao cuando presiente la tormenta en el agua? Traga piedras. A fe que es cierto o no soy padre. Se ahoga. A todos los peces los asusta el trueno, pero solo algunos saben cómo guardarse de él.

Nance cerró los ojos y el corazón se le encogió de añoranza de su padre.
«Los muertos acechan —pensó—. Los muertos acechan.»

En algún momento antes del amanecer, Nance oyó ruido fuera. Se levantó, cogió un carbón del hogar para protegerse de los duendes y

escudriñó la luz incierta. El ruido procedía de la Tumba del Gaitero. Se encaminó al *ráth*.

La luna se había arrimado al horizonte, pero su luz aún proyectaba un barniz blanco sobre el valle y Nance distinguió un hombre de pie junto a la piedra de gran tamaño del *cillín*, con la mano descansando en su delgado borde. Al parecer rezaba. Tenía la cabeza inclinada.

Daniel.

Nance se acercó sin hacer ruido y lo miró desde detrás del murete que separaba el lugar sagrado de los campos circundantes. A sus pies había una cajita.

Nance se preguntó si Daniel habría hecho el ataúd él mismo, si habría clavado los maderos míseros y sin bendecir que hubiera logrado reunir en su casa o si un vecino generoso se lo habría hecho y entregado para que metiera en él a su hijo sin bautizar.

Miró a Daniel recorrer el *cillín* con la vista fija en el suelo, y luego, cuando se decidió por un lugar, sacar una pala y empezar a cavar una tumba. El suelo estaba duro y frío y durante muchos y largos minutos Nance oyó el filo de hierro de la pala arañar la tierra sin cultivar. Miró a Daniel coger el féretro diminuto y dejarlo con cuidado en la tierra, arrodillado. Se quedó así un rato antes de levantarse con gesto exhausto y rellenar la tumba con arcilla.

Hasta que no fue hasta el muro para coger una piedra blanca grande con la que marcar la tumba sin consagrar no vio a Nance. Se detuvo y la miró a la luz de la luna, sosteniendo la piedra con las dos manos, como si no diera crédito a sus ojos. Luego, despacio, sin una palabra de saludo, se dio la vuelta, dejó la piedra en la tierra removida y se alejó, sujetando la pala sobre los hombros como un hombre crucificado.

Nance siguió allí, en la oscuridad menguante, hasta que el canto de un gallo rompió el silencio del valle. Después de una última mirada a donde el niño muerto yacía en la tierra silenciosa, eterna, se persignó y volvió a su choza.

CAPÍTULO ONCE

DEDALERA

El terrible parto de Brigid y el niño muerto parecían ser los únicos temas de conversación de las mujeres en los días siguientes al nacimiento. Mary reparó en que eran muchas más las que iban al pozo ahora, vestidas de negro como los grajos que se congregaban en los campos. La expresión de algunas era de pena y compasión, madres que también habían perdido hijos y que entendían el padecimiento de una mujer, pero algunas parecían, a oídos de Mary, más interesadas en sacar defectos a lo que Brigid había hecho o dejado de hacer para asegurar que su hijo naciera con vida.

—Me ha dicho David que no visitó a John O'Donoghue para soplar con el fuelle.

—Estuvo en el duelo de Martin Leahy, que yo la vi. Se arrodilló junto a su cuerpo muerto. ¿Creéis que eso ha influido?

—Pero ya no estaba cuando metieron el cuerpo en el ataúd.

—No —dijo una de las mujeres con aire conspiratorio—. Pero ¿dónde estaba? ¿No era con Peg O'Shea quien, según tengo entendido, estaba cuidando del nieto de Nóra Leahy?

Hubo un murmullo de incredulidad.

—Yo desde luego no estaría tranquila en la misma habitación que esa criatura.

—Pero, decidme: ¿sabéis qué enfermedad tiene? Sabía que a Nóra le habían traído el niño cuando murió su hija, pero nunca la he visto con él. Nunca he visto al niño.

—Lo esconde.

—¡Porque es postizo! ¡No es un niño!

—Por Dios, pero si he oído que no camina sin ayuda y en cambio cuando está solo canta y baila.

—¿Y eso cómo los sabes, si no hay nadie para espiarlo?

Hubo risas y entonces alguien dio un codazo a la mujer que había hablado y señaló a Mary.

—Eres la criada de Nóra Leahy, ¿verdad?

—Se llama Mary Clifford.

Mary levantó la vista de los cubos de agua y vio que una mujer de expresión amable la observaba.

—¿Es cierto, *cailín*? ¿Lo que dicen de ese niño? ¿Es postizo?

Mary tragó saliva. Todas las mujeres la miraban.

—Nance Roche va a hacer que devuelvan al otro.

La mujer se mordió pensativa el interior del carrillo.

—Yo vi una vez un niño cambiado.

—¡Hanna!

Hubo algunas risitas sorprendidas. La mujer se giró.

—No tiene ninguna gracia. Para la madre fue un sufrimiento terrible. ¿Cómo os sentirías si os robaran a vuestro hijo y os dejaran en su cuna un tallo marchito que no para de berrear? —Las risas cesaron y Hanna chasqueó la lengua—. Pues eso. Nance sabe lo que se hace.

Hubo un grito y Mary vio a Kate Lynch abriéndose paso bruscamente entre el grupo de mujeres con el cubo vacío golpeándole la pierna. Su expresión era de furia.

—¡Deberíais estar preguntándoos qué tuvo Nance que ver en la tribulación de Brigid!

—¿Qué quieres decir, Kate?

Una de las mujeres, con el cuello rojo de la excitación, levantó la voz.

—Siempre supe que era una tiraniños.

—¿Qué quieres decir?

La voz de la mujer se volvió un susurro y las otras cerraron más el corro.

—Así las llaman. Por lo que hacen. —Miró a las mujeres con los ojos entrecerrados—. Creo que por eso vino aquí hace tantos años, para escapar de los que querían verla en la horca.

—A fe que siempre pensé que venía huyendo de alguna cosa.

—Es una tiraniños, conoce las artes.

—¿Y qué artes son esas? —preguntó Hanna mirando al resto con desagrado.

La mujer puso los ojos en blanco, los labios húmedos de escándalo.

—Así es, las llaman tiraniños porque saben cómo dejar caer al niño, en

cuanto nace, directo a un cubo de agua. —Se interrumpió para comprobar si las mujeres la entendían—. Claro que si el niño se ahoga en ese cubo antes de respirar por primera vez, ningún juez podrá decir que fue intencionado. —Se estremeció—. O, en cuanto nace el niño, le pasa el cordón alrededor del cuello. Muy deprisa. Lo estrangula con su propio cordón y luego dice que ha nacido así, el pobre desdichado.

—¿Estás diciendo que Brigid Lynch le pidió a Nance que matara a su propio hijo?

La mujer se sonrojó.

—No. Estoy diciendo que no se puede poner a un zorro a cuidar gallinas.

Mary había oído bastante. Se puso de pie y con la barbilla pegada al pecho se abrió camino entre el grupo de mujeres.

—Fueron las hierbas que le dio.

Mary se detuvo.

Quien había hablado era Kate Lynch. Estaba con los brazos despegados del cuerpo, el chal tapándole los ojos, la cara en sombras.

—Daniel le dijo a Seán que fue a ver a Nance hace unas semanas. Brigid caminaba en sueños. La encontró en el *cillín*.

Hubo un murmullo de sorpresa. Varias mujeres se persignaron.

—¡Y eso no es todo! Le pidió a Nance un remedio para lo de caminar dormida y Daniel le contó a Seán que le dio bayas de dulcamara.

—¿Y qué tiene de malo la dulcamara?

—¡Es belladona! —Kate tiró el cubo al camino y rodó chocando con las piedras—. Veneno. Nance Roche está emponzoñando sus propias pócimas, ¿no os dais cuenta? Estáis todas ciegas. Está provocando enfermedades para tener comida que llevarse a la boca.

—Entonces ¿qué cree que fue? —Mary estaba sentada en el suelo con Micheál mientras Nóra colaba las patatas para el desayuno.

—Pasa con algunos niños.

—¿No cree que fueron las hierbas de Nance?

—¿Qué hierbas?

—La dulcamara. Kate Lynch dijo que Daniel fue a pedir a Nance un remedio para que Brigid dejara de salir a los campos dormida y ahora están diciendo que las bayas que Nance le dio fue lo que mató al niño que llevaba

dentro.

Nóra frunció el ceño.

—Estábamos allí. Vimos con nuestros propios ojos a Nance Roche hacer todo lo que pudo por sacar a ese niño vivo.

Mary suspiró y le apartó distraída a Micheál el pelo de la frente.

—¿No cree que es peligroso que le llevemos a Micheál para que lo cure?

Nóra miró al niño por el rabillo del ojo.

—No es Micheál.

—Pero aun así... ¿No cree que igual las hierbas le hacen daño? Si fue la dulcamara lo que mató a ese pequeñín...

Nóra dejó el cesto de colar las patatas en la olla.

—¿Fue solo una papilla de hojas de menta y no le hizo nada! Ni bien ni mal.

Se apartó de la nube de vapor.

—No hablo de la menta —musitó Mary—, sino de lo que usará ahora. Porque seguro que ahora usa una hierba muy fuerte. Puede ser peligroso.

Micheál hizo un gorgorito y Mary le sonrió mientras tocaba con suavidad sus puños agitándose en el aire.

—¿Y qué quieres que haga entonces? ¿Que críe a ese duende como si fuera de mi sangre? ¿Que le tenga llorando igual que una *bean sídhe* cada noche sin manera de hacerle callar? Tienes los ojos que parecen dos quemaduras en una manta y seguro que yo también.

Nóra cogió una patata y la dejó caer de nuevo en el cesto para, a continuación, chuparse los dedos.

A Mary se le borró la sonrisa.

—Solo me preocupo por él.

—No tiene sentido preocuparse por esa criatura. Mira. —Señaló al niño con los labios apretados—. ¿Ves? Sonríe.

Mary hizo cosquillas al niño en el pecho y este se retorció de placer.

—Esa cosa te tiene sorbido el seso.

—¿Por qué lo llama cosa?

Nóra simuló no haber oído.

—Cuando no está llorando o gritando o durmiendo casi parece un niño de verdad, ¿no le parece?

Mary le dio golpecitos en la barbilla y Micheál chilló de alegría.

Nóra los miró con el ceño fruncido. La criada parecía más joven cuando

sonreía. Casi siempre estaba tan seria, con la cara hinchada y los ojos rojos de cansancio que a Nóra se le había olvidado lo joven que era. Lo lejos que estaba de su casa. Con la fría luz del sol que entraba por la media puerta brillando en su pelo rojo y la risa que le suavizaba la expresión, le recordó a Johanna.

—Debes de echar de menos a tu familia —dijo de pronto.

Mary levantó la vista y arrugó la cara.

—¿A mi familia?

—¿No?

—Sí. —La muchacha volvió a mirar a Micheál y le pasó las manos por el pelo—. Les echo mucho de menos. A todos los pequeñines. Yo era quien los cuidaba y me preocupan, ahora que no estoy y con mi madre sin tiempo para ocuparse de ellos.

—Piensas en ellos de tanto en tanto.

Mary se tapó la cara y Nóra vio que se pellizcaba la piel del dorso de la mano.

«Está intentando no llorar», pensó, y algo de la antipatía que había sentido al verla jugar con el niño se desmoronó. Sin decir una palabra, se levantó y fue al dormitorio. Levantó los colchones del jergón y buscó entre los listones de madera tosca hasta que encontró un paquete. Lo desenvolvió con el corazón acelerado.

Estaba tal y como lo había dejado. Un mechón de pelo de su hija. Rojo óxido. Atado con un cordel y el rizo infantil a ambos extremos.

Un peine al que solo le faltaban unas pocas púas y pelo solitario atrapado en el hueso.

Una talla de madroño comprada en Killarney, sus iniciales inscritas con esmero entre una maraña de rosas labradas. El espejo al que había servido de marco se había roto y caído tiempo atrás, pero la madera permanecía. Un regalo de bodas de Martin.

Nóra se llevó el mechón de Johanna a la nariz buscando el olor de su hija, pero había desaparecido. Solo olía a paja del colchón y a polvo. Lo envolvió en la tela junto con la talla, pasó despacio un dedo por las iniciales de Martin y guardó de nuevo el paquete en su escondite.

El peine se lo llevó de vuelta a la lumbre. Antes de que le diera tiempo a cambiar de opinión, se lo dio a Mary.

—Toma.

La muchacha arrugó el ceño sin comprender.

Nóra le cogió la mano y le puso el peine en ella.

—Era de mi hija. Tenía el pelo como tú. Bonito.

Mary sostuvo con cuidado el peine y pasó el dedo pulgar por sus finas púas de hueso.

—Es un regalo.

—Nunca he tenido un peine.

—Pues ahora lo tienes.

—Gracias, señora. —Mary sonrió y Nóra se llevó una mano al pecho llevada por el repentino dolor que sintió dentro de él.

—Su hija debía de ser hermosa.

Nóra se apretó las costillas, pero el dolor se hizo más intenso.

—Bueno, hasta a la corneja le gustan sus crías. —Le tembló la voz—. Un día serás madre, Mary Clifford, y lo entenderás.

Mary negó con la cabeza.

—No me voy a casar.

—¿No quieres tener hijos?

—Ya tengo bastantes niños que cuidar en el mundo.

—Sí, pero se harán mayores. Tus hermanos crecerán y entonces echarás de menos no haber tenido los tuyos propios. —Nóra cogió una patata que ya se había enfriado y se la pasó a Mary—. Venga, dale de comer. —Empezó a pelar una para ella mientras miraba a la criada alimentar al niño que maullaba como un gato. En lugar de cortarle trocitos, Mary mordía la carne de la patata y luego la echaba en la mano hecha papilla y se la metía a Micheál en la boca.

Vio que Nóra la miraba.

—Así no se atraganta —murmuró.

—Le consientes. —Nóra mordió su patata y masticó sin dejar de mirar.

—Esa menta. No le ha hecho nada. He estado pensando. Esta noche volveremos a llevárselo a Nance.

Mary palideció.

—¿No quiere esperar a ver si la consuela...?

—Esta noche. El niño no tiene arreglo. No ha regresado nada de mi nieto. ¿Cómo puedes darle de comer a ese duende sabiendo que ni siquiera tiene sangre suficiente para merecerse el cielo? ¿Sabiendo que el pobre Micheál de Johanna anda con las hadas cuando debería estar aquí conmigo?

—Aun así tiene que comer.

Nóra movió la cabeza y tragó saliva.

—No puedo esperar a la consuela. —Tiritó y cogió la botella de aguardiente del vano de la pared del hogar. Sabía que Mary la miraba—. No te creas que esto es mío. La bebida era de Martin y solo para cuando venían visitas. —Nóra hizo una mueca mientras le quitaba el corcho—. Pero necesito algo que me calme... Necesito... —Dio un traguito con los ojos cerrados y la imagen del pelo de su hija en la tela la recorrió como un escalofrío. Tosió por efecto del aguardiente y le ofreció la botella a Mary.

La criada dijo que no con la cabeza y cogió el peine.

Nóra se sentó con la botella en la mano.

—Esta noche devolveremos al postizo, Mary. No puedo esperar así. Oyéndolo gritar, esperando a que cambie. No puedo esperar. —Dio otro sorbo—. Desde que Nance dijo que era un duende no puedo dejar de pensar en cómo será el hijo de Johanna. Su verdadero hijo. Habrá crecido. Casi puedo verlo... —Nóra se llevó la botella a los labios y dio un largo trago—. Sueño con él, Mary. Lo veo. Un crío normal, como Dios manda, riendo. Le oigo. Oigo su voz que me habla. Igual que cuando le vi por primera vez en brazos de su madre. Y lo abrazo y le cuento de su madre. Lo buena que era... lo hermosa. Era una niña muy hermosa, Mary. Cada noche la peinaba con ese peine que tienes tú ahora. Se lo peinaba hasta que brillaba. Cómo le gustaba. Sueño con peinarle el pelo, Mary, sueño con los dos, con Johanna y Micheál, que están vivos y conmigo y... —Cerró los ojos y su voz se volvió amarga—. Pero entonces ese empieza a chillar.

Mary estaba callada. Se llevó una mano a la boca y escupió en ella un poco de patata masticada.

Nóra agitó la botella de *poitín* en dirección del niño mientras Mary le daba de comer entre sacudidas.

—Ese no me quiere. No sabe lo que es eso. Solo sabe... —Encajó el corcho en el cuello de la botella—. Solo sabe pedir y sin dar las gracias.

Mary se limpió las manos en la falda y acomodó al niño contra su pecho encajándole la cabeza debajo de su barbilla.

—Pero el verdadero hijo de Johanna... —Nóra respiró hondo—. Incluso en sueños me da consuelo. Es un regalo. Para que no esté sola.

Levantó la vista hacia la criada y vio que tanto ella como el niño la miraban. El niño postizo estaba callado y sus ojos bajaban por la cara de Nóra.

—¿Sabes, Mary? En mis sueños se parece a Martin.

Mary miró la botella de aguardiente que sostenía Nóra y empezó a peinarle el pelo al duende. Este pestañeó al notar el tirón del peine de Johanna.

Nóra se estremeció.

—Esta noche —dijo sacando el corcho y dando otro trago rápido—. Lo llevaremos en cuanto oscurezca.

Volvieron a la choza de Nance al anochecer con el niño envuelto en andrajos, sus piernas pálidas colgando contra la delgada cadera de Mary. El cielo estaba atestado de nubes que amenazaban lluvia, pero cuando llegaron al final del valle el horizonte se despejó y dejó pasar un sol tardío. La luz caía en los charcos de los prados y parecían remansos de oro entre el barro. Mary miró a Nóra y vio que también ella había visto las repentinas costuras de luz en el suelo. Un buen presagio. Sonrieron y Mary pensó que la bebida parecía haber serenado a la viuda. La había visto guardarse con cuidado la botella debajo de chal antes de salir.

Nance estaba en la puerta sentada en un taburete, fumando en la luz del atardecer. Esperó a que Mary y Nóra estuvieran en su corral antes de levantarse y saludarlas.

—Dios y María sean con vosotras.

—Sabías que íbamos a venir. —Nóra arrastraba las palabras.

—Tu Mary Clifford me dijo que el niño estaba igual. Pensé que apareceríais una de estas noches.

—Está igual que antes. —Nóra cogió a Micheál de los brazos de Mary, pero no lo sujetó lo bastante fuerte y se tambaleó, casi dejándolo caer. Mary se apresuró a cogerlo y a ponérselo otra vez contra la cadera. El niño empezó a berrear.

Nóra se recompuso, sonrojada.

—¿Lo ves? —Señaló las piernas de Micheál, inertes, con los dedos vueltos hacia dentro—. ¿Te das cuenta, Nance? No las mueve.

—Hum. —Nance miró a Nóra con los ojos entrecerrados, a continuación chupó la pipa y sopló el humo en la cara del niño. Este agujereó el aire con sus gritos—. Será mejor que paséis. —Cuando entraban en la choza, Nance sujetó a Mary por un brazo—. ¿Ha estado bebiendo?

Mary asintió y Nance se pasó la lengua por las encías.

—Bueno, tumbadlo ahí. —Señaló la cama de brezo en el rincón—. Nóra Leahy, no te voy a mentir. El remedio de menta y consuelda era poca cosa, pero demostró que el niño es postizo, tal y como sospechábamos. Para expulsar al duende van a hacer falta hierbas más fuertes.

Nóra se sentó en el taburete junto al fuego y miró a Nance expectante. Tenía la cara roja y estaba despeinada por la caminata a la intemperie.

—¿Qué vas a probar ahora?

Nance esperó a que Mary hubiera instalado al niño en su cama.

—*Lus mór*. La gran hierba. —Enseñó a las mujeres unas hojas verdes un poco arrugadas.

—Dedalera —susurró Mary con una mirada a Nóra—. Es veneno.

—Los encantamientos requieren hierbas mágicas —dijo Nance—. Y ninguna planta es veneno si se sabe usar.

A Mary se le aceleró el corazón de miedo, como si su circulación sanguínea hubiera cambiado de dirección.

—No se la dará de comer, ¿verdad? Es solo para las plantas de los pies, como la otra vez, ¿no?

Nance miró a Mary con un ojo lleno de humo.

—Tienes que confiar en mí.

Nóra hizo un gesto de asentimiento con la cabeza.

Mary se mordió el labio. Estaba mareada. El aire en la choza era caliente y viciado y olía los deshechos de la cabra en el desagüe. Cerró los ojos y notó que empezaba a sudarle el labio superior. En su rincón oscuro, Micheál balaba como un cordero al que han separado de su madre. Un llanto crispado y tembloroso que resonaba una y otra vez.

—Esta noche vamos a darle un baño —dijo Nance, y echó las hojas de dedalera en una gran tina con agua. Nóra se levantó para ayudarla a colocarla justo encima de las ascuas.

—Esperaremos a que esté lo bastante caliente para que el agua coja el poder de los *lus mór* —dijo Nance, y volvió a sentarse en su taburete.

—No hace falta que el niño esté en la cama si puedo tenerlo yo en brazos —dijo Mary. Sin esperar contestación, se levantó y fue hasta el crío. Los ojos de este le recorrieron la cara mientras se acercaba. Mary le cogió apartando la vista de la cabeza ladeada, las facciones temblorosas.

—Se pasa la vida con él en brazos —le dijo Nóra a Nance.

—Así no llora —dijo Mary.

—Bueno, eso es verdad —murmuró Nance—. Ahora está callado.
Nóra frunció el ceño.

—¿Y qué pasa de noche? ¿Acaso no duermes con él y chilla como si fueras a degollarlo?

Mary se pegó a Micheál al pecho y le colocó las piernas de manera que estuvieran encima de sus rodillas.

—Creo que le calma bastante. Que lo cojan en brazos.

Nóra parpadeó despacio sin quitarle la vista de encima.

—No para de chillar.

Nance estaba pensativa.

—No pasa nada porque la chica tenga en brazos al niño trocado, Nóra. Es bueno que sea amable, por el bien de tu Micheál, que está con Ellos. —Cogió un trapo anudado y lo empapó en leche de cabra y se lo pasó a Mary—. Toma, dáselo a la criatura para que chupe.

Esperaron a que el agua se impregnara de la planta. Nóra miraba las hojas flotando en la olla con manos temblorosas. Cuando Nance le pasó una taza pequeña con *poitín*, la viuda se la bebió en silencio.

Cuando el agua estuvo caliente Nance y Nóra quitaron la tina del fuego y Nance le ordenó a Mary:

—Y ahora quítale la camisa, vamos a bañarlo.

Mary tenía la boca seca mientras ponía a Micheál en el suelo y empezaba a quitarle las ropas que lo envolvían. Notaba los ojos de las dos mujeres en ella, sentía el frágil cuello del niño apoyado en su mano cuando le levantaba la cabeza para sacarle una prenda. Cuando le quitó el último harapo, se le erizó la piel como a una gallina desplumada.

—El agua no le quemará, ¿verdad? —preguntó.

Nance negó con la cabeza y cogió al niño. Entre las dos le metieron las piernas en la tina.

—Adentro. Eso es, muchacha. Sujétale los brazos. Ten cuidado, no toques el agua. Remójale así.

El niño abrió mucho los ojos al notar el calor del agua y a continuación los fijó en las sombras que se proyectaban en la pared.

—Es demasiado grande —resopló Mary—. Me parece que no va a caber.

—Pues claro que sí. Este duende es todo huesos. Lo conseguiremos.

El agua rebosó por uno de los lados de la tina cuando le doblaron al niño

los brazos encima del pecho y lo sumergieron. Las rodillas dobladas le llegaban a la altura del cuello.

—Ahora suéltalo.

Mary vaciló.

—Si le suelto la cabeza, se hará daño con el borde.

Nóra habló con voz ronca.

—Haz lo que te dice Nance, niña.

Mary quitó la mano y la cabeza del niño cayó a un lado de modo que la oreja quedó muy cerca del agua. Las mujeres dieron un paso atrás y lo miraron.

—El duende que tiene dentro sospecha —murmuró Nance, y Mary vio que sus palabras eran ciertas en cuanto las hubo pronunciado. Micheál echó la cabeza hacia atrás y su barbilla quedó apuntando a las vigas sucias de hollín. Le recorrió un escalofrío como viento que arruga el agua y gritó, con la lengua fuera.

—Es el grito del zorro —susurró Nóra.

A Mary se le encogió el estómago y no supo si era de miedo o de emoción. La oscuridad parecía zumbar a su alrededor.

—Ahora hay que darle el jugo.

Nance se inclinó hacia delante y cogió la barbilla del niño. Al momento, este cerró la boca, los músculos de la mandíbula repentinamente tensos. Nance se giró para mirar a Nóra y a Mary y trató de deslizar un dedo entre los labios del niño hasta la parte posterior de los dientes, pero este sacudió la cabeza, resistiéndose.

—Mary, ábrele la boca, ¿quieres?

—Es como si lo supiera —se maravilló Nóra—. Sabe que queremos expulsarlo.

—¿Mary?

Mary se arrodilló junto a la tina y buscó la boca de Micheál. Cuando lo tocó, este gimió y agitó los brazos en el agua, salpicando. Mary retrocedió, esperó a que el niño se hubiera calmado y no hubiera peligro de mojarse con el líquido. Luego alargó otra vez el brazo y con suavidad le introdujo las puntas de los dedos entre los labios. Micheál la miró por el rabillo de un ojo, con la cabeza ladeada sobre un hombro. El destello rosa del interior del labio sobresalía de los dedos de Mary. Esta notaba cómo empujaban los dientes.

—¿Le va a doler? —preguntó.

—Nada —la tranquilizó Nance—. Recuerda, niña, lo único que queremos es mandarlo de vuelta con los suyos.

Mary buscó la abertura entre las hileras de dientes y, metiendo de prisa los dedos en la boca de Micheál, le presionó las muelas. La mandíbula se abrió. Nance apoyó su dedo torcido en la lengua y le exprimió el jugo de dedalera dentro de la boca.

—Eso es. Ya está.

Mary sacó los dedos de la boca del niño como si quemara. Cuando se los miró vio la tenue huella de su dientes en los nudillos.

—Ahora ¿qué hacemos? —preguntó Nóra.

Mary se volvió y vio que la viuda se tambaleaba y tenía el pelo cano pegado a la frente sudorosa.

—Esperamos —dijo Nance.

Micheál estaba retorcido en la tina gimiendo y agitando el agua igual que un pez en un cubo. Mary pensó que igual el baño caliente lo reconfortaba, le había sacado el frío del tuétano y le había calmado el escozor del sarpullido que tenía en la espalda. Tenía los ojos vidriosos y las mejillas encendidas y pensó que, por primera vez desde que le veía, estaba sereno. Respiró aliviada.

Y entonces, muy despacio, tanto que al principio era casi imperceptible, empezó a temblar.

—Ya empieza —murmuró Nance.

El temblor se volvió más intenso. Temblaba como la flor reventada de un aliso, como el brote palpitante de un fresno, y a los pocos minutos las convulsiones se hicieron tan violentas que pareció que se iba a salir de su propia piel.

El pánico se apoderó de Mary.

—¿Nance?

—Es la hierba que empieza a hacer efecto.

—El agua empezó a rebosar de la tina a medida que las convulsiones se hicieron más violentas. Micheál inclinó la cabeza hacia delante, el mentón de pronto se tensó contra la garganta. El agua le engulló la cara.

—Se va a ahogar —susurró Mary. Hizo ademán de tocar el hombro de Nance, pero esta la rechazó con suavidad.

—Nóra, sácalo. Ayúdame a sacarlo.

Nóra, con aspecto desconcertado, ebrio, hizo lo que decía Nance. Juntas,

sacaron al niño convulso, sudoroso y chorreante del baño de infusión de plantas. Este se resistió igual que un perro rabioso, la boca abierta en una mueca atroz, los brazos rígidos como palos y temblando, moviendo la cabeza de un lado a otro como si le aterrara lo que le estaban haciendo.

—¡Mary! Ábrenos la puerta.

Mary contuvo la respiración horrorizada, incapaz de reaccionar.

—¡Abre la puerta!

Un ruido extraño empezó a salir del niño. Un jadeo agudo, como si no hubiera bastante aire en el mundo y le costara trabajo respirar.

—Abre la puerta, ¡Mary!

Mary, con el miedo atravesándole el cuerpo, hizo lo que le decía. Corrió a la puerta y la empujó contra la noche, luego se refugió cerca de una pared. Fuera, las estrellas se habían adueñado del cielo nocturno.

La expresión de Nance era solemne, resuelta. Miró a Nóra con sus ojos brumosos tratando de captar su atención.

—Ayúdame a columpiarlo —dijo.

Nóra asintió con la cabeza, la mandíbula tensa de concentración. Sujetando con firmeza al niño trémulo por las costillas y los hombros, fueron dando traspiés hasta la puerta.

—Yo diré lo que hay que decir y tú me ayudarás a balancearlo. No lo sueltes, solo colúmpialo en el umbral. Adelante y atrás.

Nóra asintió con la cabeza, muda.

—¡Mary! Coge la pala del rincón. Eso. ¡Date prisa!

Mary, con el alma en los pies, obedeció.

—Pónsela debajo de las piernas. Debajo, como si estuviera sentado en ella. Nóra, sujétalo. Ahora, a columpiarlo. —Nance cerró los ojos y respiró hondo—. ¡Si eres duende, vete!

Siguiendo el ritmo que marcaba Nance, Nóra balanceó al niño hacia la oscuridad. Sus dedos sujetaban con fuerza el nudo sinuoso de su hombro trémulo.

—¡Si eres duende, vete!

Mary sujetó con fuerza la pala debajo de las piernas de Micheál, parte de las cuales desaparecían hacia el bosque, el rojo del sarpullido atenuado por la luz del fuego.

—¡Si eres duende, vete!

Lo balancearon hacia la noche y su legión de espíritus, los merodeadores

agazapados, acechantes del mundo invisible. Mary sostuvo la pala y lo balancearon como un cuerpo en el patíbulo mientras el niño temblaba. Y cuando lo bajaron al suelo Mary dejó la pala a un lado, lo cogió en brazos y envolvió con su chal su desnudez sudorosa y trémula, la piel erizada ahora de frío, y lo abrazó al calor de su pecho junto al fuego, sintiendo cómo las pulsaciones de su corazón antinatural se espaciaban hasta convertirse en un latido que no reconocía.

CAPÍTULO DOCE

VERÓNICA DE LOS PRADOS

Una semana después de traer al mundo al niño muerto, sin pulso, de Brigid, Nance volvió a la cabaña de los Lynch con los brazos llenos de verónica de los prados. Había soñado con Brigid cada noche desde el parto. Había sentido su dolorosa tensión en los pechos, llenos de leche sin mamar, y se había levantado y dirigido al bosque, frenética, en busca de hierba lechera, verónica de los prados, berro y cualquier planta que pudiera aplacar las exigencias del cuerpo de la joven.

Cuando la primera luz se derramó sobre las cimas de las montañas, caminó valle adentro y llamó a la puerta de los Lynch.

Abrió Daniel con la cara enrojecida por la falta de sueño.

—¿Qué quieres? —preguntó.

Nance percibió la aspereza en su voz y se limitó a enseñarle lo que llevaba en la cesta.

—¿Para qué son?

—Para calmarle el dolor.

—Necesita algo más que hierbas —dijo Daniel apoyándose en el marco de la puerta con los brazos cruzados. Cuando Nance intentó asomarse al interior de la habitación, interpuso su cuerpo—. Creo que ya has hecho bastante aquí, Nance.

—Déjame cuidar de tu mujer, Daniel.

—Aún no ha sido purificada.

—Ya lo sé. Déjame verla, puedo ayudarla.

—¿Qué traes? ¿Más dulcamara? —Daniel torció el gesto, se inclinó hacia delante y miró a Nance con dureza a los ojos—. Te lo dije —soltó furioso—. Te dije que iba al *cillín* y no hiciste nada. Y ahora nuestro hijo está enterrado allí.

Nance le sostuvo la mirada.

—Estas cosas pasan, Daniel. Nadie tiene la culpa. Todas hicimos lo que pudimos, te lo prometo. El mundo es así. Ha sido la voluntad de Dios.

Daniel se pasó una mano por el mentón sin afeitarse; la mirada de sus ojos azules era dura.

—¿Quién dice que esas bayas no mataron a mi hijo?

—La dulcamara era para ayudar a Brigid a dormir. Nada más.

—Eso dices tú.

Nance se enderezó.

—Daniel, llevo muchos años en este mundo. He ayudado a nacer a tantos niños que he perdido la cuenta. ¿Crees que me he vuelto una asesina ahora que soy vieja?

Daniel rió y en la media luz su aliento se convirtió en vapor.

—Ya. ¿Y qué quieres que piense?

—¿Me vas a dejar entrar para que atienda a tu mujer?

—Como te he dicho, Nance, no ha sido purificada. Tú eres la que no deja de hablar de espíritus. ¿No te da miedo envenenarte con su aliento impuro? Tiene el pecado del parto.

—La purificación me da igual, eso son cosas de curas. Es decir, de la Iglesia. Yo he venido como su partera.

—Sí, bueno. Menuda partera. —Daniel señaló el sendero con la cabeza—. Vete.

—¿Te dejo las hierbas?

—¡Que te vayas! —Su voz resonó en el silencio de la mañana. Una bandada de estorninos salió volando de un fresno cercano.

Nance miró a Daniel y dejó la cesta con hierbas en el suelo.

—Haz un emplasto con ellas —dijo, pero antes de que hubiera terminado de hablar, Daniel se adelantó y dio una patada a la cesta. Respiraba con fuerza y la ira le dibujaba dos puntos rosados en las mejillas.

Nance se quedó petrificada, el corazón atravesado de pronto en el pecho. Miró al suelo, sus pies, las uñas amarillentas.

El aire había cambiado. Ninguno de los dos se movió.

Se oyó un leve crujido dentro de la choza y tanto Nance como Daniel se volvieron. Se abrió la puerta y apareció Brigid en el umbral, con la cabeza apoyada en el marco. Estaba pálida y llevaba el pelo oscuro suelto y despeinado.

Miró largo rato a Daniel y Nance tuvo la impresión de que se decían

alguna cosa. Luego, sin decir una palabra, se metió de nuevo en la casa y cerró la puerta.

—Puedo ayudarla —dijo Nance.

Daniel siguió con la cabeza gacha y a continuación cruzó el corral hasta donde la cesta había dejado de rodar. Nance lo miró agacharse y recoger las hierbas del barro a puñados y meterlas con torpeza en la cesta. Se limpió las manos en los pantalones y le tendió el asa.

—Vete a casa, Nance.

—¿No quieres darle tú las hierbas?

—Por favor, Nance. Vete a casa.

—Lo único que tienes que hacer es lavarlas y machacarlas para un emplasto.

—Por favor, Nance. ¡Vete!

Nance aceptó en silencio las hierbas sucias. Tenía la lengua seca. Sin mirar a Daniel a la cara, se dio la vuelta y regresó al sendero.

El niño había cambiado, aunque no como Nóra había esperado. Cada mañana, cuando estaba oscuro y el gallo no había cantado aún, se despertaba, legañosa, y salía a tientas del dormitorio para ir a ver a la criada que dormía con el niño postizo a su lado. Se inclinaba sobre la cama, enfundada en el tabardo de Martin, y estudiaba las facciones del crío. Cada mañana parecía estar ni despierto ni dormido, sino sumido en un extraño letargo, con los ojos entreabiertos. A veces se movía, pero nada quedaba apenas de las vigorosas sacudidas de antes. Ahora alternaba la inmovilidad total, de extremidades relajadas, con un temblor inquietante, como el de las hojas de un álamo. Le examinaba la boca y se preguntaba si estaba floja, como la de cualquier niño dormido, o torcida en la mueca tensa propia del duende. A veces le veía pasarse la lengua por los labios y el corazón le latía imaginando que le oiría hablar, que el lenguaje regresaría.

Así estaba una mañana, creyendo que quizá la dedalera había funcionado, que la respiración del niño era el preludio de palabras, cuando se despertó Mary. Al ver a Nóra encorvada sobre la cama se encogió, sobresaltada.

—Me ha asustado.

Nóra se arrodilló para acercarse al niño e inclinó una oreja en dirección a su boca.

—Me ha parecido oír una palabra.

Mary se sentó con el pelo revuelto por las horas de sueño.

—¿Le ha oído hablar?

—Hablar no. Pero un sonido. Una respiración. Como si fuera a susurrarme alguna cosa.

Escucharon un momento, pero los labios de Micheál estaban apáticos, inmóviles.

—Esta noche ha estado enfermo otra vez.

—¿Enfermo?

La criada señaló un cubo junto a la cama, con un trapo flotando en agua sucia.

—Se ha vomitado encima. Se ha ensuciado de arriba abajo, de vómito, de meados. —Mary se acercó más a Nóra con la frente arrugada de preocupación—. Tiene temblores.

Nóra se incorporó pellizcándose el labio inferior.

—Eso tiene que ser buena señal.

Mary cogió una mano flácida de Micheál y la estudió.

—No está como antes.

—La *lus mór* le hace efecto.

Mary acarició la manita.

—Está igual que mis hermanas antes de morirse. Flojo. Sin hablar.

Nóra hizo como si no la hubiera oído.

—Hace frío, Mary. Levántate y remueve las ascuas, anda.

La muchacha le tapó la cabeza al niño con la manta.

—No cree que se vaya a morir, ¿verdad?

—Si Dios quiere, el duende morirá para que pueda volver Micheál.

Nóra abrió la puerta y escudriñó la niebla de la mañana.

Mary habló en voz baja:

—¿Quiere que se muera? ¿El duende? —Se reunió con Nóra en la puerta—. Pero señora, eso tiene que ser pecado. ¡Envenenarlo así con la dedalera!

—No es pecado si se destierra al duende. No importa. No es pecado querer expulsar al duende y salvar a Micheál. —Se volvió y agarró a Mary del hombro—. Lo que estamos haciéndole es bueno. ¿No te das cuenta de que ya no chilla? ¿Que no da patadas ni puñetazos ni se resiste? Si conseguimos desterrar al duende y conseguir que se vaya, los Buenos recuperarán lo que

les pertenece y yo lo que me pertenece a mí. Y ahora ¿quieres desenterrar los rescoldos? Tengo frío.

La muchacha obedeció y se retiró al hogar, donde empezó a remover las brasas.

Nóra se volvió a mirar el valle envuelto en bruma. A través de la penumbra entrevió el movimiento de las vacas ya fuera de las cuadras, oyó el tintineo de los cubos de leche vacíos y voces de mujeres. El breve destello de fuegos recién encendidos cuando las puertas se abrían y cerraban. Y abajo, junto al río, la masa oscura de siemprevivas y el contorno en sombras de las ramas desnudas. Le pareció distinguir el espino de la Tumba del Gaitero y, mientras lo miraba, una luz fugaz en la penumbra que la envolvía. Como el parpadeo de la llama de una vela cuando alguien entra y sale de la oscuridad. Como una lamparilla de junco encendida y apagada de un soplido, encendida y soplada de nuevo por el aliento de alguien invisible.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Pensó en lo que había dicho Peter O'Connor la noche que velaron a Martin.

Vi un resplandor junto al espino blanco. Pronto habrá otra muerte en esta familia.

Entonces, tan repentinamente como habían aparecido, las luces se apagaron.

—¿Señora?

Mary la miraba con el atizador en la mano. En el hogar, las llamas crecían.

—¿Qué?

—Está entrando frío y ha dicho usted que tenía frío.

Preocupada, Nóra cerró la media puerta y volvió a su sitio junto al fuego. Cuando se arrebujó en el tabardo de Martin notó un bulto en uno de los laterales y después de meter la mano en el bolsillo sacó un trozo irregular de carbón. Descansaba en la palma de su mano, liviano y a punto de deshacerse.

Mary puso un terrón de turba en el fuego. Cuando Nóra no dijo nada, levantó la vista:

—¿Qué es eso?

—Estaba en el tabardo de Martin.

Mary miró con más atención.

—¿Es ceniza?

Nóra negó con la cabeza.

—Un carbón.

—Un amuleto.

—Para protegerse de la *púca*.

—¿Se lo dio Nance?

—No, no me lo dio. Estaba aquí, en el tabardo de Martin.

La muchacha asintió distraída y tapó mejor al niño con la manta.

—Le está creciendo el pelo.

Nóra miró el carbón que tenía en la mano. Martin nunca lo había mencionado. Jamás había ido a ver a Nance para otra cosa que no fuera la hinchazón en la mano. Cuando le dolía una muela o cuando se rompió una costilla hace muchos años al caerse de un caballo, había ido al herrero. Nunca a Nance.

—Y también las uñas —decía Mary—. ¿Señora?

Nóra le daba vueltas al carbón. ¿Habría ido Martin en secreto? ¿Habría ido a buscar algo con que proteger al niño? ¿O en busca de protección para él mismo?

—Señora.

—¿Qué? —Nóra respondió con brusquedad y se guardó el carbón de nuevo en el bolsillo del tabardo.

—Las uñas de Micheál. Las tiene demasiado largas. Se puede arañar.

—¡No es Micheál! —Nóra cogió su chal y empezó a envolverse la cabeza con él.

—El... niño quería decir.

—Esta mañana ordeño yo a la vaca.

—¿Le corto las uñas?

—Haz lo que quieras.

Nóra cerró de un portazo al salir y se detuvo en el corral para dejar que la humedad de la mañana refrescara sus mejillas ardientes. Apretó el asa del cubo de la leche hasta que le hizo daño en la piel y se golpeó la pierna con él hasta que notó que el borde le lastimaba el muslo.

Miró hacia la Tumba del Gaitero, donde el espino surgía en la luz creciente. Lo quemaría, llenaría los bolsillos de toda su ropa de cenizas si aquello la protegía de los duendes y de su lenta malevolencia.

«Que tiemble —pensó—. Que la dedalera expulse al duende de mi casa y me devuelva al hijo de mi hija. Por favor, Dios, que se vaya el duende.»

—Nance Roche, ¿estás ahí?

Era una voz de hombre teñida de impaciencia. Nance se detuvo y metió la anguila que estaba limpiando en el cubo de agua de río.

—¿Vienes de entre los vivos o de entre los muertos? —preguntó.

—Déjate de eso, mujer, que no soy uno de tus pacientes que viene a dejarse embaucar. Soy el padre Healy. He venido a hablar contigo.

Nance se levantó y fue a la puerta. El cura estaba fuera con las piernas separadas, el abrigo aleteando al viento.

—Padre, qué honor.

—¿Cómo sigues, Nance?

—Viva.

—¿No fuiste a misa los días de la natividad del Señor?

Nance sonrió.

—Es un largo trecho para una mujer de mi edad.

—Pero ¿viste el maíz y la turba?

Nance se limpió las manos ensangrentadas en el delantal.

—Fue usted quien lo trajo, ¿verdad?

—¿Creías que era un regalo por hacer de curandera? —El padre Healy miró por encima del hombro de Nance—. ¿Estás sola?

—No si considera que una cabra es compañía.

—No.

—Pase a calentarse. Déjeme que le agradezca el maíz. Fue muy amable de su parte pensar en una vieja como yo, sola en el día de nuestro Señor.

El clérigo negó con la cabeza.

—No gracias, no voy a entrar.

—Haga lo que considere, padre.

—Lo haré.

Nance esperó a que el cura hablara. La sangre de la anguila había empezado a formar una mancha reseca en su piel.

—Bien, padre, diga lo que tenga que decir. La larga visita la alegría quita.

El cura se cruzó de hombros.

—Has de saber, Nance, que esta visita me causa pesar. —Cambió el peso de una pierna a otra—. Vengo a verte por un asunto serio.

—Pues entonces diga lo que tenga que decir, padre.

El padre Healy tragó saliva.

—He sabido de buena tinta que Brigid Lynch perdió a su hijo por tu culpa. Te han acusado. Han venido gentes a decirme que quisiste envenenar a Brigid Lynch.

Nance miró al clérigo.

—Es una acusación muy grave.

—¿Es cierto que le diste bayas de dulcamara?

—La dulcamara no es venenosa. No si se toma como es debido.

—Me han dicho que es belladona.

—Vino su marido a pedirme un remedio. Caminaba dormida y temía por ella. No soy una asesina, padre. Las hierbas las arranco con una plegaria. En nombre del Señor.

El padre Healy negó con la cabeza.

—Pues una cosa te voy a decir, Nance Roche, arrancar hierbas así... va contra los preceptos sagrados de Dios. No puedo tolerarlo. Hay personas en esta parroquia cansadas de que les traigas desgracias con tus prácticas impías e inútiles.

—Diga lo que quiera de mis prácticas, padre, pero utilidad tienen.

—Se han cansado de tus plañidos.

—Ya sé que se opone al canto fúnebre. Me lo dijo.

El padre Healy la miró sombrío.

—No, Nance, no. Esto es más grave que llorar a un muerto. Estoy hablando de bebedizos y de *piséogs*.

A Nance le dolió el cuerpo y sintió un deseo repentino de tumbarse en la hierba y volver la cara al cielo. *Piseógs* y bebedizos. Así que se trataba de eso. De maldiciones y de las cosas feas que se hacían las personas las unas a las otras cuando la ira ennegrecía sus corazones y las comisuras del alma se les retorcían de rencor. *Piseógs*. Súplicas murmuradas al Diablo antes de que salga el sol en un día de fiesta. Maleficios para despojar a otro de su buena fortuna. El comercio cambiante y secreto de la venganza y las malas intenciones.

—Sí, *piséogs*. Y no he venido solo por Brigid Lynch. Seán Lynch encontró una corona de cenizas de serbal en su cerca —continuó el padre Healy.

—¿De verdad?

—Y dice que se trata de un *piséóg*.

—Mire, padre, unas pocas cosas sé de este mundo, y una corona de cenizas no es un *piseóg*. El serbal sirve para encender un fuego bueno y limpio, para hacer un palo para jugar a *hurley* o un cercado. No sirve para *ningúnpiseóg*.

Los ojos del padre Healy se encendieron.

—Así que sabes con qué se hace un *piseóg*, ¿eh, Nance?

—Yo no me ando con *piseógs*. No hago maleficios. No tengo nada que ver con eso.

—Entonces, dime, Nance, ¿por qué no hace más que venir gente a decirme que es a lo que te dedicas? Dicen que así es como sobrevives aquí, Nance. Robando mantequilla. Hechizando la leche. Malmetiendo a tus vecinos y maldiciendo a aquellos que no te dejan robarles.

—¿Así que estoy robando mantequilla? —Nance señaló hacia su *bóthan*—. Rodeada de riquezas, estoy, ¿verdad?

—Nance, da lo mismo que la gente piense que estás robando mediante conjuros o sangrando a los animales... —Hizo una pausa para observar la reacción de la mujer—. No pienso tolerar que se robe. Voy a mandar llamar a la policía. Ten por seguro que, si descubro que andas detrás de eso, vendrá a buscarte el alguacil.

Nance le enseñó al cura sus manos ensangrentadas.

—La barriga la lleno con anguilas, no con mantequilla robada.

—Mírate, con las manos rojas como el Demonio.

—Sabe tan bien como yo que no hago mal a nadie cogiendo una anguila.

—Nance, coge las anguilas que quieras. Tienes razón, a nadie le molestará si se enteran. Pero ¡no les robes la sangre a las bestias y no siembres el miedo en el valle con tus *piseógs*!

Nance rió, exasperada.

—¡No es motivo de risa! —El sacerdote dio un paso hacia ella—. Te lo advierto, Nance, se me está acabando la paciencia contigo. Cantar a los muertos es impío, ¡poner coronas de serbal y dar hierbas a mujeres en estado para ganarte el sustento son prácticas diabólicas!

Nance levantó las manos.

—Padre, yo no me ando con *piseógs*. No ando echando maldiciones.

—Pero sí con los que están detrás de las cosas. Sé que eres tú la que ha estado esparciendo rumores sobre duendes. —El padre Healy levantó las palmas al cielo en un gesto clerical—. Nóra Leahy vino a suplicarme que le

hiciera magia, farfullando supercherías. Diciendo que ese pobre niño que tiene a su cargo está en boca de todo el valle porque creen que es un duende. No serás tú la que le ha metido esa idea en la cabeza, ¿eh, Nance? Sé que la gente está dispuesta a pagar cualquier cosa cuando está desesperada. Seguro que estás dispuesta a ofrecerles remedios a cambio de encontrar comida y turba a la puerta de tu casa.

Nance notó la ira crecer en su interior.

—Ese niño no es natural.

—¿Y tú sabes curar lo antinatural?

—Sí.

—Y tienes la intención de curarlo.

—Tengo la intención de expulsar al duende y devolverle su nieto a Nóra Leahy.

El padre Healy la miró con exasperación.

—Harías una buena acción si le dijeras a Nóra Healy que tiene que cuidar del cretino y no esperar nada más.

—No ayudar no es una buena acción, padre.

—¿Y dar falsas esperanzas sí? —El cura suspiró y miró hacia el valle—. Las gentes sufren, Nance.

—Sí, padre.

—Les preocupa la mantequilla. Les preocupa tener que echarse a los caminos. No tener dinero para pagar la renta. Que sus vecinos se vuelvan contra ellos y les deseen el mal. Que les deseen enfermedad y muerte.

—Sí, padre.

Se volvió a mirarla con el ceño arrugado.

—Encontraré tu mano en todo esto, Nance, y no me andaré con tantas contemplaciones como hasta ahora. Te echaré a los caminos. Te obligaré a dejar el valle.

CAPÍTULO TRECE

BOCADO DEL DIABLO

Llegó la víspera de Santa Brígida al valle y, con ella, el anuncio de la primavera. Cansados del invierno, la víspera de la fiesta sacó a las gentes de sus chozas mal ventiladas y las llevó a donde los juncos crecían y temblaban al viento.

A Mary casi le parecía sentir la tierra crecer bajo sus pies mientras, después de escapar del confinamiento de la cabaña de la viuda, corría montaña abajo hacia la extensión herbosa del páramo. Hacía frío, pero el sol brillaba y tuvo la impresión de que los campos encharcados encerraban una promesa de vida. Incluso en el barro prieto, donde la nieve vieja conservaba la huella de las correrías nocturnas de los conejos, habían brotado narcisos. Miró los petirrojos, fruncidos de carmesí contra el cielo, e imaginó que la guiaban hacia los juncos, que se alegraban de saber que el calor retornaría a los días.

Era un alivio estar al aire libre. Un alivio escapar de Nóra, siempre encorvada sobre el niño observándolo como mira un gato a un pájaro agonizante. Un alivio perder de vista al crío agitándose y gimiendo como si tuviera el Demonio dentro luchando por adueñarse de él. El aire de la choza era como plomo. La asfixiaba el peso de la expectación de la viuda.

De camino al juncal, Mary respiró hondo para limpiarse el polvo de los pulmones, para aspirar los olores de los vibrantes campos. Hierba mojada, mierda de vaca, humo de turba y arcilla. Los discos dorados de la uña de caballo y las flores deshilachadas de la hierba cana destacaban contra el fondo de marrones y verdes. El día había amanecido limpio, pintado de frío, y a Mary le lloraron los ojos por la luz.

Había dejado al niño al cuidado de Nóra, tan ávida estaba por tener un minuto a solas a cielo abierto, sin el peso nervioso del crío contra la cadera. Le había sugerido a Nóra que lo sacase al corral. Que lo abrigara bien y

dejara que el sol le diera en la piel pálida mientras ella iba hasta los juncos y hacía la cruz de santa Brígida para la casa. Pero la viuda, con el filo de los ojos encarnado, había dicho que lo mantendría fuera de la vista y que Mary debía darse prisa y no entretenerse por el camino, sino volver derecha a la choza.

Los hermanos de Mary siempre había hecho las cruces de santa Brígida en casa. Recorrían kilómetros de turberas hasta encontrar los mejores juncos, arrancar las hierbas enmarañadas y limpiarles el barro antes de volver a casa y ponerse a retorcerlas mientras Mary y los pequeños miraban.

—Es importante arrancarlas, no cortarlas con una navaja. Así siguen siendo santas. Y la cruz se hace en dirección al sol.

Mary recordó a David sentado en el corral, las varas verdes en la rodillas y la lengua asomándole entre los labios de concentración mientras doblaba unos juncos sobre otros.

—¿Qué pasa si la haces en sentido contrario al sol?

David había fruncido el ceño.

—¿Y para qué vas a hacer eso? Mira que eres terca, Mary. Se hace en el sentido del sol para que dé protección.

Miraban sus ágiles dedos manipular los delgados tallos hasta que el dibujo verde cobraba forma. Una cruz de cuatro brazos hecha en nombre de la santa para bendecirla y colgarla sobre la puerta como protección contra el mal, el fuego y el hambre. Los mantendría a salvo incluso cuando el brillo del junco verde se convirtiera en paja y el humo del hogar la ennegreciera de hollín.

Mary quería una cruz para colgarla en la casa de la viuda. Quería saber que estaba protegida otra vez por una bendición clavada a la pared. La visión del niño bajo el influjo de la dedalera la llenaba de un terror tan profundo e inquietante que lo notaba en los huesos. Había algo perverso en su transformación, lo sabía. Algo que hacía que cada mañana al despertarse se le cayera el alma a los pies de pensar que tendría que coger en brazos a aquel niño cuyo cuerpo temblaba poseído por algo sobrenatural.

Nóra estaba encorvada sobre su labor de punto cuando volvió Mary con un ramo de juncos resplandecientes en la mano. En cambio, el niño ya no estaba en su lugar acostumbrado junto al fuego. Mary se detuvo en el umbral y paseó la vista por la cabaña.

«Le ha hecho algo —pensó de pronto—. Lo ha llevado a la montaña, o

lo ha enterrado, o abandonado en la encrucijada.» Se le hizo un nudo de miedo en el estómago.

—¿Dónde está Micheál? —preguntó.

La viuda se sorbió los mocos e hizo un gesto con la cabeza hacia el rincón. Entonces Mary vio que el niño estaba echado en el brezo que Nóra usaba para encender el fuego, de espaldas, quieto. Su alivio cuando corrió hacia él y lo encontró vivo, cuando vio su escuálido armazón de huesos subir y bajar con cada respiración, fue abrumador.

Se puso los juncos debajo del brazo y usó las manos para colocárselo a la cadera.

—Lo saco a que tome el aire —le dijo a Nóra mientras cogía la manta que colgaba sobre la cama—. Le puedo vigilar mientras hago la cruz.

Nóra la siguió con la vista mientras salía.

—Si ves que viene alguien, entra enseguida.

Con el sol en la cara y la brisa agitándole el pelo, Micheál pareció salir del letargo apático en que había estado sumido desde el baño de dedalera. Mary lo dejó en una manta a sus pies y cuando se instaló en un taburete y empezó a trenzar los juncos se fijó en que abría más los ojos y su color azul reflejaba el cielo sobre sus cabezas.

—Hace un bonito día para estar al fresco —murmuró, y el niño pestañeó, como si la hubiera oído y estuviera de acuerdo. Se detuvo para mirarlo y sonrió ante sus aletas de la nariz ligeramente hinchadas, el atisbo rosa de su lengua. «Quiere descubrir a qué sabe el aire», pensó.

A pesar de su edad, allí tumbado a la luz del día Micheál parecía un recién nacido. La dedalera lo había dejado pálido, como si su piel no conociera el cielo. A pleno día, el sol atrapaba el frágil cartílago de sus orejas y Mary vio cómo se volvían rosas, se ruborizaban hasta parecer transparentes. Reparó en el fino vello rubio a ambos lados de la cara.

—Mañana es Santa Brígida —dijo—. Ha llegado la primavera.

Dejó los juncos a sus pies y caminó hasta donde crecía un diente de león, la cabeza esponjosa de su semilla cabeceando en la brisa.

—¿Ves? —Mary sostuvo el globo aterciopelado con su tallo encima del niño y este lo miró con la boca abierta. Mary sopló la esfera de semillas y se desperdigaron por el aire. Micheál chilló y levantó inesperadamente las manos para intentar atrapar la lluvia de pelusa.

—Esa dedalera no lo ha curado.

Mary se volvió. Nóra estaba en la puerta, mirándolos.

—Míralo, está igual que antes. Se le ha ido el temblor. Ya no hay forcejeo.

—Sí, parece estar mejor.

—¡Mejor! —Nóra se pasó una mano por la cara—. Ha vuelto a gritar por la noche.

—Lo sé.

—No está mejor si vuelve a gritar. ¡No está mejor si el postizo ha peleado contra la dedalera y ha ganado! No está mejor si ha dejado de temblar y de vomitar, después de cuando estuvimos con Nance, después de creer que le estaba haciendo efecto.

—Pero, señora, es mejor tener al niño con aire en los pulmones que sufriendo como estaba. —A Mary le temblaba el labio—. A mí me daba miedo verlo así.

—¿Que te daba miedo? Niña, lo que debería darte miedo es ver al espíritu hacerse fuerte. Debería darte miedo tener a uno de Ellos entre nosotros. —Parpadeó—. Está claro que fue él, ese que está ahí, el que echó el mal de ojo a mi marido y a mi hija. Y ahí estás, jugando con él. Consintiéndole. Cortándole el pelo y mordiéndole las uñas y dándole de comer como si fuera hijo tuyo.

—Le gustan las cabezas de diente de león —susurró Mary.

—Pues claro que le gustan, por algo es un duende. —Nóra hizo ademán de entrar en la casa, pero se detuvo y se volvió. Tenía los ojos llenos de lágrimas—. Creía que estaba haciendo efecto —susurró, y miró a Mary con tal expresión de tristeza e infelicidad que esta tuvo que resistir el impulso de ir hasta ella, ponerle las manos en las mejillas y acariciarle la cara y consolarla como en ocasiones consolaba a su madre.

Pero el impulso desapareció con la misma velocidad a la que había llegado y Mary siguió arrodillada junto a Micheál. No dijo nada y al cabo de unos minutos de silencio Nóra se dio la vuelta para entrar en la choza, la cabeza inclinada como un Cristo crucificado.

El día de Santa Brígida, Mary se despertó temprano con el murmullo de la lluvia. Después de dar la vuelta con cuidado al niño para comprobar que estaba seco, se levantó y escudriñó el fuego. En casa sus hermanos siempre se peleaban por ser los primeros en mirar las cenizas para ver la marca de santa

Brígida y saber si había pasado por allí.

—Está ahí —exclamaban los pequeños al ver una suave media luna en las cenizas que sin duda era la huella del sagrado talón de la santa—. Ha venido a darnos la bendición.

Mary se acuclilló y examinó el hogar. Nada. El hollín estaba tal y como lo había dejado.

Añorando su casa, Mary fue hasta la puerta del corral, quitó el pestillo a la mitad de arriba y la empujó hasta abrirla. Se inclinó sobre la media puerta inferior y aspiró el olor a lluvia. «Un día feo —pensó—. De aguacero.» Las gotas tartamudeaban en los charcos del corral.

Oyó un golpe suave a su espalda y se volvió, esperando ver a Micheál: de pie, díscolo, retozón.

La cruz de santa Brígida. Se había caído de donde la había sujetado encima de la puerta.

Miró los brazos de juncos trenzados. Aquello no estaba bien. Había hecho la apretada cruz ávida de su protección, de que su presencia familiar la guardara de noche, evitara que la paja del techo se incendiara, le asegurara curación en caso de necesitarla. De que mantuviera a las hadas lejos de la casa.

El miedo le secó la boca. Se pegó contra la puerta y llamó a Nóra. Nada. Volvió a llamarla.

Hubo un leve crujido en la habitación contigua y salió la viuda, las facciones ablandadas por el sueño. Se sujetaba la cabeza con las manos.

—¿Qué hay? ¿Qué es lo que pasa? Va a entrar la lluvia. Mira, ya está entrando.

Mary señaló el dintel.

—¿Qué?

—La cruz de santa Brígida. No está.

Nóra se agachó y cogió la cruz de donde había llegado rodando.

—La sujeté bien, ya lo creo. —Mary tragó saliva—. ¿Qué cree que significa que se haya caído? Nunca he oído que una cruz se cayera. La protección...

Nóra examinó los juncos, luego limpió la cruz de tierra con el chal y se la devolvió a Mary.

—Cuélgala. No significa nada. Ha sido el viento. No se le ha ido la protección.

Mary aceptó la cruz en silencio. A pesar de las palabras despectivas de la viuda, por la expresión extraña de su cara sabía que compartía la angustiada intuición de Mary de que algo no iba bien. No hacía viento. Nada de viento.

Algo había movido la cruz. Algo la había tirado al fuego.

Nóra miró al niño dormido, tenía el rostro color ceniza.

—¿Ha temblado esta noche? ¿Ha vomitado?

—No, señora.

—¿Se sigue orinando encima?

—No como antes. Ya no está siempre mojado. Y tampoco tiene fiebre.

La expresión de Nóra se volvió dolorida y tenía los ojos vidriosos.

—No conseguiremos expulsarlo con hierbas.

Al ver su expresión Mary palideció.

—He estado pensando, Mary. A los espíritus no les gusta el fuego. Ni el hierro. —Nóra miró el fuego extinguido—. En los cuentos los amenazan con ellos. Les dicen que se marchen o los maldecirán con un atizador candente. Los sostienen encima de una pala.

—Lo de la pala ya lo hicimos —susurró Mary.

—Tiene que estar caliente.

—No.

Nóra miró a Mary sorprendida y su expresión perdió algo de su desconcierto.

—No, no creo que debamos hacer eso.

—No hace falta quemarlo. Solo amenazarlo.

Nóra se mordió la piel alrededor de las uñas.

—Eso tiene que ser pecado, señora. No quiero hacerlo.

—No se irá si seguimos dándole hierbas, Mary. La dedalera y la menta no nos devolverán a Micheál.

—Por favor, señora, no le queme.

Nóra se arrancó la piel de la uña, bajó la vista y se limpió la sangre.

—Con la amenaza bastará —murmuró para sí—. Hierro y fuego. Seguro que es el remedio.

—Nance, ¿cómo sigues?

—Ay, pues con días buenos y malos, gracias a Dios. Me preguntaba cuándo vendrías a verme. —Nance señaló con la cabeza un taburete junto al

fuego y Áine se sentó y se alisó la falda por delante.

—Creo que tengo el pecho cogido.

—¿El pecho, Áine?

—Noto un cascabeleo. —La mujer se llevó una mano delgada a la garganta y se sonrojó—. Creo que es frío.

—Así que el pecho. ¿Y desde cuándo lo tienes cogido?

Áine paseó la vista por la choza.

—Ah, pues llevo un tiempo. Desde el nuevo año. Abrimos la puerta para dejar que saliera el año viejo y entrara el nuevo y creo que vino acompañado de la enfermedad. —Trató de reír—. Se me ha agarrado al pecho. Toso, a veces.

—¿Y qué me dices de la humedad?

—¿La humedad?

—¿Habéis pasado tiempo John y tú en el frío y la humedad? ¿Está seco el suelo de tu casa?

Áine tiró distraída de un hilo suelto de su chal.

—Las tormentas del año pasado revolvieron la paja del techo. Y los mirlos la picotean. Entra un poco de lluvia. Este año cambiaremos la techumbre.

—¿Y comes suficiente?

—Dios provee, aunque la mantequilla no sale nada espesa. La leche no da ganancias.

—A fe —dijo Nance—. No hay mantequilla en todo el valle. Pero me alegra saber que tienes qué comer. Te mereces eso y más. ¿Me dejas que oiga el cascabeleo?

Áine asintió y Nance le puso la mano abierta en el pecho. Cerró los ojos y buscó el lodo en los pulmones. No notó nada. La respiración de Áine parecía normal, aunque el corazón le latía apresurado.

—¿Lo notas?

—Calla. Cierra los ojos, Áine. Respira hondo.

Nance notó cómo se le calentaba la mano al contacto con las ropas de la mujer. Sintió el deseo de Áine de tener un hijo. Supo que lo deseaba más que ninguna otra cosa. Que cada vez que sangraba, doblada de dolor, imaginaba que el cuerpo la traicionaba, la castigaba por estar vacío.

Nance vio a Áine obligándose a levantarse de la cama y poner agua a hervir para el desayuno de John. La vio barrer el suelo de la choza mientras

su cuerpo se anudaba y desanudaba con inútil ferocidad. Vio que Áine odiaba a las visitas que llegaban de noche, los hombres con violines grasientos; supo cuánto odiaba ver a las mujeres ocupar los asientos más cerca del fuego, a los hombres arrojar trozos de patata al rincón para las hadas que después ella, dolorida, fuera de sí por la pena, tendría que arrodillarse para recoger cuando se fueran.

Nance vio a Áine escabullirse a la zanja detrás de su casa para cambiarse de paño y maravillarse de la violencia de su feminidad. El recordatorio sangriento de que era yerma.

Oyó una tos. Nance abrió los ojos. Áine la miraba, asustada.

—¿Qué? —preguntó con voz temblorosa.

Nance quitó la mano y acercó su taburete.

—Eres una buena mujer, Áine. A fe que Dios sabe que todos llevamos nuestra cruz. Y sabe también que hay bastantes personas en este mundo que dirigen su ira hacia quienes las rodean. Pero creo que hay quienes la vuelven hacia sí. Creo que tal vez tu cuerpo ha enfermado porque estás triste.

—A fe que no lo estoy, Nance.

—La cabeza es algo muy poderoso, Áine. Muy poderoso.

—Pero ¿qué motivo tengo para estar triste?

Nance esperó. Se hizo un silencio.

Áine tiró de las borlas de su chal.

—Sé lo que piensas, Nance.

—Pienso en un hijo.

La mujer vaciló y luego asintió con la cabeza, triste.

—Fue humillante. La noche en que murió el niño de Brigid. Me humilló que me echaran de allí como si no pudiera ser de ayuda. Como si no fuera mujer.

—Quieres un hijo. Eso no es ninguna deshonra.

—Sí es deshonra para una mujer no poder darle un hijo a su marido. — Áine levantó la vista y su expresión era dolorida—. John es un buen hombre, pero su familia piensa mal de mí. Sospechan de mí porque soy estéril. Me culpan de las malas cosechas. Dicen que las patatas se compadecen de mí y por eso no crecen. Que la vaca... —Encajó la mandíbula y negó con la cabeza—. Todas las mujeres del valle vienen a mi casa de noche y... a veces se traen a sus nietos y los niños hacen agujeros en el suelo y persiguen a las gallinas. Me recuerdan que no tengo hijos. Nance, creo que se burlan de mí.

¡No sabes lo que hizo una de las mujeres! ¡Su hija se negó a coger comida de mi mano porque pensaba que los Buenos me habían llevado con Ellos y que ese era el motivo de que no tuviera hijos! —Áine reprimió una risa extraña—. Pero no es eso, ¿verdad? No son los Buenos los que me han... —Se llevó las manos al vientre.

—¿Te asustaría que fuera así?

—Sería una explicación. Pero nunca he hecho nada contra Ellos. Siento un gran respeto por los Buenos. —Dudó—. Kate Lynch me habló de una mujer cuyo marido le pegó con una vara de olmo para que tuviera un hijo.

Nance sonrió débilmente.

—Áine, ¿quieres que te azoten con una vara de olmo?

—No lo sé.

—Has hecho bien en venir a verme. No te culpes. En este mundo hay una bondad natural. Existe un remedio para cada infortunio. La cura de todo está a nuestro alcance. —Nance se puso de pie y le tendió una mano a Áine—. Ven, sígueme.

Las dos mujeres salieron de la *bóthan* a la fresca paz del atardecer. Todo estaba quieto, a excepción de la niebla que bajaba al valle desde las montañas.

—Este sitio es muy raro —susurró Áine—. Casada con un herrero se olvida una de lo que es el silencio.

—Sí es silencioso. Incluso los pájaros callan en la niebla.

Cuando estuvieron cerca del bosque, Áine se detuvo.

—Creo que te voy a esperar en la cabaña, Nance. O quizá vuelva otro día. John se estará preguntando dónde estoy.

—No voy a dejar que te pase nada malo.

—¿Cómo sabes el camino? Con la niebla que hay...

—Mejor así. Nadie nos verá.

—Se adentraron entre los árboles. El suelo estaba blando de restos de hojas, y de las ramas altas del roble y el aliso, que aparecían entre la bruma a medida que caminaban, caía un lento rocío. Áine levantó la cara y dejó que las gotas le salpicaran la frente y el agua le bajara por la nariz y la barbilla.

—Hace mucho tiempo que no venía por aquí.

—Una mujer con marido vive su matrimonio junto al fuego.

—¿Nunca te has casado, Nance?

Nance sonrió.

—Ah, no hubo nunca nadie que me quisiera. De niña estaba siempre en la montaña. Me cortejaba el sol.

—A mí también me gustaba ir a la montaña de niña. En el oeste.

—¿De verdad?

—El viento siempre olía mejor.

—Eso lo sé muy bien. —Nance se agachó y empezó a rebuscar en una maraña de helechos y hiedra—. ¿Sabes qué planta es esta?

—*Dearna Mhuire*.

Nance arrancó las hojas suaves y estriadas de milenrama y la dejó en el suelo junto a ella. Cuando tuvo un buen montón, se santiguó y Áine la ayudó a incorporarse.

—¿Para qué son?

—Ahora lo verás.

De vuelta en el calor de la *bóthan*, Nance avivó el fuego con tojo seco y puso la olla, llena de agua del río, sobre las llamas.

—¿Sabrías reconocer esta planta en la maleza? ¿Cogerla sin confundirte?

Áine asintió.

—La cogía para mi madre.

—Cuando el tiempo sea más cálido, las hojas tendrán rocío y lo mejor para tener un hijo es mezclar ese rocío con agua y bañarte en ella. Hasta entonces, confiaremos en conseguirlo con infusiones. —Le dio las hojas a Áine—. Hiérvelas en agua limpia y bébela durante veinte mañanas.

—¿Y lo de la olla que es entonces?

—Hierba lombriguera. —Nance arrancó unas cuantas hojas marchitas de una planta seca que colgaba de una viga y las echó, desechas, en el agua—. Si no puedes alejarte mucho de casa para coger *dearna Mhuire*, las hojas de lombriguera en infusión también te ayudarán.

El agua hirviendo se volvió fragante y Nance vertió el líquido caliente y le ofreció un vaso a Áine.

Esta vaciló.

—No es cierto lo que dicen, ¿verdad, Nance?

—¿El qué? ¿Qué es lo que dicen?

—Lo de las bayas de dulcamara. Lo de Brigid.

A Nance se le cayó el alma a los pies, pero conservó su expresión de

calma.

—¿Tú qué crees, Áine?

La mujer del herrero miró el vaso que tenía en las manos y luego, como si hubiera tomado una decisión, dio un largo trago.

—Es amargo.

Nance sintió alivio.

—Como la vida. Prepárala como te guste, pero no pongas demasiada cantidad. Bébelo siete días. Hoy es el primero.

Áine se tapó la nariz y apuró el vaso.

—¿Te acordarás, Áine?

—Lo haré.

—Milenrama hervida durante veinte días y una infusión de hojas de lombriguera durante siete. Y hay algo más que debes hacer.

Áine esperó un momento antes de hablar.

—¿El qué?

—Cuando saques la vaca a pastar, deja que coma primero las flores del prado y luego recoge sus orines. Es agua de mil flores. Tendrá toda la medicina de las hierbas que se ha comido y, si te bañas en ella, tú también la tendrás.

—Gracias, Nance.

—Y yo diré ensalmos por ti, Áine O'Donoghue. Tenlo presente. Cuece las hierbas en un fuego vivo de turba y mientras tanto yo diré mis ensalmos y te veré esperando un hijo antes de que termine este año. —Nance le cogió la mano—. Y entonces podrás decirles que la dulcamara no era dañina.

Cuando se fue Áine, Nance estuvo largo rato sentada pensando delante del fuego. Por primera vez desde que vivía en el valle se sentía amenazada, obligada a probar sus habilidades. Cuando era más joven, a las gentes les había bastado saber que era sobrina de Maggie la Loca y que había aprendido los remedios, que conocía las artes de los Buenos. Luego, en sus años de deambular, aceptaban su soledad, su falta de marido, sus manos de dedos torcidos y su costumbre de beber y fumar como un hombre como prueba de su habilidad. Tenían fe en ella porque era distinta.

Pero ahora Nance percibía duda. Sospecha.

«Tengo que conseguir que vuelva ese niño —pensó—. Si logro devolverle a Micheál a Nóra, entonces verán que no hay mentira alguna en

mis tratos con Ellos. Si le doy un hijo a Áine O'Donoghue, y devuelvo a Micheál Kelliher a su abuela, todos volverán a mí.»

Nance se estremeció al pensar en el tratamiento con dedalera. No había vuelto a tener visita de Nóra Leahy e imaginaba que ello se debía a que el niño postizo seguía en la casa. Tampoco había servido para traer de vuelta a su madre, aunque lo habían intentado. Maggie había hecho sentarse a Nance sobre el pecho de Mary Roche y sujetarle los brazos a ambos lados del cuerpo y le habían vertido dedalera por la garganta mientras la mujer se atragantaba y las maldecía, mientras escupía a Nance en la cara. Habían tenido que forcejear largo rato hasta que la mujer encantada se tragó el líquido, pero cuando lo hizo, el cambio había sido sobrecogedor. El corazón de la mujer hechizada había empezado a latir de forma lenta e irregular. Se había quedado apática y, a continuación, había echado espuma por la boca con los ojos muy abiertos y en blanco. Había vomitado toda la noche. Pero la *lus mór* la había vuelto dócil. La había silenciado, cuando antes chillaba todo el tiempo. Estaba plácida y con el rostro céreo en lugar de roja y erizada.

A su padre no le había gustado el cambio, a pesar de lo desesperado que estaba por recuperar a su mujer. Había cogido el aguardiente que le regalaban a Maggie y por las noches se iba de tertulia y algunas ni siquiera regresaba.

—Tu padre necesita algo de tiempo para él, eso es todo —había dicho Maggie—. No es fácil ver a tu mujer raptada y la violencia necesaria para que vuelva.

Nance, entonces algo mayor, se había esforzado por recordar a su madre antes de que los Buenos se la llevaran. Se había acostumbrado a la criatura encantada que habían dejado en su lugar.

—¿Qué harás si la dedalera no consigue que vuelva madre?

—Hay otras maneras.

Nance calló un instante.

—Maggie, quiero preguntarte algo.

—¿El qué?

—¿Cómo te hiciste la marca en la cara? Nunca me lo has contado.

—No me gusta hablar de ello.

—Oí decir a un hombre que te salió después de que a tu madre le pegaran en la cara con una zarzamora. Cuando estaba preñada.

Maggie puso los ojos en blanco y empezó a jugar con su pipa.

—No fue nada de eso.

—¿Naciste con ella?

Nubes de humo azul en el aire del atardecer. El zumbido de las noches de verano.

—Me raptaron. Una vez. Igual que a tu madre. Me devolvieron a los míos quemándome la cara con un atizador caliente.

—¿Te quemaron?

—Me había ido. El fuego me trajo de vuelta.

—Nunca me lo contaste.

—El rapto me dio mi saber.

—Maggie, nunca me lo contaste. Con todos los años que llevas viviendo aquí y nunca me has contado que te raptaron.

Su tía se había encogido de hombros y se había acariciado distraída la cicatriz.

—¿Lo sabe padre?

Su tía dijo que sí con la cabeza.

—Deberíamos hacérselo a madre.

Maggie chupó su pipa y suspiró.

—Jamás en la vida.

—Pero ¡si funcionó!

—Nance, no pienso expulsar al hada que está en tu madre con fuego.

—¿Te dolió?

Pero Maggie nunca contestó. Llamaron a la puerta y eran los barqueros del lago llevando a hombros el cuerpo de su padre. Se había ahogado, dijeron. Antes de que pudieran sacarlo del agua. Un accidente espantoso. Una desgracia terrible para la familia. Para Nance. Su madre que había perdido la razón y ahora ¿cómo pagarían la renta su tía y ella? Ellos harían lo que pudieran, pero tenían sus propias familias. Una desgracia terrible. Que Dios se apiadara de ellas.

Nance cerró los ojos y apoyó la cabeza en las rodillas. Había pasado mucho tiempo, había vivido muchos años, pero la imagen de Maggie arrodillada sobre su padre y los aullidos de aquella noche, los gritos de la mujer encantada desde su cama, la sombra de su madre, resonó en sus oídos como si estuviera de nuevo en aquella habitación con los pulmones de su padre llenos de agua. Aquel sonido, el llanto de tres mujeres, todas tocadas por las hadas, todas a la deriva.

Después de aquello, Maggie no dio la espalda a nadie, por enfermo que

estuviera o por maligno que fuera lo que le pedían. Su tía nunca lo dijo, pero Nance lo sabía. Cuando venían gentes con el mal de ojo a pedir que les quitara el maleficio, Maggie mandaba a Nance a hacer recados.

—Que pasen. —La voz de Maggie se elevaba en la penumbra de la choza—. Tal vez pueda ayudarlos después de todo. ¿Y te importa ir a coger bocado del diablo? Está en flor y la necesito.

Su tía tenía que haber sabido que aquello no podía durar. Que las maldiciones traían patatas y turba, pero la calamidad terminaría por abatirse otra vez sobre ellas.

Los *piseógs* son fuego que quema la cara de quien lo prende.

Tres meses después Nance había llegado a casa y había encontrado que el fuego se había apagado, la mujer encantada no estaba en su cama y Maggie había desaparecido. La cabaña estaba fría y vacía. Nance había encendido el fuego y había esperado a que volvieran. Había desgranado las horas con su preocupación.

Cuando reparó en que las cosas de Maggie —su pipa, sus reservas de hierbas y ungüentos, el *poitín*— no estaban, supo que se había ido. Entonces Nance se había sentado en los juncos y había llorado hasta quedarse dormida.

Había vuelto con las hadas, dijeron más tarde. Y se había llevado a Mary Roche con ella. Las dos a cual más loca habían vuelto con los Buenos y desde entonces no se las había visto. Y la pobre Nance, sola y además una mujer joven. Sin dos monedas que frotar la una contra la otra y sin familia tampoco. Se echará a los caminos sin más posesiones que unas cuantas hierbas.

El estómago de Nance se arrugó de hambre. Aquello había ocurrido hacía años, pero se repetiría si la gente no acudía a ella en busca de remedios, si no expulsaba al postizo. Hambre y vacío y dolor de vientre. Volvería a tener que esperar escondida en zanjas y sombras a tranquilizar animales que habían salido a pastar. A agujerearles las venas para sacarles sangre, a taponar las heridas con sebo y con las sagradas hojas sin dientes del bocado de diablo. A coger turba que se había caído de los montones, acercándose solo a aquellas casas cuyas familias aún dormían, de las que aún no salía humo. A esconderse a los pies de las colinas cuando empezaba el día y las muchachas salían a ordeñar con ojos de sueño y los hombre iniciaban la larga caminata para cortar turba o atender a sus animales o a sus cultivos.

Nance recordaba la vida en los caminos. Coger moras y *fraocháin*, desenganchar hebras de lana de matas espinosas de tojo y cortar berros y uña

de caballo, cogiendo ajo silvestre y trébol de río. Dormir bajo el espino en flor, sus pálidos brotes destacando contra las ramas oscuras como caras en la noche. Cortar helecho para dormir en él como había hecho José con María en el pesebre. Lo había cortado y había encontrado las iniciales de Dios dibujando un festón en la cara interior del tallo.

Maggie le había enseñado a sobrevivir en la adversidad. Antes de desaparecer, le había explicado cómo podía una mujer hambrienta reunir un poco de sangre que hervir con cereal. Cómo mendigar leche a la mujer de un granjero. Cómo coger y limpiar una anguila, o cazar una liebre, o robar un poco de turba de forma que no la echaran de menos. Cómo arañar una boñiga de vaca con una guadaña e invocar para sí a la diosa de la mantequilla murmurando: «Toda para mí. Toda para mí. Toda para mí».

Pero no le había enseñado cómo dormir al raso cuando no quedaba nada, cuando no tenías a nadie. Eso Nance lo había aprendido sola.

CAPÍTULO CATORCE

LENGUA DE CIERVO

—Que el Señor bendiga esta casa.

Mary y Nóra miraron hacia la puerta abierta de la choza y vieron a Peg O'Shea que se dirigía hacia ellas apoyándose en un bastón de espino.

—Ay, tenéis demonios en la techumbre. —Se detuvo y levantó la vara hacia los pájaros que revoloteaban sobre el tejado de Nóra—. La paja robada hace buenos nidos.

—¿Estás bien, Peg?

—Lo estoy. Vengo a ver qué tal seguís. Pero bueno, Nóra, te veo apesadumbrada.

Nóra se adelantó para ayudar a Peg a entrar.

—Es el niño postizo. Ay, Peg. Vuelve a pasarse las noches aullando y gritando. No es cosa natural los pulmones que tiene. Por Dios, Peg, si es que no pego ojo, ni la criada tampoco. Estamos trastornadas por la falta de sueño.

Peg se acomodó junto al fuego y miró al niño en el regazo de Mary, agitando los brazos, haciendo pucheros.

—Pobrecillo. Las vasijas vacías son las que más ruido hacen.

Nóra se sentó a su lado.

—¿Le ves cambiado? A mí me lo pareció, pero...

—¿Nance lo está curando?

Nóra asintió.

—Hasta ahora solo con pócimas. —Bajó la voz—. Deberías haberlo visto hace una semana, Peg. Como si algo lo atravesara. Qué sacudidas.

Peg arrugó el ceño.

—¿Sacudidas? ¿Nance está expulsando al duende zarandeándolo? ¿De atrás adelante?

—No, así no —dijo Nóra—. Con una hierba que le dio y le empezó a temblar todo el cuerpo. Hasta echaba espuma por la boca.

Miraron a Mary escupir en una esquina de su delantal y limpiarle el mentón al niño.

—En mi vida he oído cosa igual.

—Era *lus mór* —dijo Mary.

Peg pareció temerosa.

—¿Dedalera? Esa planta es muy poderosa.

—Fue horrible —dijo Mary sin apartar los ojos de Micheál—. Primero lo bañamos con ella y luego le pusimos el jugo en la lengua y se agitó como un perro rabioso. Como si fuera a morir.

—Dios bendito, pobre infeliz. —Peg miró al niño, preocupada. Este tenía la cara llorosa y contraída.

—Lo que pasa es que se han ido las sacudidas y los temblores —añadió Mary—. Ya no está enfermo de eso, gracias a Dios.

—No ha funcionado —dijo Nóra abruptamente. Cogió a Peg del hombro—. Peg, parecía que estábamos a punto de expulsar al duende y luego... nada. Estoy rota.

—Ay, Nóra —musitó Peg—. No es cosa fácil. Como te dijo Nance, a veces es mejor cuidar al niño que han puesto en el lugar de tu nieto en vez de intentar librarte de él.

Nóra negó vehementemente con la cabeza.

—Voy a librarme de él. Nunca me lo perdonaría si no intentara recuperar a mi nieto, Peg. Por Martin. Por mi hija. Voy a traer a Micheál de vuelta. Voy a buscar otras maneras.

—¿Y qué maneras son esas? —preguntó Peg con tono cauteloso—. ¿No pensarás ortigarle otra vez, Nóra Leahy? Una cosa te voy a decir, es mejor que hagas caso a Nance, aunque... —Se calló y se mordió los labios—. Se están diciendo muchas cosas de ella.

—¿De Nance?

—Has tenido que oírlas. Se dice que está haciendo hechizos al padre Healy y a los que quieren echarla. Seán Lynch. Kate Lynch. Éilís y su marido. Sí, esa mujer tiene quien hable mal de ella. Y Brigid, todo eso de las bayas que contó Kate. Y ahora Seán se ha estado peleando por ella.

—¿Cómo dices?

—Bueno, digo peleando, pero es más grave. Seán Lynch ha estado armando gresca donde el herrero hoy, me lo ha contado mi yerno. Hubo una discusión por un caballo entre Seán y Peter O'Connor y mencionaron a

Nance.

Mary cogió al niño y lo dejó en el banco.

—¿Fue culpa de Seán? —preguntó Nóra—. ¿Había bebido?

—Me parece que no. Acaba de estar conmigo el marido de mi hija y dice que hubo una riña en el corral de O'Donoghue.

—¿Qué paso?

Peg levantó una ceja.

—Seán se había llevado prestado el caballo de Peter para la yunta. Así es como empezó.

Nóra hizo una mueca.

—Martin siempre decía que Seán era muy tacaño con los caballos. Si tenías el suyo demasiado tiempo, te llamaba holgazán. Si le devolvías su yegua puntual, se ponía hecho una furia diciendo que la habías hecho trabajar como un demonio. Cuida mucho sus cosas.

—Con eso quieres decir que se cuida mucho él, supongo —bufó Peg—. Por lo que he oído, Seán estaba dando de comer al caballo de Peter paja sin semilla y al suyo, avena. Así que cuando Peter vio a Seán donde el herrero le pidió que le diera de comer a su caballo lo mismo que al suyo y Seán... bueno. Le echó una mirada de esas capaces de agostar la hierba y le dijo que haría lo que le viniera en gana y que su caballo era un enclenque y que si pretendía robar a un vecino que estaba sin sustento. Y Peter dijo que todo el valle estaba sin leche y que no era culpa suya. Y entonces... —Peg se interrumpió y se pasó la lengua por los labios—. Entonces mencionaron a tu chico.

Nóra palideció.

—¿Al duende? ¿Qué dijeron, Peg?

—Seán dijo que Kate anda trastornada con el niño cambiado que tiene Nóra Leahy en su casa y que sabe que Nance está echando mal de ojo al valle. Que esa es la verdadera razón de que no haya leche. Dijo que Kate cree que el niño es uno de Ellos invocado por Nance para aojarnos a todos y vengarse así del padre Healy. Ah, y Seán se puso a escupir y a hacer aspavientos, me contó mi yerno. Que empezó a escupir en el suelo como si tuviera que apagar un fuego. Dice que va a buscar los *piseógs* que haya por aquí. Que alguien está intentando hacerle un maleficio. Con todo el jaleo, los caballos se pusieron nerviosos y Peter fue a tranquilizarlos, para que no se encabritaran, pero Seán pensó que iba contra él y lo agarró de la camisa. Se lo

acercó hasta que estuvieron frente a frente. «Sé que vas a su cubil por las tardes. Qué te entiendes de maravilla con esa *cailleach*.» Y luego dijo... — Peg respiró hondo y movió la cabeza, asqueada—. Dijo: «Desde luego, es muy triste cuando un hombre que no encuentra mujer va a buscar a la del Diablo». Y bueno, ya conoces a Peter, callado como un ratón de iglesia los días de fiesta, más pacífico que un cura. Pues no te lo vas a creer, pero se puso rojo y agarró a Seán por el cuello de la camisa también y le dijo que no tenía derecho a llamar eso a una pobre mujer decente cuando él es el Demonio en persona.

—Los hombres se pierden por la boca.

—Pero ¡Peter O'Connor! Nóra ¿te lo imaginas? ¡Peter O'Connor cantándole las cuarenta a Seán! Le dijo: «Eres un demonio. Calumniando a Nance y matando de hambre a todos los caballos menos al tuyo». Luego pasó a Kate: «Y todos sabemos que has vuelto a pegar a tu mujer. Menudo hombretón, que se mete con quienes no se pueden defender». Le dijo: «De hombre no tienes nada, Seán Lynch. ¡Nada!».

—¿Y qué pasó entonces?

Que Seán le dio una paliza a Peter. Le pegó en todas partes menos en el cielo del paladar y en las plantas de los pies, por lo que me han dicho. Lo tiró al barro y le pateó la cara. Cómo sería, que después de que los hombres apartaran a Seán, que no dejaba de pegar, el mozo de la fragua estuvo un rato recogiendo dientes en el corral como si fueran flores.

—Jesús bendito. ¿Cómo tiene Peter la cara?

—John y Áine se lo llevaron y le curaron como pudieron, pero si el hombre ya estaba soltero, dicen que ahora se ha quedado feo para toda la vida, una lástima. La boca como una ventana rota. La nariz partida. Veréis como para carnestolendas le untan la chaqueta de tiza y se ríen un rato a su costa. Y si no, al tiempo.

—Tiene razón —dijo Nóra frotándose el mentón, pensativa—. Seán Lynch es un demonio.

—Apuesto a que Peter va directo a ver a Nance esta noche. La va a necesitar.

Nóra vaciló.

—Esta noche quería ir yo a ver a Nance. Para que me dé otro remedio para el duende. Que sirva para expulsarlo para siempre.

Peg miró largo rato al niño.

—Si puede esperar a mañana, yo no iría, Nóra. Deja que Peter hable con Nance. Si Seán o algún otro os ve a ti y al niño con Peter y la *bean feasa*, se pondrá a darle a la lengua más deprisa de lo que mueve la cola un perro. No me gusta hablar mal de nadie, pero se avecinan problemas y no te interesa que se presenten aquí Seán o Kate queriendo ver al niño cambiado o acusándote de quererlos mal. Ya no tienes un hombre, Nóra. Si pierdes tu reputación, ¿quién te va a proteger?

Nance recorrió la vereda entera del río arrastrando una rama rota. Era un día de febrero inusualmente soleado y vio que la primavera había enseñado su primer rubor al mundo. A pesar del frío, podía oler la nueva estación.

En los árboles pronto asomaría el verde. En un mes o dos brotarían campanillas que santificarían el lecho del bosque. Las ramas desnudas rebosaban de vida y una bruma cubría los campos. Los brotes de aliso estaban a punto de romper y los hombres habían empezado a preparar las tierras para el cultivo. Pronto habría movimiento en la tierra, polen en el agua.

Nance hurgó en la tierra que se despertaba y arrancó los brotes tiernos de hierbas antes de que se secase el rocío. Tenía un don para ello. Conocía el olor de su savia igual que conoce una madre a sus hijos. Los habría encontrado en la oscuridad.

Mientras caminaba pensaba en el niño cambiado y recordaba la marca púrpura y alargada en la cara de Maggie. ¿Bastaría con agitar el hierro candente cerca de la piel? ¿Bastaría con decirle al duende lo que planeaban hacer si no se iba para siempre? Maggie le había hablado de otras formas de forzar el regreso de la madre raptada si la dedalera no daba resultado. Hierba de san Juan. Dosis pequeñas de beleño negro. Agua de confluencia.

Pero nunca un atizador puesto al fuego.

—Jamás en la vida —había dicho Maggie. Aunque a ella la había traído de vuelta del país de las hadas. Nance cerró los ojos y recordó el tejido cicatrizado, la piel dañada tensa en la mejilla. Imaginó el hierro candente entrando en contacto con ella, el silbido y el vapor y la quemadura viscosa al contacto con el hierro rojo, y se estremeció.

Un extraño ruido interrumpió sus pensamientos. Una respiración áspera, entrecortada, que se repetía en la brisa. Nance soltó el rudimentario trineo y se internó con sigilo entre los árboles hasta que vio el humo de su choza. Alguien bajaba por el sendero. Un hombre tosiendo, casi corría hacia su

puerta. Se sujetaba las costillas con los brazos mientras saltaba para sortear raíces y ramas caídas.

Peter O'Connor.

Nance salió de detrás del aliso y del roble al calvero. Al notar movimiento, Peter se volvió y dejó de correr.

—Nance —gritó con voz ronca.

—¿Qué ocurre, Peter? ¿Qué te ha pasado?

El hombre tuvo una fuerte arcada, cayó de rodillas y vomitó. A cuatro patas, volvió a vomitar. Luego se secó un largo reguero de saliva de la boca y se sentó sobre sus talones.

Nance le puso una mano en la espalda con suavidad.

—Ya pasó —dijo—. Tranquilo. Respira, Peter. Respira.

Peter la miró mientras se limpiaba los labios. Tenía un ojo morado, tumefacto, las pestañas comprimidas entre los párpados hinchados y amoratados. Las aletas de la nariz estaban recubiertas de sangre seca y su expresión era de una ira tan absoluta que Nance se persignó.

—Peter. Vamos dentro.

Peter asintió con la cabeza, incapaz de hablar. Nance lo ayudó a ponerse de pie y lo guió hasta la choza. Después de mirar a su alrededor para ver si había alguien, cerró la puerta y la sujetó con una cuerda hecha de paja.

Peter tenía la cabeza caída y los brazos colgando a ambos lados del cuerpo como un reo.

—Siéntate. —Nance le tiró del brazo y señaló el montón de brezo—. O mejor échate. Voy a servirnos algo de beber. —Cogió una botella.

A Peter le temblaba la mano cuando sacó el tapón y se la llevó a los labios.

—Otro más. Y ahora, cuando puedas, cuéntame qué ha pasado.

—Seán Lynch —escupió Peter. Rebuscó en su abrigo y sacó su pipa y tabaco. Nance esperó mientras llenaba la cazoleta con el pulgar tembloroso y prendía la hoja seca—. Me atacó. Le había prestado la yegua. La trató mal. Así que fui a decirle cuatro cosas y me enseñó los puños. —Dio una chupada profunda a su pipa e hizo una mueca de dolor cuando la boquilla caliente le rozó el labio herido—. Ya sabemos que Seán no es un hombre fácil, pero tenías que haberle visto. Estaba como loco. Me habría matado.

—¿No le has dado más motivo de agravio?

Peter expulsó una gruesa nube de humo y se encogió de hombros.

—Mencioné a su mujer, Kate. Eso le encendió bastante.

—No se llevan demasiado bien.

Peter movió la cabeza.

—Estos días ella parece un perro apaleado.

—A Seán le llegará su castigo.

—¿Tú crees? —Peter miró a Nóra a través del humo—. Estoy preocupado por ti, Nance. Seán quiere decirle al padre Healy que eres una hereje. El año ha empezado mal, Nance. Tomas O'Connor ha perdido una vaca y sin razón aparente. Se la encontró muerta e hinchada en el río y no se sabe cómo llegó hasta allí. Tuvimos que ir cinco a sacarle el cuerpo del agua, y encima estaba preñada. Luego la mujer de Daniel Lynch, Brigid. El pequeñín que nace muerto. No me gustan los chismes, pero la vieja Hanna se encontró todos sus pollos muertos y descabezados. Hay quien dice que fueron los zorros, pero ¿cómo se van a llevar solo la cabeza? Y las mujeres no hacen más que lamentarse porque no consiguen hacer mantequilla. Estuve de trasnocada en casa de los O'Donoghue y había unos cuantos pidiendo clavos y hierro y amuletos a John para que vuelva a haber mantequilla. Una mujer que vive montaña arriba dice que el otro día cascó un huevo y que «no tenía yema dentro, ¡sino sangre!». Hay quienes dicen que son nuestros Buenos Vecinos que andan haciendo de las suyas. Otros dicen que es el niño Leahy. —Le ofreció su pipa a Nance—. Hay quien dice que eres tú.

Nance estaba callada. Aceptó la pipa de Peter, limpió la sangre de la boquilla y dejó que la boca se le llenara del humo áspero.

—No estás echando maleficios, ¿verdad, Nance? Dice Seán que va a buscar señales de *piseógs* en el valle. Piedras vueltas de forma extraña. Pedernales apuntando a las tierras de labor.

—Los maleficios se vuelven contra quien los echa.

Peter asintió.

—A fe, que sabía que eras una mujer cristiana. Siempre te has portado bien conmigo.

—¿No quieres decírselo cuando hablen de mí, Peter? ¿Decirles que no tengo nada que ver con las calamidades?

—¿Ni siquiera con las de Seán Lynch?

—Seán Lynch lleva años contra mí. Si hubiera querido hacerle mal, ya llevaría tiempo meando abejas y tosiendo grillos.

Peter sonrió y Nance vio que le faltaban varios dientes. Peter dio otra

chupada a la pipa.

—¿Crees que es el postizo de los Leahy?

—Diles que voy a recuperar a ese niño. Que voy a expulsar al duende y a hacer volver al niño.

—¿Crees que nos ha echado el mal de ojo? Tiene sentido, Nance. Esa criatura llega al valle y desde entonces solo hemos tenido desgracias. Y extrañas, además. Huevos de sangre, hombres que se mueren en encrucijadas y rumores de que las liebres le chupan la leche a las vacas. —Miró sombrío a Nance—. Los sueños de que te hablé, Nance. Sigo teniéndolos.

—Sueñas que te ahogas.

—Sí. Estoy debajo del agua y me sujetan unas manos. Me sujetan fuerte. Los pulmones me queman y necesito respirar, pero aunque levanto la vista y veo el sol más allá de la superficie, veo también una cara.

—¿De tu asesino?

Peter negó con la cabeza.

—No lo distingo. Pero Nance... —Se sentó en el brezo y habló con un susurró—: Creo que puede ser Seán.

—Pensar eso de un hombre es una cosa muy grave.

Peter insistió.

—No le encuentro otra explicación a que me pegara como lo hizo. Como si quisiera matarme, ya te lo he dicho. Y luego, cuando estaba con John y Áine, aporreado como una pelota de *hurley*, me puse a pensar en ello. Sabe que te tengo ley, Nance. Incluso lo dijo. Y si cree que andas detrás de las desgracias del valle, de las fechorías, pues... —Volvió a tumbarse y se llevó la mano al ojo hinchado—. Igual piensa que yo también estoy detrás.

Nance suspiró.

—Peter, por Dios, nadie piensa que tú andes detrás de los *piseóg*. Es imposible que crean algo así.

—Pueden pensar que me has enseñado tú.

Nance pensó en Kate años atrás. El destello de la aguja en el dobladillo de la falda. Lo que dijo de volver las piedras, de caminar en sentido opuesto al sol.

—Si una persona quiere mal a otra, las maldiciones le salen de manera natural. Que Dios los perdone, pero siempre se les ocurre algo.

Peter la miró con atención y luego vació las cenizas muertas de su pipa. Estaba a punto de rellenarla cuando se detuvo y miró hacia la puerta.

—¿Has oído eso?

Nance escuchó. El ruido se oyó de nuevo y se miraron el uno al otro con los ojos muy abiertos. En algún lugar del valle, una mujer chillaba.

Parecía que todos los que estaban en los campos la habían oído. Cuando Peter y Nance salieron de la choza y se dirigieron al sendero, vieron hombres correr desde los campos, tirando las herramientas, soltando riendas. Las mujeres salían de sus chozas junto a la carretera a Macroom parpadeando por la luz del sol con niños colgados de sus faldas.

—¿Qué ha sido eso?

—¿Has oído?

—Dios bendito, ¿creéis que están matando a alguien?

—¿De dónde viene?

Un grupo de personas se reunió en el sendero, con miedo en las caras.

—No puede ser un desahucio —decían—. Aún no es día de cobro.

Entonces un hombre señaló al mozo de los O'Donoghue que corría a toda velocidad por el sendero en dirección a ellos. Tenía la cara desencajada y el pelo sucio y pegado a la frente por el sudor.

—¡Ayuda! —gritó. Tropezó con una roca y salió volando hasta caer al suelo. Luego se levantó y siguió corriendo, agitando los brazos de pánico, las rodillas arañadas—. ¡Ayuda!

—¡Dinos! ¿Qué pasa? —Los hombres corrieron a su encuentro, le cogieron del brazo y el muchacho aulló—. Es Áine O'Donoghue —gritó—. Se ha prendido fuego.

Para cuando Peter y Nance llegaron había un corro de personas junto a la casa del herrero con caras ansiosas y resueltas. Miraron a Nance desde debajo de cejas arrugadas mientras Peter tiraba de ella por la tierra y las piedras hasta la puerta abierta de la choza de los O'Donoghue.

—¡Traigo a Nance Roche! ¡La médica! La he traído —gritó Peter mientras escupía sangre y obligaba a Nance a cruzar el umbral. Por un momento, esta no vio nada en la habitación oscura. Luego distinguió dos figuras en el suelo. Áine se retorció mientras su marido trataba de calmarla y sujetarla.

Había un olor atroz a carne quemada. La parte de abajo del vestido de Áine estaba negra y quemada, con la tela calcinada pegada a las piernas. Nance le vio la piel a través del tejido, ya cubierta de ampollas y deforme,

con un brillo húmedo y rosa. Era como si le hubieran desollado las pantorrillas. Áine tenía los ojos cerrados y de su boca abierta salía un grito demoníaco.

—Qué Dios se apiade de ella —susurró Nance.

Olía a vómito y vio que John estaba vomitando en el suelo. La imagen del herrero enfermo mientras sujetaba los tobillos cubiertos de ampollas de su mujer la sacó de su silencio horrorizado y le dijo a Peter que fuera a buscar mantequilla y aguardiente y que le diera a John un sorbo de agua.

Nance se arrodilló.

—Áine —dijo con voz calmada—. Áine, soy Nance. Te vas a poner bien. He venido a ayudarte.

La mujer continuó agitándose en el suelo. Nance le sujetó los brazos.

—Áine, tranquila. Estate quieta.

Hubo un repentino silencio y entonces Áine dejó de resistirse y se quedó inerte.

—¿Está muerta? —jadeó John.

—No está muerta —contestó Nance—. No puede soportar el dolor. Se ha desmayado. John. John, escucha. Necesito que salgas y les digas a todos que se vayan. Diles que vayan a rezar por ella. Y luego necesito que vayas a buscarme hojas de hiedra.

John se levantó al momento y salió, dando bandazos al cruzar el corral, desorientado por la conmoción.

El mozo de la fragua estaba apoyado, rígido contra la pared.

—La oímos gritar. John y yo. Estábamos en la fragua y la oímos gritar. Pensamos que la estaban asesinando. Entramos y estaba en llamas. John cogió la manta de la cama y le dio con ella hasta que se apagó el fuego.

—Hizo bien al pensar tan deprisa.

Peter calló un momento.

—Mira cómo tiene las piernas. Nance, ¿se va a morir?

Nance se sentó sobre los talones.

—Ya te diré si hay que mandar a buscar al cura y los sacramentos. Ahora lo que hay que hacer es llevarla al río. ¿Crees que podrás con ella?

Peter y el mozo de la fragua levantaron a Áine del suelo y la sacaron de la habitación. John había conseguido echar a algunos, pero muchos se habían quedado y miraron tapándose la boca con las manos a los dos hombres bajar la pendiente hacia el río.

Peter y el mozo sostuvieron a la mujer inconsciente en la corriente por el cuello y los pies. El agua estaba helada y los hombres tiritaban, con las mandíbulas cerradas de frío y las ropas mojadas hasta la cintura. John tenía los ojos cerrados y rezaba en la orilla, murmurando para sí. Peter sostenía a Áine con valiente determinación, sumergiéndole con suavidad las piernas en el agua a un ritmo regular, constante. Del vestido de la mujer salían cenizas que se llevaba la corriente y volvían grasienta la superficie del agua.

Nance estaba acuclillada en la orilla mirando a los hombres con ojo atento.

—No vas a morir —le anunció a Áine—. No vas a morir.

Le subió el dobladillo de la falda hasta la cintura y lo llenó de hojas de lengua de ciervo y de hiedra que arrancó con ayuda de John de la orilla, donde crecían a los pies del roble y el aliso, el álamo y el acebo.

La muchedumbre no se había dispersado. Muchas de las gentes del valle seguían esperando con obstinación en el corral del herrero cuando volvieron del río, chorreando y tiritando de frío. Los curiosos se santiguaron al ver las quemaduras de Áine, pero ninguno se atrevió a entrar en la choza. El fuego se había apagado y la habitación estaba llena de humo y olor a pelo quemado.

Peter y John dejaron a Áine en la cama del rincón y, cuando la apoyaron en la manta, esta murmuró alguna cosa y uno de sus párpados se abrió tembloroso, para enseguida cerrarse otra vez. Nance ordenó a Peter que volviera al río a por más agua y le pidió a John que avivara el fuego. Hasta que la turba no prendió y las llamas arrojaron un resplandor nervioso a la habitación no vieron los regalos y las dádivas sobre la mesa. Cuencos de mantequilla y una cesta con turba y yesca. Alguien había dejado un trozo de panceta salada junto a algunos huevos. Flores amarillas que daban protección: ramas de tojo y una cruz hecha de juncos. Y, en el borde de la mesa, un paño de ajuar pequeño, limpio y doblado.

Aquella noche fue larga como el aullido de un perro. Mientras la luna estuvo en el cielo, Nance no se movió del lado de Áine, encorvada, vertiendo agua en su boca mientras en la lumbre hervían hiedra y lengua de ciervo. Insistió a Peter para que le diera a John *poitín* suficiente para que se echara a dormir sobre los juncos y mantuvo el fuego vivo, levantándose para rellenar el cuenco con agua del pozo, alimentar las llamas con turba y, en una

ocasión, para limpiar la sangre y las cenizas de la piedra. Áine había dejado una sombra de su cuerpo quemado en las losas.

Poco antes del amanecer Nance coló las hojas de hiedra y helecho, las machacó y mezcló la pasta con mantequilla ablandada. Salió al frío vigorizante y dejó que los primeros dedos de sol tocaran el emplasto. Luego volvió dentro y curó la piel llagada de Áine, pintando sus heridas con la grasa de hierbas a la vez que le murmuraba una retahíla de palabras que no tenían significado más allá de un tranquilo apremio a que siguiera viva. Cerró los ojos y pensó en su padre y en Maggie, y en el padre O'Reilly, y en aquellos que habían visto en sus manos un poder de curación, que creían que portaba una luz. Y pensó en su luz, en su saber y en sus remedios y tuvo la impresión de que le calentaban las manos hasta que de pronto todo se convulsionó y notó unos dedos ásperos que la cogían de las muñecas y oyó el cuenco de barro estrellarse contra el suelo y cuando abrió los ojos el padre Healy y Seán Lynch la sacaban de la casa, tiraban de ella tan fuerte que los músculos se le tensaron de dolor y los dedos de los pies arañaron las piedras y luego había aire fresco y barro, estaba en el suelo, y la boca exangüe del padre Healy le decía algo a John, que le llevaba la contraria, desesperado, y sobre su cabeza los pájaros volaban en círculos y el sol salía color sangre, rojo por el sacrificio nocturno.

CAPÍTULO QUINCE

ROBLE

—¡Se diría que es la primera vez que muere alguien, de toda la gente que había!

—¿En misa?

Peg asintió y bajó la vista a la cesta de mimbre donde el niño estaba escondido, a su lado. Ella y Nóra estaban sentadas en el corral calcetando, disfrutando del preciado sol que brindaba un día de nubes tenues mientras Mary lavaba los andrajos sucios del niño y de la tina salía vapor.

—Es el miedo —dijo Peg—. Son tiempos de nervios, con los animales preñados y las patatas a punto para la siembra. Las gentes están inquietas. Quieren que les aseguren que todo saldrá bien. Rezan porque terminen los extraños sucesos. Los hay que no creerían en estas cosas de no ser por lo que está pasando.

—Áine.

Peg se santiguó.

—Que Dios la guarde. Sí, Áine, pero también tu Martin. Brigid. Si damos crédito a la mitad de lo que se oye, en las montañas están ocurriendo cosas raras. Y necesitan encontrar explicaciones. Necesitan encontrar un motivo.

El niño emitió un fuerte grito desde la cesta y las mujeres se miraron.

—Está igual que antes —murmuró Nóra señalando al niño con un gesto de la cabeza—. Golpeándose la cabeza contra el suelo, dando puñetazos. La *lus mór* le quitó esas costumbres tan molestas, pero ya vuelve a gritar para pedir leche y a arañar a la criada. —Nóra metió el brazo extendido del niño en la cesta—. ¿Crees que vivirá?

—¿Áine?

—Sí.

—Ruego a Dios que así sea. Está con ella un médico de Killarney. Lo

trajo el cura. Ahora está furioso con Nance, y eso que tuvo el acierto de llevarla al río.

—Ahí estuvo bien despierta.

—Desde luego, y creo que fue lo que la salvó. Pero el padre Healy no quiere saber nada. ¡Arrastrarla al corral de esa manera! Comprendo que no tenga paciencia para una mujer así y que crea que es una charlatana. Pero me parece muy triste que un cura arrastre a una mujer por el barro, y más si es de la edad de Nance.

—Una vergüenza.

—Y tirarle encima todas esas hierbas que había llevado de buena fe. — Peg se sorbió los mocos—. John O'Donoghue le pidió que dejara a Nance tratar a su mujer, pero con un cura no hay discusión posible. El padre Healy quiere echar a Nance del valle a toda costa. Ya está malmetiendo contra ella. Nóra... —Peg interrumpió su labor y dejó las agujas de tejer en el regazo—. Hay quienes acudían a Nance para que los curara y ahora no quieren ni mirarla. El otro día vino un hombre preguntando por ella. Dijo que su madre le había hablado de una mujer que podía quitarle la ictericia a su niño. Pero mira por donde el hombre al que preguntó era Daniel Lynch. ¿Querrás creer que no quiso decirle dónde vive? Le dijo que se fuera y que por aquí no vivía nadie que hiciera ensalmos.

—Dan está fuera de sí por el dolor de haber perdido un hijo, que Dios lo proteja.

—Y Brigid también. Tiene que ser muy triste tener que esperar a la purificación sin poder hablar con nadie más que su marido, cuando lo que necesita sin duda es compañía.

—A fe que no imagino a Dan hablando mal de nadie.

—Puede ser que crea lo que dice el padre Healy. Ese hombre predica contra Nance desde el púlpito. En misa ha dicho que no es más que una bruja charlatana, que revuelve en los desperdicios y se entromete en las vidas de los demás.

—Es cierto que Kate Lynch estuvo hablando de la dulcamara que le dio Nance a Brigid. —Nóra señaló a Mary con la cabeza—. La chica lo oyó en el pozo. Hablaba de envenenamiento. Yo no me creo una palabra.

Peg asintió.

—Yo tampoco lo creo. Pero, Nóra, es lo que dicen las gentes de Áine. —Le puso una mano a Nóra en la rodilla—. Alguien la vio ir a casa de

Nance. Sola. Encontraron hierba lombriguera y milenrama en la casa.

Nóra negó con la cabeza.

—Seguro que Nance estaba curando a Áine con hierbas antes de que el padre Healy la echara. La noche que se quemó. Eran para un remedio.

Peg bajó la voz.

—Pero eso no es lo que dicen. Nóra, ¿cómo crees que se prendió fuego Áine?

—Se le prendió el vestido. En la lumbre. —Nóra apartó la mano de Peg y siguió tejiendo—. ¿Cuántas mujeres conoces que se han quemado el delantal? Por Dios, Peg, es una lástima, pero cuando una mujer pasa las horas junto al fuego es normal que se queme. Áine tuvo mala suerte de que fuera tan grave, y que Dios se apiade de ella y que se recupere.

Peg respiró hondo.

—Nóra, yo pienso igual que tú. No tengo nada contra Nance. Creo que tiene el saber. Pero las gentes dicen que el fuego que quemó a Áine no era un fuego corriente. Encontraron orines de vaca en la olla.

—¿En la olla?

—La que estaba puesta al fuego. El médico la encontró y se lo dijo al cura y el padre Healy le preguntó a John qué hacía Áine cocinando patatas en las aguas de un animal. Entonces John, que Dios le bendiga, se lo contó. «Era un remedio de Nance. Agua de mil flores.»

Desde el otro lado del corral, Mary levantó la cabeza y las miró con la boca abierta.

—Áine fue a ver a Nance para que la ayudara a quedarse preñada, eso dice John, y Nance le dio las hierbas. «Áine se prendió fuego cuando estaba preparando un baño de hierbas. Estaba haciendo el ensalmo de Nance.»

Nóra miró más allá del corral, hacia el valle. Los contornos de la colina estaban suavizados y difuminaban el horizonte en una bruma dorada. Oía el tintineo de aperos en el aire.

—Seguro que fue un accidente. Nadie tiene la culpa.

—Eso lo sé, pero dice el padre Healy que la culpa es de Nance. Por hacer conjuros. Y Nóra, los que se resisten a ver la mano de Nance en esto ahora buscan la explicación en otra parte.

Nóra vio a Peg mirar de reojo la cesta y se le cayó el alma a los pies.

—¿Dicen que es por el niño cambiado?

—Están asustados, Nóra. Tienen miedo. —Peg sorbió saliva, pensativa

—. No te lo digo para alarmarte. Pero he pensado que debías saberlo, en caso de que alguien venga a hacerte una visita.

—Hoy iré a ver a Nance, Peg. Me va a devolver a mi nieto. Me traerá de vuelta a Micheál y no podrán venirme con culpas.

—Rezo por que así sea, Nóra. Por las llagas del pobre Jesús. Pero ten cuidado con las gentes, yo que tú no dejaría que me vieran ir a casa de Nance. No sé lo que pensarán, pero ten por seguro que no será bueno. —Peg se estremeció—. Ya no. Los que quieren seguir yendo a ver a Nance se esperarán a que todo esto se haya olvidado.

—No ha dado resultado —dijo Nóra. Estaba a la puerta de Nance sujetando al niño de mala gana a la cadera—. Dijiste que podías expulsarlo, Nance. ¿Por qué no me devuelven los Buenos a mi nieto? ¿Qué he hecho yo? —Estaba casi llorando. Notaba los huesos del niño postizo contra el costado, sentía su respiración gimoteante.

—Lleva tiempo —contestó Nance. Estaba de pie en las fauces oscuras de su choza, el pelo blanco revuelto, los brazos separados de los costados como dispuesta para pelear—. No se puede forzar al mar.

Nóra negó con la cabeza.

—Habla con Ellos. Te dieron el saber. ¿Por qué no les preguntas dónde está Micheál? Pídeles que me lo devuelvan. Diles que se lleven esta cosa. —Sostuvo al niño delante de ella clavándole las manos en los huecos entre las costillas. Tenía los dedos de los pies vueltos hacia dentro, descalzos.

—Te estoy preparando un remedio —dijo Nance mirando a Nóra con expresión cansada.

—¡No estás haciendo nada! Lo único que has hecho es atiborrarlo a hierbas que le hacen cagar y temblar. Las ha meado todas. Le han salido grietas en los labios de tanta agua que ha pasado por él. —Nóra volvió a encajarse al niño encima de la cadera y bajó la voz a un susurro furioso—. Por favor, Nance. Lo que has hecho con las hierbas y la dedalera no ha sido bastante. No hace otra cosa que chillar más fuerte y ensuciarse. Estuvo un tiempo callado y temblando, pero ahora está igual que antes. Te pedí que hicieras que los Buenos se lo llevaran, no que lo volvieran débil y enfermo y luego fuerte y bien otra vez. Si antes era una carga, ahora es un peso.

Nance cerró los ojos y se balanceó un poco. No contestó.

Hubo un largo silencio.

—Estás borracha —soltó por fin Nóra.

Nance abrió los ojos.

—No lo estoy.

—Mírate.

Nance suspiró y dio un paso vacilante buscando el quicio de la puerta. Asió la madera y salió del umbral.

—Nóra.

—¿Qué? Mírate.

—Siéntate aquí conmigo.

—¿Aquí? No pienso sentarme en el barro.

—Siéntate conmigo. En ese tronco de ahí.

Nóra siguió de mala gana a la mujer tambaleante hasta un leño podrido revestido de musgo que había en el lindero del bosque.

Nance se sentó. Respiró hondo y dio una palmadita al tronco a su lado.

—Siéntate, Nóra Leahy. Deja al duende en el suelo. Ahí, en la hierba. Debajo del roble.

Nóra dudó y torció el gesto, pero le dolían los brazos de llevar al niño postizo. Lo dejó en una mata de hierba nueva y se sentó de mala gana al lado de Nance.

La vieja levantó la vista hacia las ramas desnudas.

—Álamo temprano y roble tardío, polvo y humo antes del estío.

—¿Qué?

Nance se sorbió la nariz.

—Una vieja rima. Es verdad que los árboles saben lo que está por venir, mucho antes de que pase.

Nóra gruñó.

—¿Ves eso de ahí? —preguntó Nance señalando un punto detrás de su choza.

—La Tumba del Gaitero.

—Exacto. El roble. El serbal. El espino blanco. Ahí moran.

—Eso no es ninguna noticia, Nance Roche. Todos sabemos dónde tienen su casa los Buenos.

—Los he visto. Los he oído. —Nance parpadeó despacio y dejó caer un brazo a uno de los lados del cuerpo—. Tenían predilección por mi madre. Vinieron a buscarla. Con el viento mágico. Le dieron un tallo de hierba cana y se fue volando a lomos de él a lugares hermosos. Mi tía también. A fe que allí es donde fueron. Y me dejaron sola, pero me dieron el saber.

Nóra miró a la anciana. Tenía los ojos entrecerrados y sus manos arañaban el musgo del tronco. Parecía trastornada.

De pronto, Nance abrió los ojos y frunció el ceño.

—Sé lo que piensas, Nóra Leahy. Crees que los años se han colado en mi cabeza y han excavado túneles en mi sesera. Crees que estoy vieja. —Se inclinó hacia Nóra y su aliento era caliente—. Te equivocas.

Hubo un silencio. Las dos mujeres miraron hacia el bosque.

—Creía que con que alguien como tú dijera que es un duende sería suficiente —dijo por fin Nóra—. Desde que mi hija falleció he estado buscando una explicación a la debilidad del niño. Pensé que podían haber sido Johanna y Tadgh, el hambre... —Se le quebró la voz—. Pensé que igual le habían hecho eso a su propio hijo. Que lo habían descuidado. Que mi propia hija no había sido una buena madre. Y me preguntaba: ¿igual no le enseñé cómo se protege a un hijo? Cuando Martin murió empecé a decirme que tenía que haber hecho algo para que me cayera encima toda esta mala suerte. Que el niño no era un castigo a Johanna, sino a mí.

—Tú no has hecho nada malo, Nóra.

—Pero sentía que de alguna manera sí. ¡Y luego lo que decían las gentes! Me avergonzaba de él, de un tullido. Cuando Peter y John me trajeron a Martin, cuando trajeron a hombros el cuerpo de mi hombre, en lo único que pude pensar era en cómo sacar al niño de la casa. Por la vergüenza que me daba que las visitas le vieran las piernas torcidas y se preguntaran por qué las tiene así. Pensando en qué pecado le había quitado el seso, cuando no hace ni dos años lo vi bien y creciendo. Pensando mal de mí. Culpándome.

—Nóra, escúchame. Ese niño no es el hijo de Johanna. Es un duende y lo sabes. Esa mirada, esa debilidad. Te digo que esa criatura no es más que un duende viejo y marchito al que han cambiado por Micheál. ¿Y por qué se llevaron al niño de tu hija? —Nance puso una mano encima de una de las de Nóra—. Porque era el más bonito que encontraron.

Nóra sonrió con ojos llorosos.

—Vi a Micheál una vez, antes de que lo cambiaran. Era precioso. Un ángel. —Miró al postizo—. Y no este niño falso.

—Se lo devolveremos a los Buenos, Nóra. Conocí a una mujer que fue raptada y devuelta.

—¿De verdad?

—Conocí a dos mujeres raptadas. Una no la devolvieron, la otra... —

Nance arrugó el ceño—. La devolvieron usando un atizador candente. Le marcaron la cara con el hierro caliente y eso bastó para expulsar al hada y que ella volviera.

Nóra calló un momento, pensativa.

—¿El fuego la devolvió?

—Era mi tía, y por eso sé que es cierto —dijo Nance—. Le vi la marca en la cara con estos ojos. La cicatriz. Como un sello.

—¿Y funcionó?

Nance se frotó los ojos y se balanceó un poco en el tronco.

—Sí, funcionó.

Nóra se enderezó bruscamente.

—Entonces tenemos que probar con un atizador puesto al fuego.

—No. —La voz de Nance era firme—. No, eso no lo debemos hacer.

—Pero funcionó, ¡tú misma lo has dicho!

—Mi tía me dijo que no se lo habría hecho a nadie. «Jamás en la vida», me dijo, y tengo la intención de seguir su ejemplo.

Nance calló. Nóra torció el gesto.

—No hay por qué quemar ni marcar. Puede que baste con arrimar a la criatura a las llamas. Para asustar al duende y que vuelva con los suyos. — Señaló la pala apoyada contra la pared de la *bóthan* de Nance, junto al montón de estiércol—. Sentar a la criatura ahí y hacer como si la fuéramos a echar al fuego.

—No bastaría para espantarlo.

A Nóra le tembló el labio.

—Entonces lo quemaremos. Solo un poquito. En la cara.

Nance la miró.

—Eso no lo vamos a hacer.

—Quiero que se marche.

Hubo silencio.

—Nóra, piensa en Áine. ¿No oíste sus gritos? Tenía quemada la piel de las piernas. Hasta el hueso. Llena de ampollas. —Nance cerró la boca en una mueca sombría—. Con fuego no... Sé que quieres librarte de la criatura, pero no podemos quemarla.

—Áine no es un hada.

—No puedo desobedecer a mi tía.

—Dices que no podemos quemarlo, pero ¿qué otra cosa quieres que

haga? ¡Dime! ¡Tú eres la que sabe!

Nance se quedó muy quieta. Nóra vio que había vuelto a cerrar los ojos. Tenía las escasas y pálidas pestañas cerradas sobre los pómulos. «Qué vieja es», se dio cuenta. Parecía oprimida por la fatiga. Por la vulnerabilidad. Nóra se fijó en cómo su pecho subía y bajaba despacio, en las diminutas curvas de sus hombros. Llevaba tantas capas de ropa que Nóra nunca la había visto como una mujer frágil. Pero sentada tan cerca, a la luz del día, vio que la *bean feasa* estaba delgada. Estaba débil.

Nance abrió los ojos y eran mudos, llenos de niebla.

—Hay otra manera. Podemos llevar al postizo a donde viven las hadas y expulsarlo allí.

—¿A la Tumba del Gaitero?

Nance negó con la cabeza.

—Donde las aguas se saludan. Un lugar poderoso. Agua de confluencia.

—El río.

—Tú, yo, la chica. Tres mujeres en el punto donde se encuentran tres ríos durante tres mañanas seguidas. Todas ayunaremos. Llevaremos al niño al Flesk antes de que salga el sol. Tres veces antes de que salga el sol durante tres mañanas, y cuando vuelvas a casa a la tercera, el postizo se habrá marchado. Y tal vez te devuelvan a Micheál. Tal vez los Buenos quieran devolvértelo. El duende se habrá ido.

—¿Nos meteremos en el agua?

—Agua de confluencia. Sumergiremos al duende en su poder. Un poder muy grande.

Nóra miró a Nance con la boca abierta. Luego, como si se hubiera decidido, apretó los labios y asintió apresurada con la cabeza.

—¿Cuándo empezamos?

Nance dudó.

—Estamos en marzo; el agua estará fría —musitó como para sí—. El agua estará fría y la corriente será fuerte. —Miró a Nóra, cuya expresión era impenetrable—. Sería mejor si estuviéramos cerca de la Fiesta de los Mayos. Es cuando los Buenos cambian de morada. Estarán inquietos, nos harán caso.

—¿La Fiesta de los Mayos? Pero para eso falta mucho.

—Pero es que va a hacer frío, si no.

—Los días son ya más cálidos. Dicen que va a ser un mes de buen tiempo. Nance, no puedo esperar a la Fiesta de los Mayos.

Nance esperó un instante antes de asentir.

—Mañana por la mañana entonces. Antes de que salga el sol y con el estómago vacío. No comas después de que se ponga el sol, ni dejes que lo haga la chica. Ni Mary ni tú, y tampoco acerquéis al niño a nada que se pueda comer. Yo también ayunaré. —Nance miró la pendiente al final de la cual discurría el río—. Id allí. Os estaré esperando.

Había llovido durante la noche y la tierra, blanda y clemente, cedía bajo los pies descalzos de Mary. Estaba oscuro y caminaba con torpeza por el sendero invadido de maleza, incapaz de apartar los helechos y las ramas bajas con el niño en brazos. Lo llevaba apoyado contra la cadera y sus piernas inertes le golpeaban los muslos al caminar y tenía los ojos fijos en la silueta desdibujada y oscura de Nóra delante de ella. Nance las conducía hacia el río y el blanco de su pelo sin cubrir cabeceaba en la penumbra como una aparición.

Mary se sentía mareada y debilitada por el hambre. Le dolían los brazos.

—¿Falta mucho? —susurró. Ninguna de las dos mujeres contestó. Se le encogió el estómago de nervios.

La viuda había vuelto de ver a Nance la tarde anterior presa de gran excitación. Había entrado como una tromba en la choza y había dejado con brusquedad al niño en brazos de Mary jadeando, con los ojos brillantes.

—Mañana —había dicho sin aliento—. Vamos a llevarlo al agua, al río. Agua de confluencia, dice Nance. Más poderosa que las hierbas. Confluencias donde moran las hadas. No pueden cruzar las aguas, dice. Se reúnen allí, pero no pueden cruzar.

Micheál había empezado a llorar. Mary le puso una mano con suavidad en el pelo y se apoyó la cabeza en su hombro.

Nóra había caminado de un lado a otro de la choza.

—No puedes comer nada —dijo señalando a Mary—. Y no le des de comer. Ayunar, tenemos que ayunar.

—¿Qué vamos a hacer en el río?

La viuda se había sentado junto al fuego y, casi inmediatamente, se había puesto en pie otra vez. Fue hasta la puerta abierta y miró hacia el valle.

—Lo vamos a bañar. En el río, donde se encuentran las tres aguas.

Mary había acariciado el pelo de Micheál, sintiendo su aliento y sus lágrimas calientes en el cuello.

—Estará helado.

Nóra no pareció oírla. Aspiró una bocanada grande del aire nocturno y a continuación cerró la puerta y echó el pestillo.

—Tres mañanas. Tres mujeres.

—¿Tenemos que ayunar durante tres días?

—No comas nada. Ni una miga.

—Nos vamos a morir de hambre.

—Me parece, Mary, que pronto tendré al niño de mi hija de vuelta. Y tú —había señalado con el dedo índice el niño en brazos de Mary—, tú te irás.

Aquella mañana no soplabla brisa y los árboles estaban quietos. Los bosques contenían la respiración en las horas previas a que rompiera el día y había un silencio de espera, el silencio sonoro de pájaros invisibles. Mary sintió el aire humedecerse a medida que se acercaban al río bajo las sombras que proyectaban los álamos. Entonces, de pronto, oyó el borboteo del agua y la bóveda de ramas se abrió dejando ver un cielo pálido. La luna y unas pocas estrellas demoraban su fulgor sobre sus cabezas.

—Por aquí —dijo Nance. Se detuvo para asegurarse de que Mary y Nóra aún la seguían antes de continuar. Las mujeres se abrieron paso entre hierbas altas y el sonido del agua cambió, se aquietó. Eran aguas profundas, pensó Mary. Nance les había dicho que había un remanso de confluencia, donde el Flesk se encontraba con sus hermanos y el agua fluía en oscura trinidad. Los helechos y la maleza se espaciaron y Mary se detuvo a mirar el río. Sus aguas trémulas reflejaban el cielo matutino—. Este es el lugar —susurró Nance. Se volvió hacia Mary y extendió los brazos—. Dámelo. Tú irás primero. Lo vas a bañar tú.

A Mary se le encogió el estómago. Miró a Nóra. Esta miraba el agua fijamente con la cara macilenta.

Nance la apremió.

—Date prisa. Tenemos que bañarlo antes de que salga el sol.

—Pero ¿no estará demasiado fría el agua?

—Será muy rápido. Después de meterlo lo puedes arropar otra vez.

Mary le dio a Micheál a Nance. El niño estaba irritable y gemía.

—Eso es, buena chica.

—¿Están aquí los Buenos? —susurró Nóra. Tenía los hombros tensos, el cuello arqueado como un caballo indómito, los ojos recorriendo sin parar la corriente del río.

Nance asintió con la cabeza.

—Cuando estén lo sabréis. Sabréis que han venido a recuperar a uno de los suyos. —Señaló los capullos de lirio que crecían bajos en el borde del río—. Los lirios amarillos en flor señalan que se ha expulsado un duende a las aguas. Ya lo veréis. En la mañana tercera estarán florecidos, cuando haya vuelto con los suyos. —Se volvió hacia Mary—. Ahora tienes que quitarte el chal.

Mary tenía los brazos cansados de llevar al niño un trecho tan largo y le temblaron cuando se quitó el chal de los hombros. Por un instante pensó en su familia en Annamore, en lo que dirían si la vieran ahora, a punto de bañarse en la oscuridad de una mañana de marzo con un niño lisiado. Dirían que eran hechicerías. Dobló el chal y lo dejó en una piedra cubierta de musgo. Empezó a tiritar.

—¿Tengo que hacerlo yo?

Nance fue firme.

—Nos turnaremos para bañarlo. Una cada mañana.

—¿No le hará daño?

—Es un duende —susurró Nóra—. Mary, métete en el agua. Date prisa, antes de que salga el sol.

Mary se agarró a un rama baja para no caerse y bajó por el terraplén hasta el agua usando las raíces aéreas a modo de peldaños.

—Espera —dijo Nance. Hizo un gesto a Mary para que retrocediera—. Tienes que quitarte la ropa.

Mary se detuvo en la penumbra, con los nudillos blancos aferrando la rama y su suave pelaje de musgo. Le castañeteaban los dientes de manera incontrolable.

—¿No puedo meterme vestida?

—Debes estar desnuda.

Mary tuvo ganas de llorar.

—No quiero —susurró, pero subió de nuevo a la orilla y se quitó la falda y la blusa hasta estar desnuda en la luz previa a la amanecer, encorvada por el pudor y tiritando. Miró a Nance quitarle a Micheál sus harapos y a continuación se acercó para cogerlo. Se lo sujetó con fuerza contra las costillas, su piel desnuda sudorosa en contacto con la suya, y empezó a bajar muy despacio y con cuidado hacia el río.

Cómo deseaba estar en su casa. Pensó en las muchachas que había visto

aquella mañana de mayo, internándose desnudas en el zarzal.

«Que Dios me perdone», pensó.

El río estaba helado, negro de taninos. El contacto con el agua le arrancó un grito de susto y cuando levantó la cabeza vio a las dos mujeres mirándola. Nóra aferraba con fuerza la tela de su delantal.

—Ya falta poco —la oyó decir Mary, como si hablara consigo misma—. Ya falta poco.

Resollando por la impresión del agua gélida, Mary vio el blanco de su piel reflejado en la superficie. Sostuvo al niño en alto, le colgaban las piernas.

—¿Qué hago? —Tuvo que gritar para hacerse oír por encima del ruido de la corriente. Le empujaba las caderas y clavó los dedos de los pies en el lecho del río para recuperar el equilibrio.

—Sumérgelo tres veces —dijo Nance—. Métele la cabeza. El cuerpo entero.

Mary miró la cara del niño. Los ojos sesgados, vueltos hacia un lado y un brazo dando manotadas en el aire.

«Está hechizado», pensó, y lo metió en el río.

CAPÍTULO DIECISÉIS

LIRIO AMARILLO

Amaneció mientras Nóra y Mary subían la pendiente en dirección a la choza después de la excursión al río. Mary tenía la piel insensible de frío bajo la ropa, y le preocupaba que Micheál también estuviera helado. El niño estaba callado en sus brazos, con la cara pegada a su cuello y la respiración pausada.

—Está muerto de frío —murmuró.

Nóra se volvió a mirarla y siguió andando a grandes zancadas.

—Date prisa. No queremos que nos vea nadie y se pregunte qué hacemos fuera de casa tan de mañana.

—No se mueve nada. Ha cogido frío.

—Pronto estaremos bajo techo. —Nóra le hizo un gesto con la mano a Mary, claramente impaciente por la lentitud a la que andaba—. ¡Deprisa!

Cuando estuvieron dentro de la choza Nóra cogió el cubo y fue a ordeñar la vaca dejando a Mary a cargo del fuego. A la muchacha le rugió el estómago mientras echaba ramitas a las flamas que chisporroteaban. «Tres días de ayuno», pensó. Ya se sentía débil.

Micheál estaba en el banco moviendo las pupilas de atrás adelante. Una vez el fuego estuvo avivado, Mary cogió el chal con el que le había envuelto y lo sostuvo delante del hogar para calentar la lana. Antes de tapar con él al niño le miró la piel y vio que estaba azul de frío. Sin pensarlo, le cogió una mano y se metió los dedos gélidos en la boca para calentárselos.

Sabía a río.

Cuando la vaca estuvo ordeñada y el fuego era una pila de ascuas que crepitaban, Nóra sugirió a Mary que durmieran unas horas más. Mary, con el estómago protestando y los ojos irritados por el madrugón, estuvo de acuerdo. Dobló su manta y tapó a Micheál con su chal y este por fin entró en calor y se rindió al sueño. Mary se tumbó a su lado y le estudió la cara.

Nunca le había visto las facciones con tanto detalle. Por lo general era ya de noche cuando se acostaba a su lado y, durante las horas en que Micheál estaba despierto, ella estaba demasiado ocupada limpiándole las babas, o dándole de comer, o quitándole la mierda seca de las nalgas, o aliviándole la erupción de la piel con sebo para mirarlo con atención. Pero ahora, con los primeros rayos de luz de la mañana que entraban por las grietas de la puerta, vio que tenía la nariz ligeramente pecosa y la piel de las aletas de la nariz descamada. Se le había abierto la boca y uno de los dientes inferiores tenía un ángulo extraño. Con cuidado, para no despertarlo, se lo tocó con la punta de un dedo. El diente se movió y, cuando Mary aplicó más presión, se desprendió de la encía y cayó en el colchón.

Micheál se movió y agitó las pestañas, pero no se despertó.

Mary cogió el diente y lo sostuvo a la luz. «Una perla —pensó—. Una perla pequeña.» Pasó un dedo por el hueco irregular, maravillada de que un niño encantado pudiera tener algo tan ordinario, tan parecido a un diente humano.

Se levantó, fue a la puerta, abrió la mitad superior y —como había hecho muchas veces con sus hermanos— tiró el primer diente de leche por encima del hombro al suelo del corral.

«Eso te protegerá», pensó, y volvió a la cama y se sumió en un sueño profundo y apacible.

—Mary, despierta. Despiértate.

Una mano áspera le zarandeaba un hombro. Mary abrió los ojos con un esfuerzo y vio la cara de Nóra —pálida, alarmada— justo encima de ella.

—¡Mary!

Repentinamente asustada, esta se sentó y buscó al niño. Estaba dormido a su lado con los brazos encima de la cabeza. Respiró aliviada.

—¿Qué hora es?

—Hemos dormido todo el día. Es más de mediodía ya.

Nóra llevaba puesto el tabardo de su marido, y los anchos hombros de este la hacían parecer pequeña, frágil. Por la cara le caían mechones de pelo gris.

—Mary, han encontrado un *piseóg*.

—¿Un *piseóg*?

A Mary se le encogió el estómago.

—Estaba fuera orinando, cuando vi a Peg venir hacia aquí. Me lo ha contado. Se lo está contando a toda la montaña. Mucha gente ha ido a verlo. Es un nido de alguna cosa. Un encantamiento. Algo malo.

El miedo aleteó en el pecho de Mary.

—¿Algo malo?

Nóra asintió con la cabeza. Cogió el chal que tapaba al niño y se lo tiró.

—Levántate. Quiero que vayas a ver y me cuentes lo que es.

Mary se frotó los ojos y empezó a envolverse la cabeza con el chal.

—¿Quién lo ha hecho?

—No lo saben. Es lo que todos quieren averiguar.

—¿Dónde?

—En casa de los Lynch —susurró Nóra—. De Kate y Seán Lynch. —Ayudó a la muchacha a ponerse de pie—. Ve y entérate.

Mary llegó a casa de los Lynch siguiendo al grupo de personas que cruzaban los campos. Desprendían un aire de emoción nerviosa, de chismorreos ansiosos.

—Seán estaba en el sembrado cuando lo vio. Dice que no cree que sea el primero que se pone por aquí.

—No, ayer en la herrería habló de otros.

—Piedras giradas, ramas y plantas atadas a su cerca.

—Sí, pero esto es un maleficio de los de verdad. Es un nido de paja con un amasijo sanguinolento dentro. Podrido. Nada de piedras ni plantas. Una maldad nueva. Y hecha para que lo encontraran, por lo que parece.

—Dice Seán que lo puso Nance Roche.

—Han mandado buscar al cura. Así de fea y grave es la cosa.

—Ay, no me gusta un pelo.

Se acercaban al pegujal y Mary escudriñó entre la gente para ver mejor el *piseóg*. Estaba en el suelo detrás de la choza encalada de los Lynch, parcialmente oscurecido por una pila de estiércol. Era un objeto pequeño, un nido, pero claramente hecho por una mano humana. No estaba hecho de ramitas rotas a picotazos, sino que alguien lo había urdido con cuidado y deliberación. Dentro del nido había una masa oscura de algo sanguinolento y en estado de descomposición. El hedor le irritó a Mary las fosas nasales.

Los presentes formaron un corro horrorizados, santiguándose y murmurando entre dientes.

—No hay duda de que no es un accidente.

—Desde luego. Aquí hay maldad. Mucha maldad.

—¿Qué creéis que hay dentro? Eso que se pudre.

—Podría ser un trozo de carne, ¿no?

De pronto una voz masculina se oyó por encima de los susurros.

—¡Está aquí el cura! ¡Ha llegado el padre Healy!

Hubo ajeteo cuando la gente se separó para dejar que pasara el clérigo.

«Ha venido corriendo», pensó Mary. Tenía la ropa salpicada de barro.

—Es aquí, padre.

Manos como garfios señalaron el suelo donde estaba el *piseóg*.

El cura lo miró un momento tapándose la nariz con los dedos.

—¿Quién ha hecho esto?

Hubo silencio.

—¿Se puede saber quién ha perdido el juicio?

El padre Healy miró furioso a la concurrencia, sus ojos azules deslizándose sobre caras nerviosas, asustadas.

—Padre, ninguno sabemos quién lo ha puesto.

—Solo hemos venido a verlo.

Al clérigo le lloraban los ojos por el hedor.

—Traedme una pala.

Uno de los labriegos mandó a su hijo a buscar la herramienta y, mientras esperaba, el cura sacó una botellita transparente con agua bendita y le quitó el corcho con cuidado. Con aire de gran ceremonia, vertió un poco en *elpiseóg*.

—Una gotita más, por favor padre —dijo una voz cantarina. Hubo carcajadas.

—El padre Healy apretó la mandíbula, pero hizo lo que se le pedía y roció generosamente el nido y la tierra de alrededor. Cuando llegó la pala, se la quitó al chico y, con expresión de impaciencia, la metió debajo del *piseóg* y lo levantó. Los presentes retrocedieron varios pasos cuando se balanceó en el borde de metal.

—¿Dónde tienes la acequia más próxima, hombre? —preguntó.

Seán, la expresión sombría por ser objeto de escándalo, señaló una esquina de su prado. El cura se dirigió allí de inmediato y la gente lo siguió. Mary caminó con ellos con el pulso acelerado.

El fondo de la zanja estaba húmedo y lleno de ortigas. El padre Healy tiró con cuidado el *piseóg* en la parte más seca de la pared de la acequia y

luego limpió la pala en la hierba.

—Y, ahora, ¿qué, padre?

—¿Va a bendecir la pala, padre?

—¿No deberíamos haber usado un palo? ¿No habrá emponzoñado el *piseóg* la pala?

El padre Healy se frotó los ojos y a continuación sacó el agua bendita y vertió el contenido de la palma de la mano sobre la pala mientras musitaba una plegaria.

—Préndale fuego, padre.

—¿A la pala? —Por un momento el sacerdote pareció confuso.

—Al *piseóg*. ¿No va a quemar el *piseóg*?

Un hombre dio un paso al frente y ofreció alegre su pipa encendida.

El padre Healy comprendió de pronto y negó con la cabeza.

—El suelo está demasiado húmedo. Seán, ¿puedes traer combustible seco? Paja, tojo. Cualquier cosa que arda. Y lumbre.

Durante unos momentos hubo un murmullo de nerviosa actividad mientras los presentes seguían a Seán a la choza y se servían de sus reservas de astillas, brezo y forraje. Seán no dijo nada, aunque parecía consumido de furia. Mary se mantuvo lejos de él, aunque en un determinado momento la mirada de Seán se cruzó con la suya y la sostuvo, y su expresión era de un asco y una hostilidad tales que Mary se apresuró a apartar los ojos y a concentrarse en reunir ramitas. Reparó en que Kate se mantenía apartada de la gente con el chal muy apretado alrededor de la cabeza. Parecía aturdida y tenía un ojo amoratado. Al ver a Mary, se sobresaltó y dio tres pasos atrás despacio, escupió en el suelo y se santiguó.

Quemaron el *piseóg* en la luz fría y azul del crepúsculo bajo un montón de madera, turba, tojo seco y paja. El fuego ardió en el aire ondulado y las llamas tenían un corazón violeta. Señal de que aquella cosa maligna estaba muriendo, pensó Mary. Le provocó una sensación extraña ver arder el nido ensangrentado mientras el cura se subía a lomos de su asno y la gente se quedaba a montar guardia alrededor de las llamas. Tenía la cabeza llena de pensamientos inquietantes. ¿Quién había trenzado ese nido de paja? ¿Qué seres malévolos rondaban?

El hedor a podrido la acompañó largo rato después de que se extinguiera el fuego y la gente regresara a sus chozas, abotargada por el frío de la tarde.

A pesar de toda el agua bendita, ya llevaba tiempo en la cabaña de Nóra y el olor a sangre mohosa del *piseóg* seguía en su pelo.

Aquella noche se congregaron hombres a la puerta de la choza de Nance Roche ebrios y blandiendo varas de fresno.

Nance los oyó llegar. Sus pisadas resonaron cuando se abrieron paso entre la maleza, golpeando helechos. Miró por una rendija en la puerta de mimbre y vio a Seán Lynch tambaleándose a la cabeza del grupo y deteniéndose para desabotonarse los pantalones. Unos cuantos hombre lo vitorearon cuando empezó a mear orientando el chorro sordo hacia la choza.

Sonó algo que se hacía añicos. Uno de los hombres había estrellado un vaso de aguardiente contra el tronco de un roble.

—¡Hechicera! —gritó de pronto Seán, y de su boca salió despedido un grueso reguero de saliva. Al percibir la furia en su voz, los hombres callaron. Por la rendija de la puerta Nance vio a cinco de ellos de pie, a menos de diez metros de distancia, con las caras brillantes por el sudor y el alcohol.

Seán Lynch dio un tumbo mientras agitaba el palo con brazo vacilante.

—Eres una hechicera, Nance Roche, ¡y ojalá se te lleve el Diablo!

Hubo silencio. Nance contuvo la respiración. Le latía el corazón como a un hombre enterrado vivo.

Los hombres se quedaron allí largo rato, con la vista fija en su choza. Nance sabía que estaba oscuro, que no podían ver el brillo de su ojo en el resquicio de la puerta de mimbre, pero le pareció que cada uno de ellos la miraba. Cinco caras llenas de energía y mala fe. Cinco muros de rabia.

Después de lo que le pareció una hora de asedio, los hombres por fin se giraron y echaron a andar con paso vacilante hacia el sendero, hablando entre sí.

Cuando desaparecieron en la oscuridad y Nance ya no oyó otra cosa que no fuera el sonido del viento en el bosque y la suave corriente del río, se recostó contra la pared jadeando, aterrorizada. Temblaba de forma incontrolable.

Dos días después de que Maggie y la mujer encantada desaparecieran, unos hombres habían entrado en su casa. Al llegar se encontró la habitación revuelta, la loza hecha añicos en el suelo, las cenizas desperdigadas, como si alguien hubiera buscado algo enterrado en el polvo del hogar apagado.

Era de noche cuando volvieron, pateando la puerta con sus botas, dando puñetazos a las paredes encaladas.

—¿Dónde está?

Nance se había puesto de pie y trató de abrir la puerta trasera para escapar, pero se había atascado con la arcilla del suelo.

—Quieta ahí, *cailín*. ¿Dónde está?

—¿Quién?

—¿Dónde está la loca? Esa pariente tuya que hace hechizos.

—¿La que cura?

Al oír aquello, uno de los hombres había escupido y la había mirado furioso.

—Maggie la Loca de Mangerton.

—No hace hechizos.

El hombre había reído.

—Con que no, ¿eh?

Nance pensó en lo que le había enseñado Maggie los días anteriores. Maneras de invocar la suerte que correspondía a otros y cultivarla para uno mismo. Maneras de dejar estéril a un hombre. Cosas que pueden hacerse con la mano de un hombre muerto en caso de necesidad.

—No está aquí.

—¿No está escondida en alguna zanja?

Nance negó con la cabeza.

—Se ha ido.

Y a continuación, lágrimas de miedo por aquellos hombres en la choza de su padre muerto, por la desaparición de la única familia que le quedaba en el mundo.

Los hombres la habían apuntado con el dedo.

—Si esa ramera loca de tu tía vuelve, dile lo que se le viene encima. Dile que sé que ha hechizado mis vacas. Dile que le rajaré el pescuezo igual que ha hecho con ellas.

Ahora, desfallecida en su diminuta *bóthan*, a Nance le temblaban las manos igual que después de que aquellos hombres se marcharan.

«Que la Virgen María me proteja —pensó Nance—. Soy un fresno que se enfrenta a una tormenta. A pesar del bosque, solo yo cortejo al rayo.»

Cuando en la mañana segunda Nóra se despertó con un hormigueo de expectación en el estómago, Mary ya estaba vestida y esperando junto al fuego encendido sujetando al niño postizo en el regazo con las manos

cerradas firmemente sobre su estómago. El crío tenía la cabeza apoyada en su hombro. Gemía igual que un perro.

—Así que ya estás preparada. Haberme despertado. Ya podíamos estar de camino.

Mary miró a Nóra implorante.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—No quiero ir.

—¿Y eso por qué? —preguntó Nóra irritada. Le bailaba el estómago de la excitación. Quería estar ya en el río. Quería que le llegara el turno de sumergir al niño encantado. Quería percibir su resistencia a marcharse.

—Tengo miedo —dijo Mary.

—¿Miedo de qué? ¿Cómo te puede asustar bañarte en el río? Ayer por la mañana te tocó a ti. Hoy solo tienes que mirar.

—Está demasiado fría para él. Ya vio cómo tiritaba y temblaba y lo azul que se puso. Tengo miedo por él. Y esta mañana lloraba pidiendo leche, señora. ¡Tiene hambre!

—Y yo. Y tú.

—Pero con nada en el estómago, me preocupa que no soporte el frío y se muera.

—Mary, eso que tienes en el regazo no es un niño. No podremos salvar a Micheál si no hacemos lo que dice Nance y lo metemos en el agua.

La muchacha parecía a punto de llorar.

—Tengo un mal presentimiento —tartamudeó.

Nóra dio un sorbo de agua del cazo y se remojó un poco la cara.

—Ya está bien, Mary.

—Es verdad. Tengo un mal presentimiento. Pienso en lo que diría el cura si se enterara.

—El cura tuvo su oportunidad de ayudarme.

—Pero, señora, ¿no cree que lo que hacemos es pecado? Le conté lo del *piseóg* ayer. Pues esto también me parece una hechicería. Levantarse antes de que salga el sol y desnudarnos a cielo abierto. No quiero pecar. No quiero hacer daño al niño.

—Tienes miedo porque ayer viste el *piseóg* y te ha trastornado.

—¡Dicen que fue Nance quien lo puso!

—Eso es mentira.

—Dicen que quiere maldecir todo el valle porque el padre Healy

sermoneó contra ella en misa.

—¡Chismorreos y habladurías!

—Pero igual no deberíamos fiarnos de ella, señora. Igual es...

—¡Mary! —Nóra se secó la cara con el delantal y se lo ató a la cintura—. ¿Quieres que me devuelvan al hijo de mi hija?

La muchacha calló y acercó más al niño contra su pecho.

—Lo que vamos a hacer no es pecado —dijo Nóra—. No hay pecado en devolver a los Buenos lo que siempre fue suyo.

Mary miró la arcilla bajo los pies de Nóra.

—¿Puedo llevarme la manta para envolverlo luego?

—Si estas dispuesta a cargar con ella...

Caminaron hasta la choza de Nance bajo un cielo negro despejado, con un leve indicio de rosa al este. Nóra se fijó en que Mary se tambaleaba un poco con el niño postizo en brazos. Debía de estar hambrienta, pensó. El ayuno del día anterior había dejado a Nóra eufórica. Caminando en la oscuridad tenía los sentidos más agudos de lo habitual. El aire frío se le colaba en los pulmones y le colmaba la nariz de los aromas propios de la tierra: barro y humo, pero también la vecina humedad del río y el lecho mohoso del bosque. Se sentía asombrosamente alerta.

Cuando llegaron, Nance estaba sentada junto al fuego. Se sobresaltó cuando abrieron la puerta y a Nóra la desanimó comprobar que parecía ausente. Tenía grandes bolsas bajo los ojos y el pelo blanco, que por lo general llevaba cuidadosamente recogido en la nuca, estaba suelto y enmarañado sobre los hombros.

—¿Nance?

—¿Es la hora? —preguntó esta, y, cuando nadie contestó, se levantó despacio—. Vamos a la confluencia, pues.

El silencio, una vez entraron en el bosque, era asfixiante. Nóra no oía nada excepto el susurro amortiguado de sus pisadas y la tensa respiración de Mary, cansada por el peso del niño. Las sombras bajo los árboles parecían espantosamente inmóviles.

Un grito repentino y agudo resonó en el valle y las tres mujeres dieron un respingo.

«Un pato —pensó Nóra—. Un zorro que ha matado un pato.» Pero tuvo un cosquilleo en la nuca.

—¿Te has enterado de la cosa atroz que pasó en casa de los Lynch? ¿Lo del *piseóg*? —susurró tratando de que no le temblara la voz.

En la oscuridad, Nance guardó silencio.

—Un *piseóg* —repitió Nóra—. Mandaron a buscar al cura. Lo roció con agua bendita y después lo quemaron. Eso dijo Mary.

La voz de Mary sonó delante de ella.

—Era un nido y algo con sangre.

—Me dijo la muchacha que olía a mil demonios. Por eso lo encontró Seán. Por el olor.

—Se acercan tribulaciones —murmuró Nance. Parecía distraída. Hasta que no llegaron al punto del río del día anterior no volvió a hablar.

—Nóra, te toca.

Nóra no sabía si los calambres que tenía en el estómago eran de emoción o de miedo.

—¿Qué tengo que hacer, Nance?

—El ritual es el mismo. Haz lo que la muchacha. Desnuda al duende y mételo contigo en el agua. Asegúrate de sumergirlo entero tres veces. Que hasta el último pelo esté bajo el agua. Ten cuidado de no resbalar. El río parece muy crecido esta mañana.

Nóra asintió con la boca seca. Se desnudó con dedos temblorosos.

—Igual debería hacerlo yo otra vez —dijo Mary. Se había acucillado junto a la raíz de un árbol y tenía el niño abrazado contra el pecho. Este gimió al oír el agua y le daba cabezazos en el hombro.

Nóra extendió los brazos.

—Ya basta, sabes que me toca a mí. Así es como debe ser. Dámelo, Mary.

La criada dudó.

—¿Tendrá cuidado con él?

—No queremos hacerle daño —la tranquilizó Nance—. Solo queremos devolver al niño encantado con los suyos.

—Es que ayer pasó mucho frío. El agua está muy fría para él. Y como es tan pequeño, tan flaco...

—Dáselo a Nóra, Mary.

—¡Deprisa! —Nóra se adelantó y cogió al niño de brazos de Mary. Dejó caer la manta que lo envolvía y lo dejó en el suelo para sacarle el vestido por la cabeza.

—Lo ha dejado en una zarza —protestó Mary.

Nóra simuló no oírla. Cogió de nuevo al niño y este de pronto se enfadó y agitó los puños. Notaba su cabeza presionándole la clavícula.

—Métete en el río, Nóra. Así es. Cógete a esa rama, como hizo ayer Mary. No resbales.

El niño postizo, cuando Nóra lo sumergió por primera vez en la corriente, abrió la boca sorprendido. Pero no fue más que un bautismo, un trago de río, porque enseguida Nóra lo sacó antes de sumergirlo otra vez.

—En el nombre de Dios, ¿eres o no eres Micheál Kelliher, hijo de mi hija?

Le pareció que el niño la miraba a los ojos cuando el agua le cubrió la cara por tercera vez y le salieron burbujas de la boca. Lo sacó, chorreando y el sol atravesó la superficie del agua. No se había dado cuenta de que se había hecho de día. Nóra sujetó al niño duende contra su pecho desnudo y lo mantuvo así hasta que este escupió el agua en sus pechos y su respiración dejó de ser tan entrecortada. Allí, tiritando en el agua pespunteada de luz, sintió que era cierto, que en solo un día tendría al hijo de su hija de nuevo con ella, con brazos y piernas, y hablando. Lo presintió en la callada insistencia de la corriente y en las alondras en lo alto, que de pronto cortejaban el cielo con su vuelo.

Más tarde aquella misma mañana se formó en el pozo un apretado corro de mujeres, que se tapaban la cabeza con los mantones a pesar del clima despejado de marzo. Hablaban con voces encendidas de complicidad.

Mary las miró cuando se inclinó a dejar el cubo y varios pares de ojos se posaron en ella, algunos observándola con descaro. De pronto el grupo de mujeres se dirigió hacia ella. Mary se enderezó deprisa, levantó la barbilla y se tambaleó, sintiéndose mareada de pronto.

—Eres amiga de Nance Roche, ¿a que sí, Mary Clifford?

Quien habló fue Éilís O'Hare y había un tono acusatorio en su voz.

—Estábamos aquí hablando, pensando en quién puede haber puesto ese *piseóg* en la granja de los Lynch.

—Bueno, pues yo no he sido, si es lo que piensan.

Éilís soltó una carcajada.

—¿Será orgullosa, creyendo que la estamos acusando? Esta mañana has orinado sobre ortigas, ¿verdad?

Las mujeres rieron. Mary notó un escalofrío en la espalda.

—Quien fuera lo hizo de noche. No se oía ni el ladrido de un perro, dice Seán.

—Quizá no fue tan reciente —dijo otra mujer—. Quien dejó el *piseóg* pudo hacerlo cuando aún estaba fresco y lo dejó pudrir.

—Kate dijo que ha visto a Nance robando en los campos en la hora azul, cuando no hay un alma.

—Sí, pero mi hombre es madrugador y dice que juraría sobre la tumba de su madre que vio a una vieja acompañada de los Buenos recorrer el sendero en la noche. El de la Tumba del Gaitero, en la espesura. Y tiene buena vista.

—Lo bastante para ver las hadas, ¿no?

—A fe, que los hombres ven muchas cosas por el culo de una botella de *poitín*.

Hubo risas.

—¡No estaba ebrio! No ha bebido una gota en su vida.

—¿Piensa que era Nance con sus espíritus?

—Bueno, se dice que habla con Ellos.

—Por Dios, eso es verdad. Conspira con Ellos. Les ha pedido que le enseñen a robar mantequilla y a secar las gallinas y a quemar a las mujeres de los herreros.

—Un espanto.

—Me pregunto de dónde era la sangre —dijo una mujer mirando nerviosa a Mary.

—Podría ser de animal —sugirió una—. Podría ser de una liebre, muerta y desangrada.

Mary miró al suelo. Pensó que iba a vomitar.

Éilís habló de nuevo:

—Si ves a Nance, Mary, te aconsejo que le digas que vigile a quién echa maldiciones. Nadie piensa tolerar sus maldades. Prender fuego a Áine de esa manera. La sangre en la granja de Seán.

—Dile que se marche.

—Es curandera —dijo Mary débilmente.

—Pues claro, yo he ido a que me diera algún remedio en el pasado. —Éilís hizo una mueca sarcástica—. Y casi me saca un ojo con el pico de un ganso. No tiene seso.

—¿No tiene seso o no tiene corazón, Éilís?

Mary vio que Hanna se había acercado con la frente arrugada.

—¿En qué quedamos?

—Hay que ser tonto para ir a una bruja hechicera como ella.

—¿Y tú has dejado de ser tonta, Éilís? ¿O te volvió el seso cuando te echaste ese marido tuyo tan maravilloso?

Éilís frunció el ceño, pero se alejó, dejando a Mary temblando.

Hanna le puso una mano en el hombro.

—No le hagas caso —dijo—. Estáis llevando al niño de Leahy a Nance, ¿verdad?

Mary dijo que sí con la cabeza.

—Dile a Nance que la vieja Hanna sabe que el *piseóg* no fue cosa suya. —Bajó la voz—. Cualquiera mujer sabría decirte lo que había en el nido. Las mujeres sangran, y Dios sabe que Nance ya no es una de ellas. ¡Yo tampoco! No, yo creo que fue alguien de dentro de la casa.

Mary la miró, horrorizada.

—Sí —dijo Hanna señalando con la cabeza hacia donde Kate Lynch estaba sacando agua del pozo—. La muele a golpes. Oye mis palabras, joven Mary Clifford. Un día lo matará. Si hay alguien sin seso aquí es ella. Se lo ha ablandado su marido a puñetazos.

Nance estaba de pie en la oscuridad, fumando uña de caballo y vigilando el sendero. Llevaba tres días sin comer y el hambre la tenía alterada, alerta. La brasa de su pipa era dolorosamente brillante, sus oídos detectaban cada susurro, cada indicio de movimiento en la oscuridad. El hambre la había vaciado y se sentía igual que un tambor. Notaba la piel tensa y cada estímulo que recibía su cuerpo se amplificaba. Zumbaba.

Entonces lo oyó. Cortando el silencio previo al alba, el grito de zorro del niño duende. Se estremeció, chupó la pipa. Pasaron varios minutos eternos hasta que Nóra y Mary se reunieron con ella, guiadas por la luz diminuta de la hoja de la pipa hasta la puerta de la choza. La viuda caminaba de forma extraña, los puños cerrados, las piernas rígidas. Cuando se acercó, Nance vio que tiritaba, aunque no había escarcha en el suelo. Parecía agitada.

—Que Dios os bendiga a las dos.

—A fe que está oscuro hoy. —La voz de Nóra era aguda y estaba cargada de expectación.

—Es la última mañana. La última mañana siempre es la más oscura.

—De no ser por esa pizca de luna, nos habríamos perdido.

—Pero estáis aquí. Y Mary, ¿te daba miedo perderte?

La muchacha no dijo nada, en la penumbra solo se veía el blanco de su delantal. Nance le tocó un hombro y notó cómo se sobresaltaba.

—Tranquila. No hay nada que temer. Yo os protegeré y pronto habrá luz.

Mary se sorbió los mocos y el niño volvió a gritar, asustándolas a todas.

Nance extendió los brazos.

—Sabe que hoy lo devolveremos a donde pertenece. Dámelo, Mary. Yo lo llevaré hasta el agua.

—Pesa demasiado.

—Soy fuerte.

—Quiero llevarlo yo. Déjeme que lo lleve.

Nance vio a Nóra pegar a la muchacha en el hombro.

—Dáselo a Nance. —La viuda se volvió y se dirigió a ella—. Será mejor que hables con la chica. Lleva lloriqueando y quejándose toda la noche.

—Mary, dame al duende.

—Lo sabe —susurró la muchacha mientras le entregaba al niño de mala gana.

—¿Qué?

—Sabe adónde vamos —dijo, con voz triste—. En cuanto vio que veníamos hacia aquí empezó a gritar.

—Claro, ¡el pobre postizo no quiere volver debajo de la colina! Te ha tenido a ti para cuidar de él. Pero ha llegado el momento de cambiarlo por el nieto de la viuda.

—¿Qué será de él?

—Volverá con los suyos.

—¿Y no sufrirá?

—¡Claro que no! —contestó Nance, pero le vino a la cabeza una imagen de Maggie. La larga cicatriz.

El viaje al río se hizo interminable con el niño pegado al pecho. Alarmado por las manos desconocidas de Nance, se puso a gritar con la boca pegada a las arrugas de su garganta mientras caminaban, la hierba tiesa por el rocío rozándoles las faldas. Nance notó el pis empaparle la ropa y calor en la mano.

La viuda le susurraba nerviosa mientras caminaban.

—Anoche tuve un sueño. No fue un sueño normal. ¿Recuerdas lo que contaba Peter O'Connor de que había visto luces en la Tumba del Gaitero la noche que murió Martin? Pues soñé que caminaba por los campos antes del amanecer, la luz era azul, como la de ahora, y cuando me acercaba a la morada de las hadas, vi tres luces bajo el espino blanco. Al principio me dieron miedo, pero mis piernas no dejaban de andar y cuando me acerqué vi el espino florecido y los pétalos al viento, y en medio de la lluvia y el aleteo de todas esas flores vi que las luces no eran luces, sino Johanna y Martin y Micheál. —Al pronunciar sus nombres se emocionó—. Estaban los tres, Nance, debajo del árbol. Esperándome. Y sonaba una música que no se parecía a ninguna otra.

—¿Música de hadas?

—Como si la tocaran ángeles. Y cantos también. Y vi a los Buenos bailando al fondo. Qué manera de bailar. —Había fervor en la voz de la viuda—. ¿Crees que es un buen augurio?

—Pronto lo sabremos, Nóra Leahy. Pronto lo sabremos.

El valle se iluminó hasta que fue posible ver el río, marrón oscuro y ribeteado por el verde de los helechos en flor, la corriente derramada sobre las piedras. Nance, respirando con dificultad, le dio a Micheál a Mary y se desvistió, sacándose las numerosas capas de fieltro y lana por la cabeza y dejándolas dobladas en el suelo. Sus pechos eran pálidos como la luna en la luz temprana; el aire frío le tensó la piel.

—Esta es la última vez —dijo. Miró a Nóra y vio que estaba erguida y rígida, con los brazos firmemente cruzados delante del pecho y los ojos muy abiertos. Temblaba de pies a cabeza.

—Mary, espera a que esté dentro del río y entonces me das al niño.

Mary la miró con la cara blanca, sin decir nada. Estaba al borde del llanto.

El frío del río le arrancó el aire de los pulmones. Nance vadeó despacio, jadeando, perdió pie cuando el barro de la orilla cedió a su peso, dio un respingo cuando el agua le llegó a la piel flácida de los muslos y el vientre. Dios todopoderoso, sí que estaba fría. La corriente era fuerte. Le dolían las caderas. Notaba el río contra las piernas, notaba cómo agitaba los guijarros que levantaba ella con los pies y les daba silenciosamente la vuelta.

—Dámelo, Mary. —Le castañetearon los dientes y se preguntó qué

pasaría si se caía dentro del agua. Se sentía vieja. Frágil de pronto.

La muchacha no se movió. Se acuclilló en la orilla y abrazó más fuerte al niño.

Nóra se acercó a ella.

—¡Mary, dale el niño a Nance!

Nóra intentó coger al niño, que gritó más fuerte, pero Mary se aferró a él, cerró los brazos alrededor de su pecho. Empezó a llorar. Furiosa, Nóra le pellizcó los dedos, separándolos de las costillas del niño.

—Tienes mucho descaro, niña. Debería darte vergüenza.

Le dio una bofetada a Mary y esta gritó y soltó a Micheál. Nóra se puso al niño lloroso en un hombro, le tapó la boca con una mano y se metió en el agua vestida. Vadeó hasta donde estaba Nance, resistiéndose a la violencia del río, y le ofreció al crío, que no dejaba de llorar.

—¡Por favor! —gritó Mary desde la orilla—. ¡Por favor! ¡Es un pecado! ¡Es un pecado hacerle eso!

Nance, temblando violentamente por el agua fría, cogió al niño e hizo el signo de la cruz sobre su pecho, que era todo piel y huesos. Miró a Nóra, de pie en el agua, de espaldas a Mary. La viuda asintió con la cabeza y entonces Nance sumergió al niño.

Mary se dejó caer en el borde de la orilla musgosa mientras le rodaban lágrimas por las mejillas.

—¡Está demasiado fría para él! —gritó. Arañó la tierra con las uñas y empezó a atragantarse con sus lágrimas—. ¡Es un pecado!

—Calla, Mary —murmuró Nóra, y le hizo un gesto con la cabeza a Nance mientras esta sacaba al niño del agua.

—¡En el nombre de Dios, si eres duende, vete!

—¡Por favor, Nóra, por favor, no le haga esto!

Nance volvió a meter al niño en el agua y a continuación lo sacó a la superficie. Tenía el pelo cobrizo pegado a la frente y la boca y los ojos llenos de agua. Luego por último, antes de que le diera tiempo a coger aire para empezar a llorar de nuevo, le sujetó con fuerza las costillas y lo sumergió en la corriente por tercera vez. Miró a Nóra y supo que estaba atenta al cuerpo blanco y castigado del niño bajo la piel espumosa del río, el destello de su pelo como el coleteo de un pez. Nóra la miró y asintió de nuevo y puso las manos en el pecho de Micheál mientras Mary no dejaba de llorar. Nance tensó los brazos y miró hacia el sauce, con sus inflorescencias como dedos

esbeltos, y la franja de berros que acariciaban la orilla. Las manos le dolieron hasta quedarse insensibles en la impetuosa corriente. Notó las uñas del niño clavársele en la piel mientras se agitaba y miró los lirios en flor, sus hojas cerradas alrededor de las flores amarillas como manos en oración, sintió el viento en el pelo cuando una ráfaga abrazó los árboles y envió hojas revoloteando a la superficie del agua, rota por aquel niño cuando levantó una mano e intentó aferrarse al aire. Nance cerró los ojos y sintió sus forcejeos y entonces supo, sin necesidad de comprobar que había dejado de resistirse, sin verle los ojos vidriosos, que el río había reclamado al duende para sí; que el río se había cobrado su deuda.

PARTE TRES

CUANDO LA BRUJA ESTÁ EN PELIGRO, DEBE HUIR

Annair is cruadh dón chaillich caithfidh sí rith

1826

CAPÍTULO DIECISIETE

ZARZA

Mary corrió como si la persiguiera el Diablo. Pisó los charcos que relucían en los campos, cruzó el sendero y subió la pendiente con el pedernal de la colina hiriéndole los pies, el dolor que le atravesaba los talones y los pulmones tensos y ardiendo, calambres que le rasgaban el costado. Corrió. Corrió con un terror que le atenazaba la sangre.

Hasta que no vio la silueta de la choza de Peg en la ladera de la montaña no supo a dónde debía ir. Su instinto había sido solo huir, dejar el horror del río y la visión de la cabeza pálida de Micheál caída contra el cuerpo flácido de Nance.

Lo habían matado.

Dios del Cielo, lo habían asesinado y ella lo había visto, había permitido que ocurriera.

La inmovilidad del cuerpecillo cuando lo sacaron del agua, las costillas pegadas a la piel del torso, las gotas deslizándose de sus pies de vuelta al agua. El grito triunfal y feliz de Nóra, con la falda hinchada a su alrededor, el aire atrapado bajo el tejido cuando se dio la vuelta y señaló un lirio en flor. La cabeza caída, la garganta expuesta al cielo. Y los pájaros, los pájaros llenando de pronto los árboles de manera que los gritos de Mary quedaron ahogados por su coro matinal. Todos los pájaros chillando a la luz.

Mary corrió hasta que tropezó con una piedra escondida y cayó, las manos sangrando de inmediato al arañarse con el suelo. Se sentó en el pedernal y la tierra y aulló, sucia de turba, aterrorizada.

A Peg O'Shea le llevó una hora calmar a Mary y descifrar lo que decía.

Los gritos de la muchacha habían despertado a la casa entera y su yerno había corrido a ver qué había pasado. Había vuelto con la criada de Nóra en brazos. Estaba sucia de barro e histérica, incapaz de hablar, con la respiración

acelerada y descontrolada y temblando con tal violencia que Peg le había ordenado a su hija que la envolviera en una manta y la abrazara con fuerza.

—Mary, ¿qué te ha pasado? Cuéntanos qué ha pasado.

La muchacha sollozaba y moqueaba con la boca abierta.

—Pequeña, ya estás a salvo. Estás entre amigos. Dinos, Mary, ¿qué te ha pasado?

—Quiero irme a mi casa —Tenía la voz atravesada afilada de miedo—. Quiero irme a mi casa.

—Y te irás. Pero primero cuéntanoslo, Mary. Por favor. Nos duele verte así.

—Me ahorcarán.

La familia intercambió miradas.

—¿Ahorcarte? —preguntó Peg.

—Lo ha matado —sollozó la criada—. Está muerto.

—¿Quién?

—¡Micheál!

—Respira, Mary. Así, muy bien. Respira hondo y cuéntame. ¿Estás diciendo que Micheál está muerto?

La muchacha sacó los brazos de la manta y se cogió el pelo y se tapó con él la cara. Se meció atrás y adelante en el suelo de la cabaña de Peg.

—Mamá —susurró—. Quiero a mi mamá.

—¿Qué has visto, Mary?

—Quiero irme a casa —lloró la muchacha—. No quiero morir. Me mandarán a la horca. Me mandarán a la horca.

—No pienses en la horca, chis. Dime, Mary, ¿qué has visto? ¿Qué ha pasado?

Mary suspiró estremecida.

—Ha sido Nance —tartamudeó—. Lo ha ahogado y ahora está muerto.

Peg encontró a Nóra sentada sola junto al hogar mirando las cenizas apagadas. La viuda estaba muy quieta, envuelta en el abultado tabardo y con las manos cerradas alrededor de una botella de *poitín* que tenía en el regazo.

—¿Nóra? Soy Peg.

La viuda se volvió, pálida. Peg vio que había estado llorando: tenía el filo de los ojos encarnado y la nariz húmeda.

—No está aquí..., —Sacudió un poco los hombros y enseguida le quitó el corcho a la botella, dio un trago apresurado, torpe, y se limpió la boca.

—Nóra, por el amor de Dios, ¿qué ha pasado?

—Lo he buscado, pero... —Cerró los ojos y se estremeció—. Vine directa aquí. Vine corriendo, Peg. Pensé que igual se asustaba al verse solo.

—¿Estás hablando del niño, Nóra?

—No está aquí —dijo en tono incrédulo—. Vine porque creí...

Peg se sentó en un taburete.

—Estás empapada. Tienes la ropa mojada y sucia.

Nóra bajó la vista como sorprendida de verse la falda mojada cubierta de hojas y tierra. Tenía espinas de zarza clavadas en el delantal.

—He estado en el río.

—¿Qué hacías en el río?

—Y luego vine aquí. A ver si el hijo de...

—Nóra, dice Mary que el niño postizo está muerto. Está fuera de sí diciendo que se ha ahogado en el río. ¿Es eso cierto?

La expresión de Nóra se ensombreció.

—¿Lo has visto? —Agarró a Peg por los hombros y la obligó a acercar la cara a la suya—. Mary. ¿Qué ha dicho?

—Nóra, me estás asustando.

La viuda tenía el aliento acre por el whisky.

—Dime qué ha dicho. ¡Dímelo!

Peg apartó con suavidad a Nóra.

—Me dice Mary Clifford que Micheál está muerto. Que se ha ahogado.

Nóra calló, la mandíbula tensa.

—No, Peg. Micheál no.

—Dice que vio a Nance ahogar al niño. Nóra, ¿es eso lo que ha pasado? ¿Ha ahogado Nance al niño tullido?

—Era un duende —gimió Nóra.

—¿Nance ha ahogado al duende?

—Y Mary salió corriendo. Nos dimos la vuelta y la vimos echar a correr.

—¿Nos dimos? ¿Nance y tú?

—Pensé que Micheál estaría aquí —dijo Nóra—. Pensé que me lo devolverían.

Peg respiró hondo.

—Nóra, ¿el niño cretino está muerto?

Llamaron a la puerta y las dos mujeres saltaron. El padre Healy estaba en el umbral, con el yerno de Peg detrás. El cura tenía el semblante serio, fruncido de preocupación.

—Nóra Leahy, ¿qué has hecho?

Nóra negó con la cabeza, incapaz de hablar.

—Tu criada acaba de decirme que ha visto cómo ahogaban a tu nieto esta mañana.

—No.

—Nóra, ¿es el niño del que viniste a hablarme? ¿El tullido? ¿Lo has ahogado?

—Era un duende.

El cura se acercó a ella, horrorizado.

—Que Dios te perdone. ¿Dónde está el niño? ¿Qué has hecho con él?

—No está aquí.

—Nóra, ¿has asesinado a ese niño? Dime la verdad ahora mismo o... escucha lo que te lo digo, Dios te condenará por lo que has hecho.

Nóra apretó los labios y siguió callada.

El cura estaba pálido.

—¡Dios bendito! ¿Ha perdido la cabeza?

—Tiene una conmoción —murmuró Peg—. No es ella.

El padre Healy se llevó una mano a la boca.

—Escúchame, he mandado un hombre al cuartel. Va a traer a la policía, ¿me entiendes? Viuda Leahy, escúchame. Van a venir unos hombres a tomarte declaración. Una declaración bajo juramento. ¿Me oyes? ¿Viuda Leahy? —Se le fueron los ojos al *poitín* en el regazo de la viuda—. No me digas que está bebida. Creo que ya no debe tomar más. —Hizo un gesto a Peg, que cogió la botella de entre los dedos de Nóra.

—No...

El clérigo se inclinó hacia Nóra.

—¿Cómo? ¿Qué dices?

—No... no quiero irme de aquí.

—Va a venir la policía a hablar contigo. Y puede ser que te lleven con ellos.

—No voy a ir. No puedo.

—Nóra, solo será un rato —trató de persuadirla Peg—. Yo te cuidaré la vaca. Y las gallinas.

Nóra negó con la cabeza.

—No, tengo que quedarme. Puede venir Micheál. Si no viene hoy, igual me lo devuelven mañana. Tengo que esperarle.

El padre Healy subió la voz, exasperado.

—Si dice tu criada que está muerto, no va a volver. ¿Sabes dónde está tu nieto? ¿Dónde está el cuerpo?

—Micheál está con los Buenos, pero ahora volverá. Ahora me lo van a devolver. Eso ha dicho Nance.

El cura no dijo nada. Caminó hacia la puerta abierta, a continuación se detuvo y se volvió para mirar a Nóra con una mezcla de asco y compasión.

—Si fuera tú, Nóra Leahy, me pondría a rezar. —Le hizo un gesto a Peg—. Asegúrate de que no salga de aquí hasta que llegue la policía.

Para cuando Nance volvió a su choza, no podía dejar de tiritar de frío. El agua del río le había calado hasta los huesos y le dolían. El hambre tan intensa de los días pasados se había convertido en náuseas y, ahora que todo había terminado, solo quería dormir. Se arrastró a su cama de brezo, se tapó con la manta y cerró los ojos.

Entonces soñó. Soñó que era joven y caminaba por la calle principal de Killarney, el barro del suelo endurecido por el calor de un verano adelantado.

De pronto se encontraba rodeada. Mujeres jóvenes. Caras morenas de faenar al aire libre. Cestos con pescado a la espalda, escamas que rezumaban. La llamaban por su nombre, las bocas abiertas con la forma de las letras.

—¡Nance!

—¡Nance, párate! ¡Queremos hablar contigo!

Sus pies se detenían. El suelo caliente contra las palmas de los pies.

—Creímos verte la víspera de mayo. En los campos.

—Sí, eras tú. Caminando sola, y disfrazada.

—Yo no he hecho eso.

—Pero te vimos, Nance Roche.

—Sí.

—Claro que sí. Te vieron gatear debajo de una zarza.

—Jamás he hecho eso.

—Pero es que te vieron. Y la persona que dijo haberte visto lo juró por Dios.

—¿Quién lo dice?

—Dice que te vio desnudarte y meterte a gatas debajo de la zarza y que luego te oyó decir cosas extrañas.

—Decidme quién cuenta esas mentiras.

—No me atrevo, Nance, por si le echas un maleficio.

—Nunca he hecho algo así.

—¿Es cierto que has estado con los Buenos?

—No, jamás en la vida.

—Todos sabemos que se llevaron a tu madre.

—Sí, y que Maggie la Loca es tu tía. Está compinchada con Ellos. Ella sí que sabe hacer hechizos.

—Todos locos. Su madre también. Tienen la locura en la sangre.

—Sí, por eso se ahogó tu padre.

—Fue un accidente.

—Eres una mentirosa, Nance. Fue porque se volvió loco.

—¿O fueron las hadas?

—Pronto te tendrás que ir de aquí. Es lo que les ocurre a los que hacen hechizos. Los que tienen la culpa de lo que pasa.

—Y ahora que ha muerto tu padre, no tienes a nadie que viva contigo.

La furia la inundó hasta que se sintió arder. Las mujeres formaban un corro a su alrededor y allí estaba ella, en medio de la calle, inflamada.

—Sois crueles —susurró.

Y cuando se rieron, Nance soñó que le tocaba el corazón a cada una de ellas con un dedo que quemaba igual que una mecha. «Te maldigo», decía, y ellas gritaban: «Que la hierba crezca alta a tu puerta, que mueras sin un cura y que los cuervos se coman tu cadáver! *Imeacht gan teacht ort!* ¡Vete para no volver!».

Y gritaban. Gritaban y gritaban hasta que el ruido la despertó y se incorporó, jadeando.

La choza estaba en penumbra, con la luz tenue de una tarde nublada. Oyó pisadas y una conversación susurrada fuera. Olor a hierba aplastada.

—Son los Buenos —pensó Nance—. Vienen a llevarme con ellos.

Por un largo instante fue incapaz de hacer nada salvo mirar el hogar humeante y las manchas de hollín en la pared encalada, los juncos del suelo.

«Vienen a por mí —pensó—. Igual que vinieron a por madre. Igual que vinieron a por Maggie.»

—Nance Roche, abre la puerta.

—¿Venís de entre los vivos o de entre los muertos?

—Abre la puerta.

No tuvo tiempo de protegerse. No tuvo tiempo de guardar su vida y su alma con hierbas o ensalmos. Solo con las brasas muertas del hogar.

Cuando el agente y sus hombres empujaron la puerta encontraron a Nance a cuatro patas llenándose los bolsillos de hollín.

La llegada de dos agentes de policía del cuartel de Killarney sumió el valle en conjeturas. Las gentes se congregaron en el camino y miraron a los hombres a caballo dirigirse a la pequeña capilla y a continuación, acompañados del cura, ladera abajo, pasada la casa de herrero, pasados el pozo con su corrillo de mujeres boquiabiertas, hasta los pies de la colina, más abajo de las cabañas Leahy y O'Shea. Los siguieron y vieron a los agentes dar las riendas al cura y subir a pie por el veril. Uno entró en la casa de los O'Shea. El otro en la de Nóra Leahy.

Cuando salieron varios minutos después, llevando a la viuda y a su criada llorosa, empezaron los susurros excitados. Miraron a los hombres conducir a las mujeres camino arriba y volver a la capilla antes de subir corriendo a casa de los O'Shea para averiguar lo ocurrido. ¿Habían cogido a la criada robando? ¿Había tenido la viuda algo que ver en la muerte de su marido? Cuando vieron que la policía iba en busca de Nance, se preguntaron si las tres mujeres no habrían estado confabuladas con las hadas, echando el mal de ojo al valle, hechizando la mantequilla, matando animales por diversión. Poniendo *piseógs* al cura.

No hizo falta mucho tiempo. Para cuando se fue el sol, el valle era un hervidero. Contra Nóra Leahy, Mary Clifford y Nance Roche pendía una acusación. El duende cretino que Nóra había tenido escondido se había ahogado en el río y se decía que se trataba de un asesinato.

CAPÍTULO DIECIOCHO

ESPINO BLANCO

El inspector de policía sudaba, su cuello enrojecido contrastaba con la camisa verde oscuro del uniforme.

—Es importante que me diga la verdad. ¿Empleó usted a esta mujer — miró un trozo de papel que tenía delante—, Anne Roche, para que matara a su nieto?

—Nance —murmuró Nóra.

El agente miró de nuevo el papel.

—Aquí dice Anne.

—La llaman Nance. Nance Roche.

El hombre la miró desde debajo de espesas cejas. Se le hincharon las aletas de la nariz.

—Es una pregunta sencilla. ¿Le dio usted dinero a esta mujer para que matara a su nieto, Micheál Kelliher?

Nóra miró la nuez del hombre, que subía y bajaba encima del cuello apretado de la camisa. Se llevó una mano temblorosa a su propia garganta.

—No le pagué nada.

—¿Fue un favor entonces? ¿Le pidió que matara a Micheál?

Nóra negó con la cabeza.

—No. No fue nada de eso. Iba a curarlo. A expulsar al duende.

El agente arqueó una ceja.

—¿El duende?

Nóra paseó la vista por la habitación del cuartel. Olía a sudor, a betún y a tocino. Le rugió el estómago. No le habían dado más que un cuenco de gachas aguadas al día desde que la llevaron allí. Cuatro noches de dormir en un colchón de paja húmeda, encerrada en una habitación de piedra. Cuatro cuencos de gachas entregados en silencio. Ninguno de los hombres que le habían llevado la comida había contestado a sus preguntas. Nadie quería

decirle si habían encontrado a un niño pequeño en el valle. Estaría buscándola, les había dicho a los agentes que le llevaron las escudillas. «Es pelirrojo. Tiene cuatro años.»

—Necesito que me dé una respuesta, señora Leahy. ¿Ha dicho usted «duende»?

Nóra miró a una mosca caer de la chimenea. Planeó unos instantes sobre el hogar apagado y a continuación se estampó contra el sucio ventanuco.

—¿Señora Leahy?

Nóra se sobresaltó.

—Su criada, Mary Clifford, dice que la tal Anne Roche quería meter a su nieto en el río porque es un cretino. Esas no fueron sus palabras. Ella lo llamó «raqúitico». —Se acercó más y bajó la voz—: No tiene que ser fácil vivir con un niño así. ¿Quería darle una muerte piadosa, señora Leahy?

Cuando Nóra no contestó, se recostó en la silla y lió un cigarrillo, mirándola mientras pasaba la lengua por el papel.

—¿Sabe? Yo tengo una perra. Cada año pare. Ocho cachorros cada año. Vendo los que puedo, pero a veces, sabe usted, señora Leahy, nace uno enclenque. —Empujó la silla con un chirrido y buscó cerillas en el bolsillo—. Nadie quiere un cachorro enclenque.

Nóra le miró encender el cigarrillo y agitar el fósforo en el aire hasta que expiró.

El agente la señaló con la brasa.

—¿Y qué hago cada año con los cachorros enclenques que no puedo vender? ¿Lo sabe usted, señora Leahy?

—No.

El inspector dio una calada y echó el humo hacia arriba, con los ojos aún fijos en Nóra.

—Los ahogo. Me los llevo al río y ahogo a las criaturas antes de que se enteren de nada. Pero señora Leahy... —Dio otra calada y el papel seco se le pegó al labio—. Señora Leahy, un cachorro no es un niño. —Negó con la cabeza sin apartar los ojos de los de Nóra—. Me da igual si el crío era enclenque. Si lo ahogó de forma intencionada, irá usted a la horca, ya lo creo.

Nóra cerró los ojos y de nuevo vio el tenue aleteo del niño postizo debajo del agua color pardo. La superficie moteada por los primeros rayos de sol en la orilla. Las ramas llenas de la presencia de pájaros.

—No era un niño.

—¿Cuántos años tenía el crío, señora Leahy?

—No era... Tenía cuatro años.

—Y dice que no era un niño. —Anotó algo en el papel—. ¿Y cuánto tiempo llevaba a su cargo?

—Desde que falleció mi hija, que Dios guarde su alma.

Nóra deseó poder entender lo que escribía el policía. Se preguntó cómo de una mano de dedos tan toscos y encallecidos podían salir unos trazos tan esbeltos.

—¿Y desde cuándo es eso, señora Leahy?

Nóra calló un momento, le temblaron los párpados.

—Desde la última cosecha. Agosto pasado.

—¿Puede describirme el estado de Micheál?

—¿El estado?

—De salud, señora Leahy.

—¿Puedo beber un poco de agua?

—Conteste la pregunta.

—No era... No caminaba. No hablaba. La cabeza no...

—¿Cómo dice? Hable más alto.

—Tenía la cabeza ida.

El agente la miró con severidad y a continuación apagó despacio el cigarrillo. Cogió el papel.

—Mary Clifford ha hecho una declaración jurada. Dice...

—¿Dónde está Mary? ¿Dónde está Nance?

El agente se pasó una mano por el cuello de la camisa y tiró de la tela almidonada.

—Por el momento las tres están acusadas de los mismos cargos, señora Leahy. Detenidas por homicidio intencionado. Hemos comprobado... —Vaciló, cogió otro documento de la mesa y examinó la letra cursiva—. Han sido acusadas después del veredicto del médico forense. «Consideramos que el finado, Micheál Kelliher, murió a consecuencia de ser ahogado en el río Flesk el lunes seis de marzo de 1826 por Anne Roche, y que Honora Leahy, abuela del niño, y Mary Clifford fueron cómplices del crimen.»

Nóra se enderezó confusa, consciente de los latidos repentinamente acelerados de su corazón.

—¿Micheál? ¿Lo han encontrado? ¿Volvió a mi casa?

—Dada la naturaleza de los cargos, señora Leahy, el caso va a ser

transferido a los tribunales de justicia de Tralee. Será trasladada al penal de Ballymullen y juzgada por un juez y un jurado. Y a no ser que retiren los cargos contra ellas, Mary y Anne también serán juzgadas.

—¿Han encontrado a Micheál?

—¿Entiende lo que le digo, señora Leahy?

—¿Han encontrado a mi nieto? Le preguntaba...

—El cuerpo de su nieto fue encontrado muy cerca de la residencia de Anne Roche. Las gentes del lugar lo llaman la Tumba del Gaitero.

Nóra imaginó el espino blanco en el azul intenso de la mañana, la danza de la luz en sus ramas.

—Cuando los agentes interrogaron a Anne, los llevó adonde había dejado el cuerpo de Micheál.

—¿Micheál? Por favor, ¿puedo verlo?

El policía la miró durante un largo instante.

—Entre las tres ahogaron a Micheál Kelliher, señora Leahy, y Anne Roche fue la que escondió el cuerpo. —Miró de nuevo el papel—. Una tumba poco profunda. De sepultura tenía poco. No más de diez centímetros de profundidad.

Nóra empezó a respirar deprisa mientras se presionaba las sienes.

—No creo que fuera Micheál.

—Su propio nieto. Enterrado igual que un perro.

Nóra se echó a llorar. Un llanto que llenó la habitación.

—¿Señora Leahy?

—No creo que fuera Micheál.

—No diga eso.

—¡Era un duende! —Nóra apoyó los codos en la mesa y lloró con la cara enterrada en las manos.

—Señora Leahy, es importante que se contenga y me cuente lo que ocurrió. ¿Le dijo Anne Roche que su nieto, Micheál Kelliher, era un duende?

Nóra asintió con la cabeza todavía en las manos.

—¿Y se arrepiente usted ahora porque entiende que no era así?

Nóra se limpió la nariz con la manga y miró la mancha brillante.

—A quien encontraron no era Micheál —susurró—. Aquel niño no era mi nieto.

—Tenía usted que conocer a su propio nieto.

Nóra negó con la cabeza.

—No. Lo habían cambiado. Lo vi y cuando lo trajeron a vivir conmigo lo habían cambiado.

—¿Y esta tal Anne le dijo que el cambio se debía a que era un duende?

—Dijo que a Micheál se lo habían llevado los espíritus. Que el lisiado era uno de Ellos. Me dijo que me devolverían a mi nieto.

El policía miró a Nóra con atención. Lió otro cigarrillo.

—Señora Leahy. Usted, una mujer por lo demás con reputación de honrada, ¿creyó a esta mujer cuando le dijo que su nieto paralítico era un espíritu sobrenatural?

—¿Paralítico?

—Que no camina.

Nóra se secó los ojos con el chal.

—¿Qué? ¿Cómo lo ha llamado?

—Paralítico. Es un término médico que se usa para describir a niños como el suyo, que no pueden mover las piernas, los brazos o ninguna parte del cuerpo. Es una dolencia conocida, señora Leahy. La enfermedad del anquilosamiento. Es lo que dicen el forense y sus colegas que tenía Micheál.

—No, no era una enfermedad. No era él.

—Sí era, señora Leahy. —De pronto el hombre se inclinó hacia delante—. Todo eso de los duendes... Hay gente dispuesta a creer cualquier cosa con tal de no ver la verdad.

—Me estará esperando. —Nóra empezó a llorar de nuevo—. Me estará esperando y no habrá nadie en casa para recibirlo. ¡Dios del cielo!

—Señora Leahy, ¿se convenció usted de lo que quería creer? ¿O es que buscaba otra cosa? Darle a una mujer pobre una gallina y un poco de combustible a cambio de que la librara de un niño enclenque y encima dijera que era un duende.

—Se equivoca. —Nóra cerró los puños—. Micheál estará, me lo han devuelto. ¡Después de todo lo que he hecho para recuperarlo y ahora me retienen aquí! Era lo único que quería, tenerlo otra vez conmigo.

El agente entrecerró los ojos y dio una larga calada mientras la miraba. El papel le ardió entre los labios.

—Lo que usted diga, señora Leahy. Lo que usted diga.

Nance levantó la vista desde el carretón que traqueteaba en el camino que atravesaba Killarney. Notaba cada piedra, cada surco en los huesos y

llegó a pensar que se le iban a desprender los dientes de las encías. No estaba acostumbrada a viajar tan deprisa. No estaba acostumbrada a la velocidad con que tiraba el caballo, las orejas erguidas, atentas a las instrucciones del hombre de abrigo oscuro que iba en el pescante, el cuello sucio subido hasta las orejas.

Había perdido la noción del tiempo.

La viuda iba sentada frente a ella, encogida entre la esquina del carro y los anchos hombros de un agente de policía. Nance no sabía si estaba despierta, un chal le cubría la cara y tenía la cabeza gacha. Cuando las sacaron del cuartel y las hicieron subir al carro, la viuda —pálida, desmejorada— se había acercado a Nance y le había susurrado: «No me van a creer». Desde entonces, ni una palabra.

Nance miró más allá del agente corpulento a su lado y hacia las calles de Killarney. Las posadas y hospederías, la elegancia de la calle principal y los caminos y corrales embarrados que salían de ella. Killarney, humeante y soleada, con niños picados de viruelas escupiéndolo en los callejones y hombres cargando cestos de turba y césped. Después de cinco noches en la diminuta celda del cuartel, de pronto había demasiado ruido, demasiadas caras sucias mirándolas con la nariz arrugada. Dos veces había huido de aquel lugar. De aquella ciudad hostil. Maggie la Loca. Nance la Loca, una y la misma. «Padre llevado por las aguas; madre, por los duendes; no hay manera de saber qué será de esta muchacha, pero está claro que terminará con Ellos. Se irá con los que andan detrás de las cosas. Pertenece a los Buenos.»

Nance cerró con fuerza los ojos y se preparó para los baches del camino. Cuando volvió a abrirlos, la mugre de la ciudad había desaparecido y circulaban por la antigua ruta de la diligencia a Tralee, entre montañas de roca y hierba, a gran distancia del altísimo horizonte de árboles, de los lagos y del enjambre de Killarney. En los campos había hombres plantando ojos de patata y también había tallos crecidos que sobresalían de la tierra. El mundo había florecido por fin. Acequias estrelladas de violeta y tojo, cerraja, diente de león y cardamina se derramaban en los prados. Los solitarios espinos blancos de las hadas rodeados de tierras de labranza florecían en espesos coágulos de blanco. El corazón se le alegró al ver los árboles fecundados, llenos de pétalos.

«Pronto será víspera de los Mayos», se dijo. Y pensó en cómo, en el valle, las gentes pronto arrancarían las flores amarillas para beneficiarse de la clemencia que les prestaba el sol, cogerían prímulas, dondiegos y campanillas y restregarían con ellas las ubres de las vacas para bendecir su mantequilla,

las pondrían en puertas y escalones de entrada, en los umbrales donde el mundo desconocido podía fundirse con el conocido, flores que sellaran las grietas por las que podía escaparse la buena fortuna la noche de la hoguera de *Bealtaine*.

Había treinta kilómetros de Killarney a Tralee. Más de cuarenta desde el valle. Incluso cuando era joven y estaba acostumbrada a las caminatas, recorrer una carretera como aquella le habría llevado de sol a sol.

La luz declinó. La tarde se aquietó y los grillos empezaron a chirriar mientras, a lo lejos, el cuco cantaba al crepúsculo. Nóra había empezado a llorar en silencio. El carro hacía tintinear los grilletes en sus muñecas.

«Dios está aquí, pensó Nance. Aún lo veo.»

Mary estaba sentada en el suelo de la estrecha habitación del cuartel de Killarney con la cabeza apoyada en el rincón de piedra, pellizcándose la piel del brazo. Desde que la policía la sacó de la cabaña de Peg O'Shea se le había instalado un temblor en las manos y se había acostumbrado a pellizcarse para mitigarlo.

Le dolía la cabeza. Las dos primeras noches había llorado tapándose la cara con las manos, aún sucias de barro del río, hasta que se le hincharon los ojos y el agotamiento la aturdió. El agente que la interrogaba había parecido incómodo con su llanto. Le había ofrecido su pañuelo y había esperado paciente a que pudiera contestar sus preguntas.

Pero ahora Mary se sentía seca, sin lágrimas. Miró el pañuelo, hecho una bola en su regazo, y se lo acercó a la cara. Seguía oliendo a jabón, a tabaco y a humo.

La tarde había oscurecido. La celda tenía un ventanuco cuadrado situado a bastante altura y durante todo el día Mary se había concentrado en la luz que se proyectaba en la pared contraria, transfigurada por su lento movimiento. Cerró los ojos. Oyó a hombres hablando a la puerta del cuartel y, a continuación, eco de pisadas por el largo pasillo al que daba su celda.

Hubo un repentino tintineo cuando descorrieron el cerrojo y abrieron la puerta y Mary, que esperaba a un agente, se sorprendió al ver un rostro familiar.

El padre Healy esperó a que hubieran cerrado la puerta y echado el cerrojo a su espalda antes de hablarle:

—Buenas tardes, Mary Clifford.

—Padre.

El sacerdote miró a su alrededor en busca de dónde sentarse y, al ver solo suelo desnudo, se acercó a Mary y se acuclilló.

—Qué asunto tan triste.

—Sí, padre.

El cura esperó un instante antes de hablar.

—Me han dicho que has prestado declaración.

Mary asintió y se acercó las rodillas al pecho. La avergonzaba el barro en los pies, el dobladillo sucio de su falda.

—Tengo noticias para ti. Los fiscales de la Corona quieren que seas su testigo principal.

A Mary se le secó la boca de pánico.

—¿Testigo principal?

—¿Entiendes lo que eso significa?

—No, padre.

—Significa que están dispuestos a retirar la acusación de homicidio intencionado si aceptas ser testigo. Si les cuentas al tribunal y al jurado lo que viste. Lo que hiciste.

—Yo no quería que muriera, padre.

Miró el pañuelo que tenía en la mano, los pequeños cardenales en la cara interior de las muñecas.

—Mary, mírame. —La expresión del padre Healy era sombría—. Te van a poner en libertad. Solo tienes que prestar juramento y decirle al tribunal lo que le contaste a la policía. Lo que juraste en tu declaración. Contesta sus preguntas lo mejor que sepas.

Mary le miró parpadeando.

—Si te haces testigo, no te acusarán. ¿Lo entiendes? Podrás volver a casa con tu madre y tu padre.

—¿No iré a la horca?

—No irás a la horca.

—¿Y Nóra? ¿Y Nance? ¿Irán a la horca?

—Hoy se las han llevado a Ballymullen. —El padre Healy cambió el peso de una pierna a otra y se tiró de la tela de los pantalones—. Entiendes que Micheál Kelliher no era un duende, ¿verdad, Mary? Era un niño enfermo de cretinismo. No se lo llevaron las hadas, sino la ignorancia de su propia abuela y de una vieja. No fue expulsado. Fue asesinado. Eso lo entiendes, ¿verdad?

Mary apretó los dientes para contener las lágrimas que amenazaban con brotar. Asintió con la cabeza.

El padre Healy siguió hablando en voz baja.

—Dios te ha protegido, Mary. Pero que la caída de Nóra Leahy y Nance Roche te sirva de lección. Reza por sus almas y por el alma de Micheál Kelliher.

—¿Puedo ir a Annamore?

El padre Healy se puso de pie con una mueca.

—Eres de allí, ¿verdad? —Se frotó una pierna dolorida—. No hasta que termine el juicio. Vendrás conmigo a Tralee. Los fiscales de la Corona, los abogados, querrán hablar allí contigo. ¿Tienes dónde quedarte en la ciudad? ¿Algún pariente?

Mary negó con la cabeza.

El clérigo pensó un instante.

—Déjame ver si puedo conseguirte algo. Un sitio donde puedas trabajar por tu manutención durante los próximos meses, hasta que termine el juicio. Luego estarás sola, ¿lo entiendes?

—Gracias, padre.

Este se volvió y llamó con brusquedad a la puerta y se oyó ruido de botas. Cuando la llave giró en la cerradura, el padre Healy volvió la vista.

—Da gracias a Dios por esto, Mary Healy. Su inmensa misericordia te ha salvado. Mañana volveré por ti.

Y se fue.

Mary se miró las manos sucias, el corazón le latía con fuerza. «Soy libre», pensó, y esperó a que el alivio la inundara.

Pero el alivio no llegó y siguió sentada pellizcándose la piel entre los dedos.

«Pinchando el pan para que pueda salir el Demonio», pensó.

Llegaron a Tralee al anochecer. Nance se encogió en su asiento al ver la ciudad y sus calles con comercios, las casas elegantes a lo largo del paseo. Coches de caballos con caballeros muy erguidos traqueteaban por la calzada entre una muchedumbre de criados, comerciantes y los mendigos de costumbre. La viuda levantó brevemente la cabeza para mirar la ciudad, hasta que se acercaron a las puertas de piedra caliza de la prisión de Ballymullen, momento en que se volvió a Nance aterrorizada.

—Nunca saldremos de aquí —susurró con los ojos muy abiertos.

—Silencio —la interrumpió uno de los agentes de policía.

Entonces Nance se asustó. Cruzaron las puertas y de inmediato el aire se volvió espeso, frío y húmedo. Bajo el peso de las sombras que proyectaban los altos muros, su cuerpo empezó a temblar.

Paredes de piedra, grilletes de hierro. La prisión estaba a oscuras y los policías las condujeron por los pasillos iluminándose con un candil. Nance tenía bilis en la garganta y pensó en su choza y en Mora, que sin duda la estaría esperando con las ubres llenas de leche.

Los carceleros cogieron a Nóra, la pesaron y, después de una breve conversación con los agentes de policía, la sacaron al oscuro pasillo. Nóra giró la cabeza, los labios entreabiertos de terror antes de que las sombras engulleran de nuevo su cara, y Nance notó que unas manos la sujetaban con firmeza por los brazos y la llevaban hasta una balanza.

—Anne Roche. Edad desconocida. Un metro cincuenta de estatura. Cuarenta y cuatro kilos. Pelo blanco. Ojos azules. Rasgos identificativos incluyen: mala visión, articulaciones inflamadas, pulgares derecho e izquierdo; dientes delanteros; cicatriz de corte en la frente. Católica. Indigente. Acusada de homicidio intencionado.

Las mujeres que compartían celda con Nance eran calladas y sucias. Estaban tumbadas en la paja apilada sobre el suelo de loseta con los ojos abiertos en la oscuridad. Una de ellas, que tenía la piel picada igual que un suelo pedregoso, murmuraba para sí. De vez en cuando movía la cabeza como si no diera crédito a su encarcelamiento.

Aquella noche a Nance la despertó un chillido penetrante y, cuando vino el guarda a ver qué ocurría sosteniendo una lámpara en alto, vio que la murmuradora se había abalanzado contra la pared y se había abierto la cabeza con la piedra. El guarda se la llevó. Cuando se fueron y la celda estuvo de nuevo a oscuras, una voz habló desde un rincón.

—Me alegro de que se haya ido esa.

Hubo una pausa y entonces otra voz contestó.

—Ha perdido el juicio.

—Quemar deliberadamente con agua hirviendo —dijo la primera mujer—. Por eso está aquí. Intentó cocer a su hijo igual que si fuera una patata.

—Y a ti ¿por qué te han encerrado?

Hubo otro silencio.

—Por mendigar. ¿Y a ti?

—Cogí prestada un poco de turba.

—Por beber.

—¿Y a ti, vieja? ¿Alteración del orden público?

La pregunta estuvo acompañada de una risa sarcástica.

Nance no dijo nada, el corazón le latía muy deprisa. Cerró los ojos a la oscuridad y los oídos a las voces sin rostro y pensó en el río. El río que fluía en la plenitud del verano. Pensó en la luz verde que reflejaba el musgo y en las bayas en los zarzales hinchidos con su dulzor, y en los huevos en lugares recónditos con los cascarones rotos a picotazos. Pensó en la vida que se abre camino fuera de los muros de la prisión y cuando pudo verla, cuando vio el mundo inconquistable, por fin se durmió.

La luz gris bajaba por la pared como una mancha. Nóra no había podido descansar en el aire viciado de la celda con indicios de cuerpos a su alrededor, sus toses y llantos, y unos sonidos apresurados que no lograba identificar y la llenaban de pavor. Fue un alivio liberarse de la oscuridad como boca de lobo en la que había llorado toda la noche. Se frotó los ojos y vio que había otras siete mujeres en la diminuta celda, la mayoría dormidas. Nance no era una de ellas.

Una muchacha, el pelo oscuro entreverado de gris prematuro, dormía al lado de Nóra con la cabeza apoyada en la pared. Otra estaba tendida a sus pies, roncando. Ambas eran flacas y tenían los pies negros.

Solo había otra mujer despierta. Tenía el pelo color ratón y estaba sentada con las piernas debajo del cuerpo, mirando a Nóra con atención. Cuando esta la miró también, gateó por el suelo hasta situarse a su lado. Nóra se apresuró a sentarse.

—Soy Mary Foley —dijo la mujer—. ¿Has dormido bien?

Nóra se estiró el vestido de cañamazo que le habían dado. Estaba húmedo.

—Sé por qué estás aquí. Has asesinado a un niño.

A Nóra le llegaba el olor acre del aliento de la mujer.

—Ya puedes pedir que llamen al cura. Están ahorcando a las mujeres que han asesinado. —La mujer ladeó la cabeza y examinó a Nóra con frialdad—. Johanna Lovett. La dejaron a la puerta de la cárcel no hace todavía un

mes por asesinar a su hombre. —Le guiñó un ojo—. Parecía un pez recién pescado. Se retorció igual que un pez en un anzuelo.

Nóra la miró.

—Entro y salgo de aquí más veces que un marinero en una puta —dijo—. Lo sé todo.

—No lo asesiné.

Mary sonrió.

—Y yo no bebo. Pero el Diablo me echa el aguardiente al colete. —Se sentó sobre los talones—. ¿Así que eres una tiraniños?

Nóra dijo que no con la cabeza.

—Entonces ¿por qué murió?

—Es que no era un niño.

Mary Foley levantó las cejas.

—Era un duende.

Mary sonrió.

—Estás loca. Aunque mejor loca que mala. Esa que ves ahí, la que hace tanto ruido. —Señaló a la muchacha que roncaba—. Es Mary Walsh. Intentó ocultar el nacimiento de su hijo. Le van a caer tres meses más o menos, a no ser que decidan acusarla también de abandono. Entonces le caerán más. Eso sí es ser mala.

Nóra miró a la muchacha y pensó en Brigid Lynch, la sangre que le manaba entre las piernas. El hijo tan deseado en el *cillín*.

El niño postizo enterrado en la Tumba del Gaitero. Diez centímetros de tierra sobre su cuerpecillo.

—¿Y ves a esa con la quemadura en la cara? Moynihan. Intento de suicidio. —Mary se sorbió los mocos y se limpió la nariz con el dorso de la mano—. Quiso ahogarse. Pero flotaba como un corcho, así que la pescaron.

Nóra miró a la muchacha pecosa que señalaba Mary, hecha un ovillo en el rincón y con las manos recogidas debajo de la barbilla.

—No te imaginas cuántas hay aquí por lo mismo. Si quieres ahogarte, tienes que usar piedras. Yo lo haría así. Eso o ahogarme en una botella. —La mujer asintió con la cabeza—. Claro que sí. Los únicos que no temen al agua son los destinados a la horca.

CAPÍTULO DIECINUEVE

MENTA

La blusa de Mary le tiraba en las axilas y notaba el sudor empapándole el cuello. El juzgado de Tralee era el edificio más elegante y grande en el que jamás había puesto el pie, pero rebosaba de gente y pensó que iba a desmayarse por efecto del calor, el olor a cerrado y el miedo que aun flotaba en la sala de todos los que habían comparecido antes que ella en el alto estrado defendiéndose o denunciando las maldades del mundo. La violencia. Palizas, robos, hurtos y violaciones.

Mary buscó al padre Healy entre la gente. La había llevado al juzgado desde la casa de la familia de comerciantes donde había vivido los tres últimos meses, pero con los empujones del gentío lo había perdido de vista.

«He crecido —pensó Mary pasando los dedos por las costuras tirantes—. Será lo primero que haga cuando vuelva a casa. Descoser estas ropas y hacer sitio a mi cuerpo.»

Le habría gustado quemarlas. Quemar la falda y la enagua y el chal y todo lo que se había llevado a casa de la viuda. Echarlas al fuego y verlas arder hasta que desaparecieran y vestirse con telas nuevas que Micheál no hubiera tocado nunca. A pesar de que había restregado sus ropas a su llegada a Tralee, aún notaba el olor del niño en ella. A pis y a rancio. Podía oler las noches en vela, su boca húmeda gritándole pegada al pecho. El jabón de helecho. La menta. El barro oscuro de la orilla del río.

Mary miró a los hombres que habían sido elegidos para el jurado. Eran más de veinte. Una colección de caballeros con ropas oscuras y barba cuidada sentados plácidamente entre el bullicioso público que había acudido a oír el veredicto sobre las prisioneras que subirían al estrado. Al padre Healy y a Mary les había llevado un buen rato abrirse paso entre el gentío. Las personas se arremolinaban en apretados corros alrededor de los letrados y les tiraban de la manga exigiendo justicia. Los cronistas acechaban, con ojos de halcón,

algunos chupando lápices. Mary respiró hondo. Tenía las manos sudorosas por los nervios.

Uno de los jurados la miró y le dedicó una sonrisa amable. Mary apartó la vista hacia la silla del juez, el honorable barón Pennefather. Parecía cansado.

Al final de aquella retahíla de palabras la esperaba Annamore. Eso era lo que debía tener presente. Tenía que contestar las preguntas y hablarles de su miedo, de las cosas extrañas y tristes que le habían hecho al niño. De lo mucho que la habían asustado cuando le hablaban de duendes, de que no había entendido lo que estaban haciendo. De que era temerosa de Dios y que rezaba por que Él la perdonara.

Que Dios la perdonara por no hacer nada, por no meterse en el río para dar una bofetada a la viuda y coger al niño y llevárselo a casa, con sus hermanos. «Lo habrían convertido en su mascota —pensó—. No les habría importado que chillara de hambre cuando también ellos lloraban de hambre todo el tiempo. En una choza tan atestada, uno más no habría cambiado las cosas.»

Mary se sobresaltó. Se había hecho el silencio, aunque seguía oyéndose un parloteo de fondo procedente del público que se apretujaba en la sala. Se alargaron cuellos y Mary vio que traían a Nance y a Nóra y que tenían grilletes en las muñecas.

Los meses que habían pasado en prisión habían transformado a las dos mujeres, las habían consumido. Nance parecía viejísima. Vestida con el uniforme de la cárcel, parecía haber encogido. Su pelo blanco había adquirido un brillo amarillo por la falta de lavados y tenía los hombros encorvados. Su ojos, más velados que nunca, miraban de un lado a otro llenos de confusión y de miedo. Parecía alarmada ante tal multitud.

Nóra, detrás de ella, lloraba. A Mary le impresionó lo cambiado de su aspecto. Habían desaparecido la arrogancia, el mentón obstinado. Tenía la piel cetrina y demacrada y parecía haber envejecido varios años. Le surcaban la frente arrugas profundas. A pesar del calor que hacía en la sala, temblaba de pies a cabeza.

«Quizá decidan ahorcarlas aquí», pensó Mary, y el miedo le atenazó el estómago. Ella podría haber estado en el mismo lugar que ellas.

Quería salir de la sala. ¿Cómo iba a hablar delante de toda esa gente? Esos hombres de ropas elegantes y el juez venido desde Dublín. Ella no era más que una aldeana. Una muchacha de los juncos y la turba, donde el suelo

rezumaba color negro y bajo los pies solo había hierba y arcilla, nunca empedrado, nunca madera barnizada.

El fiscal miró a Mary con atención. Se alisó el cabello de la frente que le brillaba de sudor. Mary tenía la sensación de que las piernas se convertían en agua.

—Que conste en acta que en el juicio por asesinato contra Honora Leahy y Anne Roche el primer testigo llamado a declarar es Mary Clifford de Annamore.

Mary subió al estrado de los testigos. Le dieron una Biblia y la besó sujetándola fuerte entre los dedos.

—Mary Clifford, ¿puede, por favor, identificar a las prisioneras?

Mary miró el mar de caras con los ojos fijos en ella hasta localizar la frente despejada del cura. Este le sostuvo la mirada y la animó con un gesto de cabeza.

—Son Nance Roche y Nóra Leahy, a quien serví como criada.

—Mary, cuéntenos con sus propias palabras, por favor, cómo entró a trabajar para la señora Leahy.

—Se me acercó ella en la feria de mozos de noviembre pasado en Killarney. Me ofreció trabajo y dijo que tenía un nieto, y me ofreció pagarme por ayudar a cuidarlo y a ayudarla a limpiar, a cocinar y a ordeñar. Así que me fui con ella.

—¿Le dio a entender que el niño fuera un tullido?

Mary dudó:

—¿Quiere decir que si me dijo que el niño era un tullido?

El abogado le sonrió, tenso.

—Sí, esa es la pregunta.

Mary miró a Nóra, que la miraba con la boca entreabierta.

—No, señor.

—¿Puede, por favor, describir el estado de Micheál Kelliher cuando lo vio?

—Estaba en la choza de una vecina y al verlo me asusté. Nunca había visto a un niño así. «¿Qué le pasa?», pregunté, y la señora Leahy dijo: «Está delicado, eso es todo».

—¿Puede por favor describir a qué se refería con «delicado»?

Mary respiró hondo. Le temblaban las manos.

—Hacía un ruido raro y era lo bastante mayor para hablar, pero no decía

una palabra. La señora Leahy dijo: «Tampoco camina». «¿Es una enfermedad contagiosa?», pregunté, y dijo: «No, está delicado. No es contagioso».

—¿Le describió en algún momento la señora Leahy el niño como alguien que no fuera su nieto?

Mary miró otra vez a Nóra. Tenía los ojos rojos.

—Dijo: «Es el niño de mi hija».

—En su declaración jurada dijo que, aunque le había presentado al niño como su nieto, con el tiempo Honora Leahy decidió que el niño no era su nieto, sino... —El fiscal hizo una pausa y se giró hacia el jurado. Un niño postizo. ¿Es correcto?

—Sí. Creía que era un niño postizo. Y otras personas también lo creían.

—¿Puede explicar al tribunal lo que entiende por «postizo»?

Mary sintió los ojos del jurado en ella. Se puso de pie, temblando, de pronto consciente de lo fuerte que le latía el corazón.

—Un duende.

Hubo risas entre el público y la vergüenza dejó a Mary sin respiración. Supo que se había puesto encarnada, sintió el escozor del sudor en las axilas. Así es como la veían, una muchacha estúpida asustada de su propia sombra, trastornada por el miedo. Recordó su humillación cuando el agente de policía le había pedido que firmara la declaración jurada y ella había dibujado una cruz en el papel, incapaz casi de sujetar la pluma.

—¿Cuándo empezó la señora Leahy a referirse a su nieto, Micheál Leahy, como un duende?

—Creyó que era postizo cuando Nance Roche se lo dijo.

—¿Y cuándo fue esto?

—En el año nuevo. O en diciembre. En el año nuevo llevamos al niño a Nance para la primera cura.

Mary reconoció, con un desagradable sobresalto, a varios hombres del valle entre la masa de caras. Daniel y Seán Lynch estaban allí con expresión glacial.

—Mary, ¿puede decirnos por qué fueron a ver a Anne Roche?

—Vino ella a vernos a nosotras. —Mary dudó—. Fue antes de Navidad. Yo estaba ordeñando y cuando volví vi a la señora Leahy dar un sopapo a Micheál. «Eres malo», le decía. Le estaba pegando.

Hubo murmullos entre los asistentes.

—¿Le estaba pegando?

—El niño le había tirado del pelo y le había hecho daño. «No lo hace adrede», le dije, y la señora Leahy dijo que iba a buscar al cura para que lo viese. Pero luego no volvió con el cura, sino con un delantal lleno de ortigas. Entonces se arrodilló encima del niño y le frotó con las ortigas. «Le hace daño», le dije, pero no me escuchó. Así que cogí las ortigas y las eché al fuego y fui corriendo a pedir ayuda a Peg O'Shea.

—¿Le explicó alguna vez Honora Leahy por qué «ortigó» a Michéal Kelliher? ¿Cree que quería hacerle daño?

Mary vaciló. Las risas habían cesado y ahora había una tensión callada en la sala.

—No lo sé.

—Por favor, hable más alto.

—No lo sé.

—¿Cómo condujo este incidente a la intervención de Anne Roche?

Mary se pasó la lengua por los labios. El padre Healy no le quitaba la vista de encima.

—Peg me dijo que fuera al río y cogiera acedera para el chico, así que fui, pero cuando volvía me hice daño en el tobillo. No podía caminar. Se me acercó una mujer... era Nance Roche. Me llevó a su choza para curarme el tobillo y cuando estaba allí le conté lo que había hecho Nóra Leahy. «Tengo que hablar con esa mujer», dijo, y entonces volvimos juntas a la choza y vio a Micheál.

—¿Qué le dijo Anne Roche a Honora Leahy cuando vio al niño?

—«Esta criatura puede ser un duende», dijo.

—¿Y cómo se quedó la señora Leahy cuando Anne dijo aquello?

—Creo que aliviada, señor.

—Díganos, Mary, ¿por qué cree que Honora Leahy, respetada en su comunidad, una mujer de buena reputación con un marido recién fallecido de probada rectitud, decidió hacer caso de la opinión de Anne Roche, una mujer que, tal y como pronto sabrá este tribunal y a juzgar por todos los testimonios jurados, era una intrusa sin poca o nula influencia económica, comercial o familiar?

Mary miró al abogado con la boca abierta, sin comprender. El letrado carraspeó.

—Mary, por favor, díganos por qué cree que la señora Leahy escuchó a alguien como Anne.

Mary miró a Nance. Estaba encogida en el estrado, con el ceño fruncido. Al oír su nombre, no obstante, se enderezó y miró con temor a Mary.

—Porque es una mujer que anda con Ellos.

—¿Ellos?

—Los Buenos. Los espíritus. —Mary esperó nuevas risas, pero no hubo ninguna—. Conoce sus costumbres y sus hierbas. Le dijo a la viuda que podía expulsar al duende que tenía el niño dentro.

Por el rabillo del ojo, Mary percibió movimiento. Un cronista se había puesto en pie y escribía a gran velocidad.

—Mary, en relación ahora con la información contenida en su declaración relativa al tratamiento de Micheál, ¿puede por favor decirle al jurado cómo intentaron estas mujeres «expulsar al duende» y cuál fue su participación, si es que la hubo?

Mary palideció.

—Solo hice lo que me mandaron. No quería quedarme sin mi salario.

El fiscal sonrió.

—Eso lo sabemos. Usted no está acusada en este juicio.

—Le... Primero intentamos sacarle el duende con hierbas. Echándole menta por los oídos y untándole los pies con otra planta.

—¿Sabe qué planta era? ¿Era «lusmore»?

—La *lus mór* fue en la siguiente cura. Cuando la menta no funcionó, la señora Leahy me mandó otra vez a ver a Nance. «El niño está igual», le dije, y nos dijo que volviéramos al día siguiente y entonces fue cuando le dimos a Micheál la dedalera.

—¿Y cuándo fue esto?

—En enero, señor.

El fiscal se volvió hacia el jurado.

—Que conste en acta que la dedalera, *Digitalis purpurea*, es venenosa. —Miró a Mary—. ¿Cree que las acusadas sabían, cuando le dieron dedalera a Micheál Kelliher, que era una sustancia que podía causar muerte o enfermedad?

Hubo un grito ahogado. Nóra se tapó la cara con las manos.

—Yo sabía que era venenosa y lo dije. Pero Nance dijo: «Es una planta poderosa», y yo sabía que la *lus mór* es una hierba... —Mary se contuvo—. Dicen que la *lus mór* es la hierba de las hadas, así que pensé que podría curar. Pero ahora sé que eso es superstición.

—Por favor, describanos cómo se le administró la dedalera a Micheál Kelliher.

—Lo bañamos en ella. Y le pusimos el jugo en la lengua. Y cuando empezó a temblar y a echar espuma por la boca, Nance nos dijo que lo pusiéramos en una pala e hiciéramos ver que lo echábamos de la casa diciendo: «¡Vete!».

Hubo más agitación entre el público. El cronista escribía furioso. Mary se secó las palmas sudorosas en la falda.

—En su testimonio, Mary, declaró que la dedalera tuvo de hecho un efecto pernicioso en el niño durante varios días después de dársela. Dijo que temió por su vida.

Mary volvió a ver al niño en la débil luz del fuego agonizante de la choza. Lo vio temblar sin cesar pegado a ella, la cabeza inerte sobre el colchón. Recordó la sensación de su lengua contra su dedo al sacarle el vómito de la boca para asegurarse de que no se lo tragaba.

—En los días siguientes me daba miedo que se muriera, de tanta agua como echaba, y echaba todo lo que comía. —Pestañeó para ahuyentar las repentinas ganas de llorar—. Y no dejaba de temblar, señor. Creí que se iba a morir.

—Debió de ser algo espantoso de ver. ¿Estaba la señora Leahy tan afectada como usted?

Nóra lloraba sin disimulo.

«Está asustada», pensó Mary.

—La señora Leahy estaba contenta, señor. Pensó que le iban a devolver a su verdadero nieto. «Si es un duende, no es pecado», decía. Pero cuando no se murió, fue ella misma a ver a Nance y decidieron llevar a Micheál al río.

—¿Para otra «cura»?

—Sí, señor. A la mañana siguiente tenía que llevar al niño con la señora Leahy a casa de Nance y juntas iríamos al río y lo meteríamos en agua de confluencia. Es donde se juntan los tres ríos. Nance dijo que el poder del agua expulsaría al espíritu. «Estará fría», dije yo, pero estaba decidido y, aunque tenía miedo, hice lo que se me mandó. Y espero que Dios me perdone.

—¿Qué ocurrió entonces?

—Lo bañamos en el río tres mañanas seguidas. —Mary hizo una pausa. Le corría sudor por la espalda—. Y... en la tercera mañana Nance y la señora

Leahy lo tuvieron debajo del agua más tiempo que las otras veces.

—¿Y fue entonces cuando Micheál Kelliher murió?

—Sí, señor.

—¿Qué hizo cuando vio a las acusadas ahogar al niño?

En el estrado de los acusados, Nance estaba doblada sobre su delantal y movía la boca, murmurando alguna cosa para sí.

—No estoy segura de si el niño se ahogó entonces. Yo solo pensé que el agua estaba fría, que no quería que cogiera frío. Y entonces vi que no se movía y pensé: «Lo han matado», y fue cuando me asusté.

—¿Les dijo algo a las acusadas cuando se dio cuenta de que el niño se había, efectivamente, ahogado?

Mary calló un instante. Tenía el pulso en la garganta.

—Creo que sí, señor.

—Lo juró en su declaración.

El niño sacado del agua. Chorreando, la piel perlada de agua, las gotas que caían de los dedos brillando en la luz.

—¿Qué dijo, Mary?

—Dije: «¿Cómo esperan ver la cara de Dios después de una cosa así?».

De inmediato se extendió un murmullo por la sala.

—¿Y contestaron las acusadas a su pregunta?

Mary asintió con la cabeza.

—Nance dijo: «No he pecado».

—¿Dijeron algo más?

—No lo sé, señor.

—¿No lo sabe?

—Entonces fue cuando me entró el miedo. Me di la vuelta y eché a correr a casa de Peg O'Shea y le conté que habían matado al niño. Tenía miedo por mí.

—Mary, antes de que el abogado de la defensa le haga sus preguntas, ¿quiere explicarme, por favor, cómo era cuidar de Micheál Kelliher? ¿Cree que era una carga para su abuela?

—No era culpa suya.

—Pero ¿era una carga para su señora? ¿Era un niño difícil, hostil?

Las noches de llanto. Los gritos tremendos, penetrantes. Los cabezazos contra el suelo de arcilla, contra sus dedos cuando intentaba calmarlo, destaponarle la nariz, ayudarle a respirar.

—Sí —susurró Mary—. Sí, era una carga.

—¿Quería Honora Leahy librarse de él?

—Quería que se marchara el duende. Quería que volviera su nieto, señor. Un niño que no chillara y no le diera problemas.

El juzgado se llenó de conversaciones en cuanto el fiscal volvió a su sitio. Mary, aliviada por no tener ya todos los ojos puestos en ella, se secó el sudor del cuello con la manga. Miró al padre Healy y este le hizo una leve inclinación de cabeza para tranquilizarla.

Después de un ruidoso minuto, el abogado de la defensa se puso en pie. Se presentó como señor Walshe haciéndose oír por encima de la algarabía y esperó unos instantes a que las conversaciones cesaran.

Cuando hubo silencio absoluto, habló. Su voz era entrecortada y sus palabras resonaron en toda la sala.

—Mary Clifford, ¿cree usted que Honora Leahy y Anne Roche llevaron a Micheál al Flesk porque tenían intención de ahogarlo y matarlo?

Mary vaciló.

—¿Que si yo sabía que lo iban a matar?

—¿Cree que las acusadas querían ahogar al niño desde el momento en que decidieron bañarlo en el río?

—No le entiendo, señor.

El señor Walshe la miró con frialdad.

—¿Cree que tenían la intención de asesinarlo desde el principio?

—Creo que querían librarse del niño postizo.

—Mary, perdone mi insistencia, pero si querían librarse del «niño postizo», como usted lo llama, y usted sabía que eso significaba ahogarlo, ¿por qué permitió que lo metieran en el río? ¿Por qué no alertó a la vecina de la que habla, tal y como hizo cuando vio a la señora Leahy «ortigar» a Micheál? ¿Por qué no mandó recado al cura?

—No creía que quisieran matar a Micheál. —Mary percibió la incertidumbre en su propia voz. Habían empezado a temblarle otra vez las manos y se agarró la falda.

—Entonces ¿por qué llevar a un niño pequeño e indefenso al río?

Mary miró hacia el estrado de los acusados. Tanto Nance como Nóra tenían los ojos fijos en ella, el pelo lacio y despeinado. Nóra temblaba como si tuviera fiebre.

Mary respiró hondo, las ropas le oprimían las costillas y tenía el corazón desbocado.

—Lo hicieron con intención de curarlo. Para sacarle al duende.

El señor Walshe sonrió.

—Gracias, Mary.

CAPÍTULO VEINTE

SAÚCO

Nóra pensó que nunca entraría en calor. Veía brillar el sudor en la frente de los abogados a pesar de lo temprano de la hora, veía a la apretada concurrencia abanicarse la cara y secarse la frente con pañuelos y, sin embargo, ella tiritaba como si estuviera en la nieve, azotada por un fuerte viento.

Se preguntó, no por primera vez, si no estaría perdiendo el juicio. El tiempo ya no parecía transcurrir en pasos medidos, sino precipitarse hacia delante y hacia atrás. La sesión del día anterior se confundía con la del siguiente y, aun así, Nóra, con la acuciante amenaza de una vejiga llena y dolorida, era incapaz de recordar quién había declarado. En cuanto un testigo se adelantaba para declarar, miraba y veía a otro en su lugar.

Solo recordaba con detalle el testimonio de Mary Clifford. Mientras tiritaba en el estrado le pareció ver a la muchacha de nuevo, cambiando el peso de una pierna a otra, incómoda por el interrogatorio. Su mirada, cuando se cruzó con la suya, le había parecido resuelta. Por un breve instante Nóra habría jurado que era su hija pelirroja la que besaba la Biblia y prestaba testimonio en su contra.

«Mi madre», que mató a mi hijo.

«Me van a ahorcar», pensó Nóra de pronto, y se agarró los grilletes de las muñecas. Bajo la voz monótona del fiscal de la Corona le pareció oír el castañeteo de sus propios dientes.

Trató de concentrarse en el nuevo testigo que gesticulaba ante el tribunal. Reconoció al agente de policía que la había detenido en la choza. Reparó en que se había afeitado para el juicio y lo imaginó frente a un trozo de espejo aquella mañana, brocha y navaja en mano, mientras ella estaba tumbada en su celda pellizcándose la piel de los pies. Mareada. Enferma de preocupación. ¿Tendría una esposa que le hirviera el agua para el afeitado?

¿Le preparaban el desayuno? Nóra imaginó al agente pasándose con cuidado la hoja de la navaja por el cuello hasta que sintió una opresión en la garganta e, indispuesta, miró al suelo.

—Y dígame —le decía el fiscal al agente—, ¿en qué estado se encontraba Anne Roche cuando la detuvieron?

—Entré en la casa y vi a la acusada a cuatro patas en el suelo. Estaba cogiendo cenizas del hogar. Pensé que era una mujer trastornada y le dije: «Anne Roche, ¿quiere saber qué hago aquí?», pero no me contestó. Le dije que tenía una orden de detención y le pregunté si sabía dónde estaba el cuerpo de Micheál Kelliher, porque estaba acusada de haberlo ahogado aquella mañana. Me contestó: «Los Buenos se llevaron a Micheál y dejaron un duende en su lugar», y hasta que no le pregunté dónde estaba el cuerpo del duende no me llevó hasta el finado.

—¿Y dónde estaba la tumba?

—La tumba estaba en un área abandonada que las gentes del lugar llaman Tumba del Gaitero. No era profunda, señor. Parte del cuerpo estaba a la vista debajo de la tierra.

—¿Parecía afectada la acusada?

El agente carraspeó.

—Pareció sorprendida al enterarse de que la señora Leahy también estaba detenida, y preguntó si había un niño pequeño con ella. Cuando le pregunté a qué niño se refería, Anne Roche contestó: «Micheál Kelliher».

—¿Dijo eso a pesar de haberlo llevado a usted a ver la tumba y el cuerpo del finado?

—Correcto, señor.

—¿Algo más que reseñar sobre el aspecto o la actitud de las acusadas en el momento de la detención?

—La señora Leahy tenía la ropa mojada. Chorreando. Supusimos que se había metido en el río en algún momento aquella mañana. Olía a cieno.

—¿Tenía Anne Roche la ropa también mojada?

—No, señor. Y me pareció curioso que tanto Mary Clifford como la señora Leahy me dijeran que también se había metido en el río, hasta que la acusada me explicó que había bañado al niño, al postizo, tal y como lo llamaba, sin la ropa puesta.

A Nóra le dolía el cuerpo. Cada noche pasada en prisión había pensado en su choza vacía en el valle; había imaginado la puerta crujir y a Micheál

entrar, buscándola. Se preguntaba qué llevaría puesto. Quizá iría desnudo, y lo imaginaba arrebujado en el tabardo de Martin, hecho un ovillo en el colchón de fría paja, o junto a las cenizas muertas del fuego y esperando a que volviera. Imaginó su carita redonda asomada a la ventana, lo imaginaba en el corral mientras el viento le revolvía el pelo, escudriñando el valle esperando ver a su abuela subir por el sendero.

«Estará asustado —pensaba—. Es posible que haya vuelto y esté asustado. No es más que un niño.»

¿Qué pasaría si la ahorcaban? ¿Se quedaría Micheál en la choza hasta que las hierbas de la entrada estuvieran crecidas? ¿Se iría y deambularía, perdido, hasta quedar tan flaco como el niño que habían metido en el agua?

—¿Honora Leahy?

Nóra se sobresaltó y levantó la cara mientras se mordía un nudillo. Todos en la sala la miraban.

—¿Honora Leahy?

Miró al señor Walshe, que la apremiaba con un gesto a acercarse a un extremo del estrado.

—¿Sí?

—¿Quiere besar la Biblia y prestar juramento?

Nóra hizo lo que le pedían. Cogió la Biblia con manos temblorosas y sintió el peso de sus páginas.

—Honora Leahy, ¿puede, por favor, describir el estado de Micheál Kelliher cuando se hizo cargo de él?

Nóra paseó la vista por la sala y sus ojos se detuvieron en los rostros de los hombres del jurado. La miraban interesados y con las frentes arrugadas.

—Señora Leahy, ¿necesita que le repita la pregunta? ¿Por qué se hizo usted cargo de Micheál?

Nóra se volvió hacia el abogado. Alguien del público tosió.

—Nos hicimos cargo mi marido y yo. Johanna, mi hija, había fallecido y su marido nos lo trajo. Era un saco de huesos y estábamos preocupados por él. Parecía muerto de hambre, no caminaba, pero pensé que igual era por debilidad.

—¿Y esa era la primera vez que veía a su nieto?

—Vi a Micheál otra vez antes de eso. Hace dos años. Pero entonces era un niño sano. Hablaba y andaba. Lo vi con estos ojos.

—Señora Leahy, su marido murió poco después de que les llevaran a

Micheál. ¿Es así?

—Murió en octubre.

—Debió de ser un duro golpe para usted encontrarse viuda y tener que ocuparse sola de un niño lisiado.

Martin, dos peniques en los ojos, en el estómago una ofrenda de hierbas secas, pellizcadas y metidas en pipas de arcilla para expulsar luego el humo sobre su piel grisácea. Martin, que olía a cielo, a valle, desplomado con una mano en el pecho mientras bajo el espino blanco llameaban luces.

—¿Señora Leahy? —Quien hablaba era el juez—. ¿Puede, por favor, contestar a las preguntas que se le hacen?

El fiscal frunció el ceño.

—¿Diría que le resultaba difícil ser viuda y único sustento de un lisiado? Nóra se pasó la lengua por los labios.

—Padecí mucho.

—Mary Clifford ha declarado que, sin la ayuda de su marido, el niño era una carga para usted. ¿Es eso cierto?

—Sí, era una carga. Por eso la contraté. Para tener quien me ayudara.

—Señora Leahy, Mary Clifford también ha declarado que mientras servía en su casa usted dejó de referirse a su nieto como Micheál, que le llamaba «duende». Que decía que no era una persona. ¿Puede, por favor, explicar a este tribunal por qué dejó de referirse a Micheál Kelliher como su nieto?

Nóra dudó.

—Yo ya había conocido a mi nieto. El que conocía y el que me trajeron no se parecían. Al principio pensé que estaba enfermo, e intenté curarlo, pero las curas no le hicieron efecto porque el niño era trocado.

—¿Dónde creía que estaba su nieto, si no a su cargo?

—Raptado. En el fortín de las hadas. Con la música, los bailes y las luces.

Una ola de susurros recorrió el público.

Nóra cerró los ojos. Bajo la colina. Bajo el espino blanco. Transportado por el viento mágico a lomos de una brizna de hierba hasta la frontera, hasta el umbral entre este mundo y el otro. Liberado de toda ira, de todo sufrimiento. No lo bastante bueno para el Cielo ni lo bastante malo para el Infierno. En todas partes. En el aire, en la tierra, en el agua.

—¿Señora Leahy?

Nóra se sintió mareada. Abrió los ojos y de pronto reconoció a su sobrino, Daniel, muy quieto y pálido detrás de un mar de cabezas. Lo miró, animada, pero él bajó la vista.

—Señora Leahy, tener un niño lisiado en casa puede ser motivo de gran vergüenza. Una penosa carga. Su propia criada ha dicho que Micheál no dejaba de llorar, que era incapaz de comer o de lavarse solo, de hablar ni, de hecho, tampoco de profesar afecto. No la dejaba dormir. Y usted, enviudada recientemente y sin duda ¡presa aún del dolor! —El tono de la voz del hombre cambió—. ¡Sin duda el cretinismo de Micheál la impacientaba, señora Leahy! La exasperaba quizá. Tanto que no veía nada malo en azotar a un niño con ortigas que había cogido usted con el expreso propósito de aplicarlas a la piel del pequeño.

Nóra negó con la cabeza.

—Era para que volviera a mover las piernas.

—Eso dice usted. Pero de nada sirvió, señora Leahy. Así pues, tal y como ha dicho Mary Clifford, recurrió a los servicios de Anne Roche. Antes de ese momento ¿había solicitado los remedios de Anne en alguna ocasión?

—¿Que si había ido a que me diera la cura?

—Eso es lo que le estoy preguntando, sí.

—No, no había ido.

—Y eso ¿por qué?

—No había tenido necesidad. Mi marido...

Recordó el carbón escondido en el bolsillo del tabardo de Martin. Brasas llevadas a modo de amuleto. ¿De dónde habían salido? ¿De qué lar, de qué fuego?

Un ascua transportada tres veces en la dirección del sol alrededor de la casa daba buena suerte. Un ascua arrojada al campo de patatas la víspera de San Juan. Un carbón sostenido tres veces sobre un nido con pájaros a punto de empollar.

Una brasa encendida sumergida en el agua de lavar los pies para que proteja a un hombre de viaje.

Un ascua para evitar que entren los malos espíritus.

—¿Puede repetir eso, por favor, señora Leahy? El tribunal no la entiende.

—Mi marido fue a ver a Nance. Una vez. Por una mano.

—¿Una mano?

—La tenía helada. Fría como el hielo y no la podía mover. Nance lo curó.

—Así que sabía quién era y estaba al tanto de sus funciones de curandera en la comunidad.

—Sabía que tenía el saber. —Nóra notó entonces que Nance la miraba y la llama de la incertidumbre prendió en su interior—. ¡Ella fue quien dijo que el niño era un duende y la que se ofreció a expulsarlo!

El fiscal estuvo un instante pensativo.

—Debió de ser un gran alivio para usted, señora Leahy. Un niño indefenso, oneroso, que la llenaba de vergüenza, de dolor y de tribulación y he aquí que una mujer le dice que no es un niño, sino un duende. ¡Qué alivio debió de sentir al saber que no tenía ninguna obligación hacia él! ¡Qué cómodo ver justificados su repulsión y su horror sabiendo que el niño no era su nieto!

Nóra miró al abogado mientras este levantaba los brazos al cielo en un gesto dirigido al jurado. Los miembros del mismo parecían incómodos. Negó con la cabeza, sin palabras. Ellos no podían entenderlo. No habían visto cuánto había cambiado el niño. No había nada humano en ese crío, en esos huesos que gritaban que estaba hechizado, en sus berridos, en su piel macilenta. Si pudiera volver a su choza a buscar al hijo de su hija, enseñarles al niño que le había sido devuelto...

—¿Quiere decirle a este tribunal, señora Leahy, si accedió a pagar a Anne Roche a cambio de que la librara de su culpa y sus problemas?

—No acepta dinero.

—¡Hable más alto!

—Nance no acepta dinero. Huevos, gallinas...

—Acepta pago en especie, ¿es lo que está diciendo, señora Leahy? ¿Era ese el acuerdo al que llegaron? Que declarararía que su nieto lisiado era un duende, luego expulsaría al duende mediante la aplicación de remedios, de hierbas venenosas y, por último, ahogándolo, y a cambio usted le proporcionaría la comida y el combustible que necesitaba para vivir?

—Yo no le...

—Conteste sí o no, señora Leahy.

—No lo sé. No.

Mientras escuchaba las preguntas del fiscal, Nóra solo podía pensar en que su cuerpo la traicionaba. Temblaba de forma incontrolada y tenía los pies

desnudos encogidos contra el suelo mientras intentaba concentrarse en las preguntas. ¿La había alegrado ver que la dedalera le hacía efecto al niño? ¿Se entristeció cuando no lo mató? ¿Había estado en el río la mañana en que Micheál murió ahogado y, si Nance estaba desnuda, porque estaba ella vestida? ¿Por qué insistía en referirse al niño como un duende después de enterarse de que habían encontrado su cuerpo? ¿Le había entrado el pánico y había salido huyendo cuando se dio cuenta de que se había ahogado, o ahogarlo había sido su intención desde el principio?

Estaba diciendo que lo había matado. De pronto le escoció la entrepierna y, horrorizada, sintió gotas de orina bajándole por los muslos. Se tapó la cara con las manos y empezó a llorar de vergüenza.

Entonces se hizo el silencio. Cuando Nóra abrió los ojos, vio al señor Walshe levantarse de su asiento con los labios apretados de concentración.

—¿Es cierto que quería lo mejor para el niño que tenía a su cargo, señora Leahy?

A Nóra le pesaba la lengua. Abrió la boca pero no salió sonido alguno. El señor Walshe repitió la pregunta, como si hablara con una inválida.

—Señora Leahy, ¿no es cierto que cuidó del niño cuando lo dejaron a su cargo? ¿Que buscó la ayuda de un médico?

Nóra asintió con la cabeza.

—Sí. En septiembre.

—¿Y qué tratamiento recetó el doctor a su nieto?

—Nada. Dijo que no se podía hacer nada.

—Eso debió de disgustarla mucho, señora Leahy.

—Sí.

—Mary Clifford, testigo de la Corona, ha dicho que también solicitó la ayuda del cura, el padre Healy. ¿Es así?

—Sí.

—¿Y qué ayuda le prestó?

—Dijo que no se podía hacer nada.

—Señora Leahy, ¿estoy en lo cierto, entonces, si digo que cuando los cuidados más atentos no lograron devolver al niño ni la fuerza ni la salud, cuando ni el médico ni el cura fueron capaces de proporcionarle medicamentos ni ayuda, buscó una solución por el único medio que tenía a su disposición? ¿La curandera local, Anne Roche?

La voz de Nóra fue un susurro.

—Sí.

—Y cuando la señorita Roche le dijo que creía que podría devolverle a su nieto, con salud y con las capacidades y la movilidad que tenía cuando visitó usted a su hija dos años atrás, ¿tuvo usted esperanzas?

—Sí.

—¿Y quién podría culparla por algo así, señora Leahy? ¿Fue la esperanza lo que la llevó a creer que el niño lisiado que ahora sabemos era Micheál Kelliher estaba encantado? ¿Fueron la esperanza y el deseo de salvar la vida de su nieto lo que la llevaron a asistir a Anne Roche en sus «curas»?

—Yo... no entiendo.

El abogado vaciló, se secó el sudor de la frente.

—Señora Leahy, ¿quería usted salvar la vida de Micheál Kelliher?

La cabeza le daba vueltas a Nóra. Aferró los grilletes de la muñeca. «A los duendes no les gusta el hierro —pensó—. Fuego, hierro y sal. Carbones y tenazas sobre la cuna, y leche recién ordeñada derramada en el suelo de mayo.»

—¿Señora Leahy? —Era el juez, inclinado hacia delante, sus ojos azules legañosos, su voz grave y preocupada—. Señora Leahy, el tribunal le está preguntando si quiere añadir algo a su declaración.

Nóra se llevó una mano trémula a la cara. El hierro le refrescó las mejillas calientes.

—No, señor. Nada más excepto que quería recuperar a mi nieto. Nada más.

Nance escuchó mientras el hombre al que llamaban forense se presentaba como testigo, su bigote pelirrojo y corto pronunciando palabras que no entendía.

—Nuestro examen concluyó que Micheál Kelliher murió por asfixia causada por inhalación de fluido y la consiguiente obstrucción de las vías aéreas. Los síntomas que presentaba se correspondían con ahogamiento. Los pulmones estaban encharcados y en el pelo del muerto había restos de broza de río.

No mencionaron los iris amarillos de la orilla, el despliegue de dorado sobre el fondo verde y todo lo que aquellas flores presagiaban. No mencionaron el poder de las aguas de confluencia, en la extraña luz que inunda la tierra antes de que salga el sol, en los gestos de manos hambrientas.

—En su opinión de experto, señor —preguntó el fiscal—, ¿cuánto tiempo tuvieron al finado debajo del agua para que se produjera la muerte por ahogamiento?

El forense reflexionó.

—Puesto que al parecer el finado era paralítico, del todo o en parte, debió de bastar menos tiempo del normal. Yo me atrevería a sugerir que tres minutos.

—¿Se refiere a tres minutos de inmersión continuada?

—Correcto, sí.

—¿Alguna otra conclusión que quiera incluir en su testimonio de hoy?

El hombre se sorbió los mocos y el bigote le tembló.

—Había marcas que sugerían un posible forcejeo.

—¿Cuándo dice marcas se refiere a magulladuras?

—Sí, señor. En el pecho y en el cuello. No concluyentes, pero hacían sospechar que el niño había sido obligado a permanecer debajo del agua.

El fiscal juntó las yemas de los dedos y miró al jurado.

—Señor McGillycuddy, en su experta opinión, ¿cree que las conclusiones del examen forense indican que el finado fue asesinado? ¿Que la suya fue una muerte violenta?

El hombre miró a Nance y levantó el mentón. Hizo una inclinación de cabeza breve y brusca.

—Sí, señor.

Cuando el tribunal la llamó a declarar, Nance estaba preparada. Había estado esperando la oportunidad de contar su historia, de revelar la verdad enterrada bajo aquella masa de historias y testimonios jurados e interrogatorios. Se colocó como habría hecho Maggie, erguida, con los ojos entrecerrados, y cuando le dieron a besar el libro, lo hizo con sinceridad. No podrían reprocharle nada. Les mostraría lo verdadero de su saber, de sus remedios.

—Señorita Roche, por favor, dígame a este tribunal cómo se gana la vida.

—Curo a las personas.

—Hable más alto, por favor, no se la oye.

Nance respiró hondo y trató de elevar la voz. Pero en la sala hacía calor y el aire parecía quedársele en los pulmones, y cuando volvió a hablar hubo gruñidos procedentes del público.

—Señoría, ¿da su permiso para que la prisionera declare desde el estrado de los testigos para que podamos oírla?

—Lo doy.

Un alguacil del tribunal llevó a Nance a la tarima donde había visto a varias personas hablar en contra de ella. Después de un día y medio en el estrado de los acusados con la espalda contra la pared, se le hacía extraño estar en otra parte de la sala, mucho más cerca de los hombres de traje oscuro con zapatos relucientes que atrapaban el brillo de las ventanas de cristal. Antes le habían parecido desdibujados, pero ahora distinguía sus rasgos: los labios secos y las cejas canas, las arrugas alrededor de los ojos. Vio que algunos debían de tener su edad y se preguntó si los habría visto a ellos y a sus padres de sangre ilustre de excursión a Mangerton cuando era niña. ¿Habrían tocado esas manos las fresas que sus madres habían comprado y les habían metido en sus boquitas rosadas?

—Anne Roche, ¿puede, por favor, decir a este tribunal cómo se gana la vida?

—Ayudo a personas con el saber que me ha sido dado y ellas a cambio me hacen regalos.

El fiscal miró al jurado y Nance vio el atisbo de sonrisa burlona en sus labios.

—¿Y puede, por favor, explicar en qué consiste ese «saber»?

—Sé curar todas las dolencias y enfermedades, tanto las de la gente común como las causadas por los Buenos.

—¿Puede, por favor, explicar la diferencia entre unas y otras?

—Las hay que son enfermedades corrientes, pero hay otras que llevan la marca de los Buenos y necesitan remedios distintos.

El fiscal la estudió durante un instante.

—Pero, señorita Roche, ¿cuál es la diferencia entre las dos?

Nance calló, confusa. Ya le había explicado que distinguía la marca de los Buenos en los enfermos, y que curaba tanto la magulladura ordinaria como la inflamación sobrehumana.

—Un hombre puede haber construido su casa en un camino de hadas y eso le trae enfermedad, o puede ser otra cosa muy distinta.

—Lo que está diciendo es que las personas acuden a usted porque están enfermas y que es entonces cuando diagnostica si su enfermedad se debe a los Buenos o a otras causas.

—Así es.

—¿Y dónde aprendió esas cosas?

—Me las enseñó mi tía cuando era una niña y también cuando me hice mayor.

—¿Y dónde aprendió su tía esos remedios y misterios?

—Cuando se la llevaron los Buenos.

El letrado levantó las cejas.

—¿Y cuando dice «los Buenos» se refiere a las hadas y a los duendes?

—Sí, los Buenos.

—Disculpe mi ignorancia —hubo amago de risas en la sala—, pero ¿por qué se refiere a esos espíritus como «los Buenos»? Tengo entendido que no son buenos en absoluto.

—Les llamo los Buenos por respeto, porque no les gusta pensar que son criaturas malvadas. Quieren ir al cielo igual que usted, señor fiscal.

—Señorita Roche, conozco las historias que se cuentan al amor de la lumbre, pero debo decirle que nunca les he dado crédito. ¿Por qué está tan segura de que las hadas existen?

—Porque se llevaron a mi madre y a mi tía. Sé que no mienten nunca porque me sacaron de Killarney cuando era pobre y no tenía sustento y me enseñaron el camino hasta el valle en el que he vivido los últimos veinte años.

—¿Las ha visto? ¿Cómo le «enseñaron el camino»?

—Pues las he oído hablar, y es cierto que las veo en forma de luces que vienen a mí y me guían, y en ocasiones las he visto bailar o reñir.

—¿Riñen?

—A los Buenos les gusta reñir, saltar y cantar y bailar. Y es verdad que a veces hacen fechorías, y por eso viene la gente a verme, porque tengo el saber y conozco los remedios para cuando las hadas hacen encantamientos o hechizan los animales o los cultivos o te dejan sin fuerza en las piernas.

Un murmullo cada vez más audible se extendió entre el público y Nance vio a varios de los presentes cuchichear los unos con los otros tapándose la boca con la mano. La escuchaban. Aliviada por hacerse oír por fin, empezó a hablar de cómo se manifestaban los Buenos en el mundo conocido. Habló del poder de la saliva, de la orina, del estiércol, del agua de los pozos sagrados o de los restos de hierro. De las piedras agujereadas o huecas, de hollín y de sal.

—Los Buenos le temen al fuego y al hierro y amenazarlos con ellos sirve para expulsarlos, porque frente a un atizador candente pierden su poder. Y aunque se apropian de plantas y árboles mágicos como el saúco y la dedalera, algunas hierbas, si se arrancan sin su interferencia, pueden atacar a quienes se han apropiado de ellas. El saúco es un árbol dañino, *crostáil*, y en sus ramas viajan los Buenos, pero yo le puedo quitar la maldad. Y hay muchas otras cosas, remedios que me dan los Buenos y de los que no puedo hablar porque, si una cura deja de ser secreta, entonces pierde su poder.

Cuando terminó, Nance respiró hondo y estudió al jurado. Los hombres la miraban con una expresión que no logró interpretar. Nada de muecas burlonas como las del abogado, tampoco la mala cara ni la desconfianza que había visto hasta entonces. Ni furia ni miedo. Entonces se dio cuenta de que la miraban con la misma expresión que aquellos a los que había mendigado: lástima teñida de desprecio. Y se le cayó el alma a los pies.

El fiscal sonreía para sí.

—Señorita Roche, ¿acepta usted pagos a cambio de sus... servicios?

—No acepto dinero, porque entonces perdería el saber y los remedios.

—Pero ¿es cierto que acepta regalos en forma de comida y combustible?
Bienes.

—Sí, es verdad.

—¿Ahogó usted a Micheál Kelliher en el Flesk el lunes seis de marzo a cambio de bienes?

Nance frunció el ceño.

—Yo no ahogué a Micheál Kelliher, no.

—Tanto Mary Clifford como la señora Leahy han declarado que les ordenó bañar a Micheál Kelliher en la poza del río Flesk donde se encuentran los tres ríos. Dijeron que lo metieron tres mañanas seguidas y que en la última usted tuvo al niño debajo del agua más tiempo del acostumbrado.

—Era para expulsarlo. Al duende.

—Al duende no, señorita Roche. Al niño. A Micheál Kelliher.

—No era un niño natural.

—Era paralítico, según hemos sabido. No podía mantenerse de pie, ni caminar ni hablar.

—Era por el duende.

—¿Era su paciente?

—Lo era.

—Pero usted no es médico. No tiene conocimientos de medicina. Solo entiende de panaceas. De viejos remedios populares, ¿no es así?

Nance empezó a notar una punzada de furia. No dejaban de asediarla a preguntas. ¿Es que no se había explicado ya?

—Tengo saberes. De ensalmos y remedios. De plantas.

—La señora Leahy ha dicho que usted le hizo creer que curaría al niño, señorita Roche. Si es verdad que tiene esos saberes, ¿cómo es que está muerto Micheál Kelliher? ¿Por qué no lo curó?

Nance pensó en Maggie, fumando al calor de la lumbre de noche mientras fuera las codornices llenaban el aire con sus graznidos interminables y roncós.

Lo que está en el tuétano no puede arrancarse del hueso.

—El muerto no es Micheál Kelliher —dijo por fin.

—¿De verdad cree eso, señorita Roche?

Nance miró al fiscal a los ojos.

—Ese niño murió hace mucho tiempo.

Hubo exclamaciones entre los asistentes. Nance vio que los miembros del jurado se revolvían en sus asientos e intercambiaban miradas de complicidad.

—¿Hay alguna otra cosa que quiera decir a este tribunal?

Nance dudó.

—Les he contado mi verdad.

—Entonces es todo, gracias.

Nance fue guiada del estrado de los testigos de vuelta al de los acusados, junto a Nóra. Mientras el fiscal hacía su alegato final, se pasó las almohadillas de los dedos por los pulgares torcidos, hinchados y doloridos por el calor de la sala. Le latían y los pegó a las palmas y cerró los puños.

Oyó un gemido a su lado y vio que Nóra tiritaba con la mirada fija en el señor Walshe, que había levantado una mano en un intento por hacer callar a los presentes. Una atmósfera de excitación nerviosa empezaba a instalarse en la sala. Nance había oído al juez llamar al orden con tono cansado y uno de los miembros del jurado envió a un hombre a que abriera la puerta de la calle. Cuando empezó a entrar aire fresco, un murmullo de alivio recorrió la estancia.

Nance vio que, a pesar de su tranquilidad aparente, el abogado defensor, el señor Walshe, brillaba de sudor y tenía la camisa visiblemente húmeda

debajo del traje. Miró los semblantes serios del jurado.

—Caballeros, este caso, aunque inusual y horrendo en extremo, no constituye asesinato. El testigo principal de la Corona, Mary Clifford, quien estaba presente en el momento en que ocurrió el accidente, que presencié de primera mano el tratamiento de Micheál Kelliher, no solo en el Flesk la mañana del lunes seis de marzo, también en los meses previos a su muerte, ha comparecido ante ustedes y ha admitido, bajo juramento, que no creía que las acusadas hubieran ahogado deliberadamente al niño. Dado su testimonio, no se puede condenar en justicia a Anne Roche y a Honora Leahy de homicidio intencionado.

»Caballeros, Micheál Kelliher perdió la vida por culpa de la superstición. Es cierto que las circunstancias que rodearon el trato que recibió de manos de las acusadas son extraordinarias. Es cierto que el grave delirio bajo el que actuaron estas mujeres es espantoso. La dimensión de su ignorancia es sobrecogedora. Pero no por ello deja de ser causa indirecta de la muerte. Las acusadas actuaron convencidas de que el niño difunto, Micheál Kelliher, era un espíritu. Un niño postizo, en palabras de la testigo de la Corona. Anne Roche eligió un punto particular de las aguas del río Flesk que se cree está habitado por las hadas y lo bañó allí con la ayuda de Honora Leahy tres mañanas consecutivas, convencida de que lo que, en su equivocación, creían un duende regresaría así a su reino sobrenatural.

Nance recordó la ferocidad con que Nóra trepó a la orilla cuando sacaron al duende expulsado del agua.

—¡Voy a ver si ha vuelto! —El cabello recogido de la viuda le caía por la espalda mientras se agarraba a raíces de árboles y al musgo para ayudarse a salir del río—. ¡Voy a ver si está en casa! —Corriendo desbocada entre los helechos, las ramas balanceándose a su paso.

Recordó enterrar el cuerpo del duende en la Tumba del Gaitero, con la piel del gallina por el frío.

—Ninguna de las acusadas sabe escribir, caballeros. Anne Roche, en particular, es analfabeta e ignorante de las costumbres del mundo moderno, y su declaración de que «el niño había muerto hacía tiempo» es prueba de su ignara convicción de que el niño al que trataba de curar era un duende. De nuevo, permítanme recordarles que incluso Mary Clifford, que fue testigo de los hechos, ha declarado bajo juramento que metieron al niño en el río no con la intención de matarlo, sino para expulsar al duende que tenía dentro. A la vista de este testimonio, de la lamentable ignorancia intelectual y moral y de

la edad avanzada de las acusadas, recomendando su absolución.

Nance miró fijamente al abogado volver a su sitio mientras el miedo le subía por la garganta. «No soy una ignorante —quería decirle—. No les digas a los que quieren verme ahorcada que soy una ignorante.»

El barón Pennefather carraspeó. Esperó a que hubiera silencio absoluto antes de dirigirse al jurado.

—Señores. Permítanme recordarles que, aunque un cargo de asesinato puede ser conmutado por homicidio involuntario en el que se ha quitado la vida a alguien por influjo de una pasión repentina, ello no es aplicable al argumento de la defensa según el cual Micheál Kelliher perdió la vida como consecuencia de creencias supersticiosas.

—Nos van a ahorcar —susurró Nóra—. No creen. Piensan que es superstición. —Le tembló la voz y se le enredaron las palabras en la lengua. A Nance se le desbocó el corazón de miedo.

El juez se tomó un instante para examinar las caras expectantes de los presentes.

—Está claro que las acciones ignorantes de las acusadas demuestran que pertenecen a una casta resultado de una inmoralidad hereditaria o transmitida. Sin embargo, no estamos aquí ante una demostración de maldad, sino ante un indicio abrumador y un síntoma indicativo de baja capacidad intelectual combinada con bajas pasiones hondamente arraigadas.

A Nance se le aceleró la respiración. «¿Qué está diciendo? —se preguntó—. ¿Qué dice de mí?»

—En resumidas cuentas, aunque se trata de un caso sospechoso que requiere ser examinado a conciencia, lo animo a tener en cuenta los motivos supersticiosos que son clara, si bien inquietantemente, evidentes. Y les pido que consideren los problemas que causa el encarcelamiento de mujeres de edad avanzada, incapacitadas para el transporte y que, en circunstancias de invalidez, pueden requerir muchos cuidados. Gracias, caballeros.

Nance miró a los miembros del jurado levantarse a la vez como una bandada de cuervos de cabezas grises y abandonar la sala para deliberar. El ruido del público de pronto resultó ensordecedor.

«No entiendo —pensó—. No entiendo.»

Cuando bajó la cabeza, vio que seguía con los puños cerrados.

Cuando el oficial y el alguacil del tribunal pidieron silencio, el jurado llevaba reunido menos de media hora. A Nance se le aceleró el corazón de

miedo cuando el juez, el barón Pennefather, entró en la sala y ocupó su silla, juntando las manos mientras los rezagados intentaban abrirse paso y se daban codazos para poder ver bien a las acusadas.

A su lado, Nóra estaba reclinada contra el estrado y se escurría despacio hacia el suelo. Nance la cogió del brazo y Nóra abrió los ojos de golpe.

—No me toques —susurró furiosa, antes de que el miedo se apoderara de su expresión y cogiera las manos que Nance hacía ademán de retirar—. No quiero morir —murmuró—. No quiero ir a la horca. No quiero ir a la horca.

Nance se dio cuenta de que la viuda había empezado a tiritar de nuevo.

—Cristo crucificado. Ay, Cristo crucificado, no quiero ir a la horca. Por favor, Señor.

Nance empezó a mecerse de atrás adelante mientras el miedo le subía por el estómago. Se mordió la lengua hasta que notó el sabor a hierro de su propia sangre.

—¡Cristo crucificado, Martin! ¡Ay!

—Silencio. —Un alguacil dio un codazo a Nóra y esta se sobresaltó y se aferró a una de las barras de madera que tenían delante para mantenerse erguida.

La atmósfera en la sala era como la que precede a una tormenta.

Un silencio inquieto. Una tensión creciente en el aire cuando los miembros del jurado regresaron y ocuparon sus asientos con semblante solemne.

—No quiero ir a la horca —siguió murmurando Nóra al lado de Nance—. No quiero ir a la horca.

La voz del juez resonó en la sala.

—¿Ha llegado el jurado a un veredicto?

Un hombre de pelo blanco se levantó y se alisó con cuidado los pantalones.

—Sí, señoría.

—¿Cuál es?

Nance cerró los ojos. Imaginó el río, la caricia apacible del agua.

Sentía a Nóra temblar violentamente a su lado.

—Coincidimos con su señoría en que se trata de un caso sospechoso, no obstante, respecto a los cargos de homicidio voluntario que pesan contra Anne Roche y Honora Leahy, consideramos que no hay pruebas suficientes

para su incriminación. Nuestro veredicto es de inocencia.

Hubo un silencio y a continuación la sala estalló con excitación y reacciones furiosas.

A Nance le fallaron las piernas y se desplomó, aliviada, en el suelo. Si cerraba los ojos, el clamor en el aire recalentado a su alrededor no era más que un chaparrón repentino. Lluvia de verano que mojaba fragante y cálida las agujas de los pinos, haciendo vibrar las hojas que rojeaban en el roble, en el aliso, la bendición torrencial de un nubarrón sobre el bosque y el dulce gorjeo del agua hacia el río.

No abrió los ojos hasta que la levantaron para quitarle los grilletes. Parpadeó deslumbrada y fue ligeramente consciente de Nóra, a su lado, aullando de alivio y, más allá, en el gentío que avanzaba y retrocedía, de Mary, que las miraba con lágrimas rodando por sus pálidas mejillas.

—¡Mary! —la llamó Nance con voz ronca. Notó un fuerte tirón y los grilletes se abrieron y entonces, llevada por la repentina sensación de ligereza y libertad, levantó las dos manos hacia la muchacha llorosa—. ¡Mary!

La muchacha escupió en el suelo.

—Te maldigo —le dijo en silencio, solo moviendo los labios.

Luego se dio la vuelta y se perdió en la multitud alborotada.

CAPÍTULO VEINTIUNO

BREZO

En la concurrida calle del mercado de Tralee, Mary escudriñaba las multitudes que se arremolinaban en el camino. El día era caluroso, y la nueva muda que se había comprado con el chelín de la viuda la hacía sudar. Había hecho un cuidado hatillo con las ropas que aún olían a Micheál y lo llevaba con timidez a la cadera, recta como un atizador, devolviendo cada mirada fortuita o curiosa que encontraba. Que supieran que buscaba trabajo.

En el camino había cerdos apelonados, los lechones chillando en corrales improvisados con clavos y cuerda. Ovejas recién esquiladas muy pegadas las unas a las otras bajo la atenta mirada de muchachos y sus padres, con gorra, que fumaban y se reían de unas mujeres que perseguían una gallina aterrorizada que se había escapado del gallinero.

Después del juicio, Mary le había preguntado al padre Healy por la carretera que llevaba a Annamore. Se había puesto en camino, exultante, emocionada por la perspectiva de volver a casa. Imaginaba los gritos de sorpresa cuando doblara la esquina, el sonido de piecitos en el polvo cuando sus hermanos corrieran hacia ella, le abrazaran las piernas y la cintura y se la llevaran a ver los polluelos recién nacidos, sujetando las gorjeantes bolas de plumón amarillo. Su madre, arrugada y seria, como siempre, pero aliviada de verla sana y salva. Feliz de tenerla en casa trabajando. Y cómo trabajaría. Cuidaría el sembrado hasta que brotaran tallos gruesos y apretados, sacudiría la tierra de las sartas de patatas amarillas como la manteca y nadie pasaría hambre. Las herviría poco, para comerlas «cuando aún tuvieran los huesos», tal y como decía su padre. Y después cogería en brazos a los pequeñines o los pondría a dormir pegados al vientre del marrano que roncaba en un rincón y todos serían felices.

Se olvidaría de Micheál. Olvidaría al niño extraño que balaba de frío, que se enroscaba pegado a su cuello en busca del calor.

Mary se encontraba pensando estas cosas, imaginando su vida cuando volviera a casa, cuando se detuvo a beber agua de un pozo a un lado del camino. Una mendiga dormía, la cara llena de marcas de viruelas. Mary creyó que estaba sola, pero con el ruido del agua algo se movió debajo del sucio mantón de la mujer y salió una niña desnuda. Tenía el pelo rubio casi gris de la porquería y extendió la mano mirando a Mary con paciente expectación. Mary la miró mientras el agua le goteaba aún de la barbilla y después desenvolvió despacio la comida que le había dado el cura para el camino. Pescado seco. Un mendrugo de pan rancio con mantequilla.

La niña se la cogió de la mano y volvió a meterse debajo del mantón de su madre, cuya tela tembló.

Para entonces, Mary había dado media vuelta. La carretera que llevaba a Tralee parecía más larga que la que había tomado desde allí, pero un hombre y su mujer que iban al mercado en un carretón le ofrecieron llevarla y Mary aceptó, apoyando los pies descalzos en los radios de la rueda para subir. Había fijado la vista en el horizonte y miraba cómo la distancia a Annamore crecía a cada paso de la mula.

Esperaría todo el día en las calles de Tralee si era necesario. Esperaría hasta que alguien se le acercara y le preguntara si quería trabajar en una granja durante el verano, trillar y transportar turba, y si era fuerte y sabía hacer mantequilla.

«Aceptaré la primera oferta que me hagan», pensó. No tenía sentido estudiar la cara de alguien para tratar de calibrar si el lugar de trabajo sería seguro. Daba igual si la nariz estaba roja por la bebida o si rodeaba los ojos una telaraña de arrugas provocadas por sonreír. No se podía conocer un corazón por la cara de su dueño.

El sol la quemaba. Tenía sed. Se llevó el hato a la frente para protegerse los ojos y olió el tufo a duende en la ropa vieja. A leche agria y a patata rancia. A humo de lar y a noche fría. Las noches en vela con el niño postizo, envolviéndolo en mantas y peleándose con sus articulaciones, el tacto áspero de sus uñas en los dientes cuando se las recortaba con cuidado de manera que no se arañara con sus bailes, sus sacudidas, esa manera extraña de intentar tocar el mundo que lo rodeaba. El tacto caliente de su lengua en los dedos cuando le daba de comer, los ojos que la miraban sin verla, la piel que parecía plumón, sus risas disolviéndose en el aire y los gritos.

No podía respirar.

Indiferente a las miradas de curiosidad, Mary escondió la cara en el

sucio fardo y lloró.

Después del juicio, Nóra volvió al valle con Daniel. Había encontrado a su sobrino esperándola a la puerta del juzgado, fumando al sol y conversando con el padre Healy. Los dos habían levantado la vista cuando se acercó, parpadeando deslumbrada por la luz del día.

—Estás libre, pues —había murmurado Daniel pasándose la pipa de una mano a otra.

La expresión de la cara del cura había sido de antipatía mal disimulada.

—Tienes mucho que agradecer a Dios —había dicho—. Tendrías que haberme escuchado. Te lo advertí, Nóra. Te advertí que nada bueno saldría de tanto hablar de hadas. —Tenía la cara enrojecida—. Nance Roche siguió con sus pócimas, sus *piseógs*, con sus prácticas impías y la Iglesia no lo tolerará, da igual cuál haya sido el veredicto. No puedo permitir que las creencias supersticiosas se impongan a la fe verdadera. Nóra, deja de cegarte a ti misma con el pecado de la ofuscación pagana.

Nóra había mirado al clérigo incapaz de decir palabra. Hasta que Daniel no le puso una mano en la espalda y se la llevó de allí, no comprendió el significado de sus palabras.

—La va a excomulgar —había susurrado a Daniel.

Su sobrino había suspirado y señalado en dirección a la carretera.

—Te llevo a casa, Nóra.

Viajaron hasta Killarney en diligencia y ninguno de los dos habló. Los otros pasajeros la miraban y Nóra se dio cuenta de que tenía las ropas, que le habían devuelto después del juicio, cubiertas todavía de barro del río. A pesar del calor, se tapó la cabeza y la cara con el chal. Nóra se alegró de que Daniel no tuviera ganas de hablar. Tenía un peso en la boca, sobre la lengua. No sabía muy bien qué había ocurrido. Solo sabía que tenía que volver a casa, tenía que comprobar si Micheál había vuelto.

Cuando el coche llegó a Killarney, bajaron y caminaron hasta las afueras de la ciudad, se detuvieron a la puerta de una choza y pidieron comida y alojamiento por una noche. También ellos tenían hambre, les dijo la mujer de la casa. Julio era un mes cruel, un mes hambriento. Que Dios les diera una buena cosecha y pronto, de lo contrario terminarían todos echándose a los caminos. Aun así, eran buenas personas, les daría de comer lo que pudiera, paja para hacerse una cama y un rincón en el que dormir a cubierto, a salvo del cielo nocturno colmado de luz de luna. Nóra se durmió con la paja

arañándole la mejilla y se despertó antes del alba. Se lavó la cara con rocío y, cuando Daniel amaneció, recorrieron juntos la pálida vereda bajo la primera luz de la mañana mientras los petirrojos bajaban en picado y los animales que se despertaban rebullían, nerviosos. Cuando el día se hizo más cálido y se llenó de aldeanos que se dirigían a sus faenas llevando palas y cestos para coger turba, los pensamientos de Nóra regresaron al niño que sin duda estaría esperándola. Vio el rostro de su hija repetido en sus rasgos, vio a Johanna de pequeña y todo le pareció fácil y lleno de posibilidades hasta que casi no distinguió la carretera que se extendía delante de ellos.

Hasta que estuvieron en el valle con su batea de montañas vestidas de brezo que purpureaba a la luz del atardecer, Daniel no le dirigió la palabra:

—Vivirás con nosotros, pues.

Habían subido una colina y Nóra jadeaba. Se paró y miró a Daniel.

—Viviré en mi choza.

Daniel tenía los ojos fijos en el camino ante ellos y caminaba a buen paso.

—No has pagado la renta.

—No es la primera vez que me retraso. —Empezó a sentir pánico. Corrió para alcanzar a Daniel—. Es una cosa normal, retrasarse con la renta.

—Vivirás conmigo y con mi mujer, Nóra.

—Pero Micheál me estará esperando en mi choza.

Hubo un silencio incómodo. Daniel encendió su pipa y sujetó el caño entre los dientes.

—¿Y qué hay de mis cosas? —protestó Nóra.

—Puedes cogerlas. Pero la cama hay que venderla.

Entonces Nóra lloró y se secó la cara con las manos sucias hasta que doblaron una esquina y vieron a John O’Shea, el rostro moreno ya por el verano y con el brillo dorado de la sombra de un bigote.

—Viuda Leahy. —Estaba en medio del camino con las manos llenas de piedras que se disponía a arrojar a un nido—. Así que no te han ahorcado.

Daniel parpadeó en el sol de la tarde.

—No tiene tiempo para charlas, John. Déjala pasar.

—¿Sabes que te han hecho una canción?

Nóra se sorbió los mocos.

—¿Una canción?

El chico se metió las manos en los bolsillos y empezó a cantar: *¿Qué*

has hecho, Nóra Leahy? ¡A tu único nieto ahogaste! Ni hablaba ni caminaba. ¿Es que se fue con las hadas? ¿O al río te lo llevaste?

Nóra lo miró y un sentimiento de repulsión se apoderó de su pecho.

—Que Dios te perdone.

A John se le borró la sonrisa.

—No es más que una canción —intervino Daniel—. Se han dicho cosas peores. John, ve a decirle a Peg que ha vuelto la viuda.

El chico asintió con la cabeza y echó a correr sendero abajo.

Daniel se volvió hacia Nóra.

—No le hagas caso. Ve a tu antigua casa y coge lo que necesites. Voy a buscar a Brigid. Te ayudará a llevar tus cosas. Pasarás la noche con nosotros. Brigid te cuidará, yo esta noche no estaré, tengo que ocuparme de un asunto.

Luego asintió con expresión sombría y siguió a John por el sendero con paso rápido.

Cuando los dos hombres no fueron más que dos motas lejanas, Nóra cayó de rodillas en el polvo del camino. Recordó las palabras del muchacho y vomitó, y el viento del verano se llevó los hilos de bilis.

La hierba alrededor de su choza estaba crecida. Nóra, sin resuello, tiró de la puerta y se detuvo en la entrada. La habitación olía a cerrado. Había entrado tierra y ya no quedaba nada de la paja que taponaba la ventana. Juncos secos formaban remolinos en el viento.

—Que Dios bendiga esta casa —gritó Nóra con el estómago encogido. Miró por la habitación, buscando desesperada alguna señal de la presencia del niño, pero todo estaba en silencio. La habitación estaba como la había dejado, el fuego apagado, la cama sin plegar.

Nóra dio un tímido paso.

—¿Micheál?

Nada.

—¿Micheál? ¿Pequeñín?

Entró y cerró la puerta. Entonces un ruido repentino la llenó de alegría. Corrió al dormitorio sin respiración, la esperanza creciendo en su pecho. ¡Había estado en lo cierto! ¡Micheál estaba allí! Estaba debajo del tabardo en la cama, aquella era la forma de su cuerpo, dormía.

Pero bajo el tabardo no había nada más que una manta sin doblar. Nóra la cogió con la respiración acelerada. Hubo un leve murmullo de gallinas a

sus pies y, cuando los ojos se le acostumbraron a la tenue luz, vio que la gallina estaba clueca, que se había hecho un nido con juncos secos y paja del colchón.

Una desazón se apoderó despacio de ella.

«Por favor, Dios mío —rezó mientras retiraba las mantas de la cama, poniéndose frenética, desesperada—. Por favor, Dios mío, por favor, Martin, por favor que esté aquí.»

—¡Micheál!

Nada. Silencio a excepción del cloqueo de la gallina nerviosa.

Sin saber muy bien qué hacer, Nóra cogió el tabardo de Martin, salió tambaleándose del dormitorio y se dejó caer en un taburete. El silencio le zumbaba en los oídos.

No estaba allí. No lo habían devuelto.

Había estado tan convencida de que lo encontraría, quizá sentado junto al fuego, de que levantaría la vista cuando entrara. La cara de Martin, la tez de Johanna. Se frotó la mejilla con la tela basta e inhaló despacio lo que quedaba del olor de Martin. Metió la mano en el bolsillo, sacó el carbón y se lo pasó de una mano a otra.

No estaba allí. Había estado tan convencida...

Fuera, los pájaros despidieron al sol con sus cantos.

—Que Dios y la Virgen te guarden.

Nóra se volvió con los ojos hinchados. Peg estaba en la puerta de la choza apoyada en su bastón de espino, mirándola en silencio.

—No está aquí.

La mujer le tendió una mano a Nóra.

—Has vuelto, alabado sea el Señor. —Esperó mientras Nóra se secaba las lágrimas—. Cuánta tribulación —murmuró—. Cuánto sufrimiento. Pero, bueno, ¿qué haces ahí sentada en la oscuridad?, ¿y sin fuego? Al menos la noche es cálida. Me sentaré un rato contigo, ¿te parece?

Se sentó al lado de Nóra y juntas miraron las cenizas en la luz anaranjada del anochecer.

Peg señaló la mesa y Nóra vio que había nata en un cuenco limpio.

—Fue la mujer de mi hijo, no soportaba oír mugir a la pobre bestia. La mantequilla la tengo yo. A buen recaudo. —Peg suspiró entre dientes—. Vuelve a dar leche.

Nóra asintió con la cabeza, cansada.

—Es una bendición.

—Estamos muy necesitados de bendiciones en este valle.

Se oyó un coro repentino de grillos. Las mujeres se callaron y escucharon los chirridos.

—Lo enterraron en el *cillín* —dijo por fin Peg—. El padre Healy dijo que era lo mejor.

Nóra parpadeó mirando el fuego apagado.

Peg se inclinó hacia ella.

—¿Se puede saber qué le pasó a la criatura?

—Quería expulsar al duende, Peg —murmuró Nóra.

—Cuando te vi aquella mañana, Nóra, estabas empapada hasta los huesos. —Le puso una mano en la rodilla y bajó la voz—. ¿Le diste un empujoncito?

Nóra no supo qué decir. Apartó con suavidad la mano de Peg antes de ponerse en pie y buscar la botella que había dejado en el vano de la pared de la chimenea.

—¿Dónde está, Peg?

—¿Dónde está qué?

—El *poitín*.

Peg suspiró.

—Se lo han llevado, Nóra. Estuvo aquí alguien... —Levantó las manos al cielo—. Al verlo mandé a los chicos, pero cogió lo que le vino en gana.

—Seán Lynch.

Peg negó con la cabeza.

—Fue Kate. Todos tenían miedo después de lo del *piseóg*, después de Áine. Kate estuvo aquí buscando tu mantequera. Pensaba que era el niño el que aojaba la leche y el que le quitó el hijo a Brigid. Buscaba señales de un maleficio. Dice que encontró un trozo de pedernal junto a la mantequilla. Dijo que Seán tenía derecho a tus enseres, que era seguro que te iban a ahorcar y que se llevaría algunas cosas aprovechando que él estaba en Tralee.

—¿Qué se llevó, Peg?

—Algunas cosas de Martin. El *poitín*. La pipa. Las monedas que tenías. Ropa. La mantequilla que quedaba y comida. La sal.

Nóra levantó la vista y vio que la caja de madera no estaba.

—Era de mi boda.

—Se habría llevado la vaca de no ser porque algunos le dijimos que había que esperar a tener noticias del veredicto.

—Me podrían haber ahorcado, Peg.

—Lo sé.

Nóra sintió que se asfixiaba. Se tiró de un pellejo de la garganta, pegó la barbilla a los nudillos y empezó a llorar. Peg le ofreció una mano y Nóra se aferró a ella con la desesperación de los ahogados, apretándole los dedos hasta que la anciana hizo una mueca de dolor. Aun así, dejó que Nóra le hundiera las uñas en la carne.

—No está aquí —sollozó.

—Lo sé —dijo Peg en voz baja—. Lo sé.

Nóra tardó un rato en poder hablar. Le rodaban lágrimas por la cara y tenía el mentón brillante.

Peg se santiguó.

—Te has salvado gracias a Dios y a su infinita misericordia.

Nóra se enjugó los ojos.

—Nos tomaron por locas. Por hablar de hadas. No nos creyeron, pero la chica dijo que «no lo habíamos hecho con intención de matar y que por tanto no lo llamarían asesinato».

—Después de que os detuvieran, el padre Healy nos leyó la crónica del *Chute's Western Herald*. Dijo que eras una buena mujer, Nóra. Nadie aquí diría otra cosa.

—Hay una canción que dice lo contrario.

—Eres una buena mujer, Nóra Leahy.

—Quería expulsar al duende.

—Era una carga para ti.

—No era el hijo de Johanna. No tenía mi sangre.

Peg apartó el pelo de los ojos de Nóra.

—Es extraño. A pesar de todas las calamidades que ha habido en el valle, las gentes están diciendo que con el niño trocado muerto vuelve a haber paz. Que sin duda estaba hechizando las gallinas y las vacas, porque ya no están secas. Mujeres que antes pensaban que perderían hasta la sombra están mandando ahora a buscar al hombre de los huevos y llenándose otra vez los bolsillos. Los que pensaban que terminarían en los caminos han podido pagar la renta después de todo.

—Dice Daniel que me he quedado sin esta casa.

Peg chasqueó la lengua.

—Es una desgracia, pero sola te volverías loca.

—¿Encontraron quién había hecho el *piseóg*?

—Dijeron que seguramente había sido Nance, pero que por suerte lo encontraron pronto y el cura lo pudo deshacer. No dio tiempo a que la maldición echara raíces. Kate estaba echando pestes en el pozo, diciendo que sin duda había sido Nance, porque quien siembra vientos recoge tempestades y eso es lo que les pasa a los que desean el mal a los demás. Que su maldad se vuelve contra ellos y se encuentran en Tralee con un bonito cuello hecho de sogas.

—¡Kate Lynch! —Nóra escupió y se le llenaron otra vez los ojos de lágrimas—. Viniendo aquí y cogiendo mis cosas porque se lo ha mandado Seán. Pienso ir a recuperarlo todo. ¡La caja de sal!

—Nóra...

—Era la que más creía de todos. ¡La que más! ¿Cómo se atreve a hablar de cuellos hechos de sogas? Somos parientes, al fin y al cabo.

Peg le secó con ternura las lágrimas.

—Kate no está.

—¿Qué?

—Kate Lynch. Cuando Seán volvió de Tralee esta mañana se encontró la casa vacía. Creemos que se marchó hace unos días. Se llevó todo lo que te había cogido, y también el dinero de los huevos y la mantequilla. Dice Seán que debajo de la cama tenían una pequeña fortuna.

Nóra la miró boquiabierta.

—Sí, está como una furia. Hoy mismo ha salido a buscarla diciendo que igual la han raptado. —Peg sonrió un poco—. Dice que los caldereros que andan por los caminos se la han llevado. Ah, y en el pozo vuelve hablarse de hadas, claro. Hay quien dice que la han raptado, otros aconsejan a Seán que vaya el domingo por la noche a la Tumba del Gaitero y que la encontrará subida a un caballo blanco.

Nóra estaba pensativa.

—¿Y Áine?

—Está viva. He oído que Brigid Lynch la va a cuidar.

—Alabada sea la Virgen.

Hubo silencio.

—Peg, por un momento pensé... Cuando entré aquí, creí oírlo en el

dormitorio.

—Nóra...

—Pensé que era él. Peg, cuando estaba en Tralee no dejaba de soñar con él. Soñaba que volvía y que estaba aquí, esperándome. Que quizá aquella mañana en el río se había demorado, que pasaría un tiempo antes de que me lo devolvieran. —Se echó a llorar otra vez—. ¡Peg, tenía miedo de que me ahorcaran y él estuviera aquí esperándome!

—Ay, Nóra.

—¡Esperando a su abuela, que yacería en una fosa de Ballymullen!

—Bueno, tranquila. No te van a ahorcar. Estás en casa.

—Pero ¡él no! —Nóra negó con la cabeza—. ¡Ay, no puedo quedarme en este valle!

—Nóra, no tienes otro lugar adonde ir.

—¡Mira! —Hizo un gesto con el brazo que abarcaba la choza vacía—. Este es el hogar que tenía y lo he perdido. Estoy sola. Sola y sin otra elección que irme a vivir con Daniel y Brigid, cuando era la dueña de mi casa. —Se secó los ojos—. Martin está muerto. Micheál... No está aquí. —Se llevó las manos al corazón—. No sé... No entiendo lo que ha pasado.

Peg le cogió una mano y se la acarició.

—Pero, bueno, me tienes a mí, ¿no es cierto? Y tener a tus sobrinos es una bendición, que Dios los guarde. Le harás compañía a Brigid, y no tiene nada de malo vivir en una casa llena de gente.

—Llena de gente o no, estoy sola —susurró Nóra.

—Vamos, mujer, ¡da gracias! No estás sola, tienes parientes de sobra en este mundo con los que conversar y compartir el calor de la lumbre. Dios sabe que has pasado un invierno terrible y lo terrible también que ha debido de ser estar en prisión pensando que vas a morir. Nóra, nadie aquí envidia por lo que has pasado. Pero estás en casa y las gallinas están empollando y hay crema en el cuenco que puedes llevarte. Y mira a tu lado, Nóra. ¿No tienes también a la vieja Peg?

Nóra le apretó la mano.

—¿Crees que...? Micheál, es posible que vuelva un día a casa. Un día...

Peg frunció los labios.

—Volverá. Porque no era un niño humano. ¿A que no, Peg?

—No —murmuró por fin Peg. Acarició la mano de Nóra—. No lo era, Nóra.

—Y es posible que vuelva.

Peg la miró un largo instante.

—Pero si resulta que se queda bajo tierra, en la colina, con los Buenos y las luces y los bailes... Bueno, es un consuelo saber que hay desgracias peores.

Se oyó algo en la puerta y cuando Nóra se volvió vio a Brigid mirándolas, con una cesta grande en las manos.

—Que Dios y la Virgen te guarden, Nóra Leahy. —Brigid la miró sin sonreír. Estaba pálida por las semanas metida en casa y Nóra pensó que su aspecto era frágil.

—¡Brigid! Qué alegría verte levantada —dijo Peg con una nota de alegría forzada en la voz—. No te veía desde la purificación.

—Desde la última vez que nos vimos han pasado muchas cosas. — Brigid cruzó el umbral y se detuvo frente al fuego apagado, mirando a Nóra. Su cara era inexpresiva—. Dice Daniel que casi te ahorcan.

Nóra asintió con la cabeza, tenía la boca seca.

La expresión de Brigid se endureció.

—Dice Dan que Nance se merecía la horca. Por lo que le hizo a Áine. Por el *piseóg*. Por la dulcamara.

Nóra la miró, incapaz de decir nada. Fue Peg quien contestó.

—Vamos, Brigid, no hablemos de eso ahora. Una cosa te voy a decir. Nance fue siempre una forastera aquí, pero eso de que asesinara niños o prendiera fuego a mujeres no tiene pies ni cabeza, por mal que hable de ella el padre Healy. A Áine se le prendió la falda, como nos ocurre a veces a las mujeres, y no tiene sentido culpar a nadie por la querencia que tiene el fuego a un delantal largo. ¿Y no hizo Nance todo lo que pudo por ti cuando la necesitaste?

Brigid palideció sin apartar la vista de Nóra.

—Lo hizo, ¿a que sí?

—¿El qué?

—Ahogar a ese niño.

Peg miró a la otra, sus ojillos oscuros y brillantes alerta.

—Era postizo —dijo Nóra con voz ronca.

Brigid se mordió el labio.

—¿La viste después del juicio?

—No, la perdí entre la gente.

—¿Sabes si pensaba volver al valle?

—Es donde vive. Querrá volver a su choza. Yo es en lo único que pensaba en el camino de vuelta. En volver a casa.

Brigid negó con la cabeza.

—Su casa no está aquí. Ya no. Coge lo que necesites, Nóra, no tengo toda la noche. Está oscureciendo.

Peg extendió una mano.

—Brigid, ¿qué estás diciendo?

—Después de todo, es su culpa. Vamos, Nóra. Aquí no te puedes quedar.

—Brigid, ¿qué pasa?

—Dan me ha dicho que no lo cuente. Nóra...

—¿Qué?

Brigid se mordió un labio. Respiraba deprisa y sujetaba la cesta tan fuerte que tenía los nudillos blancos.

Peg cogió su bastón de espino.

—Vamos, Nóra. Van a ir a la choza de Nance.

Caminó con dificultad hasta la puerta con expresión de asco.

Nóra hizo ademán de ponerse en pie.

—No hay nada que hacer —soltó Brigid—. Está decidido. —Agitó un dedo hacia Nóra en señal de advertencia. Se decidió cuando tú no estabas. ¡Y tienes suerte de que no se decidiera contra ti!

A Nóra se le encogió el estómago de miedo. Despacio, con manos temblorosas, cogió la cesta que le tendía Brigid y en silencio empezó a recoger sus cosas.

Nance estaba a la entrada del bosque mirando el punto donde había estado su *bothán*. Cuatro días de lento caminar desde Tralee, el largo regreso a casa soportando las punzadas de dolor en los pies, y la cabaña había desaparecido.

La habían quemado. Solo quedaban cenizas.

Se dejó caer entre las hierbas altas a la entrada del calvero, en las sombras, donde no pudieran verla desde el camino y, exhausta, durmió. Se hizo un ovillo en la tierra fragante de verano y dejó que la fatiga se apoderara de ella hasta que la brisa de la tarde empezó a soplar. Cuando se incorporó, el cielo estaba pintado de nubes rojas.

Era un trabajo hecho a conciencia, pensó mientras apoyaba la espalda contra un árbol y miraba la tierra calcinada. ¿Habrían puesto combustible seco en el tejado? Quizá habían avivado las llamas con *poitín*. La hoguera había sido grande; las hojas más altas de los árboles cercanos estaban negras y la mitad del tronco del roble estaba quemada. Se levantó, fue hasta el árbol y paso despacio las manos por la corteza tiznada. El carbón se deshizo y le ensució los dedos. Sin saber por qué, se llevó la palma a la cara y se bendijo a sí misma con las cenizas.

No quedaba nada. Caminó sobre los restos desmoronados de vigas calcinadas rebuscando cosas suyas que pudieran haber sobrevivido. Encontró lo que quedaba de lana, antes cuidadosamente peinada y cardada, ahora un coágulo peludo en el suelo. Oía mucho a humo. No quedaba nada de las hierbas. Sus taburetes, la turba, incluso las vasijas de barro que contenían sebo habían ardido por completo.

Hasta que no encontró el pequeño cierre metálico de la correa de la cabra no sintió el dolor, que la atravesó tan deprisa como una cuchillada. Cerró los ojos y sus manos asieron con firmeza el metal descascarillado e imaginó a Mora, con la puerta cerrada, el fuego cada vez más alto. Llorando, empezó a escarbar entre las cenizas en busca de huesos, pero la luz menguaba y no distinguía lo que podía ser el asa del cubo de ordeñar de lo que podían ser los delgados restos de su fiel cabra.

La noche cayó estrellada. La luna salió mezquina. Nance se sentó entre las brasas muertas de su hogar y escarbó hasta encontrar el calor residual del fuego en el suelo. Se tumbó sobre él y se tapó con cenizas.

A la mañana siguiente la despertó un ruido de pisadas. Se liberó del hollín y miró, nerviosa, a su alrededor. No había amanecido aún, pero el cielo estaba azul como el huevo de un petirrojo.

—¿Nance?

Se dio la vuelta. Desde el borde de la mancha oscura que había dejado el fuego, un hombre que la miraba con atención.

Peter O'Connor.

—Pensé que estabas muerta —dijo tapándose la boca. Se acercó y ayudó a Nance a levantarse. Esta se dio cuenta de que Peter temblaba.

—Peter. Qué Dios te bendiga.

Peter la miraba mientras se chupaba el labio inferior.

—Gracias a Dios que te soltaron.

Nance le puso una mano en el brazo y Peter la cogió, emocionado.

—Pensaba que te había perdido —dijo con voz entrecortada—. No se hablaba de otra cosa que no fuera el juicio. Decían que te colgarían o te mandarían lejos. Cuando solo intentabas ayudar. —Se llevó los dedos de Nance a la cara y se los puso en las mejillas sin afeitar, le temblaba el mentón—. Tenía miedo por lo que pudiera pasarte.

—No podían hacerme daño.

—Tenía miedo, Nance. —Se dio la vuelta y se secó los ojos. Cuando la miró de nuevo, estaba más tranquilo.

—Me han quemado la casa —dijo Nance.

—Lo decidieron cuando se supo el veredicto.

—Seán Lynch.

—Al volver se encontró con que su mujer se había ido y se había llevado el dinero y vino aquí hace dos noches. Estaba rabioso.

—¿Kate Lynch se ha ido?

—Raptada. Estaba como una furia, Nance. Pensaba que tú tenías algo que ver en ello. No pude pararlos.

—Lo sé.

—Lo intenté. —Peter se llevó una mano a los ojos—. Vino acompañado de unos cuantos hombres fuertes. Lo siento.

—No es culpa tuya.

Nance le pasó a Peter un brazo por los hombros y él se acercó a ella.

—Nunca me has hecho nada malo. Ni a mí ni a nadie.

Siguieron sentados en las cenizas hasta que apareció la lluvia en las cimas de las colinas, a lo lejos, y el mugido del ganado llenó el aire.

—Aquí no puedes quedarte —dijo Peter.

—No.

—Ven conmigo.

La llevó a su choza, encajada en la cara agreste de la montaña, ayudándola a subir por la pendiente empinada. Cuando estuvieron cerca, empezó a explicarle lo ocurrido.

—Lo hicieron de noche. Estaban todos los hombres excepto John O'Donoghue, que no quiso tener nada que ver.

—¿Daniel Lynch también?

Peter arrugó el ceño.

—Todos menos John y yo. Pero cuando los vi salir al ponerse el sol, los seguí. —Miró a Nance, asqueado, y le hizo un gesto para que entrara en la choza.

Nance se detuvo un instante en la oscuridad, y a continuación dio un respingo.

Su cabra estaba en un rincón de la habitación, atada a un aparador maltrecho, con montones de boñigas a sus pies. El agotamiento y el alivio que Nance llevaba reprimiendo desde el juicio de pronto la abrumaron y fue tambaleándose hasta Mora, tropezó y abrazó al animal, abrazó el calor familiar de su cuerpo, el olor a paja y a leche. Se frotó la cara contra la piel de Mora, los ojos de pronto llenos de lágrimas.

—Mi niña querida. Ay, mi niña querida.

—La iban a degollar.

Nance acarició a Mora mientras Peter la miraba sin acercarse.

—Pensaba que estaba muerta —murmuró Nance, liberando por fin a la cabra y secándose con cuidado los ojos con su chal sucio—. Te la llevaste.

—No podía dejar que la mataran así. Nance, ¿no quieres echarte un rato y cerrar los ojos? Tienes que estar muerta de cansancio del viaje. Has venido de muy lejos.

Aquel día Nance lo pasó durmiendo en la fresca choza de Peter. De vez en cuando se despertaba y lo veía sentado a la puerta, mirando con ojos entornados hacia el valle empapado de lluvia, o entrar sin hacer ruido y hacer cosas en la habitación. Al anoecer la despertó y le ofreció un vaso con leche de cabra recién ordeñada y una patata fría. La miró comer.

—Estás en los huesos, Nance.

—En Ballymullen no servían banquetes precisamente.

—Quería decirte que eres bienvenida aquí, Nance. Conmigo. No tengo gran cosa, pero no me quedan parientes en el valle y... —Se ruborizó—. Lo que intento decirte es que podríamos casarnos. Así no podrían hacerte nada.

—Soy una mujer mayor, Peter.

—Siempre has sido amable conmigo, Nance.

Esta sonrió.

—Una mujer mayor sin hombre es poco menos que un fantasma. Nadie la quiere, las gentes le tienen miedo, pero la mayor parte del tiempo es invisible.

—¿Te lo pensarás? Soy un hombre capaz.

—Lo pensaré, gracias, Peter. Lo haré.

Aquella noche apenas dijeron nada más. Peter se sentó frente al fuego mientras Nance descansaba sobre el brezo y de cuando en cuando sus miradas se cruzaban y sonreían. Cuando la noche envolvió por fin la choza, Peter dijo el rosario, se lavaron los pies y se tendieron a descansar junto al fuego extinguido.

Nance se levantó antes de amanecer. Peter aún dormía, roncaba suavemente junto al hogar rastrillado, despatarrado, con los brazos encima de la cabeza. Dormido parecía mayor, pensó Nance.

En silencio, para no despertarlo, desenterró las ascuas del hogar y seleccionó una brasa gruesa. La dejó enfriar mientras ordeñaba a Mora y, cuando tuvo el cubo lleno, dejó la leche y el carbón sobre el aparador y bendijo ambas cosas.

Después desató a la cabra y salió en silencio de la choza de Peter.

Le dolían los huesos. Enfiló el camino, la cuerda de la cabra floja en la mano, cojeando por el dolor en la cadera. Las liebres se movían ligeras entre el brezo, sus colas blancas desaparecían entre la oscura maraña de zarzales delante del serbal, con sus flores blancas, entre el trébol. El sendero se extendía desierto, delante de ella. En el valle ensimismado el viento estaba en calma, nada se movía. Solo los pájaros en lo alto y, a medida que retrocedía despacio la oscuridad, un cielo sagrado.

NOTA DE LA AUTORA

Este libro es una obra de ficción, aunque inspirada en un infanticidio real. En 1826, una mujer de edad muy avanzada conocida como Anne/Nance Roche fue acusada del homicidio voluntario de Michael Kelliher/Leahy (las crónicas en la prensa dan distintos nombres) en los tribunales de justicia de Tralee, en el condado de Kerry. Michael había muerto ahogado en el río Flesk el 12 de junio de 1826 y al parecer era incapaz de mantenerse en pie, de caminar o de hablar.

Durante el juicio, Nance Roche afirmó que su intención había sido curar al niño, no matarlo. El niño había sido llevado al río para intentar «expulsar» al duende que tenía dentro. Por este motivo Nance fue absuelta.

Hay registrados varios casos de muerte y lesiones como consecuencia de personas intentando expulsar espíritus y recuperar a seres queridos. El más famoso es el de Bridget Cleary, una mujer de veinticinco años que fue torturada y a continuación quemada por su marido y sus parientes en 1885 en el condado de Tipperary. El libro de Angela Bourke, *The Burning of Bridget Cleary* (1999) es una narración sobresaliente del caso y lo recomiendo a quienes sientan curiosidad por saber más acerca de por qué ocurrían estas tragedias en Irlanda y otros países. *The Good People: New Fairylore Essays*, editado por Peter Narvéez (1991), también ofrece reflexiones modernas sobre las enfermedades que posiblemente sufrían aquellos que se creían poseídos por los duendes.

El folclore mágico irlandés era (y sigue siendo) un sistema de creencias populares profundamente complejo y ambiguo... y que tiene poco de bonito o de infantil. Tal y como menciona Bourke en el prefacio de su libro: «Gran parte de este libro está dedicado a considerar el pensamiento mágico como el producto de mentes racionales operando en circunstancias que quedan fuera de la experiencia de la mayoría de los individuos en las sociedades modernas e instruidas». Al escribir esta novela he querido retratar las creencias

populares y mágicas como parte del tejido de la vida cotidiana en la Irlanda rural del siglo xix antes que como una anomalía.

Para el personaje ficticio de Nance me han sido de mucha ayuda las historias y relatos mencionados en *The Book of the Cailleach: Stories of the Wise-Woman Healer* (2003), de Gearóid Ó Cruaíoch, y las historias de hadas de lady Augusta Gregory y Thomas Crofton Croker, así como *Meeting the Other Crowd: The Fairy Stories of Hidden Ireland* (2004), de Eddie Lenihan y Carolyn Eve Green. El uso y las referencias que hace Nance de las plantas medicinales se basa en los libros *Making the Cure: A Look at Irish Folk Medicine* (1972), de Patrick Logan, y *Irish Trees: Myths, Legends and Folklore* (2003) y *Irish Wild Plants: Myths, Legends and Folklore* (2006), ambos de Niall Mac Coitir, así como en los trabajos de John Windele, James Mooney y W. R. Wilde sobre supersticiones y prácticas populares relativas a la medicina y los partos, gran parte de los cuales se publicaron a mediados del siglo xix.

Mis descripciones de la vida rural en Irlanda en los días anteriores a la gran hambruna del siglo xix se basan en muchas fuentes, entre ellas, pero no exclusivamente, los trabajos de Kevin Danaher (Caoimhin Ó Danachair), en *Irish Folk Ways*, de E. Estyn Evans (1957), en los estudios y publicaciones de Claudia Kinmoth, Jonathan Bell y Mervyn Watson, Patricia O'Hare, Anne O'Connor y en la «biblia» (como he oído llamarlo muchas veces): el extraordinario *A Handbook of Irish Folklore* (1942), de Seán Ó Súilleabháin.

AGRADECIMIENTOS

Mientras investigaba para este libro tuve la maravillosa oportunidad de conocer y hablar con muchos historiadores, conservadores y académicos eruditos que dedicaron generosamente su tiempo a contestar mis en ocasiones extrañas (y a menudo ignorantes) preguntas sobre la vida rural irlandesa. Gracias a la National Folklore Collection del University College Dublin por su amplia colección sobre folclore y etnología, y a Bairbre Ní Fhloinn por su ayuda, sus sugerencias y su tiempo. Gracias a Clodagh Doyle, conservador en el departamento de Folclore del National Museum of Ireland, por la visita guiada y por darme acceso a la sección de la biblioteca reservada a los investigadores. Mi inmensa gratitud a Stiofán Ó Cadhla del Departamento de Folclore y Etnología del University College Cork por la correspondencia que mantuvimos y por proporcionarme tanto y tan valioso material. Gracias a Sarah O'Farrell y a Helen O'Carroll del Kerry County Museum en Tralee por su colaboración y amabilidad, y por permitirme acceder al «baúl de los tesoros»: la información contenida en la Comisión sobre la Pobreza. Gracias a Patricia O'Hare de la biblioteca Muckross House por ofrecerme una visita privada de las instalaciones y dejarme consultar los archivos.

Cualquier inconsistencia o error en mis descripciones del folclore, la vida rural y las creencias mágicas irlandesas que haya en esta novela son mías y no deben atribuirse a ninguna de las personas que me documentaron y me ayudaron en mi trabajo.

Gracias también a Seán O Donoghue, de la granja Salmon Leap, en el condado de Kerry, por enseñarme *elcillín* que hay en su propiedad cerca de la Tumba del Gaitero original y por dejarme pasear hasta el Flesk. Gracias a Michael Leane por su paseo guiado por el río y hablarme de tiempos pasados. Gracias a Chris y a James Keane, y a la madre de James, Mary, por su hospitalidad y por tener la paciencia de dejarme pisar a todos durante *elceilidh*.

Gracias al personal de Flinders University por su continuo apoyo. Gracias a los amigos que me confiaron historias e ideas y que quizá reconozcan en esta novela indicios de conversaciones pasadas.

Estoy en deuda, por su apoyo y entusiasmo, con mis editores y con mis primeros lectores. Gracias de corazón a los maravillosos Alex Craig, Judy Clain, Paul Baggaley, Sophie Jonathan, Mathilda Imlah, Gillian Fitzgerald-Kelly, Natalie McCourt, Cate Paterson, Geordie Williamson y Ali Lavau. Gracias a mis increíbles agentes: Pippa Masson de Curtis Brown Australia; Gordon Wise, Kate Cooper y sus colegas en Curtis Brown, Reino Unido; Dan Lazar de Writers House y Jerry Kalajian del Intellectual Property Group. Es un honor trabajar con vosotros.

Por último, mi cariño y mi gratitud para mi querida Heidi, y para Pam, Alan y mi hermana, Briony, a quien dedico esta novela.

ALBA

Alba es un sello editorial que desde 1993 ha emprendido una labor de recuperación de literatura clásica (Alba Clásica y Maior), así como de ensayo histórico, literario y memorísticos (Colección Trayectos). Asimismo, merece una especial mención la colección Artes Escénicas, dedicada a la formación de actores y la colección Fuera de Campo conocida por la publicación de textos de formación cinematográfica y literaria en todos sus ámbitos. También destacan sus originales y vistosos libros de cocina, así como sus Guías del escritor destinadas a aficionados y profesionales de la escritura. Por todo ello le fue concedido el Premio Nacional a la Mejor Labor Editorial, 2010. En 2012 ha incorporado a su catálogo dos nuevas colecciones, Contemporánea (dedicada a la ficción de hoy) y Rara Avis (clásicos raros de los siglos xix y xx).

Consulta www.albaeditorial.es

Alba Editorial, S.L.U.

Baixada de Sant Miquel, 1 bajos

08002 Barcelona

T. 93 415 29 29

info@albaeditorial.es

Table of Contents

LOS BUENOS

PARTE UNO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

PARTE DOS

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

PARTE TRES

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

NOTA DE LA AUTORA

AGRADECIMIENTOS

ALBA